
Cuando los Tercios se enfrentaron a los samuráis
LOS PRIMEROS de FILIPINAS
JUAN PÉREZ-FONCEA

Año 1582. Una formidable flota de piratas japoneses se propone invadir la isla de Luzón, la mayor de Filipinas, defendida por apenas un puñado de infantes de los Tercios. Será la primera vez en la historia que se midan, frente a frente, los mejores guerreros de Oriente y Occidente.

Juan Pérez-Foncea, autor de novelas históricas tan celebradas como *Los Tercios no se rinden, El héroe del Caribe* o *Invencibles*, sumerge al lector en esta ocasión en los pormenores de la batalla de Cagayán, un enfrentamiento militar que, en las proximidades del río del mismo nombre, hubo de afrontar la Armada Española de Filipinas, al mando del capitán Juan Pablo de Carrión. Fiel a su trayectoria, el autor arroja una potente luz sobre un suceso histórico que los españoles de hoy, casi en su totalidad, desconocen por entero.

J. Pérez-Foncea

Los primeros de Filipinas

ePub r1.0

Titivillus 25.03.2024

J. Pérez-Foncea, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



«De gente bien nacida es agradecer los beneficios que recibe.»
El ingenioso hidalgo
don Quijote de la Mancha

Introducción

Corría el año 1513 cuando Vasco Núñez de Balboa oyó hablar de la existencia de un vasto y desconocido mar que se encontraba al otro lado de la Tierra Firme (actual Panamá). Por supuesto, hablamos del océano Pacífico, al que el mismo Balboa bautizaría poco después con este nombre, y que durante más de dos siglos sería familiarmente conocido como el «Lago español [1] ».

Asistido por una intuición prodigiosa, Núñez de Balboa emprendió su búsqueda a través de la parte más estrecha del istmo centroamericano. Lo hizo acompañado tan solo por un puñado de hombres: un pequeño grupo de españoles y de indios amigos. Era el uno de septiembre de aquel mismo año de 1513.

Si bien es cierto que la distancia que al cabo tuvieron que recorrer no resultó excesivamente amplia, no por eso dejaron de verse sometidos a un sinfín de dificultades y desafíos, en la medida en que necesitaron abrirse paso, a golpe de machete, por medio de tupidos bosques de selva inexplorada y prácticamente impenetrable. En efecto, el actual canal de Panamá constituía por aquel entonces una selva virgen que en su oscuro interior albergaba inesperadas ciénagas, ríos infestados de caimanes, tribus aisladas y hostiles, enfermedades y fieras. Todo ello en medio de un intensísimo calor, acompañado de una humedad insoportable, que hacía de los hombres presas fáciles para las altas fiebres, que demasiado a menudo desembocaban en la muerte. No, no resultó una tarea fácil.

Pero ni Balboa ni sus hombres cejaron en su empeño hasta que, todavía durante aquel mismo mes de septiembre que había visto comenzar su particular odisea, en concreto el día 29, lograron coronar la empresa.

Lleno de emoción, el valeroso pionero penetró en el mar sujetando la espada en una mano y el pendón de Castilla en la otra. Entonces asestó una serie de mandobles sobre las aguas, a la vez que declaraba la toma de posesión del nuevo océano en nombre de

la Corona española, afirmando su dominio «de una y otra parte de la línea equinoccial, dentro o fuera de los trópicos de Cáncer y de Capricornio, desde el polo ártico hasta el antártico, con todas sus tierras, puertos, reinos, anejos y provincias».

Sus duros acompañantes contemplaban la escena con una emoción no inferior a la del propio Núñez de Balboa, desbordándose en lágrimas imposibles de contener en la gran mayoría de los hombres, y en el lanzamiento entusiasta de aclamaciones en todos los casos: aclamaciones y muestras de entusiasmo que todavía perduraban en el momento en que el capellán, siguiendo los pasos de su adalid, descendió a la playa para bendecir el océano recién descubierto.

Es de notar que Balboa todavía repetiría aquel titánico viaje cinco años más tarde, y que en esta segunda expedición atravesaría la selva con el nada despreciable agravante de trasladar a cuestas nada menos que ¡varios navíos despiezados! La intención estaba clara: se proponía surcar las aguas del nuevo océano.

Así fue como se abrió la puerta a las primeras navegaciones por el océano Pacífico.

De este modo, fueron varias las travesías transpacíficas que se emprendieron a partir de entonces y a lo largo del siglo XVI: con la primera de ellas, la de Magallanes y Elcano, de 1519, España dio la vuelta al mundo por primera vez en la historia de la humanidad.

Siguieron las de Loaysa, Ulloa, Villalobos, Saavedra y otras muchas, pero nosotros vamos a detenernos en la de Legazpi y Urdaneta, por ser la que más nos interesa para nuestra historia, ya que con ella llegamos los españoles a las islas Filipinas, y con ella quedó definitivamente resuelto el grave problema del «tornaviaje».

Este problema, aparentemente insoluble, con el que se toparon las expediciones transpacíficas, consistía en la imposibilidad práctica de regresar a América desde Asia: por más que lo intentaban, los pilotos eran incapaces de dar con la manera de recorrer el Pacífico de oeste a este.

Hay que destacar, además, que esta vía de regreso suponía una necesidad vital para España, puesto que, tras haber acordado el reparto del mundo con Portugal en el Tratado de Tordesillas, quedó también pactado que las flotas de los respectivos reinos no debían navegar por los mares que hubieran quedado atribuidos a la

jurisdicción de la otra parte.

Y claro, una vez asentados los primeros españoles en las islas Filipinas, y dado que las aguas al oeste de estas islas les habían correspondido a los lusos, se hizo todavía más urgente para España encontrar la manera de surcar el océano de oeste a este. Solo así podrían navegar de regreso a América y, llegado el caso, después de atravesar México o Centroamérica por tierra, embarcar de nuevo en aguas del Atlántico para continuar el viaje hasta Europa.

La solución al engorroso escollo vino de la mano del fraile agustino Andrés de Urdaneta que, durante su larga vida como navegante, antes de entrar en religión, había adquirido un profundo conocimiento de las cosas de la mar. Fue él quien descubrió la existencia de la corriente del Kuro Shivo[2], que precisamente atravesaba el Pacífico de oeste a este, y que por tanto podía trasladar a los barcos desde las islas Filipinas hasta México (entonces Nueva España). Para sumirse en la corriente bastaba con ascender hasta aproximadamente los 40° de latitud norte: a partir de ahí, las aguas fluían como en un río hasta las costas de América.

Así, el primer viaje de regreso a México, impulsado por la corriente del Kuro Shivo, lo realizó el propio Urdaneta en 1565. Partió de Filipinas el 1 de junio y desembarcó en Acapulco el 8 de octubre de aquel mismo año.

De esta manera se inauguraron las infinitas singladuras del llamado «tornaviaje», que posibilitó y mantuvo viva durante siglos la famosa ruta comercial que comunicaba España con China a través de Filipinas: el Galeón de Manila, al que sin peligro de caer en la exageración podemos calificar de estar en el origen de la primera globalización de la humanidad.

Y con el tornaviaje pudo comenzar también la civilización y evangelización del territorio de las actuales islas Filipinas, cuyo nombre se puso en honor a su majestad don Felipe II, fijándose su capital en la ciudad de Manila, situada al suroeste de la isla de Luzón, la más grande y septentrional del archipiélago.

Pero la expedición de Miguel López de Legazpi y el hallazgo de Andrés de Urdaneta tuvieron además un mérito añadido: el de sentar las bases para la unificación de las siete mil islas que

constituyen el archipiélago, pues, hasta entonces, Filipinas jamás había existido como unidad política de ningún género. Su unión fue un logro de Legazpi, que consiguió ganarse a los naturales sin apenas efectuar un solo disparo. Los conquistó a base de una inmensa dosis de paciencia, caridad y magnanimidad cristianas, a las que desde luego no estaban habituados los indígenas.

De hecho, el único motivo por el que los nativos no se avinieron a entrar antes en relaciones amistosas con los españoles fue debido a un grave malentendido provocado por los marinos portugueses: durante mucho tiempo, los navegantes lusos asentados en las Molucas, en sus frecuentes incursiones hostiles a las filipinas, se presentaban siempre bajo falsa bandera castellana.

Por esta causa, cuando Legazpi, sin saber nada de la doblez empleada por los navegantes de la nación vecina, se presentó invocando el nombre de Castilla, fue recibido con un profundo recelo por parte de los isleños. Y, por supuesto, fueron recelos que le costaría mucho tiempo vencer. Pero lo admirable es que don Miguel de Legazpi lo consiguió, y que no lo hizo a través de grandilocuentes palabras ni discursos, sino por la vía de los hechos.

El noble almirante supo comportarse siempre de un modo generoso y humanitario: siempre dispuesto a perdonar los pequeños o no tan pequeños desmanes y traiciones de los indígenas, antes que a responder por medio de duras represalias, y mucho menos con crueldad. Y el tiempo le dio la razón: como premio a su conducta, terminó por ganarse la confianza de los filipinos, hasta el punto de que estos le manifestaron abiertamente que, hasta su llegada, cada vez que alguien desembarcaba al grito de: «¡Castilla!, ¡Castilla…!» —es decir, los portugueses bajo falsa bandera— se dedicaba a maltratarlos y a saquear sus tierras, todo lo contrario de lo que había ocurrido con Legazpi y sus hombres. De este modo, el español supo por fin dónde se encontraba el origen del malentendido y pudo explicárselo a los naturales.

A partir de ahí, tan pronto como quedaron superados los recelos, el mosaico de tribus y etnias que poblaban las islas se mostró fácilmente dispuesto a formar parte de aquel poderoso reino cuyos barcos venían desde el otro lado del océano.

Pero interesa mencionar además un último factor, que me parece interesante recalcar, y que distingue la llegada de los

españoles a las Filipinas de la que hicieron a América.

La cuestión es que las islas Filipinas estaban desde antiguo, como veremos a lo largo de esta novela, en muy estrecho contacto comercial y de toda índole con China y con el resto del continente asiático. Y, por supuesto, Asia estaba a su vez conectada con Europa a través de tierra. Y este hecho, que podría parecer sin importancia, impidió que en Filipinas se extendiera la dramática epidemia y mortandad que se produjo en América a la llegada de los españoles.

En América murieron millares de indígenas a causa de las enfermedades que traían los europeos, y que hasta entonces no existían en el continente americano. Lo mismo les ocurrió a los españoles, a causa de las fiebres y enfermedades tropicales de América, desconocidas en Europa, y que produjeron una gran mortandad entre los peninsulares. Conviene recordar que este es uno de los puntos principales que la infame leyenda negra utiliza para culpar (con toda falsedad) de terribles matanzas a los españoles. Sin embargo, como ha demostrado la historiografía más exhaustiva y reciente, y como se ha dicho con frase gráfica, si los españoles hubieran ido a América a vender flores, habría muerto aproximadamente el mismo número de indios, dado que el 99 % de los que perdieron la vida a la llegada de los españoles lo hicieron a causa de las epidemias.

En cualquier caso y afortunadamente, nada de esto ocurrió en Filipinas, en donde no se produjeron epidemias ni mortandades de ningún tipo y en donde, por tanto, no ha habido ocasión para crear una leyenda negra antiespañola. Al menos no con este argumento.

Pero, refiriéndonos ya a la piratería —el tema principal de esta novela—, hay que señalar que, durante los primeros años de asentamiento español, cuando la población peninsular era aún insignificante en el archipiélago, se produjeron las primeras manifestaciones de este gravísimo problema, que venía desde antiguo y que afectaba sobre todo a las costas del norte de Luzón. Auténticas flotas de piratas chinos y japoneses, estas últimas compuestas mayoritariamente por *ronin* (samuráis sin señor), caían regularmente sobre la indefensa población local.

Estos hombres sin ley tenían sus bases en las islas meridionales del mar de la China y en las cercanas islas japonesas de Kyushu y Okinawa. Su llegada suponía una auténtica maldición para los

campesinos y sus familias, que tan pronto como los avistaban, se veían obligados a abandonar sus hogares a toda prisa, en un desesperado intento por tratar de ponerse a salvo en las montañas vecinas. Ese era el único modo que tenían de protegerse y de evitar ser capturados y posteriormente vendidos en alguno de los mercados esclavistas del continente, o de impedir que sus cabezas fueran cortadas como trofeos.

A pesar de lo que Hollywood nos ha hecho creer durante años, la verdadera piratería a la que debió enfrentarse España estaba en el mar de la China meridional. A su lado, la del Atlántico y el Caribe palidecen hasta hacerse casi insignificantes.

De esto y mucho más hablaremos a continuación…

1

Hace ya mucho tiempo que me dispuse a poner por escrito esta memorable historia de nuestros Tercios y, curiosamente, ahora que por fin me pongo a ello, no sé muy bien por dónde empezar, así que lo mejor será comenzar por presentarme: en la pila del Bautismo, mis padres quisieron que se me impusieran los nombres de Gonzalo, José, Mariano y Rodrigo. De todas formas, para tranquilidad de todos, he de añadir que en casa siempre me han llamado Gonzalo a secas: los otros nombres se han quedado para las ocasiones más solemnes. Para el bautizo, para el entierro y poco más, pienso yo.

Mi linaje proviene de los antiguos Gómaras afincados en Aragón, por lo que, al fin y a la postre, siempre he sido conocido como Gonzalo de Gómara. Por lo demás, vine al mundo en el ya lejano año de 1552, en la ciudad de México, en la que pasé una infancia ciertamente memorable.

Mis padres, Vicente y Ana, eran aragoneses. Duros como la roca. Pero incluso la roca más dura, si recibe un golpe lo suficientemente fuerte, se puede quebrar. Y, desgraciadamente, eso fue lo que ocurrió en mi familia.

Todo fue muy bien hasta aquel desgraciado día de abril de 1564, un día que jamás se borrará de mi memoria:

—¡Dale fuerte, Gonzalo! —me gritaba mi amigo Alberto para infundirme aliento.

Pero, con el brío y la fogosidad de mis doce años recién estrenados, yo no necesitaba de especiales ánimos para llevar a cabo la tarea que me traía entre manos. Lleno de entusiasmo, después de empaparme los dedos en aceite, como había visto hacer a los mayores, realicé un rápido giro semicircular para tomar impulso y lanzar lo más lejos posible una barra de hierro de unas 8 libras de peso.

Y, en efecto, la barra salió despedida a una distancia más que respetable.

El único problema fue que en el momento y lugar en que iba a aterrizar el proyectil, acertó a asomar por allí el perro de «el tuerto», es decir, el perro de un pordiosero de muy malas pulgas, al que tanto mis amigos como yo temíamos más que a la peste.

La barra tuvo la mala fortuna de caer de punta sobre uno de los ojos del animal, que supongo que quedó tan tuerto como su dueño. En cualquier caso, la bestia comenzó a aullar y a gemir con la mayor angustia y desesperación que se pueda imaginar.

El desgraciado accidente tuvo como inmediato efecto que tanto mis amigos como yo emprendimos la huida, en rapidísima desbandada, aterrados ante la posibilidad de que el tuerto anduviera cerca y pudiera relacionarnos con lo ocurrido.

Solo una vez que nos consideramos a salvo y fuera de todo peligro, la pequeña pandilla que formábamos mis amigos y yo, nos reunimos de nuevo para festejar mi hazaña y, de paso, para reírnos un poco a costa del tuerto, que en cuanto viera la herida de su perro se agarraría un berrinche monumental.

—¡Creo que has batido la marca de Antonio! Si no fuera porque ese pinche perro se ha tenido que meter por medio, podríamos comprobarlo por la señal que habría dejado en el suelo.

—No importa, podemos verlo de todas formas, seguro que hay sangre en el piso —comentó alegre otro de mis amigos, Tomás, un chico pecoso de cara risueña.

—¡Es verdad, la sangre del perro nos lo dirá! ¡Voto para que vayamos a ver si Gonzalo ha superado la marca de Antonio! —era de nuevo Alberto, un gran amante del peligro, que, de paso, ansiaba averiguar si el tuerto había tenido ya noticia del accidente de su perro.

—¡Eso! ¡Eso! ¡Vamos a ver qué ha pasado! —respondieron los demás chicos a coro.

Nos disponíamos a volver, conmigo a la cabeza, cuando Victoria, el aya que me había cuidado desde muy niño, asomó tras una de las esquinas de la calle y, con el rostro sombrío y demudado, me llamó con voz firme y, sin embargo, algo más aguda de lo habitual:

—¡Gonzalo! ¡Ven! ¡Acompáñame! ¡Tenemos que ir a casa ahora mismo!

Me temí lo peor. Victoria nunca hablaba así. Algo muy grave debía haber ocurrido. Sin poderlo evitar, mi rostro adquirió el

mismo aire serio y grave que traía la mujer y, sin tiempo para despedirme de mis amigos, me marché tras ella.

A nuestra llegada me encontré con que el ambiente en casa era aún más lúgubre de lo que me había esperado. Durante el breve trayecto, Victoria se había negado a decirme cuál era el motivo de tanta inquietud. Pero no tardé en recibir la terrible noticia de labios de mi padre: mi madre, mi queridísima madre, acababa de morir.

Experimenté en el acto que incontrolables ríos de lágrimas comenzaban a brotar desde mi interior. Me abracé con fuerza a mi padre, cuyo llanto era tan intenso y sentido como el mío.

Aún no había transcurrido ni un año desde la pérdida de mi madre cuando me encontré navegando rumbo a las islas Filipinas desde mi Nueva España[3] natal. Y lo hacíamos nada menos que a bordo de la flota del Adelantado don Miguel López de Legazpi.

El motivo de tan inesperado viaje radicaba en que, para mi padre, don Vicente Gómara, la muerte de su esposa había supuesto una pérdida tan grande que se le estaba haciendo casi imposible de superar. Ni siquiera el paso del tiempo estaba siendo capaz de atenuar el profundo sentimiento de soledad que, como una garra gigantesca, le había atenazado el corazón con tal fuerza que amenazaba con quebrárselo en mil pedazos. De hecho, a medida que transcurrían los meses, parecía encontrarse cada vez peor. Tan hundido estaba, que finalmente se determinó a dar un arriesgado paso que sin duda iba a cambiar para siempre su vida y la mía: tomó la decisión de participar en la colosal empresa que la Corona acababa de confiar a don Miguel Legazpi, a la sazón alcalde de la ciudad de México y amigo personal suyo.

Legazpi había recibido nada menos que el encargo de establecerse en el archipiélago de las islas Filipinas en nombre de Su Majestad.

El caso es que mi padre había llegado a convencerse de que solo un radical cambio de aires podría ayudarle a superar la profunda tristeza que lo dominaba. El problema era que una expedición como aquella no era ningún juego de niños, por lo que, si mi querido progenitor consiguió encontrar finalmente la paz y la alegría que tanto anhelaba, se debió única y exclusivamente a su prematuro paso a mejor vida. El rigor y los padecimientos de la dura travesía,

prolongada durante largos meses de forzosa reclusión en el minúsculo espacio que conformaban las naves, resultaron excesivos para su quebrantada salud.

Al cabo, confortado con los últimos sacramentos, expiró, aquejado de altísimas fiebres, la mañana del 22 de enero 1565, en plena travesía. Sin embargo, aquel mismo día, nuestra flota avistó en la lejanía la isla de los Ladrones [4], en cuyo suelo fue enterrado mi padre con todos los honores que merecía, coincidiendo, por cierto, con la festividad de su santo patrón, san Vicente mártir.

Y así fue cómo el mozalbete al que veíamos lanzar barras de hierro por las calles de México —es decir, yo—, se encontró, a la temprana edad de trece años, solo y a bordo de un elegante galeón que surcaba el Pacífico en dirección a una tierra que le era completamente desconocida.

Viéndome en un desamparo tan grande, el propio don Miguel de Legazpi, a pesar de la gran cantidad de responsabilidades que recaían sobre sus hombros, no tuvo inconveniente en añadir una más, encargándose, a partir de entonces, de velar personalmente por mi suerte. Se ocupó de mí con el mismo celo con que se preocupaba de su propio nieto, Juan de Salcedo y Garcés de Legazpi, que también viajaba en nuestra flota. Juan era tres años mayor que yo, por lo que no resultó difícil que congeniáramos, y que incluso muy pronto fraguáramos una estrecha amistad, si bien es verdad que tuvo algo de paternal por su parte, ya que, como es sabido, a esas tempranas edades unos pocos años de diferencia a menudo aparentan mucho más de lo que en realidad significan o, al menos, de lo que suponen en épocas más maduras.

Tras nuestro primer contacto con el archipiélago filipino, al desembarcar en la isla de Samar, el 15 de febrero de 1565, Legazpi dio muy pronto muestras de sus grandes dotes como administrador. Introdujo el sistema de las encomiendas, tal y como se practicaba en América, e impulsó el comercio con los países vecinos, en especial con China, apoyándose en la importante presencia de comerciantes de ese país que encontramos ya asentados en el archipiélago, sobre todo en el norte.

Su preocupación y la preocupación de todos nosotros por la evangelización de los nativos era grande, y a ella dedicaron sus

mejores esfuerzos, bajo la dirección de don Andrés de Urdaneta, los padres agustinos que habían viajado con nosotros en la expedición.

Además, había causado una gran admiración entre la tripulación el inesperado descubrimiento de una pequeña talla del Niño Jesús en una choza india en Cebú[5], la población en la que fundamos nuestros primeros asentamientos, y desde donde comenzamos a expandir, muy poco a poco, las bases de nuestra presencia civilizadora y unificadora hacia las demás islas.

Pero los hombres llegados con esta primera expedición de Legazpi, a la espera de que vinieran otras, éramos todavía muy pocos.

Por eso no fue hasta junio de 1570 —cinco años después de nuestro desembarco en el archipiélago— cuando arribó a Manila —en donde más tarde estableceríamos la capital— el primer hombre de nuestra expedición: don Martín de Goiti, también de origen novohispano, y que fue enviado hasta allí por Legazpi en calidad de representante diplomático de la Corona española.

Recuerdo bien el momento en el que oímos hablar de Manila por primera vez. Entonces nos encontrábamos todavía en Cebú. Supimos que se trataba, al parecer, de un importante asentamiento fortificado y bien abastecido, situado en el norte, en la isla de Luzón. Legazpi estaba precisamente buscando un emplazamiento adecuado para establecer la capital de Filipinas, ya que, a su juicio, las ciudades de Cebú e Iloilo no reunían las condiciones apropiadas, debido sobre todo a la insuficiente productividad de sus campos para lograr un adecuado aprovisionamiento de alimentos, y debido particularmente a su posición geográfica, que las convertía en blanco frecuente de los ataques piratas de los portugueses.

Por todo esto, Legazpi decidió enviar a Goiti como embajador ante la máxima autoridad de Manila, el rajá Matanda, al que designaba en sus cartas como «rey de Luzón».

Goiti debía ser portador de un mensaje de amistad, además de tantear —y, en su caso, negociar— la posibilidad de establecer un fuerte español en la ciudad.

Don Martín y sus hombres fueron bien recibidos por el rajá Matanda, pero dio la casualidad de que, a los pocos minutos de iniciar sus conversaciones, desembarcó en la ciudad el rajá Suleimán, sobrino de Matanda, bien conocido por albergar una

actitud de franca hostilidad hacia los extranjeros.

Sin desanimarse, Goiti continuó tratando de negociar con ambos el establecimiento de una base de operaciones en Manila. Pero la actitud cerrada de Suleimán hizo necesario prolongar las conversaciones durante varios días. Por desgracia, al dilatarse las negociaciones sin terminar de vislumbrarse una posibilidad de acuerdo, un malentendido entre las dos partes hizo que los hombres de Suleimán atacaran a los de Goiti, iniciándose una reñida batalla que no concluyó hasta que nuestras tropas incendiaron una parte de Manila y tomaron posesión de la ciudad.

Sin embargo, a pesar de la victoria obtenida, los nuestros se sabían inferiores en número y temían que un esperado cambio estacional en la dirección del viento los dejara atrapados en la bahía, impidiéndoles abandonarla en mucho tiempo, por lo que al cabo decidieron regresar junto a Legazpi.

Debidamente informado por Goiti de todo lo ocurrido durante su estancia en Manila, don Miguel decidió acudir personalmente a la ciudad al año siguiente.

Gracias a Dios, fue muy bien recibido por el rajá Matanda, que no solo nos concedió a los españoles la posibilidad de instalarnos en Manila, sino que, al verse poco después aquejado por una enfermedad incurable, pidió ser bautizado junto con su mujer.

Llegado el momento de la muerte del rajá, Legazpi accedió gustoso a cumplir la última voluntad de aquel, que se reducía a algo tan simple como que su sobrino Suleimán fuera declarado rey de Manila bajo la única superior autoridad de Su Católica Majestad, don Felipe II.

Fue a partir de este momento cuando Manila quedó constituida en capital española del Sudeste Asiático. Y en consecuencia, muy poco después pudieron instalarse también en ella los agustinos, a los que muy pronto seguirían los franciscanos, dominicos y agustinos recoletos, todos ellos con un profundo afán evangelizador.

El siguiente hito en nuestra exploración del archipiélago lo protagonizó precisamente mi amigo Juan de Salcedo. Ocurrió en mayo de 1572. A sus 22 años se ofreció a su abuelo para encabezar una exploración que llegara hasta los últimos confines del norte de la isla de Luzón, el único territorio que aún nos quedaba por explorar. Para el viaje contaría con ocho pequeñas embarcaciones

que él mismo se había procurado en las costas de Mindoro.

Obtenido el visto bueno por parte de Legazpi, el joven pionero emprendió la travesía acompañado por una reducida partida de tan solo cuarenta y cinco soldados. Creo que solo este hecho basta para dar una buena prueba de que Legazpi confiaba en él. Y no creo que su parentesco le cegara, sino que don Miguel había notado que, en la misma medida en que crecía, Juan daba muestras cada vez más evidentes de su valía. Le recuerdo como un muchacho valiente y resuelto, de una más que notable mesura a la hora de tomar decisiones. Había demostrado su capacidad incluso en momentos de especial tensión, en los que era necesario tomar una resolución acertada en cuestión de segundos.

Llegada la hora de partir, Salcedo tuvo la gentileza de incluirme en la lista de expedicionarios, a pesar de que, a causa de nuestros tres años de diferencia, a su lado yo seguía siendo un adolescente.

Disfrutamos de una agradable travesía de ida, sin apenas contratiempos. Juan había tenido la precaución de escoger la época del año más bonancible para la navegación y sus previsiones se vieron justamente recompensadas con la ausencia total de tormentas.

Fue a partir del cabo de Bolinao, el lugar en donde puede decirse que da comienzo la mitad septentrional de la isla, cuando comenzamos a avistar algunos juncos dispersos de comerciantes chinos y japoneses, gente pacífica por lo general. Pero lo que más nos impresionó, sin lugar a duda, fueron las inesperadas y frecuentes muestras de adhesión, así como los calurosos recibimientos, que la población nativa nos dispensaba a cada paso. Salcedo atribuyó todas estas muestras de cercanía al hecho de que, con toda probabilidad, los habitantes de las costas de Luzón tenían puestas en nosotros todas sus esperanzas de verse defendidos, e incluso definitivamente liberados, de las terribles incursiones piráticas que, desde antiguo y con demasiada frecuencia, asolaban sus costas.

Todo esto hizo que muy pronto comenzáramos a respirar un ambiente de gran optimismo, casi rayano en la euforia: los contactos con la población estaban resultando mucho más positivos y fructíferos de lo que ninguno de nosotros hubiera podido aventurar.

Las cosas llegaron a tal punto que los ilocanos (los habitantes de la zona, oriundos sobre todo del noroeste de Luzón) se ofrecieron a ayudarnos a construir un fuerte en una población a la que Salcedo bautizó sin pretenderlo como «Vigán[6]», un enclave costero situado al oeste de la isla, a unas 240 millas al norte de Manila.

Por supuesto que todos los hombres presentes en Vigán —tanto filipinos como españoles— queríamos que el baluarte que nos proponíamos construir resultara un edificio sólido y digno de tal nombre, no una mera edificación testimonial. Queríamos una auténtica fortaleza con vocación de permanencia. Y eso fue exactamente lo que hicimos. La construimos en la misma costa, junto a la desembocadura del río Mestizo, en su lado norte. Era el único edificio de piedra en medio de un abigarrado conjunto de chozas de madera y techo de paja.

Hasta tal punto logramos nuestro objetivo que, al finalizar los trabajos, satisfechos con la firmeza de la construcción, Juan decidió dejar un destacamento permanente en el nuevo castillo.

Aunque tal vez pueda parecer extraño, fui de los primeros en ofrecerme voluntario a quedarme allí. A pesar de mi juventud, me sentí repentinamente cansado de moverme. De un modo inesperado y repentino, prácticamente de la noche a la mañana, me encontré muy inquieto por dentro. Era como si, desde la muerte de mi padre, por vez primera sintiera la necesidad de pararme a pensar acerca de cuál era mi situación en la vida. Y, lo que era más importante: qué era lo que quería hacer con ella a partir de entonces.

Desde luego que, en el presente, visto con la perspectiva que dan los años, veo claro que todo aquello tuvo que ver con una necesaria recolocación de mi persona en el mundo. No olvidemos que, en un plazo de tiempo muy breve, había pasado de tener una infancia acomodada y feliz, a convertirme en un joven huérfano que, sin buscarlo en absoluto, había sido embarcado en una difícil misión que se desarrollaba a miles de leguas de su ciudad natal. Y eso es algo que necesita tiempo para ser digerido.

En cualquier caso, se me presentó con toda claridad la percepción de que, hasta entonces, era la propia vida la que me había llevado de un sitio para otro, sin que yo hubiera podido hacer nada por evitarlo. Y ahora experimentaba la necesidad de tomar las riendas de mi propia existencia. Pero, claro, para eso tenía que

saber primero qué era lo que quería hacer en lo sucesivo: de ahí mis deseos de detenerme en Vigán con tiempo por delante para reflexionar.

A Salcedo no le parecieron mal mis deseos de quedarme. Me dijo que, después de informar a Legazpi acerca de las buenas expectativas que se abrían tras este viaje, él también regresaría al fuerte, desde donde podríamos recorrer todo el norte de la isla de un modo más tranquilo y metódico.

Así pues, nos despedimos como viejos amigos que éramos.

En cuanto me vi solo y a mis anchas, subí hasta lo más alto de las almenas del fuerte y allí permanecí un buen rato observando el mar y la salida de las embarcaciones desde el puerto, hasta que las perdía de vista en el lejano horizonte. Recuerdo que, mientras reflexionaba allá arriba, vigorizado por la agradable brisa de poniente, intuí que Juan había adivinado ya cuál era mi estado de ánimo, y de dónde provenían mis vehementes deseos de quedarme en Vigán.

Gracias a Dios, y tal y como lo había esperado, los días que siguieron en el fuerte fueron sosegados y me hicieron mucho bien. No resultaron apáticos ni indolentes, ni tampoco sobrecargados de tareas inútiles. Nuestro capitán, Sedano, era un magnífico oficial y, sobre todo, era una persona muy humana, algo que, curiosamente, no siempre es fácil de encontrar.

Por las mañanas empleábamos el tiempo en pequeñas reparaciones y mejoras en el edificio. Por las tardes colaborábamos con las buenas gentes de la aldea en todo lo que podíamos. Les proporcionábamos algo de atención médica, con ayuda de nuestro doctor, así como ayuda para reparar sus frágiles viviendas o, en su caso, incluso les echábamos una mano para sacar adelante sus campos. No es de extrañar que los indígenas nos cobraran un cariño cada vez mayor y que se esforzaran por aprender algunas palabras de castellano, al igual que nosotros nos esforzábamos por aprender algo más de ilocano.

El ritmo de vida en Vigán contribuyó mucho a sosegar mi ánimo, a pesar de que, por lo que respecta a mis dudas interiores, seguía sin ver nada claro.

¿Qué era lo que quería hacer con mi vida? ¿Quería tal vez trabajar en el ejército? ¿Volver a Nueva España? ¿Quedarme en

Filipinas? Por más vueltas que le daba, y por mucho que lo intentaba, no era capaz de responder a ninguna de mis preguntas.

Salcedo tardó mucho en regresar. Tanto, que hubo quienes comenzaban ya a inquietarse por su suerte.

Yo no participaba en absoluto de esas preocupaciones. Estaba convencido de que, si se retrasaba, sería debido a obligaciones propias de su cargo y de su especial relación con Legazpi, y que no tardaríamos en verle de vuelta entre nosotros.

En efecto, cuando menos lo esperábamos, se produjo su inesperado regreso, y con él, muchas cosas se vieron alteradas, sobre todo porque algunos hombres fueron relevados y sustituidos por otros que llegaban de refresco desde Manila. En conjunto, salimos perdiendo con los cambios, ya que la guarnición se vio reducida a tan solo diez soldados, contando entre ellos al propio Salcedo, que llegó extremadamente cambiado. Nunca le había visto tan serio y ensimismado. Parecía haber envejecido por lo menos diez años. No tardamos en conocer el motivo: su abuelo, don Miguel López de Legazpi, acababa de fallecer en Manila.

2

Al poco de llegar nos reunió a los escasos miembros que quedamos en la guarnición tras el relevo, y pasó a darnos cuenta detallada de todo lo ocurrido durante la travesía de regreso a la capital: para empezar, debido a que la estancia en el norte se había prolongado durante más tiempo del inicialmente previsto, la singladura coincidió necesariamente con la época de lluvias, por lo que la pequeña flota hubo de afrontar un sinfín de dificultades, entre las que las borrascas y el oleaje no fueron las menores. Algunas embarcaciones resultaron muy dañadas y un par de ellas se fueron a pique, aunque sus tripulaciones lograron salvarse. El propio Salcedo estuvo a punto de morir ahogado.

Pero el colmo de las desdichas se produjo al desembarcar en Manila, en donde recibieron la triste noticia del fallecimiento de su ilustre abuelo, ocurrido el día 20 de agosto de aquel año de 1572.

Cuando Juan nos comunicó la noticia, lloré como un niño. No me avergüenza decirlo. Don Miguel de Legazpi había sido como un segundo padre para mí. Fue sin duda un gran hombre: un hombre íntegro, siempre dispuesto a ayudar a quienes se encontraban a su lado.

Urdaneta había dicho de él:

«Hijodalgo conocido, onrrado e virtuoso e de buenas costumbres y exemplo, de muy buen juicio e natural, cuerdo y reportado, e ombre que ha dado siempre buena quenta de las cosas que se le han encomendado del serviçio de V. M».

Años antes, su hijo Melchor había escrito al rey, refiriéndose a la actitud de su padre con respecto a quienes se presentaban con alguna necesidad en su casa de México:

«[…] muchos hidalgos y caballeros pobres que iban de estos reinos iban sin conocerle a su casa por la antigua costumbre que de siempre en ella hubo y porque a las personas tales siempre en ella se les dio de comer y vestir y lo necesario. Lo cual ha sido cosa muy

notoria y sabida en todo aquel reino[7]».

A pesar de que habían transcurrido ya unas cuantas semanas desde que Salcedo recibió la noticia, continuaba todavía muy afectado. Hice un gran esfuerzo, venciendo mi propio dolor, para tratar de consolarle, pero como siempre he sido muy torpe para estas cosas, no tardé en darme cuenta de que lo mejor que podía hacer era dejarlo solo, a la espera de que su herida fuera cicatrizando poco a poco, siguiendo su lento proceso natural.

En cualquier caso, tras la muerte de don Miguel de Legazpi, Salcedo se reafirmó en su idea de establecerse en Vigán. En Manila había quedado como nuevo gobernador el sevillano don Guido de Lavezares, hombre experimentado y muy capaz.

Así, partiendo de la fortaleza de Vigán como base de operaciones, nos dedicamos durante nada menos que dos largos años a la exploración ordenada y sistemática de las regiones del norte de la isla, en donde fundamos algunas ciudades y escoltamos a un buen puñado de buenos frailes para que pudieran establecerse en la región.

Durante este periodo, que recuerdo con una cierta añoranza, acompañé habitualmente a Juan y a los tres o cuatro expedicionarios que le acompañaban en sus largas cabalgadas. A menudo viajábamos sin descanso durante días, que no era infrecuente que terminaran transformándose en semanas.

Fue en este tiempo en el que, a pesar de mi —supuestamente— prometedora carrera con las armas, decidí apartar de la cabeza cualquier idea de continuar empleando mi vida en el ejército. Curiosamente, lo comprendí cuando menos pensaba en ello. Ocurrió durante una de aquellas inacabables cabalgadas con Salcedo, en uno de esos prolongados ratos de silencio que de vez en cuando solían producirse, y que yo aprovechaba para dedicarme a contemplar los magníficos paisajes de mi tierra de adopción y a dejarme cautivar por su exótica belleza.

Como digo, fue entonces cuando, de repente, casi en un abrir y cerrar de ojos, como en un fogonazo, tuve un pensamiento clarividente, tan nítido como una auténtica revelación. En él descubrí qué era lo que quería hacer con mi vida. Comprendí, sin sombra de duda, que mi auténtico camino pasaba por encontrar una

buena mujer, casarme con ella y establecer nuestro hogar en el campo, en cualquiera de los apacibles y pintorescos rincones que habíamos visitado a lo largo de los últimos tiempos. Allí construiríamos una granja y llevaríamos una vida tranquila y apacible en compañía de nuestros hijos. Ese era mi sueño. Un sueño que, por aquel entonces, en mi ingenuidad juvenil, se me antojaba tan sencillo y hacedero que casi lo veía al alcance de la mano. En cualquier caso, el señalado instante en que se me hizo presente esta intuición, quedó tan fuertemente grabado en mi alma que, aunque viviera cien años, estoy seguro de que me sería imposible olvidarlo. Vino además acompañado de un profundo y sereno gozo, un gozo como no había conocido desde hacía mucho tiempo (creo que, en realidad, desde mi primera infancia, cuando todavía vivía en Nueva España y llevaba una vida inmensamente feliz, rodeado del cariño de mis padres).

Lo primero que me vino a la cabeza una vez que por fin tuve claro el rumbo que quería darle a mi vida, fue comunicárselo a Juan: él era, sin duda, mi mejor amigo en el mundo. Pero, puesto que estábamos exhaustos después de un largo recorrido de dos semanas por terreno fragoso y montañoso, y cabalgábamos ya de regreso hacia Vigán, a donde esperábamos llegar al atardecer, decidí posponer mi conversación uno o dos días, hasta que estuviéramos descansados y plenamente repuestos del viaje.

El problema fue que, al día siguiente, al asomarme a lo alto de las murallas de la fortaleza y echar un vistazo hacia la mar, tal y como acostumbraba a hacer casi todas las mañanas al amanecer, contemplé una escena tan sobrecogedora que me hizo estremecer.

Allí, por delante de nuestra costa, a no mucha distancia, navegaba una impresionante flota de guerra. Conté nada menos que sesenta y dos embarcaciones que se dirigían veloces hacia el sur, muy posiblemente hacia Manila.

Sin perder un instante, corrí a comunicar la noticia a Salcedo:

—¡Tenemos que enviar aviso a Lavezares! —añadí, preso de una gran agitación. Evidentemente, me refería al gobernador de la capital.

La primera reacción de Salcedo fue la de correr también a lo alto de las murallas para, desde allí, poder calibrar de primera mano la magnitud del peligro:

—¡Gonzalo, desgraciadamente tienes toda la razón…! ¡Se trata de una flota pirata, seguramente la del famoso Li-Ma-Hong! —me dijo, alarmado.

Como supimos más tarde, el chino Li-Ma-Hong estaba perfectamente al tanto del reducidísimo número de españoles que defendían la capital. Había recabado una información muy precisa a través de un puñado de desdichados a los que había logrado hacer prisioneros y a los que había interrogado hasta la muerte bajo un espantoso tormento.

Li-Ma-Hong era un hombre de descomunal estatura, de rostro cetrino y surcado por multitud de arrugas y cicatrices. Por eso se hacía difícil determinar su edad, aunque probablemente rondara los cuarenta años. Sus ojos cavernosos eran tan negros y oscuros como su propia alma, de la que eran fiel reflejo. Lucía grandes bigotes, al estilo oriental, que le llegaban hasta muy por debajo de la barbilla. Sus cejas, grandes y oscuras, acentuaban su aspecto repugnante. Se tocaba la cabeza con un rudimentario gorro terminado en punta. Su aspecto general era desagradable y ciertamente intimidatorio. No había humanidad en él. Solo egoísmo y crueldad. Aun en el caso de que hubiera tratado de disimularlo, poseía los rasgos de un auténtico criminal.

Precisamente en aquel momento, a su paso por delante de Vigán, se entretenía en sonsacar —o en amedrentar, más bien— a un joven cantonés que había solicitado embarcarse como voluntario con la intención de unirse a sus filas.

El temido pirata parecía divertirse con la evidente confusión del candidato a sicario, al que interrogaba con una afectada cortesía, al mismo tiempo que su aparente amabilidad quedaba plenamente desmentida por su voz, fría como el hielo y cortante como el cuchillo mejor afilado:

—Así que quieres unirte a mis hombres, ¿eh?

—Sí, señor. —Respondió el joven, que en la amenazadora presencia de Li-Ma-Hong más parecía un colegial asustado que un verdadero sicario.

—¿Y qué es lo que se supone que te ha llevado a dar este paso? ¿Qué es lo que te mueve, hijo?

El candidato jamás se hubiera esperado una pregunta así. En realidad, no se había esperado ningún tipo de interrogatorio. Las

pupilas de sus ojos estaban dilatadas por el miedo y sudaba angustiado. Como temía disgustar al pirata si se demoraba demasiado en responder, terminó por soltar lo primero que le vino a la cabeza:

—Quiero luchar a su servicio…

—¿¡A mi servicio!? ¿Por qué?

—Porque admiro su audacia…

—¡Porque admiro su audacia, señor!

—Porque admiro su audacia, señor —se corrigió el desdichado joven.

—¿Por eso? Porque admiras mi audacia, ¿eh? ¿Sabes lo que pienso…?

—No, pero…

—¡¡¡No me interrumpas!!! ¡¡¡Estoy hablando yo!!! Y te voy a decir qué es exactamente lo que pienso de ti. Pienso que una de dos: o eres un miserable espía al servicio de alguno de mis muchos enemigos, en cuyo caso no me interesa tenerte entre mis hombres, o bien eres un pobre muerto de hambre que ha pensado que a cualquier idiota le basta con venir a presentarse ante mí para tener un futuro asegurado. En cualquiera de los dos casos, está claro que no sirves. Hace falta tener mucho más coraje del que tú tienes. Pero no te apures, chico, no debes temer: por lo que a mí respecta, te perdonaré la vida. No mereces ni que te la quite. —A continuación, dirigiéndose hacia los dos esbirros que hacían guardia ante su puerta, les indicó—: Llevaos a este inútil y ponedlo a remar. Si lo hace bien, lo mantendréis a bordo; de lo contrario, lo venderéis como esclavo, ¿entendido?

—Sí, señor.

Los dos sicarios prorrumpieron en burlonas carcajadas mientras se llevaban al asustado infeliz.

El rostro de Li-Ma-Hong, por el contrario, no demostró el menor atisbo de emoción. Solo en la más cavernosa profundidad de sus ojos llegó a esbozarse un destello de malicioso regocijo.

El malogrado candidato era, en efecto, un pobre diablo que solo había tratado de aferrarse a un último recurso que le quedaba para tratar de ganarse la vida. Por supuesto, no tuvo ánimos para replicar a las órdenes del temido Li-Ma-Hong. Se dejó llevar por los dos sayones, dócil como un corderito, hasta su puesto de remero, en

donde apenas tardó unas horas en enfermar a causa de los muchos días que arrastraba sometido a una nutrición deficiente. Tan pronto como las fuerzas le abandonaron y se vio incapaz de continuar bregando, fue arrojado por la borda, sin ningún tipo de contemplaciones y sin siquiera esperar a que estuviera muerto. Ya no podría ser vendido como esclavo, por lo que el desdichado terminó sus tristes días sirviendo de alimento para los tiburones.

—¡Gonzalo! ¡Esto es muy grave! —continuó diciendo Juan, después de observar durante un buen rato a la escuadra enemiga—. Si se dirigen a Manila, como es lo más probable, esa flota tiene el poderío suficiente como para tomar la ciudad y acabar con la vida de todos sus habitantes. Más aún si consiguen realizar un ataque por sorpresa. Hay que prevenir al gobernador antes de que llegue la flota. Enviaremos al sargento Cervera, él es nuestro mejor jinete.

En efecto, Cervera era un experimentado jinete, dotado de una resistencia admirable. Informado por el propio Salcedo de la gravedad de la situación, partió casi de inmediato a lomos de «Tormenta», uno de los mejores y más fuertes caballos de que disponíamos en Vigán.

Por supuesto que el objetivo de Li-Ma-Hong era tomar Manila, y no solo eso, sino que, una vez tomada la capital, aspiraba a extender sus dominios sobre el resto del archipiélago filipino.

Para colmo de males, su escuadra, compuesta por nada menos que sesenta y dos barcos de guerra a bordo de los que viajaban 4000 hombres, tenía el viento de popa, por lo que avanzaba a una velocidad sorprendente. De hecho, al día siguiente al atardecer, las naves piratas fondearon muy cerca de Manila, en la pequeña bahía de Mariveles [8] .

Mariveles es el nombre que recibe tanto la bahía como su población vecina. Se trata de una ensenada situada a la entrada de la comparativamente gigantesca Bahía de Manila, en cuyo extremo oriental se asienta la capital filipina, concretamente a unas 30 millas de distancia.

En cualquier caso, Mariveles constituye el primer refugio natural que encuentran las embarcaciones que llegan desde el mar abierto.

Según supe mucho más tarde, de labios del propio Salcedo, Li-Ma-Hong se reunió en Mariveles con su segundo, un japonés

llamado Shoko (conocido como «Sioco» entre la mayoría de los soldados españoles), un hombre astuto y decidido, de unos treinta años, al que ordenó que tuviera todo dispuesto para emprender un primer asalto de reconocimiento al día siguiente. El jefe pirata, todavía en el interior de su camarote, en donde permanecía cómodamente sentado entre almohadones como un auténtico pachá, le comunicó que para su misión podría disponer de seiscientos guerreros a sus órdenes:

—Seiscientos hombres bastarán para una primera toma de contacto. Sabemos que Manila se encuentra muy mal defendida. Su guarnición está compuesta por apenas doscientos soldados, si es que llega a tantos. Además, los tomaremos por sorpresa. Nadie nos espera allí. Y recuerda: no debes tener clemencia con nadie. Tampoco con tus propios hombres. No permitas que nadie actúe por su propia cuenta. Tiempo habrá para repartir el abundante botín que sin duda conseguiremos. Pero mañana quiero que todos los hombres se concentren en la pelea. Con tu brutal actuación debes amedrentar a la población, atemorizarla hasta tal punto, que en adelante nadie se atreva a disputar nuestro dominio. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente, señor.

—Cuando des por terminado este primer ataque, nos reuniremos en Cavite, a poca distancia hacia el sur. Allí te esperaré junto con la flota y multitud de hombres de refresco.

Aunque Shoko era la indiscutible mano derecha de Li-Ma-Hong, cada nueva muestra de confianza de su jefe le llenaba de orgullo y le confería un nuevo ánimo. No se le escapaba al hábil lugarteniente la necesidad de cultivar y renovar la estima del pirata a cada momento, puesto que sabía bien que bastaría con una sola acción equivocada a ojos de su amo para que su destacada posición, e incluso su vida, pasaran a valer menos que la del último esclavo. Un solo desliz y su buena estrella podría venirse abajo para siempre.

Shoko se apresuró a escoger con todo cuidado la partida de hombres y barcos que le acompañarían en su sorpresiva expedición a la capital filipina, cuya marcha tenía ya prevista para una hora antes del amanecer.

Mientras tanto, nadie en Vigán dudaba del éxito de la misión de Cervera. Estábamos plenamente convencidos de su pericia y de las

aptitudes del caballo que, además de hermoso, era inteligente, fuerte y dócil. Y sin embargo, aunque todavía no podíamos saberlo, la misión estaba destinada a fracasar: hombre y montura sufrieron un desgraciado contratiempo mientras cubrían las 240 millas que les separaban de Manila.

Tormenta se quebró una pata al dar un mal paso. Ocurrió mientras cruzaba un arroyo de aguas tan turbias que le impidieron ver el fondo. Bestia y jinete tuvieron tan mala suerte, que el animal cayó de costado sobre la pierna derecha de Cervera, que también quedó gravemente lastimada.

Así pues, nuestro jinete no solo se vio en la necesidad de entablillar la pierna herida del caballo, sino que además tuvo que fabricarse unas rudimentarias muletas con las que a duras penas consiguió cubrir las sesenta millas que aún le quedaban por recorrer hasta Manila. Por supuesto que no tuvo que cubrir todo el recorrido a pie, pues algunos buenos ilocanos le trasladaron durante largos trechos sobre sus carretas. Pero el mal ya estaba hecho: Cervera no llegó a tiempo para dar la voz de alarma.

Pero si en Vigán ignorábamos el fracaso de Cervera, aún sabíamos menos de lo que estaría ocurriendo en Manila. Por no saber, ni tan siquiera sabíamos si Li-Ma-Hong habría atacado finalmente la ciudad, o si habría pasado de largo con la vista puesta en algún otro objetivo más allá de la capital. No era probable, pero tampoco imposible.

Nuestras dudas se despejaron por completo cuando recibimos una apremiante carta, escrita de puño y letra del gobernador Lavezares —que, por cierto, acababa de cumplir nada menos que 75 años— en la que nos pedía encarecidamente que acudiéramos en socorro de la ciudad con toda la fuerza que fuésemos capaces de reunir.

—Mira lo que acabo de recibir de Lavezares —me dijo Juan, mientras me extendía la carta para que la leyera.

—¡O sea que Li-Ma-Hong ha atacado Manila por sorpresa! Entonces… ¿Qué es lo que le habrá ocurrido a Cervera…?

—Nada bueno, de eso puedes estar seguro —respondió mi amigo, a lo que añadió—: Las noticias no podían ser peores. Li-Ma-Hong es un hombre tremendamente osado. Y tremendamente ambicioso… Debemos responder a la llamada del gobernador

cuanto antes. He pensado que, si nos esforzamos un poco, hoy mismo podríamos partir en auxilio de la ciudad. El pirata cuenta con un gran ejército, puede que incluso tripliquen en número a los soldados de la guarnición de Manila. —Aunque trataba de aparentar serenidad, las palabras de Salcedo denotaban una grandísima preocupación—. Por si fuera poco, he oído decir que ese demonio de chino es un excelente estratega.

En su misiva, escueta pero muy clara, Lavezares explicaba el terrible ataque que habían padecido por sorpresa. Decía que habían logrado detenerlo de momento, pero rogaba encarecidamente que acudiéramos lo antes posible en su auxilio, ya que consideraba que lo más probable era que los piratas no solo volverían a intentarlo, sino que sus acometidas se recrudecerían en los días por venir.

Yo no sé si mi amigo fue capaz de leer mi mente, desde luego pienso que no, pero en cualquier caso, obró como si lo hubiera hecho, pues aunque, por unas cosas u otras yo todavía no le había dicho nada acerca de mi decisión de abandonar la vida militar, en el momento de organizar la expedición de socorro, excluyó tan solo a dos hombres: a un veterano sargento que en una antigua batalla había quedado manco de la mano izquierda, y a mí.

El manco y yo quedaríamos como única guarnición en la fortaleza de Vigán. Este simple dato ayudará a comprender la tremenda escasez de efectivos que padecimos durante nuestros primeros años en Filipinas.

Pocas horas más tarde, Salcedo y sus hombres iniciaban su viaje hacia el sur. Sus ansias por llegar a Manila se tradujeron en un frenético ritmo de marcha, de tal manera que en tan solo seis días lograron cubrir la larga distancia que les separaban de la capital. Toda una proeza.

Su pronta llegada llenó de tanta satisfacción al gobernador Lavezares, que con el respaldo de los más veteranos capitanes de la plaza, no dudó en ascender a Salcedo al cargo de Maestre de Campo, vacante a partir de la reciente muerte de don Martin de Goiti, de la que hablaré un poco más adelante.

Sin embargo, pasado el primer momento de euforia por la feliz llegada de los refuerzos, todos se vieron obligados a reconocer que las cosas seguían estando muy feas. Incluso con la llegada de nuestros soldados de Vigán —en aquel entonces la fuerza de nuestra

fortaleza había ascendido hasta algo menos de cien hombres—, el total de efectivos para continuar luchando por la defensa de la ciudad apenas llegaba a ciento sesenta soldados peninsulares, a los que se sumaban otros doscientos guerreros ilocanos y unos pocos milicianos que, alarmados por la gravedad de la situación, habían acudido a presentarse como voluntarios. Pero, más que una ayuda real, la presencia de estos últimos apenas suponía algo más que un apoyo testimonial.

Los días en Vigán transcurrieron lentos y monótonos, sobre todo a causa de la angustia y la desazón que nos causaba a Ortiz —que es como se llamaba el sargento manco— y a mí, no tener noticias de Manila. Deseé mil veces haber acudido a guerrear, aunque fuese la última acción bélica de mi vida, antes que pasar los días sumido en esta terrible incertidumbre que minaba nuestros nervios.

Pero también hubo algo muy positivo en aquellos días, y fue la gran amistad que entablé con dos nativos de las montañas: Makisig, y su esposa Tala.

Makisig era un tipo de carácter más bien seco, alto y robusto, en claro contraste con su esposa Tala, de estatura pequeña, incluso para una mujer. Ambos eran de mediana edad, y sus hijos, ya mayores, vivían en las montañas de Luzón, el hogar de la etnia de los igorrotes, a la que pertenecían.

Uno de aquellos días me pidieron ayuda para arreglar las ruedas de su carro. Hacía falta sujetar a peso la estructura de la carreta mientras Makisig introducía las nuevas ruedas en su eje. No me costó mucho esfuerzo hacerles ese favor, puesto que, a mis 23 años que tenía ya cumplidos por aquel entonces, había tenido tiempo sobrado para crecer hasta convertirme en un hombre fuerte y de una notable envergadura. Cuando caminaba en formación, mi cabeza sobresalía por encima de la mayoría de mis compañeros.

Makisig y su mujer me agradecieron mucho la atención prestada y, a partir de entonces, venían a menudo a verme, siempre cargados con algún comestible que podía resultar de lo más variado: desde un pollo, hasta alguna sabrosa fruta tropical. Entonces nos entreteníamos un buen rato charlando, en tagalo o en ilocano, mientras almorzábamos. Por supuesto, no nos olvidábamos de invitar a Ortiz, que a su vez acostumbraba a aportar a la espontánea tertulia alguno de los alimentos más sabrosos de los que teníamos

almacenados en el fuerte.

Solo la cercanía de estos buenos amigos consiguió aligerar, hasta hacernos más llevadera, la incertidumbre de aquellos días de espera. Hasta que, por fin, un buen día, ya en diciembre, avistamos a las tropas de Salcedo, que asomaban por el horizonte.

Llegaban diezmados, cansados y hambrientos. Y, aunque el pesar por la pérdida de un total de nada menos que ochenta y ocho hombres entre españoles e ilocanos nos afligía a todos, también era palpable una serena alegría de fondo entre ellos, puesto que la ciudad se había salvado y Li-Ma-Hong, a pesar de habernos atacado con unas fuerzas infinitamente más numerosas que las nuestras, había sido derrotado y definitivamente expulsado de las islas Filipinas.

3

Los combates habían resultado tan intensos y encarnizados, que hubieron de transcurrir algunos días antes de que Salcedo se recuperara por completo y, a petición mía, se dispusiera a contarnos a Ortiz y a mí lo ocurrido durante aquellos días de asedio. Fue un gran gesto por su parte, pues, aunque no manifestó nada al respecto, me parece que le era duro recordar lo ocurrido. Pero nosotros apenas habíamos escuchado algunos retazos de noticias aquí y allá, y anhelábamos tener una visión completa de lo ocurrido.

Para escuchar el relato, decidimos aprovechar las agradables horas nocturnas justo después de cenar, cuando todos los trabajos y obligaciones del día habían cesado por completo. Entonces subimos a lo alto de las murallas, en donde nos acomodamos bajo la suave luz de las estrellas, deseosos de no perdernos ni una sola palabra de mi amigo Salcedo, que comenzó diciendo:

—Hemos de dar muchas gracias a Dios, porque lo cierto es que, si todo ha terminado bien, ha sido única y exclusivamente gracias a su ayuda. Si hubierais estado allí os habría parecido una situación tan desesperada, que hubierais pensado —como yo pensé en más de una ocasión— que solo un milagro podía salvarnos. Y resulta que el milagro se ha cumplido… No olvidemos que la tropa seleccionada por Li-Ma-Hong había sido muy bien dotada de pólvora, piezas de artillería, arcabuces, espadas, dagas y picas que eran capaces de atravesar nuestras cotas de malla. Tenían incluso granadas de mano y algunos otros ingenios incendiarios desconocidos por nosotros. Sin embargo, la protección de los piratas era pobre: solo contaban con una especie de jubones acolchados, cuya resistencia era muy inferior a la de nuestras cotas de malla.

—¿Cuándo comenzó el ataque? —le pregunté, repentinamente intrigado por conocer el tiempo que había tardado Li-Ma-Hong en asaltar Manila a partir del momento en que avistamos su flota

frente a las costas de Vigán.

Salcedo se detuvo un momento a reflexionar antes de responder, puesto que él no había estado allí en el inicio del primer ataque y, por tanto, solo conoció sus pormenores a través de lo que más tarde le contaron Lavezares y sus hombres:

—Al anochecer del día siguiente a nuestro avistamiento, los piratas llegaron a la bahía de Mariveles, en donde pernoctaron. El brazo derecho del pirata, un japonés llamado Shoko, encabezó una primera escaramuza al amanecer del día siguiente a su llegada.

—¿Con cuántos hombres desembarcó el japonés? —preguntó Ortiz intrigado.

—Con seiscientos, aproximadamente —respondió Salcedo—. No, no eran pocos. Y eso que esta era solo la primera «toma de contacto» proyectada por Li-Ma-Hong… Claro que, al recorrer la bahía de madrugada, todavía de noche, fue precisamente la oscuridad la que les jugó una muy mala pasada: la oscuridad, unida a las traicioneras corrientes de la bahía. Hasta tal punto le fueron mal las cosas, que perdieron tres barcos durante la breve travesía, y el resto fueron desviados hasta la ciudad de Parañaque, a doce millas al sur de Manila. Nada más desembarcar en la playa, puesto que Shoko ignoraba todavía que se encontraban bastante alejados de su objetivo, ordenó ejecutar a los dos cautivos españoles que había utilizado como guías.

»También ordenó a sus pilotos que regresaran a Mariveles con los barcos. Con esta medida quería evitar que, en el caso de que las cosas se pusieran difíciles en algún momento, sus soldados tuvieran la tentación de abandonar la lucha y correr a buscar refugio a bordo de las naves. Sin embargo, fue entonces, justo después de degollar a los españoles y de desprenderse de sus canoas, cuando el japonés se percató de que había errado en el punto de desembarco. Por supuesto, era una manera muy mala de empezar: sobre todo porque, en el momento de alistar a sus hombres, Shoko les había amonestado con una especial severidad, instándoles a concentrarse al máximo en la operación. No iba a consentir errores, les había dicho. Y, sin embargo, nada más desembarcar, se encontraba con que era él mismo quien había cometido una gravísima equivocación. Por si fuera poco, el taimado pirata no estaba acostumbrado a fracasar. Y con este error, su orgullo se resintió

enormemente. Su habitualmente oscura mirada se ensombreció aún más. Aunque ninguno de sus sicarios se atrevió a insinuar nada, todos se regocijaron en su interior: Shoko era tan cruel y déspota como su propio jefe, por eso sus hombres le odiaban y deseaban verle caer en desgracia.

Ortiz y yo escuchábamos ensimismados. Salcedo tenía una especial gracia para contar historias y los dos disfrutábamos enormemente de sus dotes, acompañados del relativo frescor y tranquilidad de la noche.

Nuestro capitán continuó:

—Pero Shoko no hubiera alcanzado el lugar que ocupaba en la jerarquía criminal de Li-Ma-Hong si no hubiera tenido una sangre tan fría como el hielo. Esa había sido su principal seña de identidad a lo largo de toda su vida. Por eso no tardó en rehacerse y en dirigir a sus hombres a paso ligero en dirección a Manila. Todo su empeño iba ahora encaminado a recuperar el tiempo perdido, ya que calculó que todavía estaban a tiempo de atacar antes de ser descubiertos. De hecho, lo consiguieron: lograron su objetivo de llegar a las cercanías de Manila por sorpresa, sin que los nuestros supieran de su incursión. Sin embargo, ya en las proximidades de la muralla, hubo un grupo de campesinos, los más madrugadores, que confundieron a los hombres de Shoko con una partida de bandidos musulmanes de Borneo, a los que no dudaron en hacer frente, produciéndose pequeñas escaramuzas que, esta vez sí, llamaron la atención de los vigías apostados a lo alto de las barbacanas.

—Entonces… finalmente pudo evitarse el factor sorpresa… —apostilló Ortiz, más bien como un deseo, que como una afirmación de que así hubiera sucedido realmente.

—Por desgracia, no —le respondió Salcedo—. Verá, sargento: algunos de los centinelas corrieron a avisar a don Martín de Goiti, el Maestre de Campo, el mismo que había tenido ya ocasión de demostrar su valor durante los primeros combates sostenidos contra los musulmanes en el año 1570. Su casa se hallaba a las puertas de la muralla, concretamente junto a la puerta de Santa Lucía, muy cerca de la iglesia de San Agustín. Pero dio la casualidad de que en aquellos días Goiti se encontraba en cama, aquejado de fiebre. Por eso los centinelas avisaron en primer lugar a su esposa, doña Lucía del Corral que, muy alarmada, corrió a su vez a informar a su

marido. Goiti, al escuchar las agitadas explicaciones de su mujer, olvidándose de la fiebre y del profundo malestar que le aquejaba, saltó de la cama y, sin perder un instante, salió a inspeccionar el terreno desde lo alto de la muralla[9]. Sin embargo, en el momento en que se asomó al exterior, la campiña se presentó ante sus ojos aparentemente tranquila y en calma. ¿Cómo pudo ocurrir esto? Pues porque, nada más comenzar las escaramuzas con los campesinos, Shoko, con su proverbial astucia y temiendo precisamente que estas peleas llamaran la atención de los centinelas, empleó todas sus energías y su autoridad para apaciguar los ánimos, y ordenó a sus hombres que caminaran de manera dispersa y pacífica, mezclados entre la muchedumbre, de manera que pasaran inadvertidos o que, al menos, no concitaran la alarma entre la población. Les conminó a que no volvieran a agruparse hasta que no se hallaran a los pies de las murallas.

Lo peor de todo es que Goiti picó el anzuelo. Al encontrarlo todo tan pacífico y armonioso, pecando tal vez de un exceso de confianza, se contentó con ordenar el cierre de las puertas de la muralla y con enviar a un pequeño piquete de reconocimiento, de solo seis hombres, para que se aseguraran de que todo estaba en orden.

Por supuesto que a Shoko, con todos sus sentidos en máxima alerta, no se le pasó por alto el cierre de la puerta de Santa Lucía, ni mucho menos la salida de la patrulla de vigilancia, a la que, con el apoyo de algunos de sus hombres, corrió a tender una emboscada. Ocultos tras la maleza que bordeaba el camino por donde presumiblemente debían pasar los soldados, Shoko y quince de sus hombres se dispusieron a esperarles agazapados. De esta manera, en el preciso momento en que los seis españoles desfilaban por medio de la posición escogida por los piratas, se vieron inesperadamente atacados con la máxima resolución y ligereza que cabe imaginar, de tal modo que los nuestros murieron degollados, sin casi tiempo para percatarse de lo que les estaba ocurriendo.

Ortiz y yo quedamos consternados solo de imaginarnos la escena.

Salcedo continuó:

—A partir de aquí, Shoko reagrupó a sus seiscientos hombres y corrió con ellos hasta la puerta de Santa Lucía, situada, como he

dicho, junto a la casa de don Martín de Goiti. Y fue de nuevo doña Lucía del Corral, la mujer de don Martín, la primera en advertir lo que estaba sucediendo fuera. Sorprendentemente, tal vez a causa del nerviosismo que experimentaba, o tal vez porque se sentía bien protegida por su marido y por el pequeño grupo de soldados que custodiaban el edificio, la mujer tuvo la extraña ocurrencia de imprecar y de reírse de los piratas, cosa que hizo desde lo alto de una de las ventanas.

Como era de esperar, esta imprudente actuación de doña Lucía no tardó en obtener una pronta respuesta de Shoko que, en consonancia con sus maneras bárbaras y brutales, ordenó prender fuego a la casa. Algo que sus hombres, ansiosos por hacer uso de la gran cantidad de material incendiario que poseían, no tardaron en poner por obra. Las llamas y el espeso humo alertaron —esta vez, sí— al Maestre de Campo, que finalmente se hizo cargo de la grave amenaza que se cernía sobre la plaza: pues, para colmo de males, la casi totalidad de los soldados acantonados en Manila se encontraban al otro lado de la ciudad, completamente ajenos a cuanto ocurría en la puerta de Santa Lucía. Hasta tal punto estimó apurada la situación, que juzgó que la única respuesta honrosa que podía dar al ataque pasaba por salir a enfrentarse con la violenta horda de piratas que rodeaba su casa. Era consciente de que esa acción le conduciría derecho a la muerte, pero al menos le quedaría el consuelo de saber que había muerto por defender a su esposa y a la ciudad cuya custodia le había sido encomendada:

—¡Don Francisco! —llamó, dirigiéndose hacia el oficial de mayor graduación a sus órdenes—. ¡Tome a su mujer y a la mía, y lléveselas de aquí cuanto antes! ¡Rápido! ¡Póngalas a salvo y corra a avisar al gobernador del peligro que acecha a la ciudad! Tan pronto como el resto de nosotros salgamos a hacer frente a esa chusma, debe usted aprovechar para escapar con las mujeres por la puerta de atrás. ¿Me ha entendido?

—¡Sí, señor! ¡A sus órdenes!

—¡Martín! ¡No me dejes! ¡Quiero morir a tu lado…! —gritó desesperada la esposa del Maestre.

Pero Francisco de Astigarribia, el oficial al que don Martín acababa de encomendar la protección de las dos únicas mujeres que vivían en la casa, la invitó a abandonar la estancia con un delicado

pero firme movimiento de su mano. Goiti se limitó a lanzarle un cariñoso beso desde el otro lado de la sala. Prefirió no acompañarlo de palabras. Sabía que le hubiera quebrado la voz.

A partir de aquí, acompañaron a Goiti los pocos soldados que quedaban en el puesto. Apenas un puñado de hombres jóvenes que, asustados y temblorosos, fueron conducidos por el Maestre hasta una de las ventanas del piso más bajo. Desde allí se dispusieron a saltar al encuentro de los sitiadores, que nada más verlos, comenzaron a gritar como auténticas fieras enloquecidas. En aquellos decisivos instantes, a la vista de un espectáculo tan impresionante y sobrecogedor, y al comprender que se encontraban a las puertas de la muerte, don Martín se detuvo un instante antes de lanzarse al exterior. Entonces, con voz firme pero emocionada, se volvió hacia sus hombres y les exhortó con auténtico calor:

—Muchachos, ha llegado el momento de acudir a Dios en petición de perdón por nuestras culpas, y de encomendarnos a su misericordia… Por lo demás, ya solo nos queda batirnos hasta la muerte con la misma bravura con que lo hicieron quienes nos precedieron en la noble y gloriosa tradición de nuestro ejército: ¡Adelante!, ¡que nadie desfallezca…! ¡Santiago y cierra España…! —Espoleados y alentados por tan emotivas y sinceras palabras, los soldados se lanzaron en pos de don Martín como un solo hombre, dispuestos a enfrentarse a las impetuosas hordas de Shoko.

Al otro lado del edificio, mientras tanto, don Francisco de Astigarribia y las dos mujeres consiguieron sortear el fuego y llegar hasta la calle. Tan pronto como se vieron a salvo de las llamas, echaron a correr, tan rápido como les permitían sus piernas, hacia la casa del gobernador, junto a cuya residencia —como ya he dicho — se hallaba acantonado el grueso de las tropas. El problema era que, como también he mencionado antes, la casa del gobernador se encontraba situada en el extremo opuesto de la ciudad, a casi una milla de distancia.

Por si todo esto fuera poco, el incendio de la casa de don Martín había dañado las cercanas puertas de la muralla, propiciando que un grupo de piratas lograra abrirse paso a través de las ruinas y penetrara en el interior del recinto fortificado de la ciudad. El primero de ellos llegó a tiempo de avistar al oficial y a las dos mujeres que escapaban calle arriba. Y, sin pensárselo dos veces,

avisó a otros dos secuaces, con los que inició una rápida persecución a lo largo de las avenidas prácticamente desiertas, ya que a estas alturas de la acometida, la mayor parte de los vecinos de Manila, alertados por el humo y por las violentas voces de los piratas, había corrido a refugiarse en sus casas.

Astigarribia se volvía de vez en cuando para cerciorarse de cómo iban las cosas por detrás. En uno de estos rápidos vistazos comprobó con la máxima inquietud que tres de los asaltantes les perseguían y que corrían como auténticos demonios, hasta el punto de que no tardarían en alcanzarles. Las mujeres, con sus largas faldas y sus delicados zapatos, no podían competir con aquellos salvajes entrenados para la guerra. Por eso, sin apenas tiempo para pensarlo, el oficial se detuvo en seco, desenvainó la espada y exhortó a las mujeres:

—¡Nos persiguen! ¡Pero seguid sin mí…! ¡Yo los detendré!

No debemos olvidar que una de las dos mujeres era la esposa de Astigarribia, por lo que, al escuchar aquellas palabras, recibió una fortísima sacudida interior. De hecho, estuvo a punto de desmayar. La situación de miedo y tensión que experimentó resultó excesiva para sus nervios, en la medida en que dio por hecho que su marido se encontraba en un gravísimo peligro. Su angustia alcanzó tal punto de paroxismo que animó a su compañera a que continuara sola, mientras ella se daba media vuelta para regresar junto a su esposo.

Sin saberlo, la desdichada mujer acababa de tomar la peor de las decisiones, ya que, al verla retroceder, el primero de los piratas evitó a Astigarribia para correr directamente a su encuentro. En cuanto la tuvo al alcance de su sable, alzó la resplandeciente hoja y, sin dudarlo un instante, seccionó el cuello de la desdichada, que resultó muerta de una única y limpia cuchillada.

El sargento Ortiz y yo, que seguíamos el relato sin perder palabra, sentados casi al borde de nuestros asientos, al escuchar la ejecución de una indefensa mujer, en una acción tan vil y cobarde, quedamos mudos de sorpresa y de indignación.

Salcedo se quedó mirándonos unos instantes y añadió:

—Imaginad cómo quedó Astigarribia… Se trataba del asesinato de su mujer… El cadáver, vilmente mutilado, descansaba ahora a sus pies, a apenas una o dos varas de distancia. Formaba un oscuro

charco de sangre que iba creciendo lentamente sobre la oscura superficie de la calzada.

Fue tal vez su larga y exigente vida militar, o quizás su grandísima entereza, las que le permitieron resistir el agudo dolor que, como un frío cuchillo, le traspasó el alma, con una intensidad desconocida hasta entonces. En cualquier caso, superado ese terrible primer instante de desolación, no solo consiguió mantenerse firme en su posición, sino que supo encauzar toda su extraordinaria tensión interior en favor de la defensa de la mujer de Goiti.

Lanzando un formidable grito de dolor, que brotó de lo más profundo de su ser, asió su espada con ambas manos y descargó un furioso mandoble sobre los otros dos perseguidores. De resultas de la formidable arremetida, el más cercano de ellos recibió una profunda herida en el estómago, de donde comenzó a manar tal cantidad de sangre, que resultó evidente que no tardaría en morir. El segundo hombre, aunque menos afectado por la mortífera acción, también recibió una profunda incisión en el brazo derecho, que le dejó momentáneamente fuera de combate. Astigarribia se apresuró entonces a rematar el ataque, cerrando su primer movimiento en sentido contrario, con lo que consiguió atravesar de lleno a su oponente entre el hombro y en el cuello. Así fue como logró terminar con la vida de estos dos perseguidores. Pero no olvidemos que quedaba todavía el tercero, precisamente el que había acabado con la vida de su mujer.

Tras concederse apenas unos breves instantes para recuperar el aliento, Astigarribia reemprendió su frenética carrera calle arriba: debía llegar a tiempo de rescatar a la mujer de Goiti, a la que encontró inmersa en una desigual pelea, en la que trataba de defenderse del pirata. Pues el sicario, plenamente confiado en que sus compañeros no tendrían dificultad en dar cuenta de la vida de don Francisco, se entretenía en zaherir a doña Lucía antes de matarla. Asiéndola de su largo cabello, se divertía en arrastrarla sobre el barro y la suciedad de las calles. Muy probablemente buscaba vengar así las burlas que la mujer les había dirigido poco antes.

Astigarribia comprobó con indignación que el aspecto de la pobre Lucía era deplorable: tenía la ropa completamente manchada y hecha jirones, y los pies descalzos y untados de barro. Su cara

apareció completamente ensangrentada y llena de moratones. Lleno de furia, el español se encaró con el que no olvidaba que era el asesino de su mujer. Le espetó en un perfecto castellano:

—¡Ven aquí, sucio hampón! ¡Vamos a ver si conmigo eres tan valiente como con las mujeres!

Sorprendido por la inesperada aparición de su oponente, el pirata soltó a su asustada presa y, dándose media vuelta, se dispuso a aceptar el desafío. No parecía asustado. Incluso se permitió esbozar una media sonrisa llena de desprecio, a la que acompañó de un extraño gesto que don Francisco no supo cómo interpretar, pero que supuso que significaría algún tipo de reto o de insulto en la cultura nipona. Pero Astigarribia no estaba para tonterías. Sin perder más tiempo, se lanzó contra el japonés, dispuesto a acabar con él. Sin embargo, no tardó en comprobar que su adversario era un guerrero mucho más hábil que sus predecesores: ágil como un gamo, realizó una finta que, por lo inesperada, estuvo a punto de derribar al español. Don Francisco comprendió entonces que, si no quería salir mal parado, más le valía rebajar los ímpetus y tratar de mantener la cabeza fría. El pirata, mientras tanto, alzó su espada en alto, en una inequívoca señal de provocación, al tiempo que volvía a esbozar su maléfica sonrisa. Ligeramente agachado hacia adelante, el nipón tomó la iniciativa, acercándose con una sutileza que recordaba a un felino al acercarse hacia su presa. Doña Lucía del Corral contemplaba la escena aterrorizada e impotente, a tan solo unos pocos pasos de distancia. Temía seriamente por la vida del oficial. Y en lógica consecuencia, por la suya…

El japonés continuaba acercándose muy despacio, con todos los músculos en tensión, mientras empuñaba su amenazadora catana[10]. Parecía dispuesto a saltar sobre don Francisco cuando este menos lo esperara. Astigarribia lo observaba sumido también en la más plena concentración. No estaba dispuesto a dejarse sorprender por alguno de los rápidos amagos y quiebros que tantas veces había visto realizar a los orientales. De hecho, aprovechó lo que le pareció un minúsculo instante de vacilación en el japonés para adelantarse a atacar. Tuvo mucha suerte. Logró herir a su oponente en el costado derecho, en donde le produjo un profundo corte.

La mujer lanzó un grito agudo y se llevó las manos a la cara. Sin

embargo, el japonés, con la catana todavía firme en su mano, no dio muestras de haber sido gravemente afectado. Era posible que estuviera sobreactuando —pensó don Francisco—, ya que su espada había penetrado hasta muy adentro, y necesariamente tenía que limitar su capacidad de movimiento. En cualquier caso, Astigarribia se esforzó por recordarse a sí mismo la importancia de mantenerse en calma. El error más pequeño podía resultar fatal. Se acababa de anotar un punto de ventaja, pero no por ello podía permitirse bajar la guardia.

Sin embargo, fue precisamente entonces, de manera completamente inesperada, cuando comenzó a escucharse un creciente murmullo de voces desde la lejanía: voces que sobresaltaron por igual a los dos contendientes y a la mujer. Daba la impresión de que una multitud se acercaba a paso rápido. Pero lo mejor de todo era que el alboroto no provenía del lado de la casa de Goiti, sino del lado de la del gobernador. ¿Serían los soldados de la guarnición? ¿Habrían sido finalmente avisados? Todo parecía indicar que sí. El pirata perdió por primera vez el dominio sobre sus nervios y trató de escapar. Pero fue entonces cuando se manifestaron claramente los efectos de la reciente estocada. El hombre apenas podía correr y Astigarribia lo interceptó sin dificultad antes de que hubiera conseguido alejarse a unos pocos pasos de distancia. Con un final y sobrehumano esfuerzo, el japonés trató de revolverse y descargar un último ataque sobre el oficial que, gracias a su atenta vigilancia, no tuvo dificultades en esquivar. Desesperado, el pirata trató de reemprender la huida todavía una vez más, pero antes de que pudiera alzarse sobre sus pies, se desplomó definitivamente, produciendo un golpe fuerte y seco, el de un cuerpo sin vida.

Su muerte fue vista por el propio Lavezares, que se acercaba a paso rápido, acompañado de la casi totalidad de sus hombres. Pues, en efecto, la voz de alarma se había extendido como la pólvora por la mayor parte de la ciudad, y algunos ciudadanos habían corrido a avisar al gobernador.

Fue en este punto, a la vista de su peligroso agresor definitivamente fuera de combate y sintiéndose completamente a salvo con la llegada de los soldados, cuando las emociones de doña Lucía del Corral se desataron en un nervioso y desconsolado sollozo.

Gracias a Dios, el peligro ya había pasado, pero a un precio demasiado alto: el de la vida de su esposo y el de la mujer del valeroso don Francisco de Astigarribia [11] …

Pero era ya muy tarde y hubimos de interrumpir la narración hasta el día siguiente, en que acordamos reunirnos en el mismo lugar y a la misma hora.

4

Al día siguiente, los tres nos presentamos puntuales a nuestra cita. No en vano, Ortiz y yo habíamos pasado el día con la mente puesta en ese momento tan esperado.

Salcedo retomó su narración volviendo al momento en que don Martín de Goiti saltaba sobre la muchedumbre de piratas que rodeaba su casa:

—Cuando los soldados saltaron detrás de su Maestre de Campo, fueron recibidos por un apretado enjambre de afiladas catanas en medio de las que, tras un rápido y desigual combate, finalizaron sus vidas. La suerte de don Martín de Goiti resultó ligeramente distinta, pues en cuanto Shoko advirtió que se trataba de un militar de alta graduación, ordenó a sus hombres que lo apresaran sin matarlo, algo que no les resultó fácil, pues el valiente novohispano, sabedor de que aquel iba a ser su último combate, se defendió con un ímpetu prodigioso. Hirió a varios de los sicarios que le rodeaban y mató a otros tres, antes de quedar definitivamente inmovilizado por dos hercúleos esbirros del japonés.

Entonces se creó un repentino silencio, a la espera de que Shoko decidiera qué hacer con él. Visiblemente satisfecho, el pirata se acercó con una estudiada parsimonia mientras atravesaba el estrecho pasillo que le abrieron sus hombres. Sin embargo, una vez que se encontró cara a cara ante el prisionero, el japonés le dirigió una fría mirada de desdén, a la vez que, haciendo gala de una crueldad enfermiza, se aprovechó de la inmovilidad forzosa de su víctima para cortarle las dos orejas y la nariz [12], instantes antes de ejecutarlo mediante una certera puñalada en el corazón. Y, sin embargo, a pesar de caer víctima de una muerte tan infamante y cobarde, Goiti supo mantener su proverbial entereza y dignidad mientras todavía aleteaba en él el último soplo de vida, de modo que su comportamiento causó una viva impresión incluso entre sus propios asesinos.

A partir de aquí, parecía que ya nada iba a ser capaz de impedir la entrada de los piratas en el interior de la ciudad. Sin embargo, justo entonces hizo su inesperada aparición una patrulla de veinte arcabuceros. Lo más extraño de todo es que llegaban desde el exterior de las murallas. Más tarde se supo que habían salido por la puerta del Parian, y que habían recorrido a paso ligero la milla que les separaba de la posición de los hombres de Shoko.

¿Habían sido alertados por el humo y las llamas de la casa de Goiti? No lo puedo decir. Pero sí sé que a su frente se encontraba don Lorenzo Chacón, y que a su llegada abrieron fuego de arcabuz sobre los invasores, en un intento —más ilusorio que otra cosa— de hacerles desistir de su ataque. Pero la aplastante superioridad numérica de los asiáticos favoreció que, muy lejos de retirarse, se envalentonaran y corrieran a rodear a los españoles, a los que hostigaron y respondieron con tal violencia, que acabaron con la vida de ocho de ellos antes de que el resto fuese capaz de replegarse, con enormes dificultades, en un desesperado intento por regresar con vida hasta la puerta de la que habían salido.

Los piratas continuaron persiguiéndoles y atacándoles con enorme dureza. Hubieran acabado con todos ellos si no fuera porque una nueva compañía española, esta vez de ochenta soldados y liderada por el capitán don Alonso Velázquez, sorprendió a los hombres de Shoko en plena acción. La posición de unos y otros favorecía mucho a los hombres de Velázquez, ya que pudieron aprovecharse del extenso flanco que los piratas dejaban al descubierto en su desordenada carrera, causándoles numerosísimas bajas en muy poco tiempo. Efectivamente, la inesperada llegada de la compañía resultó tan oportuna que obligó a Shoko a detener la persecución sobre la maltrecha patrulla de Chacón, salvándose así lo que quedaba de ella. Porque, además, temiendo el japonés la llegada de nuevos refuerzos desde el interior de las murallas, decidió que había llegado el momento de emprender la retirada hasta Cavite, tal y como Li-Ma-Hong le había indicado que debía hacer tras una primera toma de contacto con los defensores de Manila.

—¡Dios mío! ¡Por qué poco…! —manifesté aliviado, sin imaginar todavía lo que yo también tendría que sufrir, en un futuro no excesivamente lejano, a manos de los piratas asiáticos.

Salcedo aprovechó mi comentario, y otros que hizo el sargento Ortiz, para hacer una breve pausa, antes de terminar de narrar la última parte de la contienda:

—La noticia del repliegue pirata no tardó en llegar a oídos de don Guido de Lavezares, que la recibió con evidente alivio. Sin embargo, el gobernador no se permitió bajar la guardia. Al contrario, aprovechó el respiro para enviarnos el correo que recibimos en Vigán, en el que solicitaba nuestra ayuda. Así fue cómo, muy pocos días más tarde, con las luces del amanecer del 29 de noviembre, cuando la escuadra invasora se aproximaba de nuevo hacia las inmediaciones de Manila y cuando estaba a punto de dar comienzo a su nuevo ataque, nosotros ya estábamos allí. La agresión se inició con una violenta descarga de artillería, lanzada desde los navíos enemigos, al mismo tiempo que Shoko dirigía la operación de desembarco, esta vez con un millar y medio de hombres, que también en esta ocasión fueron trasladados a tierra a bordo de una multitud de canoas. Pero el japonés volvió también a ordenar el inmediato regreso de las canoas vacías hasta sus barcos de origen. Seguía desconfiando de sus hombres y, por tanto, cortándoles cualquier posibilidad de retirada.

A su llegada ante los muros de Manila, los orientales comenzaron a lanzar un gran número de granadas incendiarias por encima de las murallas. No solo nos bombardeaban desde tierra, sino también —y con tremenda rudeza—, mediante la artillería naval de Li-Ma-Hong, que disparaba sin cesar desde la bahía. Buscaban prender fuego a los edificios colindantes, entre los que se encontraba la iglesia de san Agustín, que por desgracia resultó parcialmente dañada. La intención última de los piratas era provocarnos. Querían forzarnos a abandonar nuestro refugio en el interior de la ciudadela para que saliéramos a pelear a campo abierto. Pero no lograron su objetivo. Ninguno de nosotros mostró la menor intención de salir.

Sin desanimarse por este fracaso inicial, Shoko continuó hostigándonos y dividió sus tropas en tres secciones, con las que planeaba envolvernos en el momento en que por fin cayéramos en su trampa. Pero, a sus ya mencionados 75 años, Lavezares había visto mucho mundo, probablemente mucho más que su adversario Shoko. Al menos el suficiente para adivinar las intenciones del

japonés. Por eso, muy lejos de entrar a la provocación, el gobernador ordenó disparar fuego a discreción sobre los atacantes y mantener a todo trance la indudable ventaja que nos otorgaba la posición sobre las murallas.

Ante la clara inutilidad de sus intentonas, Shoko tuvo que resignarse a cambiar de táctica, acuciado además por el enorme daño que infligíamos a sus hombres desde las barbacanas. Entonces ordenó un asalto simultáneo a la ciudadela desde dos puntos distintos, cada uno de ellos protagonizado por una de las secciones que acababa de establecer. Dejó a la tercera como reserva en la retaguardia. Es cierto que hasta ese momento las cosas nos habían ido razonablemente bien. Sin embargo, las alarmas comenzaron a sonar en el momento en que don Sancho Ortiz, comandante de alabarderos y encargado de defender el baluarte atacado por la primera columna de piratas, resultó muerto a causa de un disparo. La muerte de este destacado comandante tuvo muy graves consecuencias, ya que sus hombres perdieron una gran parte de su eficacia defensiva y, lo que es peor, perdieron la confianza en sus propias posibilidades de resistencia. Por su parte, Shoko, plenamente consciente de las circunstancias tan favorables que se le abrían, no dudó en ordenar la intensificación de los ataques por ese flanco:

—¡Vamos, hatajo de inútiles! ¡Adelante! ¡Al que se demore lo haré quemar a fuego lento! —No era una metáfora; Shoko se vanagloriaba de cumplir sus amenazas al pie de la letra. Y sus hombres sabían que no solo las cumplía, sino que disfrutaba haciéndolo. Por eso, bastaron estas palabras para hacer que los piratas se apresuraran a saltar sobre las murallas como un solo hombre. Afortunadamente, en aquel difícil momento, nuestras baterías de tierra alcanzaron una importantísima victoria sobre la artillería naval de Li-Ma-Hong, a la que, a pesar de su aparente superioridad, obligaron no solo a alejarse de la costa, sino a abandonar la inmensa Bahía de Manila. Esta feliz circunstancia, aunque por supuesto muy celebrada por todos nosotros, nos dejó al mismo tiempo muy claro que a partir de ese momento el desenlace de la batalla se iba a decidir en aquellas murallas, es decir, en el preciso lugar en que nos encontrábamos.

Por eso, ante el recrudecimiento del ataque pirata sobre la

posición defendida hasta entonces por el comandante Ortiz, todos los de Vigán corrimos a defenderla. También acudió don Francisco de León, el alcalde de la ciudad. Unos y otros no tardamos en vérnoslas cara a cara con la vanguardia de los piratas.

Don Francisco de León, en primera línea de combate, olvidándose del peligro que corría, peleaba con tan singular bravura, que ofreció un magnífico ejemplo a sus soldados y a todos nosotros. Él solo estaba siendo capaz de rechazar al enjambre de atacantes que trataba de envolverle. Sin embargo, eran tantos sus oponentes, que finalmente resultó alcanzado por la afilada arista de una catana enemiga, que le causó la muerte en el acto. Entonces nos correspondió a nosotros, a los refuerzos de Vigán, ocupar la primera línea de batalla. Era una gravísima responsabilidad, qué duda cabe, y nos iba la vida en ello, así que tratamos de hacerlo lo mejor posible. Por de pronto, conseguimos cerrar la brecha abierta por los invasores, a pesar de que, con la muerte de don Francisco, parecieron cobrar nuevos ánimos.

Gracias a Dios, muy poco les iba a durar el entusiasmo a los piratas. Sobre todo, desde que uno de nuestros arcabuceros le alcanzó a Shoko de un certero disparo en el pecho, causándole una grave herida muy cerca del corazón. Tan grave, que el japonés murió al poco tiempo, llevándose consigo toda la efervescencia de sus hombres, a los que, sin apoyo artillero naval y sin el empuje moral de su cabecilla, comenzamos a rechazar sin dificultad. Es más, con la muerte de Shoko, la batalla dio un giro tan radical, que los piratas, perdido su anterior arrojo, pasaron en muy poco tiempo de atacantes a perseguidos. Huyeron a la desbandada, en un completo desorden, que propició que les causáramos grandísimas perdidas. Además, al no tener posibilidad de reembarcarse, nuestra victoria fue tan completa y definitiva, que podemos decir que a partir de aquel memorable día comenzó la ruina de Li-Ma-Hong.

Este, enterado de la derrota y muerte de Shoko, corrió a refugiarse en Pangasinán, a 130 millas al norte de Manila. Y allí se fortificó, a la espera de nuestra llegada, difundiendo mientras tanto entre los lugareños la falsa noticia de que nos había vencido en Manila. Con esto buscaba atraerse la adhesión y el apoyo de los habitantes de la región. Y lo peor de todo es que lo consiguió, al menos en parte, pues fueron los hombres de Pangasinán, quienes

capturaron a don Francisco de Saavedra para vendérselo al pirata, siendo así que Saavedra había viajado hasta allí precisamente para advertirles de que debían mantenerse alerta ante los engaños de Li-Ma-Hong. Pero, gracias a Dios, don Francisco tuvo la suficiente presencia de ánimo y habilidad para burlar a la guardia que lo custodiaba y escapar de regreso a Manila, en donde nos informó de la delicada situación que se vivía en el norte y que él mismo había sufrido en sus propias carnes.

Para no alargar innecesariamente el relato, terminaré diciendo que, ante estas noticias, ciertamente preocupantes, resolvimos acometer al pirata en su nueva guarida de Pangasinán, en donde lo encontramos bien fortificado y custodiado por un considerable ejército, al que atacamos y al que, a pesar de causar notables daños en una primera toma de contacto, decidimos someter a asedio como medio más eficaz para conseguir su definitiva derrota. Gracias a Dios, la estrategia surtió el efecto previsto, de modo que, al cabo de tan solo cuatro meses, las tropas del pirata se rindieron definitivamente. Li-Ma-Hong, sin embargo, consiguió escabullirse de manera misteriosa, desapareciendo para siempre de nuestra vista [13] .

Hasta aquí llegó el ameno y conciso relato que nos hizo Salcedo acerca de la feliz derrota de Li-Ma-Hong, que nunca podremos agradecer suficientemente al Cielo.

Por mi parte, impresionado por el relato de la batalla y siendo consciente de que todavía éramos muy pocos los españoles que residíamos en Filipinas y que en consecuencia la Corona podía todavía necesitar de mis servicios, decidí posponer por una temporada mi anhelado proyecto de establecerme en el campo: por ahora continuaría en el castillo de Vigán.

Me lo planteé como una especie de año de transición, durante el que continuaría acompañando a Salcedo y a sus hombres en sus expediciones por el norte de la isla.

Recuerdo este periodo como un tiempo tranquilo y sosegado, en el que llegamos a olvidarnos casi por completo de los piratas y del peligro que habían supuesto para nuestra permanencia en el país.

Y entonces, cuando mejor parecía marchar todo, fuimos golpeados de nuevo por la desgracia: Salcedo se puso enfermo de manera imprevista, aquejado de altas fiebres. Aunque al principio

su estado no pareció revestir una especial gravedad, la evolución de la enfermedad tomó de repente un rumbo inesperado y a los pocos días terminó con la vida de mi amigo. Era el mes de marzo de 1576. Juan tenía tan solo 27 años…

Quedé profundamente afectado. En primer lugar, por la larga y profunda amistad que nos unía desde la ya lejana muerte de mi padre y, en segundo lugar, porque la temporada pacífica y feliz de la que llevábamos disfrutando desde la victoria sobre Li-Ma-Hong hizo mucho más insospechada y dolorosa su muerte, a la que, en la inexperiencia de nuestra juventud, tendíamos a asociar casi exclusivamente con la guerra.

Tardé mucho en recuperarme del vacío que una amistad tan antigua y duradera había dejado en mi interior y del *modus vivendi* que había llevado en Vigán, pero el dolor actuó también de catarsis purificadora.

Fue, sin embargo, una catarsis lenta, que se prolongó durante meses, que incluso llegaron a completar unos pocos años: el tiempo que precisé para comprender que había llegado el momento de comenzar una nueva etapa en mi vida, puesto que, ahora sí, había llegado por fin el momento de despedirme definitivamente de mis compañeros de Vigán y de poner por obra los planes que había acariciado desde hacía ya mucho tiempo. Por fin me encaminaría al magnífico enclave que había ya escogido en mi mente, precisamente durante uno de mis últimos viajes con Salcedo, como lugar idóneo para instalar mi soñada granja.

Entre unas cosas y otras, cuando finalmente me organicé y tuve todo listo para viajar, era ya agosto de 1580. En ese mes abandoné Vigán cargado con mis escasas pertenencias, y en la única compañía de mis fieles Makisig y Tala que, al comunicarles mi partida y cuáles eran mis proyectos, se empeñaron en acompañarme.

Me sentí profundamente agradecido y satisfecho por su ofrecimiento. Tal vez a causa de mi temprana orfandad, me había visto desde muy joven en la necesidad de aprender a conocer bien a las personas, y por eso me había resultado relativamente sencillo descubrir que, debajo del aspecto hosco y ceñudo de Makisig, se ocultaba un corazón noble y leal. Y lo mismo puedo decir de Tala. Éramos realmente amigos.

Así, muy lentamente, sirviéndonos de los rudimentarios senderos

que atravesaban la selva y que Salcedo se había esforzado por mejorar en la medida de sus posibilidades, emprendimos la ruta que debía conducirnos hasta la tierra en la que, si todo salía conforme a como tenía planeado, nos asentaríamos de manera definitiva.

Era innegable que yo contaba también con una amplia experiencia y conocimiento del terreno que pisaba. Eran muy pocos los españoles que pudieran igualárseme en este aspecto. Conocía la isla de Luzón casi como un nativo, y no solo eso, sino que había aprendido algunas de las lenguas locales desde tan joven, principalmente el tagalo y el ilocano, que era capaz de hablarlas con plena soltura.

Como he dicho, tenía ya perfectamente fijado cuál era nuestro objetivo final. El lugar escogido se encontraba en una montaña situada en las proximidades de Lal-lo, en el extremo noreste de la isla. Hacía ya tiempo que en esa región se había instalado una floreciente comunidad de frailes dominicos, a cuyo prior, Domingo de la Ascensión, me unía una especial amistad. Nuestra mutua estima se había fraguado precisamente a lo largo del prolongado viaje que hicimos desde Manila hasta aquella apartada región, en el que tuve el honor de acompañar a los religiosos, junto con el resto de los hombres de Salcedo.

Tenía proyectado instalarme en un hermoso paraje que había conocido durante una de nuestras últimas excursiones, y que a mi juicio sobresalía sobre cualquier otro, tanto por su belleza como por su estratégica ubicación. Se trataba de una verde montaña situada en la vertiente norte de las últimas estribaciones de la Sierra Madre, muy cerca del límite noreste de la isla. Un lugar desde donde la vista dominaba una amplísima extensión de territorio hasta alcanzar el mar, que se extendía a unas 25 millas hacia el norte.

También el clima de este lugar era privilegiado. Situado a algo más de tres mil pies[14] de altura, era notablemente más suave que el de la costa, en donde el calor húmedo del trópico a menudo se hacía sentir con excesiva fuerza.

Claro que, si hemos de referirnos a las condiciones climáticas, he de decir que emprendimos el viaje en la peor época del año: en el momento álgido de la temporada de lluvias. Fue una imprudencia por mi parte, ya que, en efecto, las fuertes y frecuentes lluvias nos

acompañaron desde el primer momento, haciéndose especialmente intensas al cruzar la Cordillera Central, la alta sierra de más de seis mil pies[15] de altitud que, como una espina dorsal, recorre la isla de Luzón de Norte a Sur.

Makisig se encargaba de conducir el carro, que iba cargado de enseres hasta los topes y tirado por un gigantesco y corpulento carabao macho[16]. Tala viajaba junto a él, sentada sobre el pescante.

Yo cabalgaba a unas pocas varas por delante de la carreta, abriendo la marcha a lomos de mi precioso mesteño *Tinto*, al que tenía un especial cariño, puesto que me había sido regalado por Salcedo con motivo de mi último cumpleaños.

El panorama que nos rodeaba era ciertamente hermoso, incluso grandioso en algunos momentos. A pesar de los años que llevaba recorriéndolo, no me cansaba de admirarlo. Las enormes montañas y sus profundos valles, tapizados de un exuberante verdor tropical, se sucedían a nuestro paso, entretejiendo paisajes de una gran belleza.

El duro carabao se estaba comportando de un modo excelente a lo largo de todo el recorrido. Era un animal fuerte y noble como pocos. Sin embargo, al emprender la ascensión de uno de los últimos repechos, justo antes de coronar la cima del puerto que debía conducirnos hasta la otra vertiente de la cordillera, la lluvia comenzó a arreciar con tal fuerza, que el suelo comenzó literalmente a deslizarse bajo nuestros pies. Era como si, de repente, la pista sobre la que viajábamos se hubiera convertido en un río de lodo que nos empujara pendiente abajo.

La violencia de la corriente era tanta, que muy pronto amenazó con arrastrar consigo al animal, junto con el carro, y con todo lo que este llevaba encima. En un desesperado intento por conseguir que la bestia se sobrepusiera al imparable empuje de la montaña, Makisig la azuzó con gran ímpetu, además de gritarle a pleno pulmón, instándole a avanzar más rápido.

También yo me vi sorprendido por el inesperado corrimiento del terreno, debiendo centrar toda mi atención en dominar a mi propio caballo que, aunque en una posición más alta y segura que la de mis amigos, y sin el lastre añadido del carro, debía también hacer ímprobos esfuerzos por mantenerse firme frente al peligroso avance

de la avalancha.

El sonido de las piedras y del lodo derrumbándose pendiente abajo era ensordecedor. Y lejos de disminuir, iba en aumento.

Reconozco que temí por mi vida y por la de mis amigos. Solo espoleando y fustigando furiosamente a Tinto, algo que nunca antes había hecho, logré que el animal abandonara la corriente de lodo y fuera a colocarse sobre una superficie que, al menos en apariencia, se mantenía firme y segura.

En cuanto tuve la oportunidad de volverme hacia la carreta, observé que el carabao, fuera de sí, estaba siendo arrastrado y engullido por la avalancha de piedras y barro. Al menos su enorme corpulencia estaba protegiendo a Makisig y a Tala, que desde lo alto de sus asientos contemplaban atónitos la sobrecogedora escena.

El animal emitía lastimeros bramidos, cada vez más ahogados y desesperados, a medida que el barro iba penetrando en su garganta.

—¡Makisig! ¡Tala! —grité angustiado—. ¡Saltad hacia este lado…!

Los dos filipinos se limitaron a mirarme con ojos asustados. Iban acercándose al precipicio de un modo muy peligroso.

La tensión era tan alta, que Makisig, de tan fuerte como había tirado de las riendas tratando de dominar al carabao, las había partido y ahora se limitaba a sujetar los extremos, que colgaban entre sus manos.

Traté de acercarme a ellos y, agachándome hacia la carreta desde lo alto de mi caballo, extendí el brazo para asir la mano de Tala:

—¡Agárrate fuerte! —le animé—. ¿Podrás hacerlo?

—¡Sí! ¡Creo que sí…!

La mujer saltó y, menuda y ligera como era, no me fue difícil sujetarla en vilo y, haciendo de mis brazos una improvisada grúa, colocarla a salvo en terreno firme, al borde de la corriente.

Pero Makisig era un hombre grande y corpulento, al que estaba claro que no podría rescatar con la misma facilidad. Tenía que pensar algo, y tenía que hacerlo cuanto antes: el tiempo apremiaba más que nunca.

Por su parte, el carabao, al que ya dábamos por muerto, se hallaba completamente cubierto de lodo, y la carreta estaba a punto de caer al vacío con él. Entonces tuve una idea. Una de esas ideas

que acuden fugazmente a la mente cuando ya todo parece perdido.

—¡Makisig! ¡Las riendas! ¡Lánzame uno de los extremos y sujétate al otro!

El bravo igorrote siguió mis instrucciones sin perder un segundo.

Conseguí atrapar las correas en el aire y, entonces, lo más rápidamente que pude, las até al cuerno de mi silla mediante uno de los nudos marineros que había aprendido a lo largo de mi larga travesía.

Una vez asegurado el lazo, ordené a mi amigo:

—Ahora, ¡salta! ¡Y no te sueltes de la cuerda por nada del mundo!

Makisig obedeció. Sin embargo, el salto se quedó corto y mi amigo cayó en medio del río de tierra, que continuaba empujando con enorme fuerza.

De hecho, el carro cargado con todas mis pertenencias —no eran muchas, ni muy ricas, pero era todo lo que tenía— terminó por despeñarse, mientras Makisig yacía en el suelo todavía en peligro, aunque fuertemente aferrado a las riendas.

Comencé a tirar del caballo hacia uno de los lados del camino, hacia el lugar en donde Tala permanecía a salvo, rezando por la salvación de su marido, en medio de una gran angustia.

Con ayuda de mi caballo, conseguí arrastrar al valeroso Makisig lentamente hacia la orilla, donde la corriente perdía su fuerza.

Finalmente, cuando pudo por fin verse fuera del peligro, entre jadeos, acertó a decir:

—¡Muchas gracias, Gonzalo! ¡Nunca había visto el rostro de la muerte tan de cerca!

—Dáselas a Tinto, querido amigo. Él ha hecho todo el trabajo. Yo solo he tratado de dirigirlo lo mejor que he sabido…

—Os las doy a los dos… ¡Qué alegría volver a pisar terreno firme!

Viéndolo a salvo, Tala corrió a abrazar a su esposo. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, pero ahora ya no brotaban a causa de la pena ni del miedo, sino a causa de la inmensa alegría que experimentaba al ver a su marido definitivamente a salvo.

5

Pero mientras nosotros sufríamos las inclemencias de la estación de lluvias en su momento álgido, a no excesiva distancia de allí, en la costa más próxima a nuestro destino, la población local estaba siendo sometida a una prueba incomparablemente más dura que la nuestra. Tay-Fusa, un temible pirata japonés al mando de una poderosa flota, muy superior a la que España poseía en Filipinas, había escogido la cercana localidad de Aparri para establecer su centro de operaciones en el archipiélago.

Aparri era una ciudad situada en una posición estratégicamente inmejorable, en el extremo norte de la isla de Luzón. Su magnífica ubicación en la desembocadura del río Kahayan hacía de ella un lugar muy apto para el comercio. No en vano existía una antiquísima tradición de relaciones e intercambios con los japoneses. Una relación tan estrecha que hizo que, en algunos periodos de la historia, Aparri llegara a constituir una especie de ciudad-estado bajo la órbita de aquel país.

Pero ahora reinaba la anarquía en todo el Japón, cuya población llevaba más de un siglo desangrándose en una inacabable sucesión de luchas intestinas, hasta el punto de que eran los wakou (piratas japoneses) quienes en la práctica habían sucedido al gobierno de su país en el dominio y el control de todo el comercio en el mar de la China.

Las filas de estos depredadores del mar se nutrían fundamentalmente de tropas huidas de los señores feudales, de desertores del ejército y, sobre todo, de «ronin», esto es, samuráis sin señor.

Por todo lo dicho, no es de extrañar que los wakou eligieran Aparri como punto de partida para sus incursiones hacia el interior de Luzón, pues este era el verdadero objetivo de

Tay-Fusa:

hacerse con el dominio de la enorme isla, al menos de su parte

oriental, la más alejada de Manila y del incipiente poder español.

Mientras Makisig, Tala y yo atravesábamos la Cordillera Central, la flotilla de Tay-Fusa se encontraba ya muy cerca de su objetivo. Tanto, que previendo que pudiesen ser avistados desde la costa, el jefe pirata ordenó detener el avance de las embarcaciones y apagar los fanales de los barcos. A partir de ahora se mantendrían al pairo, a una distancia prudencial de tierra, a la espera de que transcurrieran las horas que faltaban hasta el amanecer. Era de crucial importancia atacar por sorpresa.

Para su más absoluta desgracia, nadie en Aparri podía imaginar el inminente desastre que se les venía encima. Ni siquiera los humildes pescadores que habían estado faenando durante la noche habían sido capaces de detectar la cercana presencia de Tay-Fusa y de sus barcos. El pirata sabía demasiado bien cómo debía acechar a sus presas sin que estas pudieran detectarlo.

Pero en cuanto las primeras luces del alba comenzaron a despuntar, Tay-Fusa dio la orden de lanzarse veloces hacia la costa, obligando a sus remeros a emplearse a fondo durante el breve trayecto.

Fue apenas cuestión de breves minutos que las naves piratas tocaran tierra en la infeliz población, cuyos habitantes, atemorizados, comenzaron a correr de un lado para otro, en el más absoluto desorden. Unos trataban de esconderse; otros de avisar a sus familiares y amigos; otros de ocultar sus bienes. Algunos, los más desesperados —o tal vez los más sabios—, abandonaron la ciudad, huyendo en dirección hacia las montañas…

Pero, como era de esperar, la conquista de Aparri resultó un mero trámite para los japoneses, que obligaron a los atemorizados pobladores a jurar obediencia y fidelidad a Tay-Fusa, así como al pago de onerosos tributos, que ni tan siquiera les liberaban de la posibilidad de ser reclutados para trabajar como esclavos de su nuevo señor.

Tay-Fusa era un luchador experto, un guerrero especialmente

hábil con la catana. Debido a su carácter, templado y decidido a un tiempo, había logrado labrarse un creciente prestigio entre su gente, que con el tiempo lo había elevado a la categoría de caudillo. En estos momentos, su autoridad entre los suyos era indiscutible.

Desde la baranda, situada a estribor de su magnífico junco, el pirata observaba la pequeña ciudad. A su lado se encontraba Shibata, su segundo, con el que conversaba acerca de sus proyectos más inmediatos:

—Aparri ocupa una posición muy ventajosa, pero será necesario emprender algunos cambios importantes. Por de pronto habrá que amurallarla…

Shibata era un destacado ronin, con un indiscutido prestigio entre el resto de los samuráis, lo que le confería una autoridad todavía mayor sobre los meros ashigaru o «soldados rasos». Entre las funciones que el pirata le había asignado se incluía la de administrar sus bienes.

—Señor, nuestras arcas están prácticamente agotadas, no contamos con el caudal necesario para emprender grandes obras.

—Me parece que no lo has entendido bien, Shibata. No te he pedido tu opinión. Lo único que necesito es que hagas lo que te ordeno. Te bastará con poner un poco de imaginación y de iniciativa de tu parte: obliga a trabajar a los hombres, roba el material… Haz lo que quieras, pero sobre todo no me contradigas y no me lloriquees. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor. Así lo haré… —El lugarteniente bajó la cabeza y comenzó a calcular el número de esclavos que necesitaría para satisfacer la voluntad de su jefe.

Pero los deseos de Tay-Fusa no acababan ahí. Continuó dándole nuevas instrucciones:

—Mientras tanto, quiero que selecciones la mejor casa de la ciudad y que la acondiciones para mi uso. Y no te olvides de que tengo prisa: no quiero continuar viviendo a bordo de este cascarón ni un solo minuto más de los estrictamente necesarios.

Al lugarteniente le había quedado muy claro que de nada le valdría rebatir, y mucho menos contradecir, las palabras de su señor. Haciendo una respetuosa reverencia, se despidió inquieto, con la interna preocupación de poner en práctica, en el plazo más breve posible, cuanto le acababa de ser ordenado.

Así, sin perder un instante, envío a una partida de jinetes, hombres que destacaban por su brutalidad, con el único encargo de limpiar de gente las calles de la ciudad. Con ello Shibata buscaba que Aparri se encontrara completamente libre de obstáculos a su llegada. Así podría recorrer la ciudad a sus anchas y, en definitiva, ganaría tiempo a la hora de localizar la casa que considerara más adecuada para instalar a su señor.

Los jinetes ronin que había seleccionado se lanzaron al galope a lo largo y ancho de las estrechas y polvorientas calles, obligando a los desdichados ilocanos a correr a encerrarse en sus hogares.

Al mismo tiempo que atemorizaban a los viandantes con la violencia de sus cabalgadas, vociferaban instrucciones en japonés que solo en contadas ocasiones repetían en un ilocano tan corrompido, que la mayoría de los pobladores eran incapaces de comprender. Pero los caballos continuaban galopando cada vez más rápido, sin que a sus jinetes les inquietara la posibilidad de arrollar a su paso a cualquiera de los desdichados que pudieran cruzarse en su camino, ni siquiera en el caso de que se tratara de ancianos, de mujeres, o incluso de niños. De hecho, fueron muchos los heridos y no pocos los que murieron bajo las patas de sus caballos. A estos últimos los echaban a los perros para evitar que se pudrieran en mitad de la calzada. Lo hacían entre grandes risotadas, que no eran sino una demostración más de su endurecida e inhumana condición.

Pasadas sólo algunas horas, la situación en las calles pareció recobrar algo de su habitual tranquilidad. A pesar de ello, Masaya, de unos cuarenta años de edad padecía terriblemente las consecuencias derivadas de la invasión de su ciudad. Era viuda y tenía cuatro hijos. Aguardaba nerviosa el regreso de su madre, que había salido hacía aproximadamente una hora, acompañada de Kaya, la menor de sus hijas, de tan solo siete años. Habían acudido a visitar a Hamog, una vecina enferma, a la que tanto la abuela como otras mujeres se turnaban para ayudar en sus quehaceres domésticos. A pesar del riesgo que entrañaba la posibilidad de toparse con la conocida brutalidad de los invasores, habían partido muy de mañana, cuando las calles por lo general permanecían tranquilas y casi desiertas. La anciana no había querido ni oír hablar acerca de la posibilidad de dejar de atender a su buena amiga enferma, y la, que había estado enferma, llevaba tantos días

sin salir de casa, que acompañar a su abuela había llegado a ser una auténtica necesidad para ella. Por eso Masaya, considerando que la casa de la vecina estaba a tan sólo dos manzanas, y no atreviéndose a contradecir a la anciana, había terminado por ceder.

Pero había transcurrido ya tanto tiempo desde que se habían marchado, que no solo ella, sino también sus hijos mayores, ya de una cierta edad, comenzaron a impacientarse: estaba claro que su abuela y su hermana estaban tardando más de lo previsto.

Pero lo peor de todo era que, de un tiempo a esta parte, desde el exterior volvían a llegar sonidos confusos y nada tranquilizadores: jinetes al galope vociferaban de nuevo órdenes en un idioma que nadie entendía. A veces se oían gritos también en ilocano: gritos sobre todo de miedo, de ansiedad o de dolor…

Tapang, el hijo mayor de Masaya, había cumplido ya los dieciocho años. Hasta la llegada de los piratas había trabajado como pescador a bordo de una pequeña embarcación de vela que había heredado de su padre. A pesar de su juventud, se había ganado en Aparri una merecida fama como experto navegante, incluso entre sus compañeros de profesión. Acostumbrado a pasar largas horas al aire libre a bordo de su balandro, el muchacho soportaba mal las horas de encierro. Por eso, víctima de sus nervios crispados, que fue incapaz de resistir por más tiempo, se encaminó hasta la puerta de la casa y, sin manifestar a nadie su propósito, la abrió con la decidida intención de salir en busca de su abuela y de su hermana.

En cuanto su madre lo vio, le apremió con voz firme:

—¡Hijo mío! ¡Por favor! ¡Cierra esa puerta! ¿Acaso quieres que nos maten? ¿No te das cuenta de que es peligroso que te vean esos hombres?

Pero, por desgracia, las palabras de Masaya llegaron tarde: esos breves instantes fueron suficientes para que su hijo Tapang presenciara la violenta muerte de su abuela y de la pequeña Kaya, arrolladas por las patas de uno de los caballos que corrían casi desbocados por las calles, y que iba montado por una especie de salvaje que, por su aspecto y desaforada actitud, más se asemejaba a un demonio que a un hombre.

Entonces, con la mirada perdida y el rostro desencajado, Tapang cerró la puerta.

Al menos las palabras de su madre le habían impedido ver cómo

un grupo de ashugari recogía los cadáveres y los arrojaba a los perros hambrientos, que apenas tardaron algunos pocos minutos en devorarlos…

Aunque el muchacho trató de ocultarlo, su rostro manifestaba bien a las claras el horror de lo que acababa de presenciar. Masaya fue la primera en percatarse de lo ocurrido. Supo entonces en su corazón que acababa de perder a su propia madre y a la más pequeña de sus hijas, cuya corta vida acababa prácticamente de comenzar. Por eso, aunque trató de ser fuerte, no pudo evitar que un llanto amargo y desconsolado se apoderara de ella. Como era de esperar, a su llanto no tardó en sumársele el de sus hijas. Incluso Tapang, a pesar de que hizo auténticos esfuerzos por aparentar fortaleza y mantenerse sereno, rompió también a llorar con gemidos auténticamente desgarradores.

Transcurrida aproximadamente una hora, cesaron de oírse las aterradoras galopadas de los caballos. Ahora era Shibata el único jinete que cabalgaba a lo largo de las calles de la ciudad, acompañado tan solo por una pequeña escolta de seis o siete hombres. En contraste con el precedente galope frenético de sus hombres, su marcha era ahora muy lenta, sin ninguna prisa aparente. A su paso estudiaba detenidamente el aspecto de cada uno de los edificios, desmontando de vez en cuando para examinar el interior de aquellos que a su juicio podrían servir de morada a su señor.

Hacia el mediodía, cuando finalmente dio por concluido su exhaustivo recorrido de inspección, el lugarteniente se decidió por una casa grande, de tres plantas, en muy buen estado de conservación y fabricada con excelente madera de acle. Su emplazamiento se encontraba muy próximo al hogar de Masaya.

La desventurada familia que había sido dueña de la casa escogida por el pirata, una familia de origen noble, fue hecha prisionera y embarcada para su próxima venta en el continente. Conociendo a Tay-Fusa, Shibata juzgó que a su señor no le gustaría saber que los antiguos propietarios de su mansión continuaban viviendo en las cercanías. Los desdichados fueron obligados a abandonar su morada entre auténticos alaridos y gritos de desesperación, ya que, al lógico dolor

por la pérdida de su hogar y de todos sus bienes, se añadía otro aún más acerbo, causado por su inevitable temor ante un destino incierto y cruel.

Nada de esto pasó inadvertido a Masaya y a los suyos: era difícil no conmoverse ante los desgarradores clamores de sus vecinos, con los que siempre habían mantenido una estrecha relación de amistad.

Todavía muy afectado y tembloroso por la reciente muerte de sus seres queridos, Tapang comentó:

—Madre, si los piratas están haciendo prisioneros para vender como esclavos, debemos pensar en cómo escapar de sus manos.

Masaya era una mujer inteligente a la que las situaciones de tensión y dolor intenso, en lugar de paralizar, conseguían agudizar el ingenio. No tardó en responder a su hijo:

—Tienes toda la razón, Tapang: os esconderéis en la alacena.

La alacena era como llamaban a una especie de pequeña bodega, de escasa profundidad, que en ocasiones utilizaban para guardar alimentos, para protegerlos del calor y conservarlos hasta el día siguiente.

—Pero madre, ahí dentro no cabremos todos —protestó su hija mayor.

—Claro que sí, Tawa. Desde la llegada de los piratas, en la alacena no hay nada. El hueco está completamente vacío, así que ya veréis como sí que cabéis.

Abriendo la trampilla del pequeño almacén, los tres hermanos se introdujeron en la pequeña cámara, ciertamente apretados, pero con espacio y aire suficiente para resistir durante unas cuantas horas, en caso de que llegara a ser necesario.

Una vez probada la eficacia del refugio, volvieron a salir hasta el momento en el que realmente lo necesitaran. Todos parecieron sentirse algo más confiados y, sin embargo, Tawa, de 13 años, con una cara muy seria, se dirigió a su madre para decirle:

—Pero, madre, yo no quiero meterme ahí dentro y salvarme mientras los piratas se la llevan a usted para venderla como esclava. Prefiero correr su misma suerte…

Masaya se enterneció tanto con la noble reacción de su hija, que notó que gruesas lágrimas volvían a resbalar por sus mejillas. La abrazó con inmenso cariño y le susurró al oído:

—Hija, no os llevarán a vosotros, y tampoco me llevarán a mí. No pienso abandonaros. Debes confiar un poquito más. Tu madre tiene un plan para que nos salvemos todos, ¿de acuerdo?

—Sí, madre —respondió Tawa, con una tímida sonrisa que consiguió iluminar su cara, todavía mojada por las lágrimas.

Pero un violento griterío exterior, que iba en aumento y que parecía acercarse hacia la casa, interrumpió en seco la conversación.

—¡Rápido, a la alacena! —ordenó Masaya—. Y esta vez no salgáis de ahí hasta que yo os avise. ¿Entendido?

Sus hijos obedecieron con rapidez y, acto seguido, la mujer corrió a ocultar la trampilla de acceso bajo una basta alfombra de fieltro y un viejo y destartalado arcón que colocó encima. Después, avanzando lentamente hacia la puerta, mientras las voces exteriores se hacían cada vez más fuertes y cercanas, comenzó a despeinarse el pelo hasta colocárselo en un completo desorden. Quería aparecer desgreñada y descuidada ante los piratas. Confiaba en que los cabellos revueltos le hicieran parecer más vieja y grotesca. A su paso tomó la tosca muleta que su desdichada madre había empleado para moverse por la casa y, cojeando e imitando el modo de caminar de una anciana, se dispuso a abrir. Sin embargo, antes de que alcanzara la puerta, esta se abrió de un golpe violento que la desencajó de sus goznes y que, por muy poco, no llegó a alcanzar a Masaya.

—¡Maldita mujer! ¿Por qué has tardado tanto? ¿Qué es lo que tratabas de ocultar? ¡No tenemos todo el día…! —fue el saludo del primero de los tres ashugari que encontró plantados en el umbral de su casa. Al menos el cabecilla se esforzó por comunicarse en un ilocano francamente rudimentario, pero comprensible.

—Perdón —respondió Masaya, con extremada humildad—. Mis huesos me impiden caminar más rápido…

—¡¿Vives sola?!

—No, bueno…, sí.

El pirata, suspicaz ante la respuesta dubitativa de Masaya, la amenazó:

—¡No se te ocurra mentirme, bruja!

Adoptando de nuevo una actitud estudiadamente humilde, Masaya respondió:

—Perdón, señor. No he pretendido engañarle. Vivía con mi anciana madre y con mi hija hasta hoy, pero hace solo unos instantes que han muerto atropelladas por los caballos…

Nada más mencionar la muerte de su madre y de su hija menor, Masaya volvió a echarse a llorar con un llanto tan amargo y sentido que fue más que suficiente para convencer a los tres ashugari de que decía la verdad. Viéndola además medio tullida, se dieron media vuelta y, sin siquiera pronunciar unas elementales palabras de despedida, se marcharon a otras casas. Buscaban nuevos candidatos para ocupar el barco esclavista que Shibaru había decidido organizar como medio de rentabilizar el viaje que los antiguos propietarios de la casa de Tay-Fusa tendrían que hacer.

Calados hasta los huesos y sin la ayuda del carabao, ni de ninguno de los utensilios con que esperábamos comenzar la construcción de la nueva casa, nos vimos obligados a guarecernos bajo un gigantesco balete[17], a la espera de que el tiempo mejorara, algo que no ocurrió hasta pasada otra hora y media de lluvia torrencial. Solo entonces pudimos retomar la marcha.

Coronamos finalmente el puerto de montaña, de modo que muy pronto nos encontramos descendiendo hacia los primeros valles de la vertiente oriental de la cordillera. Pero no tardamos en vernos en la necesidad de pasar la noche en la más absoluta intemperie. No se veía ningún caserío por la zona y, según me dijeron Makisig y Tala, dirigirnos hasta la aldea más cercana nos hubiera desviado mucho, además de que nos hubiera llevado demasiado tiempo.

Dedicamos un buen rato a fabricar un rudimentario techo de hojas de palma y a encender una hoguera en la que asamos los últimos trozos de carne que nos quedaban, los que se habían conservado a salvo dentro de las alforjas de mi caballo. El fuego también nos fue de gran ayuda para contribuir a secar la tierra sobre la que trataríamos de dormir.

Cuando, finalmente, tras casi dos días completos de marcha, conseguimos llegar a nuestro destino, era ya media tarde y, aunque todavía había luz, no tardaría en anochecer, dada la velocidad con la que el sol se oculta en los trópicos.

El último repecho, antes de alcanzar la elevada colina que me había fijado como meta, se nos hizo especialmente duro, hasta el punto de que, a media altura, Tala sugirió que nos detuviéramos a acampar allí mismo:

—¿Qué tal si pasamos la noche aquí? El suelo está seco y mañana tendremos tiempo de culminar la subida. Tengo que reconocer que estoy muy cansada.

Viéndola realmente exhausta, me apiadé de la buena mujer y accedí a su petición. Además, puesto que apenas nos quedaban unas pocas sobras de los víveres que habíamos podido comprar a nuestro paso por una pequeña granja, consideré que la mejor manera de combatir el hambre sería adelantando la hora de dormir.

Sin embargo, la Providencia nos tenía preparada una sorpresa con la que, desde luego, ninguno de los tres habíamos contado.

Makisig fue el primero en darse cuenta de que no estábamos solos. De que alguien nos estaba observando desde la espesura que nos rodeaba.

Sin decir nada a su esposa ni a mí, el filipino se acercó hasta el lugar en donde sabía que había alguien al acecho, y le conminó a que se diera a conocer:

—¿Quién anda ahí? Sabemos que se esconde tras los arbustos: salga a donde podamos verle.

Para nuestra sorpresa, quien asomó al exterior resultó ser una muchacha de unos dieciocho años, cuyo hermoso y delicado semblante, en la medida en que sea cierto que la cara es el espejo del alma, denotaba una inusual bondad y delicadeza de espíritu.

Quedé muy impresionado ante la aparición de la joven, más aún cuando escuché el timbre de su voz, impregnado igualmente de una gran dulzura y serenidad:

—Perdonen ustedes —dijo mientras nos dedicaba una ligera reverencia al estilo oriental—. No quería asustarles. Mi nombre es Liway, vivo con mis padres al pie de esta montaña, no lejos de aquí.

—Perdónenos usted, señorita —me apresuré a intervenir—. Mi amigo en ningún modo pretendía ser descortés. Llevamos varios días de viaje, con apenas contacto humano, y me temo que nos hemos acostumbrado de tal modo a la soledad, que sin pretenderlo hemos llegado a olvidar un poco las formas.

—No se preocupen, no me han ofendido. ¿Tienen ustedes

hambre? ¿Querrían venir a cenar a mi casa? Les presentaré a mis padres.

No dábamos crédito a lo que estábamos escuchando. ¿De dónde había salido ese pequeño ángel? En cualquier caso, el ofrecimiento no podía llegarnos en un momento más oportuno: los tres expedicionarios estábamos mortalmente hambrientos y cansados. La mera idea de probar una verdadera comida, bajo techado, en lugar de las provisiones caducas que habíamos debido racionar durante las últimas horas, nos atrajo con una fuerza muy difícil de resistir.

Sin embargo, no queriendo resultar una carga para aquella muchacha, de la que nada sabíamos y cuyo candor casi parecía el de una niña, hizo que declináramos la invitación, esta vez con formas mucho más corteses que las utilizadas en un primer momento.

Pero Liway no solo aparentaba tener corazón, sino que lo tenía de verdad. Por eso, viéndonos tan cansados y desmejorados, volvió a insistir, incluso con mayor énfasis:

—Por favor, no se nieguen. Mis padres estarán encantados de poder ayudarles. Si supieran que están aquí, abandonados a su suerte, y que no los he llevado a casa, se disgustarían mucho.

—Pero, Liway —le dije, con tanta confianza como si la conociera de toda la vida—, no sabes nada de nosotros, quiénes somos, si somos ladrones, o asesinos, o gente peligrosa…

—No tenéis cara de nada de eso. Tenéis cara de no ser ni ladrones, ni piratas, ni peligrosos. Y veo que tú eres castellano.

—Muy bien, pero ser castellano no quiere decir que sea honrado.

—Pero tú eres castellano honrado, como los padres de
Lal-lo.
Ahora, por favor, seguideme.…

No fuimos capaces de resistirnos más. Venció nuestra necesidad de saciar el hambre, unida a nuestra enorme curiosidad por penetrar más profundamente en el misterio de aquella extraña muchacha tan generosa. Me llamó mucho la atención que la joven mencionara a los padres dominicos que, al parecer, a pesar del poco tiempo que llevaban instalados en la región, habían comenzado ya a dar sus frutos con su benéfica presencia. Tal vez la generosa hospitalidad de que hacía gala nuestra anfitriona no se debiese sino

a las enseñanzas cristianas de los frailes, que según supe más tarde, también habían comenzado a enseñarle a leer y a escribir.

En efecto, la casa de la joven no estaba lejos. Aunque, más que una casa al estilo español, más bien podría describirse como una amplia choza cuadrangular, con paredes de madera y techo de palmas secas. Las puertas y las ventanas se cubrían también mediante hojas de palma entretejida. Se trataba, más exactamente, de un palafito, ya que, para protegerse de la humedad y de las alimañas, todo el edificio descansaba sobre postes de madera dura y resistente, de aproximadamente tres pies de altura.

Había otra construcción adyacente, de forma parecida al edificio principal, si bien algo más grande y descuidada, en donde al parecer se guardaban algunos animales domésticos.

Los padres de Liway, cuyos nombres respondían a los nombres de Lakas («fortaleza») y Araw («día»), no mostraron excesiva extrañeza ante la llegada de su hija acompañada por tres desconocidos. Los dos campesinos parecían una réplica casi exacta de su hija: eso sí, con veinte o veinticinco años más. Conformaban una simpática pareja de sonrientes isleños, que también se mostraron extraordinariamente hospitalarios y acogedores. Tan solo parecieron asombrarse un tanto al verme a mí, puesto que, con excepción de los frailes, apenas había europeos que hubiesen pisado aquellas tierras, un tanto apartadas de la costa.

En el interior del bohío reinaba la máxima sobriedad. El suelo era de troncos cubiertos por tierra aplastada, y apenas había enseres o muebles que lo cubriesen. Solo en el centro de la estancia resaltaba una esterilla de fieltro sobre la que descansaba un tosco arcón de madera pobremente tallada, cuya cubierta, plana y horizontal, hacía las funciones de mesa para todo tipo de menesteres. Por supuesto, a la hora del almuerzo se colocaban encima los alimentos, mientras los comensales se sentaban a su alrededor, sobre el mismo suelo, o sobre una especie de taburetes tan rudimentarios como la pretendida mesa.

Con la ayuda de Liway, Araw preparó la mesa en muy poco tiempo, mientras Lakas ejercía su oficio de anfitrión, dándonos conversación a los invitados, que esperábamos sentados en un rincón de la estancia.

Tan pronto como la mesa estuvo preparada, Araw hizo una señal

para que nos acercáramos a compartir la sencilla cena.

A los tres viajeros nos resultó suculenta desde el primer momento, ya que, tras los largos y trabajosos días que llevábamos a cuestas, durmiendo a la intemperie y comiendo alimentos fríos, nos vimos muy gratamente sorprendidos por un primer plato de hinalabos (marisco al vapor en su propia salsa), al que siguió una bandeja de arroz «sinangag» (arroz frito con ajos) y un buen plato de bagoong (pasta de pescado fermentado), todo ello acompañado por una generosa fuente de mangos y guayabas.

Para beber pudimos escoger entre leche de coco y jugo de piña.

6

Como era de prever, la conversación fue animándose mucho a medida que avanzaba la cena. La sencillez de aquellas buenas gentes permitió que muy pronto se estableciera entre nosotros una asombrosa corriente de confianza y cordialidad. Curiosamente, Liway era la única que permanecía callada casi todo el tiempo, y las raras veces que intervenía lo hacía solo para responder a alguna pregunta que se le formulaba directamente, o para facilitar algún dato concreto que a sus padres no les venía a la cabeza.

Este bonito detalle de discreción me encantó: creo que ya desde aquel temprano momento comencé a enamorarme de ella, y a ver en la muchacha un completo modelo de virtudes.

Una vez finalizada la agradable colación, que casi resultó un banquete para nosotros, nos recogimos en uno de los rincones de la amplia estancia y allí continuamos charlando de un modo todavía más distendido, con el acompañamiento de algunos licores tradicionales.

Sin embargo, durante el tiempo que había durado la cena, y a pesar del carácter franco y cordial de nuestros anfitriones, me pareció percibir que había algo negativo, algo así como una sombra de miedo, una especie de temor indefinido, que flotaba en el ambiente. Creí apreciar que, en medio de su innegable actitud hospitalaria y risueña, los montañeses estaban siendo incapaces de disimular el sufrimiento que les producía la cercanía de alguna importante causa de desasosiego y preocupación. Al menos así lo daban a entender sus ojos, muy especialmente los de Lakas. Por otra parte, a medida que se prolongaban las conversaciones, yo no hacía más que confirmarme en mis sospechas.

Pero, como creo haber dicho ya, una vez acomodados en el rincón, Araw nos ofreció un agradable licor llamado «basi», un licor que ella misma elaboraba a base de caña de azúcar fermentada. Y, claro, la bebida hizo que, al cabo de un par de tragos, todos mis

convencionalismos y prevenciones de recién llegado se vinieran abajo casi de inmediato. En seguida dejé de plantearme la posibilidad de que pudiera resultar inoportuno por mi parte exponer la cuestión que tanto me estaba intrigando:

—Lakas, verás, nuestra intención es instalarnos en esta región: nos gustaría construir una casa a lo alto de la colina. Por eso, perdóname si juzgas mi pregunta un tanto entrometida, pero no consigo quitarme de encima la impresión de que, en medio de vuestra innegable alegría hogareña, existe algo que os preocupa, por eso, como buen vecino, quería preguntaros: ¿es cierto? ¿O son figuraciones mías?

Lakas, al igual que su mujer y que Liway, se quedó momentáneamente sin habla. Era evidente que ninguno de ellos se esperaba una pregunta tan directa y, mucho menos, tan atinada.

Por mi parte no podía ignorar que los orientales están habituados a un modo de relacionarse mucho más delicado y lleno de matices que los españoles. Pero lo cierto es que yo, a pesar de mis muchos años de aculturación en Filipinas, seguía siendo incapaz de emplear otro trato que el espontáneo y franco que había heredado de mis padres. Menos aún con una buena cantidad de basi en el cuerpo.

El silencio se prolongó durante unos cuantos segundos, los que Lakas necesitó para reflexionar antes de darme una respuesta. Transcurrido ese tiempo, respondió de un modo que, a su manera, resultó ser también muy claro y sincero:

—Amigo Gonzalo, puesto que eres mi invitado y vas a ser nuestro vecino, responderé a tu pregunta con la misma claridad con que habláis los castellanos. No puedo ocultarte que, en efecto, mi familia y yo estamos bastante angustiados. Y que la causa está en la cercana actividad desplegada recientemente por los piratas chinos y japoneses que, después de haber sido derrotados en Manila, se han desplazado hasta aquí, aprovechando que la presencia castellana es casi inexistente en esta región. Por eso sus rapiñas sobre nuestras costas han regresado recientemente: desde su base en Aparri, han comenzado a asolar el norte de la isla, adentrándose en sus pillajes varias leguas tierra adentro, cada vez más lejos, dejando a su paso un horrible reguero de muerte y destrucción. A quienes no matan, sin distinguir entre hombres, mujeres, ancianos y niños, los llevan a

China o a Japón para venderlos como esclavos. Los más peligrosos entre todos estos piratas son los «ronin»: los samuráis sin señor. Son expertos guerreros, tan despiadados como invencibles. Además, están muy bien armados, también con armas de fuego que les han vendido los portugueses. A pesar de que apenas hace unos días que han llegado, nosotros mismos hemos perdido ya a un buen número de amigos y parientes que vivían en la costa. Algunos han muerto y otros estarán ahora padeciendo las más terribles pruebas en medio de un trato inhumano y cruel. Por todo esto, y porque sus saqueos van creciendo en maldad y en atrevimiento de día en día, tememos por nuestras personas y por nuestra libertad. Si mis sospechas terminan confirmándose, no pasará mucho tiempo antes de que los veamos merodeando por aquí, y entonces comenzarán a apoderarse de todo cuanto tenemos, hasta de nuestras propias vidas… Incluso nos estamos planteando abandonar nuestra casa. Pero no es una decisión fácil. Todo lo que tenemos está aquí…

Ante una confesión tan sincera, Tala, Makisig y yo quedamos profundamente impresionados. El peligro era tan cercano y real que, con vistas a elevar los ánimos, hicimos lo posible por cambiar de conversación, pasando a hablar de los padres dominicos de Lal-lo, a los que, como ya he dicho, yo conocía por haberlos acompañado hasta estas tierras cuando vinieron a instalarse.

Tanto Araw como Liway se manifestaron muy complacidas con la llegada de los frailes. Proclamaron con enorme satisfacción que habían comenzado a recibir catequesis de doctrina cristiana, así como clases para aprender a leer y escribir. Lakas, por su parte, se mostró tal vez algo más frío ante la presencia de los religiosos, aunque sin llegar a mostrarse contrario. Yo creo que el nerviosismo motivado por la cercanía de los piratas le tenía demasiado alterado como para valorar otras cuestiones que, en aquellas circunstancias de inquietud, se le antojaban de menor calado.

De cualquier manera, llegados a este punto de nuestro coloquio, aduciendo lo avanzado de la hora y el enorme cansancio que traíamos acumulado después de nuestro largo viaje, no tardamos en retirarnos a descansar.

Lakas y Araw, fieles a su carácter tan sumamente hospitalario, nos proporcionaron un cómodo refugio junto a su casa. Después de

varios días durmiendo a la intemperie, agradecimos mucho volver a descansar bajo techado, completamente a salvo de la lluvia que fácilmente podría descargar durante la noche.

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano, apenas amanecido, al igual que hizo nuestra familia de acogida, con la que disfrutamos de un agradable desayuno, durante el que los negros temores de la víspera parecían haber quedado atrás.

Al terminar, Araw y Lakas insistieron en que tomáramos prestados algunos de sus instrumentos de trabajo para que pudiéramos comenzar la construcción de la casa de la montaña. Aceptamos agradecidos, puesto que todos mis utensilios habían perecido con el carro y el carabao cuando habían sido arrastrados por la fuerte riada.

Pero, además, como continuábamos tan desprovistos de alimentos como la víspera, nos volvieron a invitar a comer a su casa.

Yo no sabía cómo agradecer la bondad de estas sencillas gentes. Sin embargo, recordando la triste conversación de la víspera, cuando Lakas nos había manifestado su preocupación por la creciente invasión pirata, decidí que la mejor manera de hacerlo sería tomándome muy en serio aquel grave problema. En primer lugar, verificaría cuánto había de cierto en sus palabras y, en caso de confirmarse su veracidad, no cejaría en mi empeño hasta hallar el modo de expulsar a los ronin de aquellas tierras.

Nos despedimos hasta el mediodía, mientras nos dispusimos a emprender la subida de la pronunciada pendiente que aún nos separaba de la cima de la colina. Sin embargo, después del largo y reconfortante sueño del que habíamos disfrutado, nos encontrábamos nuevamente frescos, y la ascensión no nos supuso un esfuerzo excesivo.

Una vez en lo alto, Makisig y Tala coincidieron en que tanto el aire como las vistas que se dominaban a lo alto, eran extraordinarios.

Por lo que a mí respecta, el lugar tampoco me decepcionó en absoluto: seguía siendo tal y como lo recordaba en mi mente. Era, sin duda alguna, el lugar de mis sueños. La fresca y suave brisa reinante procedía sin obstáculos desde el mar, por lo que, además de agradable, tenía un efecto vigorizante. La cumbre de la colina

formaba una especie de meseta cuya extensión era más que suficiente para las necesidades de mi proyectada granja.

Makisig y yo nos dirigimos hasta un cercano bosque formado por diversas especies tropicales y comenzamos a cortar los árboles que nos servirían de pilares, mientras Tala se afanaba en recolectar algunos frutos con los que obsequiar más tarde a nuestros vecinos.

Los tres trabajamos de firme durante toda la mañana hasta que, cansados, poco antes del mediodía, volvimos a reunirnos para descender la milla, o milla y media, que nos separaba de la familia de Liway.

En esta ocasión charlamos —o, más bien, he de reconocer que fui yo quien fundamentalmente habló— de mi infancia en Nueva España, así como de los pintorescos habitantes que encontramos al paso de nuestra flota por las distintas islas del Pacífico, y de otras mil anécdotas sucedidas durante las largas cabalgadas en las que había acompañado a mi amigo Juan de Salcedo a través de la isla de Luzón.

Contrariamente a lo ocurrido el día anterior, Liway se mostró muy comunicativa: a nadie se le escapó que el relato de mis andanzas, desde mi infancia hasta el presente, pareció interesarle enormemente.

También yo disfruté narrando mis experiencias ante un auditorio tan entregado. Aunque, para mi vergüenza, he de reconocer que en ocasiones exageré un poco algunos sucesos, y no solo eso, sino que lo hice de una forma que tal vez no hubiera hecho si Liway no hubiera estado presente, escuchando con tanta atención.

En cualquier caso, la joven quedó realmente cautivada por el exótico y novelesco relato que hice. Sus ojos todavía relucían de emoción cuando nos vimos repentinamente sorprendidos por el inconfundible sonido de unos pasos que, caminando sobre las maderas del palafito, se aproximaban hacia la entrada de la cabaña.

Nada más percibir las pisadas, Lakas se levantó como un resorte y corrió a la puerta a averiguar de quién se trataba.

Para su tranquilidad y la de todos nosotros, en seguida reconoció al recién llegado:

—¡Ah! ¡Mayabang! ¡Eres tú…! Nos habías sobresaltado un poco.

—Lo siento, Lakas. He visto algunos extraños merodeando por la montaña y he venido a ver si estabais bien.

—Son nuestros invitados. Ven, pasa y los conocerás. Llegaron ayer por la noche, vienen de Vigán.

Entonces hizo su entrada en la estancia un joven de una edad muy parecida a la mía. Se trataba de un muchacho alto y apuesto, de porte más bien marcial. Al menos su aspecto recordaba más al de un guerrero que al de un campesino. Nos dirigió a los forasteros una mirada altiva y severa, casi diríase que desafiante, de modo que la primera impresión que me produjo no fue del todo positiva.

A pesar de la curiosidad que sentía por nosotros, su mirada se detuvo muy especialmente en Liway, en cuyos ojos debió leer una cierta admiración hacia mí o, cuando menos, hacia el relato que acababa de exponer acerca de mis viajes. El caso es que, acto seguido, el joven me observó con detenimiento, incluso con cierta insolencia, como quien estudia a un declarado enemigo.

Yo acababa de cumplir 25 años por aquel entonces y cuando escribo estas memorias, casi cuarenta años más tarde, creo poder afirmar, sin pecar de vanidad, que me había convertido en un apuesto joven. Pues, a pesar de los muchos sinsabores padecidos a lo largo de mi infancia y de mi adolescencia, o tal vez a causa de mis esfuerzos por sobreponerme a ellos, había crecido alto y fuerte. Mi pelo era fino, de color castaño muy claro, casi rubio, como el de mi madre, y mis ojos, vivos y ágiles, habían adquirido una marcada tonalidad azul verdosa, que recordaba mucho a los de mi padre. En conjunto, mi rostro denotaba entereza y decisión, lo cual no debió de gustar mucho a nuestro visitante.

A pesar de todo, tanto Tala como Makisig y yo mismo, tratamos de guardar las formas y de mostrarnos amables con Mayabang. Recuerdo que incluso me puse de pie para saludarle, como es costumbre hacer en España al ser presentado a un desconocido, a la vez que le comuniqué, con la mejor de mis sonrisas, nuestra intención de instalarnos en la región y de establecer una relación de amistad con todos sus habitantes.

—Esta no es una región fácil ni segura para venir a establecerse, y menos aún para extranjeros —replicó secamente Mayabang, sin el menor esfuerzo por mostrarse amable.

—No soy extranjero —traté de explicarle—, llevó la mayor parte de mi vida en Luzón, desde que era casi un niño.

—Un castellano siempre será un castellano —volvió a responder

el altivo visitante, en un tono aún más desagradable si cabe.

Pero entonces Lyway, para sorpresa de todos y mía desde luego, indignada por la manera en la que su paisano se estaba comportando conmigo, intervino decidida, sin ocultar su irritación. Me impresionó mucho el animoso carácter que la muchacha demostró tras su pacífica apariencia. A todos nos quedó claro que su alma era mucho más rica y guardaba muchos más registros de los que hubiera podido pensarse tras un primer encuentro meramente superficial. Pero, sobre todo, me alegró ver que lo que le movía a expresarse con tanto ardor era precisamente la defensa de mi persona.

—Mayabang, estás en nuestra casa, y estás tratando con nuestros invitados. No es correcto que te dirijas a ellos de un modo tan desabrido, son nuestros amigos, y no podemos tolerarlo.

El aludido se acaloró visiblemente. Aunque su tez cetrina ocultaba en parte el rubor, este se hacía evidente.

Tala, con su perspicaz intuición femenina, advirtió que el muchacho estaba muy enamorado de Liway, y que su actitud arisca y ruda venía motivada por el hecho de haber presentido en mí a un peligroso rival. En ese sentido, la intervención de Liway, que sin duda había supuesto una profunda humillación para Mayabang, no haría más que agravar las cosas. Tala se temió que a partir de entonces sería inevitable contar con un enemigo entre las gentes de la comarca.

—Solo he querido comprobar que estabais bien. Creía que sería favorablemente recibido en vuestra casa, como lo he sido siempre. Pero ya veo que desde que escucháis las recomendaciones de esos frailes —volvió a reponer el joven con el tono frío y arrogante que había empleado en todo momento—, preferís el trato con extranjeros. Y, ya que me rechazáis, me voy. Así estaréis mucho más tranquilos con vuestros «invitados».

Además de frialdad, había auténtica rabia en sus palabras.

Haciendo una leve inclinación oriental, el ofendido Mayabang abandonó la estancia.

El ambiente, que al finalizar mi relato había sido alegre y cálido, se había estropeado por completo. En su lugar había quedado una atmósfera afligida y triste.

—No comprendo qué es lo que le ha ocurrido a este muchacho

—manifestó Lakas—. Nunca ha sido una persona excesivamente extrovertida ni alegre, pero jamás hubiese pensado que fuese a comportarse de una manera tan grosera. Hija mía, has hecho muy bien en pararle los pies.

Araw, al igual que Tala, era muy consciente de lo que había ocurrido, sin embargo, prefirió guardárselo para sí misma. Sabía perfectamente que Mayabang andaba detrás de Liway desde que eran prácticamente unos niños. Pero ni a ella ni a su hija les había gustado nunca ese chico. Es cierto que a pesar de todo habían procurado mantener con él y con sus padres —recientemente fallecidos en un incendio— una relación de buena vecindad, guardando siempre las formas y las más elementales normas de cortesía. Pero ahora que por fin se producía un inicio de distanciamiento con el desagradable merodeador, hubo de reconocer que se alegraba de ello.

Al cabo, después de tantas peripecias padecidas a lo largo de nuestro accidentado viaje desde Vigán, y después del desagradable encuentro con Mayabang, pudimos por fin disfrutar de algunas jornadas de paz y tranquilidad, durante las que llegamos a olvidar casi por completo las pasadas contrariedades, e incluso la presunta amenaza de los piratas, a la que Lakas había concedido tanta importancia. Aunque, a decir verdad, esto último nunca llegamos a olvidarlo por completo: de hecho, cada vez que me venía a la cabeza el siempre acechante peligro, me prometía a mí mismo que viajaría a Lal-lo a informarme, y que lo haría tan pronto como mi nuevo asentamiento comenzara a estar mínimamente organizado.

De este modo transcurrieron algunas semanas de trabajo, sin que nada ni nadie viniera a perturbar nuestra sosegada vida campestre.

Trabajamos tanto durante todo este tiempo, que mi casa, a la que bautizamos con el nombre de «Alegranza», aunque todavía distaba mucho de estar completamente acabada, comenzaba a adquirir forma.

Tan pronto como nos vimos en condiciones de poder hacerlo, invitamos a Liway y a su familia a comer con nosotros.

No solo era una manera de devolverles la magnífica acogida que

nos habían dispensado a nuestra llegada, sino un gesto que nos salía espontáneo, ya que las relaciones de amistad que nos unían a ellos muy pronto excedieron a las de una mera «buena vecindad». Nuestra mutua amistad crecía y se estrechaba de día en día.

Pero lo más importante de todo fue que, en la medida en que iba conociendo y tratando más a Liway, más me iba cautivando la muchacha. Por decirlo en una palabra: si hasta entonces podía haberme quedado algún resquicio de duda, ahora me era ya imposible negar que me había enamorado de ella. Comencé a pedir a Dios que un día no lejano llegara a ser mi esposa. Veía en ella la mujer con la que había soñado, y con la que, si todo salía bien, pasaría el resto de la vida en aquel magnífico rincón de mi querida tierra filipina.

Pero, como ha quedado muy claro a partir de lo dicho hasta ahora, antes había importantes problemas que resolver, y entre ellos el principal sin duda era el de los piratas, por lo que concluí que había llegado el momento de cabalgar hasta
Lal-lo
y de visitar a los frailes dominicos del valle, con los que podría cambiar impresiones. No dudaba de que, con el tiempo que llevaban asentados en la región, estarían en condiciones de proporcionarme una valiosa y ponderada información acerca de la exacta magnitud del peligro.

Sin pensarlo más, me despedí temporalmente de Makisig y de Tala, e inicié mi breve periplo. El descenso a caballo hasta
Lal-lo
supuso un agradable paseo para mi montura y para mí. La distancia no era mucha, y el paisaje, en un día soleado y acompañado de una brisa inusualmente fresca, hizo que el tiempo se me pasara casi sin casi darme cuenta. En poco más de una hora me vi a las puertas del bello convento que los dominicos habían comenzado a levantar a las afueras de la población. A su alrededor se levantaban algunas casas pequeñas con techo de hojas de palma.

El hermano Santiago, el más joven de los cinco frailes que lo habitaban, fue el primero en reconocerme desde lejos, antes incluso de que hubiera tenido tiempo de bajarme del caballo. Se trataba de un aragonés del Pirineo, alto y fuerte. Era tan rubio y de tez tan blanca que, a veces, bromeando, le llamábamos «el vikingo». En

seguida vino corriendo hacia mí:

—¡Don Gonzalo! ¡Qué alegría verle por aquí…! ¡Y yo que le hacía en Vigán!

—¡Fray Santiago! ¡La alegría es mía! ¡No nos veíamos desde que les acompañé hasta aquí con don Juan de Salcedo, y de eso ha pasado ya mucho tiempo…!

—Dos años… ¿No ha venido don Juan con usted?

La noticia de la muerte de mi amigo no había llegado todavía hasta Lal-lo, por lo que hube de ser yo quien se la comunicara al joven hermano:

—Desgraciadamente, don Juan falleció en marzo… Es uno de los principales motivos por los que me encuentro hoy aquí.

—¿Cómo? Don Juan… muerto —repitió en voz baja el bueno del fraile, como hablando para sí, mientras se santiguaba—. Qué cosas tiene la vida. Un hombre tan joven… Claro que a menudo Dios se lleva pronto a las almas que más quiere.

—Así debió ser, don Juan solo tenía 27 años…

—Se lo diré a fray Domingo y ofreceremos una misa por su eterno descanso.

—Gracias, fray Santiago.

—No las merecemos. Es lo menos que podemos hacer por tan insigne personaje. Si a alguien le debemos nuestra presencia aquí, es a él.

En ese momento apareció fray Domingo, el prior de la comunidad. Él también se alegró mucho de verme. La estampa del prior, un andaluz de unos 50 años procedente de una larga estirpe de agricultores de Jaén, era la opuesta a la de fray Santiago. Fray Domingo era moreno, bajito y gordo, y… para que no faltara nada, cejijunto. Su acento era también marcadamente meridional.

—¡Don Gonzalo! ¡Esta sí que es una sorpresa de las grandes…! ¡Y de las buenas!

—¡Fray Domingo! ¡Pero si está usted muy mejorado! —Lo que de verdad estaba era bastante más gordo que la última vez que le vi, aunque no sé si captó la indirecta—. ¡Se diría que hasta parece más joven…! —No hubo mala intención en mis palabras, todo lo contrario: me salieron espontáneas por la alegría de volverle a ver, pues fray Domingo era un hombre esencialmente bueno al que yo

apreciaba mucho. Todo lo que tenía de gordo lo tenía de buen corazón.

Nos dimos un fuerte abrazo para celebrar nuestro reencuentro y en seguida le informé de la inesperada —y para todos dolorosa— muerte de don Juan de Salcedo.

También aproveché para ponerles a fray Santiago y a él al corriente de las últimas noticias ocurridas en Manila y en Vigán.

Pasado un rato de animada conversación entre los tres, el hermano Santiago hizo ademán de separarse de nosotros para ir a atender sus quehaceres, por lo que aproveché para abordar con el prior el verdadero objetivo de mi visita. Fray Domingo era un hombre ciertamente equilibrado y ponderado en sus juicios, y yo, que le tenía en la más alta consideración, estaba convencido de que nadie mejor que él sería capaz de darme una visión realista y completa de cuanto estaba sucediendo con los piratas en las regiones costeras de Luzón.

Todavía recuerdo su respuesta, como si la hubiera escuchado ayer mismo:

—Mire, don Gonzalo —comenzó diciéndome—, por desgracia no puedo negarle que las condiciones a las que se ve sometida la población en las zonas controladas por los piratas es terrible. Martirizan a la gente, a la que tratan peor que a los animales. Matan y esclavizan sin atender a razones. Hasta donde yo sé, han cometido todas las tropelías imaginables. Tal vez les falte todavía practicar el canibalismo, pero me temo que el único motivo que les detiene es que tienen alimentos mejores que comer. A su llegada mataron a fray Pedro, que Dios tenga en su gloria. Le dieron tormento antes de cortarle la cabeza, pero fray Pedro no consintió en renegar de la fe, que es lo que buscaban esos salvajes. Cada vez que me acuerdo de él, se me saltan las lágrimas. Pero al mismo tiempo me consuela pensar que la sangre de los mártires es siempre semilla de nuevos cristianos: no, la sangre de fray Pedro no ha sido derramada en vano; gracias a él y a otros muchos que le seguirán, estas islas se verán muy pronto iluminadas por la luz de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Pero no cree usted que los piratas tarde o temprano terminarán por marcharse? Supongo que a estas alturas ya se habrán hecho con todo el botín que sea posible obtener en Aparri.

—Recuerdo que insistí en preguntarle, en un vano intento por alimentar la esperanza de que la pesadilla que mi buen amigo acababa de describir terminaría pronto.

—No. No lo creo en absoluto —fue su inequívoca respuesta, antes de continuar—: Al contrario, los hombres de Tay-Fusa, ese es el nombre de su jefe, buscan establecerse aquí y competir con España. Mejor dicho, desean arrebatar a España la parte oriental de la isla de Luzón. Y la conquista ha empezado ya. Es solo cuestión de tiempo que su invasión se extienda a lugares cada vez más alejados de la costa, más hacia el interior y hacia el sur.

Además, aunque sus armas tradicionales se han limitado durante siglos a la catana y el arco y las flechas, su contacto con los portugueses les ha proveído de nuevas armas mucho más peligrosas y eficaces, como son los arcabuces, las picas y, sobre todo, la artillería.

Esta respuesta me dejó consternado, puesto que significaba que los peores temores de Lakas eran ciertos y bien fundados. Y que, a no ser que abandonáramos estas tierras, tarde o temprano íbamos a vernos sumidos en un auténtico infierno.

Recuerdo que detallé entonces al prior cuáles eran mis planes de futuro. Le hablé de Makisig, de Tala y, por supuesto, de Liway y de su familia, así como de mi intención de asentarme para el resto de mis días en la cima de la montaña sobre la que ya había comenzado a construir una casa.

—Siento decirle, amigo Gonzalo, que si esos son sus planes, debe cambiarlos de inmediato, o debe antes acudir a Manila a pedir ayuda para defenderse de Tay-Fusa.

Reconozco que la mente se me nubló cuando vi que, de repente, todo aquello por lo que había luchado en los últimos meses, todos mis proyectos e ilusiones, se venían abajo como un vulgar castillo de naipes.

Sin poder evitarlo, la mente se me fue a Liway: ¿qué sería de ella? ¡Desde luego, tenía que ponerla a salvo…!

Cuando volví a ser dueño de mí mismo, pasado un tiempo que no sabría determinar, le pregunté a mi amigo:

—Pero, fray Domingo, ¿cómo es que no han enviado ustedes a

nadie a informar a Vigán o a Manila?

—Lo intentamos con fray Pedro, pero ellos estaban al acecho. Estamos siendo constantemente vigilados, y las mulas nos han sido arrebatadas. Pero es que, además, no hemos tenido ni un minuto de sosiego desde la llegada de los piratas. La desgracia se ceba por toda la región, y nos esforzamos por atender y curar a los enfermos, y por asistir a quienes lo han perdido todo, que se cuentan ya a millares. Sobre todo nos preocupan los niños. Hay muchos huérfanos que vagan por los montes en un completo desamparo… Creo, don Gonzalo, que su visita de hoy ha sido providencial. Creo que es usted la persona indicada para correr a Manila a dar la voz de alarma…

Mentiría si negara que quedé tremendamente afectado después de recibir un informe tan duro.

Aproveché los últimos momentos de mi visita al convento para confesarme, puesto que hacía algunos meses que no lo hacía y, tras compartir una breve cena con los dominicos, emprendí mi viaje de regreso a casa.

7

El ambiente en el interior de la vieja y maloliente cabaña, situada a las afueras de la aldea, era opresivo. Tampoco la iluminación podía ser calificada de excesiva, sino más bien de todo lo contrario: los hombres sentados a cada uno de los lados de la mesa apenas podían distinguir las caras de aquellos que tenían enfrente. Pero nada de esto parecía preocupar a los rudos y violentos aventureros allí reunidos. Mantenían la atención plenamente concentrada en su tema de conversación preferido y casi único: el oro, el botín que esperaban obtener muy pronto. Gozaban con solo imaginar las ganancias que les reportaría su inminente expansión hacia el sur de Luzón.

Aunque, por supuesto, yo entonces no lo podía saber, uno de los presentes era nada menos que nuestro malencarado vecino Mayabang, que casi desde el primer día de la llegada de los wakou [18] a nuestras costas, había comenzado a trabajar en secreto para ellos. Con el tiempo pude averiguar que fue precisamente en aquella reunión en la que Mayabang mencionó mi presencia en la región.

Aunque él no era todavía capaz de comprender la auténtica dimensión de la información que traía, en seguida comprobó que se trataba de una noticia en extremo sensible y preocupante para los piratas, que mostraron una gran inquietud ante la posibilidad de que yo pudiera correr a advertir de su presencia ante las autoridades españolas. Temieron que, aun tratándose de un solo hispano, tan pronto como me viera afectado por sus operaciones —o, lo que era aún más peligroso, en cuanto estas llegaran hasta mis oídos—, pudiera salir corriendo a informar a los soldados de Vigán, o a los de Manila. Y, por descontado, ese era un riesgo que los hombres de Tay-Fusa no estaban dispuestos a asumir.

El personaje que llevaba la voz cantante en aquella reunión respondía al nombre de Nasaki. Se trataba de un ronin que, como tantos otros, había ofrecido sus servicios a
Tay-Fusa
en el momento en que, tras la desaparición de Li-Ma-Hong, aquel se había convertido en el dueño indiscutible de los mares de la China Oriental y Meridional.

Antes de dar su veredicto y de decidir el mejor modo de resolver la cuestión, Nasaki quiso que Mayabang expusiera con detalle todo lo que supiera de mí.

Halagado por el protagonismo que se le concedía, el filipino se deleitó en relatar cuanto había conseguido averiguar espiando tras las paredes de la casa de Liway:

—Su nombre es Gonzalo Gómara. Es un hombre joven, de unos 25 años. Sin embargo, a pesar de su juventud, sé que llegó a bordo de la expedición de Legazpi. Entonces debía ser casi un niño, al igual que Salcedo, el nieto del almirante, con el que ya desde entonces entabló una estrecha amistad. Juntos han recorrido Luzón en muy numerosas ocasiones.

Nada más escuchar estas palabras, de un modo tan inesperado que a todos tomó por sorpresa, Nasaki descargó un fortísimo golpe sobre la mesa y se encaró con Mayabang:

—¡Un amigo personal de Salcedo…! Si eso es cierto, hay que acabar con ese individuo cuanto antes. Será lo primero que hagas a tu regreso a las montañas. Es más, me pregunto cómo has tenido la desfachatez de venir hasta aquí sin haberlo matado antes. ¿O es que eres tan idiota que no te das cuenta de que cada español que conozca nuestra llegada supone un grave peligro para nuestros planes? Hay que matarlos a todos. Con mucho mayor motivo si se trata de un hombre bien relacionado, puesto que eso lo hace aún más peligroso. Dime: ¿qué pasaría si se le ocurriera viajar a Manila a informar de nuestra llegada a Luzón?

El primer efecto de la clara reprimenda de Nasaki fue que Mayabang perdiera hasta el último resto de la vana complacencia que acababa de experimentar al sentirse el centro de atención de los piratas. El segundo, que le hiciera sentirse como un tonto.

—Solo quería asegurarme de estar haciendo lo correcto —respondió en un tono fingidamente humilde, ya que de ninguna

manera quería ni podía enemistarse con Nasaki en presencia del resto de sus hombres. Y, sin embargo, en su interior se encendió un odio violento hacia el ronin. Se prometió a sí mismo que no cejaría hasta hacerle pagar con creces la humillación a la que le acababa de someter en presencia del resto de sus camaradas.

Este era tal vez el mayor defecto de Mayabang, el mismo que le había llevado a formar parte de una sociedad tan poco recomendable: su desmedida vanidad, su excesivo afán de prevalecer y destacar sobre todos aquellos que le rodeaban. A esto se unía su incapacidad para encajar cualquier tipo de ofensa, aun la más pequeña, siempre que a sus ojos la considerara injustificada, lo cual ocurría en la casi totalidad de los casos.

Pero Mayabang no era un hombre inclinado a obrar por impulsos ciegos, sino que, muy al contrario, se complacía en dedicar largas horas a meditar y rumiar con enfermiza complacencia los agravios recibidos. Casi se diría que gozaba con ello. Se trataba, claro está, de un gozo profundamente malsano, que le movía a alimentar aún más su odio y sus afanes de venganza, en cuya preparación invertía grandes dosis de imaginación e ingenio. En su caso se aplicaba a la perfección el siniestro refrán que dice que «la venganza es un plato que se sirve frío».

—Pues ahora ya tienes la seguridad de que lo correcto es acabar con él —continuó amonestándole Nasaki—. Debes matarlo sin pérdida de tiempo, pero también puede ser conveniente que parezca un accidente: una muerte fortuita, en cualquier caso. Nadie debe pensar en un asesinato. Cuanto menos trascienda la muerte del español, mucho mejor para nosotros. No queremos que, ni vivo ni muerto, atraiga a los soldados hasta aquí: ¿te ha quedado claro?

—Sí, señor. Lo mataré sin que nadie sospeche que ha sido un asesinato.

—Bien. La próxima vez que nos reunamos, procura presentarte con el trabajo hecho. De lo contrario, seremos nosotros quienes actuemos. Contra ese maldito español… y contra ti… ¿Me has entendido?

La frialdad de Mayabang impidió que su rabia y su afán de venganza trascendieran al exterior. Es más, llegó incluso a humillarse más que antes, no tanto en las palabras, sino en su tono estudiadamente obsequioso y servil. Sin embargo, si Nasaki hubiera

conocido lo que pasaba por el interior de su interlocutor, ciertamente habría tenido motivos para temer:

—Cómo no, señor. Por supuesto, así lo haré…

Pero, para terminar de comprender el extraño y complicado temperamento de Mayabang, quizás convenga añadir que, en su mentalidad megalómana, cegada por la ambición y el egoísmo, estaba convencido de que, en el momento en que se le presentara la ocasión de mostrar su valía ante los wakou, sería inmediatamente ascendido a una posición de gran responsabilidad, desde la que, con el tiempo, llegaría a ocupar el puesto de mando sobre todos los piratas. En una palabra, su insensata fatuidad le llevaba a aspirar a ser el sucesor de Tay-Fusa.

Así es por tanto como razonaba el ilocano, y así es como recibió las órdenes de asesinarme: como un modo de lucirse y de ganar prestigio ante el resto de los piratas.

Por lo demás, mi muerte tenía para él un aliciente añadido: con ella se quitaría de en medio al molesto competidor que trataba de ganarse el corazón de la mujer a la que, desde niño, consideraba nacida para él.

De este modo, nada más terminar la sesión, Mayabang abandonó la destartalada cabaña de las afueras de Aparri con una única idea en la cabeza: la de acabar con mi vida del modo más rápido y limpio posible, con una eficacia que suscitara el asombro del resto de los piratas. Más adelante ya tendría tiempo para ajustarle las cuentas a ese estúpido de Nasaki…

Por tanto, desde aquel mismo instante, comenzó a maquinar el mejor modo de llevar a cabo su cometido. Por supuesto, nadie de la comarca debía sospechar de él. En eso había tenido razón Nasaki: debía parecer un accidente o una muerte natural…

Cuando regresé a casa después de mi visita a Lal-lo, era ya muy tarde, y hacía tiempo que había anochecido. Tala y Makisig estaban dormidos y no quise despertarlos.

Yo continuaba muy preocupado a causa de lo que fray Domingo me había contado acerca de los piratas. La cosa no era para menos. Era incapaz de dejar de dar vueltas y más vueltas en la cabeza a la

espinosa cuestión. Tardé varias horas en dormirme y, cuando por fin lo conseguí, creo que lo hice con la decisión ya tomada de partir lo antes posible en dirección a Manila, con la resuelta intención de recabar la ayuda necesaria para enfrentarnos a los hombres de Tay-Fusa.

Por eso, al levantarme a la mañana siguiente, en que el tiempo seguía siendo inusualmente agradable y fresco, mi primer pensamiento giró en torno al modo en que debía comunicar mi partida a Makisig y a Tala, así como a la familia de Liway: ¿les diría lisa y llanamente la verdad? ¿O sería mejor ocultársela para no alarmarles aún más? O, incluso —cosa que Dios no permitiera— ¿para impedir que, en caso de que fueran interrogados, los piratas no pudieran sonsacarles ninguna información?

Antes de que pudiera responder a todas estas cuestiones, Makisig se presentó ante mí con un gesto muy característico suyo: con una media sonrisa que trataba de ocultar bajo un rostro que se esforzaba por aparentar severo.

Yo sabía muy bien lo que significaba esa cara: tenía algo interesante que comunicarme, pero, como los niños, se disponía a revelármelo poco a poco, haciéndome sufrir antes de que yo fuera capaz de adivinarlo.

Traté de seguirle el juego, armándome de toda la paciencia que pude, puesto que mis nervios no estaban en su mejor momento para perder el tiempo en inocentes acertijos.

Me llevó un buen rato averiguar cuál era el secreto de mi amigo, pero cuando lo supe, me produjo una gran satisfacción: resulta que, de un modo casual, durante mi ausencia en Lal-lo había descubierto una enorme gruta: una cavidad subterránea cuya exigua entrada hacía que fuese muy difícil de descubrir desde el exterior.

He de reconocer, sin embargo, que en un primer momento no le di mayor importancia al hallazgo, pero, ya que Makisig me aseguró que la entrada a la caverna estaba muy cerca, y dado su empeño en conducirme hasta ella, no tuve más remedio que acceder a acompañarle.

Por el camino me contó cómo se había producido su descubrimiento: la víspera, al final de la mañana, por mero azar,

había apoyado el pie sobre una oculta hendidura del terreno. Le tomó tan desprevenido, que estuvo a punto de romperse la pierna, ya que, a pesar de que se hundió hasta el fondo, no llegó a hacer pie en ningún momento. Intuyó que se hallaba ante una especie de pequeña sima que la hierba y la maleza habían cubierto hasta tapar casi por completo.

Intrigado, sacó la pierna, todavía dolorida, y se inclinó, dispuesto a estudiar la cavidad con mayor detenimiento. Viendo que sin duda tenía el aspecto de ser algo más que una mera hondonada, y que la abertura, a pesar de su estrechez, era suficiente para permitir el paso de un hombre, saltó al interior y, una vez dentro, en cuanto se acostumbró a la débil luz que conseguía penetrar a través de la estrecha boca y de otro estrecho orificio que brillaba algo más allá, tuvo la impresión de que se trataba de una cueva que tenía todas las trazas de ser muy profunda. Por eso, después de señalar el lugar mediante una estaca que clavó en el suelo, se propuso regresar por la tarde provisto de un farol que le permitiera explorar la oquedad con calma.

De este modo, después de comer en casa con Tala, a la que decidió no comunicar todavía el hallazgo, volvió para introducirse a fondo en el interior de la tierra.

El lugar no parecía haber sido visitado por nadie en muchísimo tiempo, aunque el ilocano comentó que sí había indicios de que lo hubieran hecho algunos animales.

—Los animales no me preocupan, Makisig —le respondí—, solo las cobras. Pero, por lo que sé, no son amigas de refugiarse bajo tierra, ¿me equivoco?

—No, Gonzalo, no te equivocas. Yo tampoco creo que ahí abajo haya ninguna alimaña peligrosa. Pero ayer, por si acaso, viendo que la galería se prolongaba centenares de pasos hacia el interior, dejé la mayor parte sin explorar. Preferí esperar a visitarla hoy contigo.

Agradecí la deferencia —muy propia de Makisig— con una sonrisa, mientras continuábamos avanzando hasta la entrada.

Al llegar al lugar marcado por la estaca, mi amigo se dispuso a bajar muy despacio, hasta que hizo pie en el fondo sin dificultad.

Seguí sus pasos y, tan pronto como nos encontramos los dos en el interior, comprobamos a la luz de los faroles que, en efecto, la gruta no se limitaba al primer espacio inicial, sino que se extendía

mucho más allá, a lo largo de un dilatado corredor cuyo fondo no podíamos ver. En medio de este corredor era por donde se abría en la roca otro pequeño orificio por el que penetraba una débil luminosidad, pero que sin embargo era demasiado estrecho para que por él cupiera un hombre.

Comenzamos a explorar la prolongada galería, que se extendía unos cuarenta o cincuenta pasos en línea recta, antes de dar un pronunciado giro a la derecha, en donde formaba una especie de rampa que descendía hasta una gigantesca sala, ante cuya grandiosidad nos detuvimos completamente estupefactos.

Se trataba de una enorme cavidad abierta por la acción del agua a lo largo de siglos y siglos de desgaste. Según supe más tarde, durante todo ese tiempo, el agua filtrada desde la superficie había ido descomponiendo la roca en un proceso tremendamente lento. Pero no solo era eso, sino que los pequeños depósitos de esa misma agua habían formado también impresionantes columnas de piedra que se alzaban majestuosas en otros lugares de la gigantesca sala.

Aunque nuestras linternas difícilmente alcanzaban a alumbrar todo el recinto de una sola vez, la vista que se nos ofrecía a medida que íbamos apuntando hacia las distintas paredes era sublime y sobrecogedora a un mismo tiempo. En apenas un par de minutos, se diría que nos habíamos trasladado a un mundo lejano y mágico. Por algunos instantes incluso llegué a olvidarme de los piratas y de mi acuciante preocupación por partir hacia Manila lo antes posible.

Makisig no pronunciaba palabra, pero su mirada lo decía todo: estaba extasiado.

Permanecimos un buen rato en silencio hasta que al final, le dije:

—Bueno, examinemos los límites de esta gran estancia. Quién sabe, es posible que la cueva continúe todavía más allá.

Iluminando a cada paso el terreno sobre el que íbamos avanzando, recorrimos todo el perímetro del inmenso espacio. Calculé que tendría un tamaño comparable al de la iglesia de San Agustín de Manila.

Sin embargo, ya no fuimos capaces de encontrar nuevas galerías por las que continuar explorando. Tampoco las necesitábamos: con lo que habíamos descubierto teníamos más que suficiente.

Al salir retiramos la estaca que nos había servido de señal. Tanto

Makisig como yo memorizamos cuidadosamente el lugar en el que se encontraba el acceso, que volvimos a dejar oculto bajo la maleza.

Fue entonces, todavía en las inmediaciones de la salida, cuando, de repente, recibí una especie de iluminación: llegado el caso, la cueva podría servirnos como un magnífico refugio en donde poder ocultarnos y resistir, al menos temporalmente, la esperada y temida invasión de los piratas. Al mismo tiempo, tomé la decisión de informar a Makisig y a Tala, así como a la familia de Liway, del motivo de mi visita a Manila. Al fin y al cabo, todos nosotros estábamos al tanto del peligro que nos acechaba, y el hecho de que yo considerara necesario acudir en busca de ayuda en nada podría alterar los nervios de nadie, sino más bien todo lo contrario: lo lógico sería pensar que contribuiría a calmarlos.

Satisfecho por el inesperado descubrimiento de mi amigo y sin perder más tiempo, tan pronto como regresamos a casa, comencé a preparar lo necesario para el viaje que pensaba emprender aquella misma tarde.

Ya lo tenía decidido: cabalgaría hasta Manila a lomos de Tinto. Viajaría ligero de equipaje, ya que consideraba prioritario llegar lo antes posible. El tiempo apremiaba. Además, no ignoraba que, aun después de informar en la capital de cuanto estaba ocurriendo en el noreste de Luzón, nos llevaría algún tiempo organizar los socorros. Temí incluso que ni tan siquiera contaran con los hombres suficientes para poder ayudarnos. Pero estaba claro que al menos por mí no debía quedar.

En cuanto tuve todo listo, viendo que todavía faltaban un par de horas hasta el mediodía y dado que me había propuesto aprovechar el rato dedicado al almuerzo para hablar con Tala y con Makisig, decidí bajar a entrevistarme con Liway.

Tuve suerte, pues a mi llegada observé que la muchacha había estado con su madre haciendo la colada en el arroyo que discurría por detrás de su casa, y que en ese momento regresaban juntas.

—¡Buenos días! ¡Gonzalo! ¡Qué agradable sorpresa verte por aquí! —Me saludaron con su habitual afecto y cordialidad las dos mujeres. Venían cargadas con enormes cestos, que hicieron que me apresurara a ofrecerles mi ayuda.

—¡Qué cargadas venís! ¡Dejadme que os eche una mano…!

Pero la distancia que les quedaba por recorrer hasta la casa era

tan escasa, que no tuve ocasión de ayudarles.

Depositaron la colada en el suelo y se dispusieron a atenderme con todo interés y consideración, como siempre hacían. Era evidente que se encontraban muy atareadas y, puesto que la ocasión requería no andarse con rodeos, acometí en seguida la cuestión que me había llevado hasta allí:

—Perdonad que me presente de improviso, a una hora tan intempestiva, interrumpiendo vuestro trabajo, pero lo cierto es que tengo algo importante que deciros… A vosotras, y a Lakas, si está por aquí…

La seriedad que traslucían mi semblante y mis palabras les inquietaron un poco, se dieron perfecta cuenta de que, fuera lo que fuese lo que tenía que decirles, se trataba de algo de suma gravedad.

—Mi marido ha salido muy temprano hacia Lal-lo, ha partido antes del amanecer. Ha ido a vender un cabritillo. Ayer me dijo que trataría de estar de vuelta para el almuerzo, pero me temo que dependerá de cómo le vayan las cosas, de lo que tarde en vender el animal a un precio razonable…

—No te preocupes, Araw. Podréis explicarle todo a su regreso. Me parece que no podré quedarme a esperar hasta la hora del almuerzo, parto hacia Manila esta misma tarde. Esto es fundamentalmente lo que he venido a deciros.

Pero, tanto Araw como Liway comprendieron que había algo más que deseaba comunicarles y, como el sol calentaba con la extraordinaria fuerza con que acostumbra a hacerlo en Filipinas, Araw me invitó a pasar al interior de la casa:

—Dentro estaremos más frescos y hablaremos más tranquilos —dijo, invitándome a entrar.

Nos acomodamos en el rincón que les era tan querido, el mismo en el que el día de nuestra llegada degustamos por primera vez el célebre «basi». Entonces comencé a explicarles —es cierto que procurando suavizar un poco las cosas— el contenido de la conversación que había sostenido el día anterior con fray Domingo.

Tal y como me había esperado, y aunque no era mi intención, las dos mujeres se quedaron profundamente afectadas con mi sucinto relato.

De hecho, tuve que encauzar la mayor parte de mis esfuerzos a tratar de tranquilizarlas y a proporcionarles cuantos motivos de esperanza y seguridad fui capaz de encontrar. Puse especial énfasis en explicarles que el único motivo de mi viaje era precisamente ese: el de recabar ayuda militar para expulsar a los piratas de Luzón.

Y, sin embargo, a pesar de mis denodados esfuerzos, apenas logré que los ánimos de Liway y de su madre remontaran un poco: si bien es cierto que se alegraron ante la perspectiva de que las autoridades enviaran soldados a defender el territorio, por otro lado se manifestaron profundamente alarmadas ante la innegable gravedad de la situación.

—Pero, Gonzalo, ¿y si nos invaden durante tu ausencia? ¿Qué será de nosotras…? —preguntó alarmada la muchacha.

—No te oculto, Liway, que ese es un riesgo que desgraciadamente existe y que, solo de pensarlo, hace que me estremezca. Pero peor será si permanezco aquí de brazos cruzados: entonces sí que tarde o temprano quedaremos expuestos a la violencia y la arbitrariedad de esos bandidos…

Me di cuenta de que, de un modo más o menos inconsciente, Lakas y las dos mujeres habían conseguido alcanzar hasta entonces una cierta calma con la defensa psicológica —tan humana— de quitar importancia a la amenaza que se cernía sobre ellas, manteniendo viva la esperanza de que tal vez los piratas nunca llegaran a adentrarse hasta un lugar tan alejado de la costa. Pero ahora ya sabían que el peligro no solo era real, sino que acechaba muy de cerca, y que era solo cuestión de tiempo que llegara a afectarles personalmente.

Pasé entonces a hablarles del descubrimiento de la cueva y de las enormes posibilidades que ofrecía como refugio en el caso de que los piratas iniciaran su temida invasión antes de la llegada de los soldados:

—Debéis comenzar a hacer acopio de alimentos para ir almacenándolos poco a poco en la gruta. De este modo, si las cosas llegaran a ponerse feas antes de tiempo, podréis correr a ocultaros allí durante una larga temporada, suficiente al menos para manteneros a salvo hasta la llegada de los soldados de Manila. Por supuesto, durante mi ausencia, Makisig y Tala os ayudarán en todo lo que necesitéis…

Apenas había terminado de decir esta última frase, cuando observé que Liway estaba a punto de echarse a llorar, a pesar de que luchaba denodadamente por contener las lágrimas.

Finalmente, no pudiendo dominar su llanto, me preguntó entre sollozos:

—Pero… ¿cuándo volveremos a verte? Manila está muy lejos y el viaje es peligroso… —Me di perfecta cuenta de que no lloraba por sí misma, sino por mí, por nuestra separación. Me emocioné tanto, que elevé una sentida plegaria al Cielo, en la que pedí que se nos permitiera salir sanos y salvos de aquel peligro que nos amenazaba, y que nada pudiera impedir que más adelante Liway y yo llegáramos a ser un día marido y mujer…

—No te preocupes, hija —trató de consolarla su madre—, Gonzalo sabrá cuidar de sí mismo.

—Volveré, Liway, te lo prometo… —Traté de asegurarle con el mayor aplomo y seguridad que fui capaz de exteriorizar. A pesar de todo, no me atreví a prolongar la frase. La emoción estaba también a punto de quebrar mi aparente entereza.

8

Cuando finalmente me separé de las dos mujeres, lo hice un tanto descorazonado, precisamente a causa de la despedida que, sin quererlo, había resultado más fría de lo que esperaba. Me hubiera gustado decirle a Liway lo mucho que la quería y que haría todo lo posible por regresar a tiempo para salvarla de los piratas.

Sin embargo, apenas tuve tiempo para lamentarme, puesto que, al parecer, aquel día tenía todavía nuevas sorpresas que depararme y que ocupar mi cabeza: tan solo media milla más adelante descubrí con sorpresa que un extraño me esperaba al borde del camino. Por el lugar y el momento en el que se iba a producir el encuentro, deduje que, quien quiera que fuese, había debido estar siguiéndome.

Mi preocupación aumentó de grado al comprobar que se trataba ni más ni menos que de Mayabang, el huraño vecino de Liway…

En un primer momento me propuse limitarme a dirigirle un vago saludo al pasar a su vera, pero pronto quedó de manifiesto que, si el tipo estaba ahí, era porque tenía mucho interés en verme: de hecho, algunos pasos antes de llegar a su altura, me saludó con unas palabras y unas maneras tan exageradamente amables, que no me cupo la menor duda de que las tenía preparadas de antemano, y que eran tan falsas y fingidas como su desagradable sonrisa de oreja a oreja.

—¡Don Gonzalo! ¡Cuánto honor encontrarle por aquí!

Hasta tal punto tuve el convencimiento de que aquella escena obedecía a una vulgar comedia que, a fin de dejarle claro desde el primer momento que su simulación no era lo suficientemente buena para engañarme, le respondí con indisimulada dureza:

—¿Ahora llama honor a encontrarse con un castellano? El día que nos conocimos no tuve la impresión de que mi presencia le honrara tanto…

—Precisamente por eso estoy aquí, don Gonzalo, para pedirle

disculpas por mi imperdonable conducta de aquel día. Créame que lamento de veras haberme comportado de un modo tan grosero…

Pero el filipino seguía hablando con una voz tan impostada y melosa, que no pude por menos que continuar recelando. ¿Qué era lo que se podía estar trayendo entre manos aquel embaucador? En cualquier caso, cambié de táctica y decidí seguirle la corriente:

—Por supuesto, acepto sus disculpas y no solo las acepto, sino que se las agradezco de corazón. Mi intención al venir a estas tierras no es otra que la de llevar una vida pacífica y tranquila, en armonía con todos mis vecinos. Me complace enormemente poder contarme entre sus amigos. —Apenas pronunciadas estas palabras, muy satisfecho por la relativa facilidad con que me había librado de mi insidioso interlocutor, espoleé a Tinto con intención de continuar la marcha. Pero Mayabang, que al parecer deseaba retenerme a toda costa, se tomó la asombrosa libertad de sujetar a mi caballo por las bridas y de detenerlo, cosa que consiguió sin dificultad.

Este gesto sí que estuvo a punto de sacarme de mis casillas, pero antes de que pudiera reaccionar con el ímpetu que pugnaba por aflorar en mí, el ilocano continuó diciendo con toda mansedumbre:

—Don Gonzalo, por favor, no se vaya tan rápido. Mi dolor es sincero y, en prueba de ello, me gustaría invitarle a compartir mi mesa. ¿Querría venir esta noche a cenar a mi casa?

Titubeé por primera vez a lo largo de la inesperada conversación, puesto que, por supuesto, esa misma noche yo debía encontrarme camino de Manila y, sin embargo, no quería ni podía de ningún modo revelar mis planes a un personaje en el que seguía siendo incapaz de confiar.

Traté de salir airoso sin necesidad de detenerme a ofrecer mayores explicaciones:

—Se lo agradezco mucho, pero me temo que esta noche no podrá ser, tal vez la semana que viene…

Sin embargo, el muy taimado continuó insistiendo:

—Ande, don Gonzalo, haga un pequeño esfuerzo, se lo ruego…, no sabe lo que supondría para mí poder sellar de este modo nuestra reconciliación: piense que he venido hasta aquí con el único propósito de ofrecerle mi hospitalidad…

Reconozco que estuvo a punto de convencerme. Sus últimas

palabras sonaron completamente sinceras. Sin embargo, me bastó el recuerdo fugaz de cuanto don Domingo de la Ascensión me había narrado la víspera, para evitar ceder: estaba claro que debía partir hacia Manila, y que debía hacerlo cuanto antes. Ni siquiera una reconciliación sincera con Mayabang podía justificar unas horas de demora en mi viaje.

Pero la astucia y perseverancia del oriental, que tenía muy cuidadosamente preparada la entrevista, terminó dando los frutos que buscaba, en la medida en que finalmente consiguió sonsacarme, siquiera de un modo parcial, el motivo que me impedía cenar con él:

—Créame que, si le digo que no me va a ser posible, no le estoy ofreciendo una simple excusa de cortesía, sino que le estoy diciendo la verdad: esta tarde he de salir de viaje.

Nada más revelar mis planes, me quedé como helado: ¿cómo había podido ser tan descuidado? ¿Cómo había podido exteriorizar mi secreto tan fácilmente, cuando, tan solo unos segundos antes, me había propuesto mantenerlo oculto a toda costa?

A pesar de las muchas veces que he meditado acerca del asunto y de las repetidas vueltas que le he dado en la cabeza, nunca he llegado a comprender cómo fui capaz de cometer semejante error. Me consolé pensando que al menos no le había dicho a dónde me proponía ir. Al fin y al cabo, los destinos a mi alcance eran prácticamente ilimitados.

Pero el mal ya estaba hecho. Mayabang se despidió de mí con un aire entre satisfecho y misterioso. Un aire que no me satisfizo en absoluto: ¿qué era lo que se traía entre manos ese hombre? ¿Cuál había sido su auténtico propósito al mantener conmigo aquella extraña conversación…?

Regresé intranquilo a casa, considerando despacio las posibles respuestas a estas cuestiones.

Nada más verme, tan pronto como advirtió que venía con el ceño fruncido, Makisig supo que algo no iba del todo bien. Pero, fiel a su inveterada discreción oriental prefirió no preguntar, al menos de momento: se limitó a anunciarme que la comida estaba lista y que ya podíamos sentarnos a la mesa.

Tan pronto como estuvimos los tres reunidos comencé a explicar a mis amigos el plan que me había trazado: les dije que viajaría a

Manila en busca de la ayuda que necesitábamos para hacer frente a los piratas.

—Viajaré a lomos de Tinto. Cabalgaré tan ligero como sea capaz. Mi intención es llegar lo antes posible a la capital. Cada hora cuenta…

Makisig y Tala me escucharon con la máxima atención, sin perder una sola palabra de lo que les iba diciendo. Aproveché para insistirles en que hicieran lo posible por cuidar de Liway y de su familia durante mi ausencia. También les encarecí a no desperdiciar las enormes posibilidades que ofrecía la cueva que mi buen amigo había tenido la fortuna de descubrir, pues sin duda podría servir como un magnífico refugio en el caso de que las cosas llegaran a ponerse realmente difíciles durante mi ausencia.

—Te echaremos mucho de menos, Gonzalo —dijo Makisig al término de mi explicación—. Pero creo que has tomado la decisión más acertada. Bastaría con que la mitad de lo que te contaron los frailes fuera cierto para que nuestra situación aquí resulte muy peligrosa. Pero, con la ayuda de Dios, sabremos mantener a salvo la casa y, sobre todo, haremos todo lo posible por cuidar de Liway y de su familia. Sin embargo, espero que vuelvas pronto… —Había una gran emoción contenida en estas últimas palabras.

Tala intervino entonces muy oportunamente:

—Gonzalo, no me gusta nada todo eso que nos has contado. Es decir, me parece bien que viajes a Manila, y que lo hagas de prisa. Pero me da pavor la descripción que has hecho de los piratas y de sus intenciones. No sé por qué, intuyo que la tormenta está a punto de descargar.

Tala muy raramente se equivocaba. Desde que la conocí, la mujer había demostrado en numerosas ocasiones que su sexto sentido funcionaba a la perfección. Por eso sus palabras provocaron un involuntario escalofrío en Makisig y en mí: estábamos convencidos de que si Tala predecía problemas, es que los habría.

Pero la conclusión estaba muy clara: no quedaba otro remedio que ponernos manos a la obra: ellos comenzarían a acondicionar la cueva, y yo partiría de inmediato a lomos de mi fiel Tinto.

Recuerdo bien que, espoleado por los temores manifestados por Tala, partí nada más terminar nuestro almuerzo.

Me despedí efusivamente de mis amigos y me dispuse a

emprender el largo viaje que, aun si todo iba bien, me mantendría ausente durante una larga temporada.

Tan pronto como me vi cabalgando hacia el sur, a solas conmigo mismo por primera vez en mucho tiempo, lo primero que me vino a la cabeza fue el pensamiento de que, si había de ser mínimamente realista, las cosas no pintaban nada bien: iba a necesitar de al menos dos semanas para llegar a la capital, y de otras dos para regresar. Eso, si todo salía conforme a como lo tenía previsto y las cosas no se torcían a lo largo del camino. Pero lo peor de todo no era esto, sino que mucho me temía que a mi llegada a la ciudad iba a necesitar de un montón de tiempo adicional. Un tiempo que tendría que emplear en convencer a las autoridades de algo que posiblemente excediera a sus capacidades. Debía persuadirles para que enviaran al norte unos refuerzos de los que muy probablemente no podrían prescindir en la propia guarnición de Manila.

Preferí no volver a atravesar las tierras de la familia de Liway. Solo Dios sabe lo mucho que me costó no volver a ver a la muchacha, pero en esta ocasión mi cabeza supo mantenerse firme y obligar a mis deseos, por buenos y nobles que fueran, a someterse a su dictamen. Qué duda cabe de que una nueva despedida me hubiera retrasado un poco más, haciéndome perder una buena parte de las preciosas horas de luz que todavía le quedaban a la tarde. No olvidemos que en el trópico se hace siempre de noche a las seis de la tarde, sea cual sea la época del año.

Al menos, podía congratularme de que las 370 millas (600 km) que me separaban de mi destino no iban a resultar excesivamente accidentadas. Solo tendría que atravesar, más o menos a mitad de camino, la Sierra Madre, cuyos pasos no son excesivamente elevados[19].

En cualquier caso, comencé a relajarme a medida que me alejaba de mi casa recién estrenada. Supongo que el motivo no era otro que el hecho de saber que a cada paso me encontraba más cerca de Manila y, por tanto, más cerca de cumplir la misión que me había propuesto.

Pero la tarde avanzaba rápido y el sol comenzó muy pronto a descender, aproximándose al horizonte por mi lado derecho.

Esa hora cercana al crepúsculo siempre ha sido mi hora favorita,

cuando la luz se hace más ligera y sutil, y los paisajes adquieren una belleza superior a la de cualquier otro momento del día: en efecto, me extasié tanto con la contemplación de la bella campiña que circundaba al majestuoso río Grande, que por un momento me olvidé de los piratas, de la urgencia de mi viaje y, en definitiva, de cuantos peligros me rodeaban. Pero poco duró mi embelesamiento, pues, de repente, muy poco antes de que el sol se ocultara por completo tras la línea del horizonte, tuve la inquietante sensación de que alguien me estaba siguiendo.

Se trataba de una sensación desconocida para mí. Nunca he sido una persona proclive a prestar importancia a los presentimientos y a cosas por el estilo (excepción hecha de Tala, claro está, pero ese era un caso aparte). Sin embargo, creo que incluso Tinto participó de alguna manera de mi inquietud: sus orejas se estiraron como las de un asno y el animal comenzó a comportarse de una manera totalmente desacostumbrada, de un modo que manifestaba bien a las claras su nerviosismo.

Me volví para inspeccionar el camino, sin ser capaz de descubrir nada anormal: detrás no parecía haber nadie y todo continuaba envuelto en la más completa calma. Tuve la impresión de que el motivo de mi intranquilidad obedecía exclusivamente a una mala pasada de mi imaginación. Sin embargo, mi sensación de alerta no disminuyó ni un ápice.

La noche estaba a punto de echárseme encima, así que decidí abandonar la senda y tratar de ocultarme entre la espesura que crecía exuberante a ambos lados del camino. Pensé que tal vez así fuese capaz de despistar a mis perseguidores, ya fuesen reales o imaginarios, pero cuya simple sospecha había logrado alterar mi anterior equilibrio.

En Aparri se iniciaba, mientras tanto, una nueva cacería de esclavos. Aunque, los que tuvieran la desgracia de caer en las garras de Shibata, en esta ocasión ya no embarcarían para ser posteriormente vendidos en China. Las primeras «remesas» sí lo habían sido, aportando sustanciosas ganancias para Tay-Fusa, que lo que ahora necesitaba era abundante mano de obra local. La necesitaba para el cultivo de los campos y para cuidar del ganado

que había confiscado en la región, así como para modificar la ciudad a su gusto: ansiaba sobre todo amurallarla en todo su perímetro, con vistas a convertirla en una ciudadela bien protegida ante posibles ataques exteriores.

Masaya y su familia, al igual que el resto de los asustados habitantes de la ciudad, estaban al corriente de la nueva redada que se disponía a practicar el lugarteniente de
Tay-Fusa.

Entre la población era ya conocido que esta vez los japoneses buscaban sobre todo varones: hombres que fuesen capaces de soportar las durísimas condiciones de trabajo a las que iban a ser sometidos.

Por este motivo, eran Masaya y sus hijas quienes de modo habitual salían diariamente a la calle a realizar la compra, mientras Tapang permanecía en casa.

Sin embargo, debido a la abundante población pirata y a sus constantes excesos, que con frecuencia derivaban en auténticas bacanales, no tardó en declararse una espantosa carestía en la zona. Hasta el punto de que los puestos habituales de suministros quedaron completamente desabastecidos. Toda la comida disponible iba destinada a los piratas.

Maliwan, ahora la hija más pequeña, de ocho años, ajena en parte a los sufrimientos por los que atravesaba su familia, exclamó por tercera vez en el breve tiempo transcurrido desde la comida del mediodía:

—¡Mamá! ¿Cuándo vamos a cenar? ¡Tengo mucha hambre!

La apremiante llamada de su hija hizo que Masaya se decidiera a pasar a la acción. Comprendió que no podrían continuar así por mucho tiempo. Si no hacían algo, la situación no haría más que agravarse un poco más cada día. La única solución a su alcance pasaba por caminar las cuatro millas que les separaban del viejo campo de su madre, un campo que se habían visto obligados a abandonar a la llegada de los piratas, pero en el que casi con toda seguridad podrían encontrar todavía algunos ñames[20]. El problema que planteaba esto era que ninguna de las mujeres de la casa podía ni siquiera plantearse la posibilidad de hacerlo, pues hacía ya tiempo que la constante presencia de piratas ociosos por los alrededores de Aparri hacía peligroso para ellas alejarse de las

zonas pobladas de la ciudad. Dicho con otras palabras, se trataba de una tarea que solo Tapang podría llevar a cabo con éxito. Además, el joven era un muchacho atlético, que podría sin duda acarrear de una sola vez una cantidad de tubérculos muy superior a la de cualquiera de las mujeres.

A pesar de todo, a Masaya le costaba un gran esfuerzo pedirle a su hijo que emprendiera el peligroso camino hasta la plantación. De hecho, lo demoró tanto como pudo. Pero al ver a sus dos hijas tan desmejoradas y abatidas, terminó por darse por vencida. Tomando a su primogénito aparte, le dijo:

—Tapang, hijo mío, ya ves lo debilitados que estamos todos. No podremos aguantar así mucho más tiempo. Por eso me veo en la necesidad de pedirte que trates de llegar hasta el campo de ñames de tu abuela y que traigas una buena ración para que podamos alimentarnos durante los próximos días. Sabes que lo que te pido es un cometido muy peligroso, por eso quiero pedirte que extremes las precauciones. Prefiero mil veces que regreses con las manos vacías a verte preso de esos hombres. Si no lograras traer los ñames, ya encontraríamos otro modo de conseguir alimentos… ¿Comprendes lo que quiero decirte, hijo mío?

En contraste con los temores de Masaya, el rostro de Tapang se iluminó al escuchar las palabras de su madre. A él también se le había ocurrido la posibilidad de servirse del campo de ñames de su abuela:

—¡Claro, madre! ¡Gracias a Dios que me lo pide! ¡Creía que nunca iba a decidirse a hacerlo…!

—¡Hijo mío! No te lo he pedido antes porque tú eres mucho más valioso que todos los ñames y todos los campos del mundo juntos…

Tratando de aparentar seguridad ante las enternecedoras palabras de su madre, y con la ilusoria confianza propia de la adolescencia, Tapang respondió:

—Tendré mucho cuidado, madre. Y no se apure. Mucho antes de que anochezca estaré de regreso con los ñames.

—Pero, hijo, ¿no sería mejor que fueras aprovechando la oscuridad de la noche?

—No, madre. He sabido que por la noche las patrullas son más frecuentes en los campos y que utilizan perros de presa. Iré ahora mismo.

Finalmente, angustiada y nerviosa, Masaya abrió la puerta de su cabaña y, tras asegurarse de que no hubiese piratas a la vista, dejó salir a su hijo, al que despidió con un beso tan emotivo, que se hubiera dicho que era el último que le daba en su vida.

A pesar de la seguridad que había mostrado ante su madre, Tapang salió a la calle nervioso y con los cinco sentidos en máxima alerta.

En efecto, a primera vista no parecía haber nadie extraño merodeando por la polvorienta calle que cruzaba por delante de su casa. Estimó que la mejor manera de evitar un encuentro con los piratas sería abandonar la ciudad por el camino más corto. Después recorrería campo a través el resto de la distancia que le separaba del campo de ñames.

Su hogar, situado al oeste de Aparri, no estaba lejos de las afueras, por lo que se encaminó hacia poniente, midiendo muy bien cada uno de sus pasos y deteniéndose tras la esquina de cada cabaña a otear las calles, antes de seguir adelante.

Poco a poco fue ganando una mayor confianza en sus posibilidades y en sus aptitudes. Pero a la vez hubo de reconocer que se sentía muy asustado. Si algo salía mal y era capturado por los piratas, su madre y sus hermanas se quedarían sin los ñames, y él sería obligado a realizar trabajos forzados en condiciones tan penosas e inhumanas, que muy probablemente le acarrearían la muerte en cuestión de semanas o meses, todo lo más.

Trató de apartar estos negros pensamientos y de continuar avanzando.

Mientras culminaba sus últimos pasos antes de adentrarse en la jungla, transitando entre las chozas que se arracimaban formando los humildes arrabales de la periferia, el corazón le latía desbocado. Detrás de cada esquina temía encontrarse con una inesperada patrulla de japoneses. El simple ladrido de un perro le hacía sobresaltarse. Sin embargo, muy poco más adelante pudo por fin vislumbrar las altas copas de los primeros árboles de la exuberante jungla que rodeaba Aparri.

Se relajó por primera vez desde que había abandonado la precaria seguridad de su casa. Sabía que, a partir de ahora, si lograba internarse en la selva sin ser visto, tendría prácticamente garantizado llegar hasta los cultivos con éxito, ya que conocía a la

perfección los casi invisibles senderos que atravesaban la selva. Ningún pirata sería capaz de darle caza en ese terreno, que era el suyo propio.

El último tramo de calles, al menos a primera vista, parecía completamente a salvo de enemigos, por lo que Tapang se aventuró a atravesarlo a la carrera.

Una vez en el interior de la espesura, mucho más tranquilo, continuó caminando en dirección hacia su objetivo. Su corazón recuperó su ritmo normal. A pesar de todo, no bajó la guardia. Su paso se hizo ahora mucho más lento a causa de lo intrincado de la vegetación, y a que el itinerario que se había fijado evitaba los caminos principales. Calculó que, al ritmo que avanzaba, tardaría menos de una hora en llegar a su destino.

«Humm —reflexionó— casi una hora para ir y otra hora para regresar. Será ya casi de noche cuando consiga estar de vuelta en casa…».

Regresar tan tarde era peligroso, dado que por la noche se establecía una especie de tácito toque de queda. Aunque Tay-Fusa no lo había decretado formalmente, sus hombres no dejaban de patrullar las calles durante las horas nocturnas. A menudo lo hacían en un estado de peligrosa euforia, provocada por el consumo de drogas y el exceso de alcohol, lo que les llevaba a comportarse de un modo aún más brutal que el que acostumbraban a emplear durante el día, descargando toda su ira y vileza sobre el primer infeliz que tuviera la desgracia de caer en sus manos. No era infrecuente que, por mera diversión, dejaran que sus perros devoraran vivas a sus víctimas.

Acuciado por esos angustiosos pensamientos, Tapang apresuró el paso. No se había dado cuenta hasta entonces de que, el viaje a través del bosque, aunque más seguro, iba a retrasarle tal vez demasiado.

9

Después de alejar a Tinto del sendero que había ido siguiendo y de trabar sus patas en un lugar que consideré lo suficientemente apartado y oculto a la vista del camino, me acomodé en el suelo, protegido también por unos espesos arbustos de té y me dispuse a descansar a su amparo. No tenía hambre. Supongo que a causa de la intranquilidad que experimentaba.

Después de varios días seguidos en que el tiempo había sido relativamente fresco, la noche volvía a ser calurosa, como a menudo suelen serlo en Filipinas, y multitud de insectos correteaban o volaban a mi alrededor, por lo que muy pronto comprendí que me iba a resultar imposible conciliar el sueño. Además, todos mis nervios estaban en tensión, sin que yo pudiera hacer nada por calmarlos. También tenía los oídos en máxima alerta, de modo que el menor sonido, ya fuera una rama mecida por el viento, el aleteo de un pájaro que emprendía el vuelo, o cualquier otro rumor que rompiera la monotonía de la noche, contribuían a avivar mi inquietud.

Así transcurrieron unos cuantos minutos hasta que, siendo ya noche cerrada, pude distinguir —esta vez con toda claridad y sin ningún género de duda— el inconfundible sonido de unas lentas pisadas que, con extrema cautela, se acercaban poco a poco hacia mí, tratando de no llamar la atención.

Casi sin pensarlo, movido por un súbito impulso instintivo, desenfundé mi cuchillo y me levanté de un salto. Para mi propio asombro, fui consciente de que, a pesar de la rapidez de mis movimientos, apenas había hecho ruido.

Una vez en pie pude distinguir, a muy pocas varas de distancia, a un hombre cuya silueta se recortaba contra el horizonte estrellado. Creí reconocer en ella la figura de Mayabang, al menos su estatura y corpulencia eran muy similares a las del ilocano.

Sin mediar palabra ni detenerme a averiguar si mi inesperado

visitante podía verme, me abalancé sobre él y lo derribé al suelo. En cuanto lo tuve inmovilizado bajo el peso de mi cuerpo, comprobé que, en efecto, se trataba de él, de Mayabang. Rápidamente le acerqué el cuchillo a la garganta y le hablé de modo que le quedara muy claro que le había reconocido:

—¡¿Qué estás haciendo aquí, saco de mentiras?! ¡¿No se supone que tendrías que estar cenando en tu casa?!

Yo obraba bajo la influencia de la acusada tensión nerviosa y del sobresalto que me había causado su inesperada visita nocturna. Si hubiera sido plenamente dueño de mí creo que habría actuado de una manera distinta, quiero pensar que más comedida, pero lo cierto es que, en aquellas circunstancias, ante la menor reacción hostil de mi contrincante, hubiera sido capaz de matarlo.

Afortunadamente, Mayabang supo refrenar su orgullo y responder con humildad:

—¡No! ¡Por favor, don Gonzalo! ¡No utilice esa daga! ¡En seguida se lo explicaré todo…!

Sus palabras consiguieron refrenar mis impulsos y me permitieron hablarle en un tono menos agresivo:

—Mayabang, esto no me gusta nada. ¿Por qué me has seguido?

—Yo… Bueno…, verá… en realidad solo quería saber si iba muy lejos. Me ha vencido la curiosidad, ¿sabe…?

Estaba claro que mentía, que estaba improvisando una respuesta para escapar de mis manos. Volví a acercarle el cuchillo al gaznate. Y, aunque habían bastado esos breves instantes para que mi agresividad se enfriara notablemente, lo hice con mayor fuerza que en la anterior ocasión. Aunque esta vez su vida ya no corría peligro, quería amedrentarlo de veras y obligarle a decir la verdad.

—¡Mientes, Mayabang, como me has mentido esta mañana…! Te concedo una última oportunidad para que hables, o de lo contrario tendré que cortarte la lengua para que dejes de intrigar con ella. ¿Me has comprendido?

—Sí, sí…, don Gonzalo… pero por favor, no apriete tan fuerte, si afloja un poco seré capaz de responderle.

Accedí a su petición y, en efecto, comenzó a hablar, nervioso y agitado como un cobarde. Me fue imposible saber hasta qué punto eran veraces sus palabras, pero esto es lo que me dijo:

—Verá, ¡los piratas me obligaron a seguirle! ¡Ellos irrumpieron

en mi casa, de noche, y me amenazaron…! Me dijeron que debía averiguar todo lo que pudiera acerca de usted, ya que les preocupa mucho que un castellano resida en la región. Temen que usted pueda delatarlos ante las autoridades españolas, provocando una incursión del ejército que venga hasta estas apartadas tierras y los expulse de Filipinas.

Al menos esta vez sus palabras sonaron más creíbles. Sin embargo, en la medida en que Mayabang absorbía toda mi atención, no fui capaz de detectar el sonido de las nuevas pisadas que se acercaban hacia nosotros. Solo fui consciente de su presencia cuando ya tenía a los piratas encima. Desconozco si habían seguido a Mayabang o si este les había conducido voluntariamente hasta mí, pero lo cierto es que ahí estaban: una partida de alrededor de diez o doce hombres, todos ellos sucios y malencarados, y con el presumible deseo de sacarme las entrañas en pequeños pedazos.

El que llevaba la voz cantante, sin duda japonés, puesto que hablaba muy mal el ilocano, comenzó por encararse con Mayabang:

—¡Estúpido! ¿Así es como cumples los trabajos que se te encargan?

Pero, sin aguardar la respuesta del humillado ilocano, que continuaba inmóvil bajo mi férula, el cabecilla ordenó a sus hombres que me apresaran.

Varios de ellos se lanzaron al instante sobre mí, como perros rabiosos, empleando una violencia tan salvaje, que pensé que había llegado mi última hora.

Gracias a Dios no fue así, debido a que los jefes piratas habían cambiado de opinión respecto a mi suerte: ahora deseaban interrogarme a fondo antes de quitarme la vida. Pero su descarnada violencia no me impidió perder el sentido, que no recuperé hasta aproximadamente 24 horas más tarde, cuando las últimas luces del anochecer anunciaban el final del día siguiente. Estoy convencido de que además de los golpes, me administraron alguna poderosa droga, que debió ser la auténtica causa de que me mantuviera fuera de combate durante tanto tiempo.

Cuando por fin me desperté, me encontré en medio del mar, a bordo de un pequeño sampán en el que estaba siendo conducido hasta un gran junco que, como muy pronto tuve ocasión de averiguar, era nada menos que la nave capitana de

Tay-Fusa.
Se trataba de una gigantesca embarcación de hermosas líneas, en la que destacaban sus elegantes velas de tela muy gruesa, así como su enorme castillo de popa.

Era cierto que, como ya expliqué en su momento,
Tay-Fusa
había desembarcado y había ido a ocupar la mejor casa de Aparri que la había acondicionado a su gusto, ya que en tierra podía vivir de un modo mucho más cómodo que a bordo de su gran junco, por amplio y lujoso que fuera. Pero, al parecer, tan pronto como el jefe pirata supo de mi existencia, quiso confinarme en el interior de su navío para que sus hombres pudieran interrogarme a fondo antes de quitarme la vida. El motivo de llevarme al barco no era otro que el de asegurarse de que me resultara imposible escapar, ya que la nave se hallaba anclada a un par de millas de la costa y estaba custodiada por algunos de sus esbirros más eficientes.

Me vigilaban a mí y al grupo de esclavos que trabajaban a bordo: aquellos que, a causa de su supuesta mala conducta, habían sido condenados a realizar los trabajos más duros a lo alto de los mástiles o, por el contrario, realizaban reparaciones y tareas de limpieza en el casco, a menudo obligándoles a bucear bajo la quilla, a pesar de la frecuente presencia de tiburones en la zona. Los piratas se esforzaban —y lo conseguían— por que este tipo de prisioneros fueran sometidos a un régimen de vida notablemente más duro que el de los que permanecían en tierra.

Afortunadamente, no tuve que pasar por esos trances. Al menos por el momento. Se contentaron con encerrarme en una diminuta pieza situada a popa, sobre cubierta, a la espera de que algún importante oficial pirata viniera a someterme a un duro interrogatorio. Tay-Fusa estaba ansioso por extraer de mí la máxima información posible. Claro que, conociendo a los orientales y sus métodos, mentiría si negara que comencé a temer por mi futuro inmediato. Hasta tal punto era así, que me propuse hacer cuanto fuese posible por escapar de aquel maldito barco al precio que fuera.

Por de pronto comencé por examinar a fondo la pequeña celda en la que estaba recluido, aunque he de reconocer que, por mucho que me esforcé por encontrar un punto flaco por donde huir, en ella

no existía más que un diminuto ventanuco de ventilación. A través de él podía ver el mar y el cielo nocturno, pero pronto se me hizo evidente que no podía ni soñar con escapar a través de él, ya que su apertura a duras penas era suficiente para permitirme sacar un brazo. ¡Si al menos tuviera alguna herramienta que me permitiera ensancharlo…! Pero no la tenía. Me habían confiscado el único cuchillo que llevaba, y aquel pequeño antro estaba desprovisto de cualquier tipo de aparejo del que me pudiera servir. Por no haber, no había ni un triste mueble, ni tan siquiera el más destartalado de los camastros.

En medio de estas poco halagüeñas circunstancias, terminé por aceptar mi incierto sino y, sentado en el suelo, apoyado contra una de las paredes de mi «camarote», rogué con fervor a Dios y a mi querida Virgen de Guadalupe para que acudieran en mi auxilio y me ayudaran a afrontar con serenidad el incierto futuro que se abría ante mí.

Tan pronto como Tapang llegó a su destino en el sembrado de ñames, se dispuso a cargar con la mayor cantidad de tubérculos que se vio capaz de transportar. Observó con satisfacción que el campo continuaba intacto. Ningún habitante de Aparri se había acercado hasta allí para saciar su hambre. El miedo a los piratas había mantenido a los tubérculos a salvo de posibles salteadores. Y claro, los japoneses tampoco habían podido robar, por el sencillo motivo de que ignoraban su existencia.

Miró hacia lo alto y comprobó que, tal y como se temía, el sol había descendido mucho desde el momento en que se había internado en la selva. No tardaría mucho en anochecer. Tenía el tiempo justo, por lo que, sin perder un instante, lio una especie de fardo, empleando la parte delantera de su camisa, introdujo los ñames en él, y se dispuso a regresar a paso rápido.

Sin embargo, tan pronto como se vio de nuevo en el interior de la selva, no tardó en advertir que el avance se le hacía notablemente más lento y costoso que durante el trayecto de ida. El motivo no era otro que el peso que llevaba, pero todavía más, el hecho de que el propio fardo de ñames le dificultaba ver el suelo sobre el que pisaba.

Además, si tropezaba y caía se produciría una pequeña catástrofe, ya que se aplastarían los tubérculos. Todos estos factores

unidos motivaron que le fuera imposible acelerar la marcha: si no ponía el suficiente cuidado, a cada paso corría el riesgo de tropezar con las gruesas raíces de los árboles, a las que se sumaban las demás irregularidades del terreno.

Claro que el que no podía esperar era el sol, que en su rápido descenso tropical estaba ya muy cerca de ocultarse.

Cuando Tapang alcanzó finalmente el límite de la espesura, no encontró otro medio mejor de eludir a los piratas que el que había empleado a la ida: se apostaría a observar tras la esquina de cada casa, antes de lanzarse a cruzar hasta la siguiente. Sin embargo, el peligro era ahora mayor, pues si se retrasaba un poco más de la cuenta, las patrullas de piratas se multiplicarían y se harían mucho más pelgrosas.

Como ya he dicho, el sol estaba ya tan bajo, que la suave luz crepuscular no tardaría en apagarse para dar paso a la noche cerrada.

El corazón del muchacho latía con mucha fuerza. Estaba seguro de que a esas horas su madre y sus hermanas se encontrarían muy angustiadas, esperándole en medio de una gran ansiedad y de una creciente congoja.

Después de observar y escuchar atentamente durante un buen rato, oculto tras el precario escondite que le proporcionaba la esquina de una de las primeras casas, su impresión fue la de estar solo: no se veía ni oía circular a nadie por las calles.

Deseoso de terminar lo antes posible con aquella empresa, que comenzaba a antojársele más larga y peligrosa de lo que había juzgado en un primer momento, corrió hasta el siguiente edificio, tras cuya esquina volvió a parapetarse.

Allí volvió a esperar durante algunos instantes hasta que, estimando que hacia el frente las cosas también parecían estar en calma, cruzó veloz la calle hasta detenerse junto al siguiente edificio.

Lo más difícil parecía haber pasado ya, y no era mucha la distancia que le separaba de su casa. De hecho, estaba ya tan cerca de ella que, acuciado por los deseos de volver a encontrarse a salvo con su familia, sopesó la posibilidad de lanzarse a recorrer sus últimos pasos a la carrera. Así había obrado en el trayecto de ida a la hora de recorrer el tramo final antes de internarse en la espesura,

y no le había ido mal… Además, temía tanto a los perros y a la posibilidad de ser echado a sus fauces como alimento para diversión de los piratas, que sin dudarlo más y amparándose en la creciente penumbra, echó a correr hasta la misma puerta de su casa. Si conseguía llegar sin tropiezos, en menos de uno o dos minutos se encontraría a salvo, con una buena cantidad de alimentos que poder ofrecer a su madre y a sus hermanas.

Sin pensarlo más, inspiró una buena cantidad de aire hasta llenar por completo los pulmones, y echó a correr lo más rápido que pudo. Ya no se detenía a mirar desde detrás de cada esquina antes de cruzar las calles, sino que todo lo fiaba a la velocidad… y a la suerte que, sin embargo, pareció abandonarle precisamente en esos últimos y cruciales momentos, pues fue entonces cuando escuchó con pavor el ruidoso avance de una patrulla de ronin.

El cabecilla del grupo pirata caminaba a cierta distancia por delante de sus hombres, por lo que fue el primero en hacer su aparición por la calle por la que venía Tapang corriendo tan rápido como podía, con tan mala fortuna que los dos chocaron en un aparatoso encontronazo.

El primer resultado de la fuerte colisión fue que los ñames quedaron literalmente triturados y dispersos por el suelo, y el segundo, que el pirata perdió el equilibrio y cayó de espaldas, sintiéndose desagradablemente humillado ante sus subordinados.

Apenas se levantó de un salto, exclamó:

—¡¿Quién es este imbécil?! ¡Apresadlo ahora mismo! —gritó en japonés, sin que Tapang pudiera comprender ni una sola de sus palabras, pero quedándole muy claro que, a juzgar por el tono de la orden, el jefe de la patrulla se había alterado mucho con el inesperado choque y que, por supuesto, se había puesto de muy mal humor.

Tapang temió por su vida. El muchacho percibió con toda claridad que, a no ser que lograra escapar, jamás volvería a ver a su madre y a sus hermanas, que se quedarían sin los ñames y permanecerían angustiadas durante toda la noche, sin poder dormir, sumidas en una sucesión de dolorosas horas de espera, al cabo de las que tampoco recibirían ningún consuelo. Al menos en una cosa había tenido suerte: la patrulla no era de las que iba acompañada de perros asesinos.

Sin embargo, su carácter adolescente, todavía sin desarrollarse del todo, hizo que le faltara muy poco para echarse a llorar. Aunque, afortunadamente, fue capaz de contenerse. Lo que más irritaba a Kengo, el cabecilla del grupo, eran precisamente las muestras de debilidad de sus prisioneros, más aun cuando se trataba de varones.

Dos de los piratas retuvieron a Tapang, sujetándole de los brazos, mientras Kengo se acercó a interrogarle:

—¿Dónde has robado esos ñames, chico? ¡Habla!

—Siento mucho lo ocurrido, pero no los he robado, señor. Los he cogido de un sembrado que pertenece a mi familia. —Tapang sabía que debía dirigirse a los piratas con el mayor de los respetos, puesto que ese era el único modo de atenuar su ira y las graves consecuencias que su detención podría acarrearle.

—¡¿Has dicho que pertenece a tu familia, mequetrefe?! ¿Es eso lo que has dicho, verdad…? ¡¿Es que todavía no has tenido tiempo de aprender que en Aparri todo pertenece a Tay-Fusa…?! ¡Serás castigado por tu insolencia y por robar esos ñames! ¡Así aprenderás! —El japonés acompañó sus palabras de un fuerte puñetazo, que lanzó de manera inesperada contra la boca del estómago de Tapang, que se revolvió de dolor y que estuvo muy cerca de perder el conocimiento—. ¡Haced que lleven a este estúpido a trabajar al junco! ¡Que saque brillo a la cubierta hasta que brille como el oro, y que después baje a bracear un poco entre los tiburones! ¡Eso le ayudará a reflexionar un poco acerca de quién manda aquí!

Tirado por el suelo, con enormes dificultades para respirar, a Tapang le bastó con comprender el significado de la palabra «junco» para echarse a temblar. Sabía que allí llevaban a los prisioneros a los que los piratas deseaban dar una lección. Y que eran muy pocos los que lograban sobrevivir. La mayoría —casi todos— morían ahogados, víctimas del cansancio o, lo que era peor, devorados por los tiburones.

En realidad, Tapang no necesitó ser llevado hasta el barco para comenzar a padecer. Allí mismo, tan pronto como Kengo dictó su sentencia, sus hombres aprovecharon que todavía permanecía tirado por tierra para continuar golpeándole con saña, como si se

tratara de un vulgar muñeco de trapo con el que divertirse.

—¡Basta! —dijo el cabecilla cuando consideró que el castigo comenzaba a ser excesivo—. Quiero que llegue con vida hasta el junco. Allí recibirá todo lo que se merece.

Sus hombres dejaron de golpearlo y, alzando entre varios el cuerpo del joven, lo trasladaron a la costa, en donde lo embarcaron a bordo de uno de los esquifes que los piratas empleaban para comunicarse con el navío.

El violento oleaje y la fuerte brisa marina hicieron que Tapang recuperara el sentido cuando se encontraban ya muy cerca de su destino.

A pesar de que ya era noche cerrada, el ilocano pudo admirar la elegancia de las formas del navío pirata, así como su gigantesco tamaño.

—¡Ah del barco! ¡Traemos a un nuevo prisionero! ¡Un ladrón de comida…!

Desde lo alto del navío lanzaron una endeble escalerilla de cuerdas por la que se suponía que el condenado debía escalar hasta cubierta. Tal vez no resultara una tarea excesivamente ardua para un marinero en plenas facultades, pero para el maltrecho y mareado Tapang supuso un auténtico reto.

En aquel mismo momento, a muy pocas millas hacia el sur, ya en tierra, Masaya y sus hijas, Tawa y Maliwan, rezaban con fervor por la salvación de Tapang. No ignoraban que si no había conseguido regresar antes del anochecer, lo más probable sería que se hubiera encontrado con una patrulla de piratas. Por eso rezaban para que al menos pudiera conservar la vida y para que un día no lejano pudiera volver a reunirse con ellas.

Masaya trataba a su vez de consolar a sus hijas:

—Tapang es valiente, y es avispado. Estoy convencida de que sabrá salir airoso de esta. Además, tengo el presentimiento de que su ausencia redundará en un bien muy superior al que suponía conseguir unos pocos ñames.

Tawa, la mayor de las hijas, rota de dolor pero conmovida por los esfuerzos que su madre hacía por confortarlas, la acarició con ternura, sin ser capaz de contener una lágrima furtiva. En su atormentada mente infantil se repetía una y otra vez la misma pregunta: ¿hasta cuándo tendrían que continuar padeciendo aquella

terrible pesadilla?

10

Pero los planes de Tay-Fusa distaban mucho de agotarse en lo conseguido hasta entonces. Es cierto que ya tenía una magnífica casa en la que vivir, a un buen número de esclavos locales trabajando para él y a sus hombres controlando perfectamente los movimientos de la ciudad y de una amplia extensión de territorio a sus alrededores. Pero el pirata era tremendamente ambicioso y quería más. Quería mucho más.

El siguiente paso que se propuso acometer consistía en censar a la población que tenía sujeta a su dominio. Si el pirata japonés había llegado hasta la cúspide del poder era porque, además de diestro con las armas, era un hombre metódico y muy bien organizado.

La contrapartida, claro está, radicaba en que todo aquello que supusiera un avance en su poder, se traduciría automáticamente en un menoscabo en la libertad de la población. Tal vez por eso, el día en que los ashigaru encargados de recabar la información para Tay-Fusa hicieron su aparición en casa de Masaya, la mujer presintió que, más pronto que tarde, se vería obligada a abandonar la ciudad. La presión comenzaba a resultar insoportable, y ella estaba dispuesta a hacer cuanto fuera necesario por conservar su libertad y la de las dos hijas que aún le quedaban.

Al igual que en anteriores ocasiones, los piratas, desaliñados, sucios e insolentes, hicieron su entrada sin esperar a que se les invitara a pasar. Y, por descontado, se comportaron como si fueran los dueños y señores de la casa.

—¡¿Vivís solas?! —fueron las primeras palabras del cabecilla de los visitantes.

Masaya, con sus hijas asustadas y fuertemente aferradas a sí, respondió con todo el aplomo que fue capaz de reunir:

—Solo vivimos nosotras tres…

—¿Tres mujeres? ¿Solas…? —uno de los piratas más jóvenes preguntó en un tono que insinuaba que estaban ocultando a alguien.

Maliwan y Tawa contemplaban a los hombres con un inmenso terror. Sus dilatadas pupilas las delataban.

—Sí. Vivimos solas —respondió Masaya, con cierta indignación ante la velada acusación de que estaba mintiendo.

—¿Quiénes son estas jóvenes? —intervino el más viejo.

—Son mis hijas.

—Mujer, si son tus hijas, ¿dónde está tu marido?

—Murió…

—¿No tienes hijos varones?

—Sí, pero creo que vuestros hombres lo han encarcelado, no lo sabría decir a ciencia cierta… —De un modo asombroso, a medida que se alargaba la conversación, Masaya iba recuperando la serenidad. Hablaba con enorme dignidad.

—¿Por qué dices que no lo sabes a ciencia cierta? ¿Acaso no te importa? —preguntó el joven, con una deliberada falta de tacto y de consideración.

—Sé que matasteis a mi hija menor, porque lo hicisteis aquí mismo, delante de mi casa, en el mismo lugar en que matasteis a mi madre —indignada, Masaya respondió en esta ocasión con una enorme fuerza, casi con fiereza, sin que le temblara la voz—. Desconozco la suerte de mi hijo, porque salió de casa hace unos pocos días y desde entonces no ha regresado…

—¿Y qué te hace pensar que su ausencia tuvo que ver con nosotros? Tal vez se cansó de ti. —Esta vez era el pirata más viejo el que se deleitaba en herir los sentimientos de la angustiada madre.

—Tapang jamás nos habría abandonado si no hubiese sido obligado a ello.

—Si lo detuvieron es seguro que contravino alguna de las órdenes dictadas por
Tay-Fusa,
por tanto es un delincuente, y vosotras tres sois la madre y las hermanas de un delincuente… Pero perded cuidado, que para eso estamos aquí, para recabar toda la información que asegure el cumplimiento de las leyes. Ahora nos marcharemos para continuar con nuestro trabajo, pero muy pronto recibiréis noticias nuestras.

¿Cuáles son vuestros nombres?

Profundamente enojada, pero impotente ante los piratas, la mujer respondió con desgana:

—Yo soy Masaya, y los nombres de mis hijas son Maliwan y Tawa.

—Muy bien, Masaya, Maliwan y Tawa, hasta la vista… no tardaremos en volver a vernos las caras. —La voz con que el pirata mayor pronunció estas últimas palabras tuvo la virtud de helar la sangre de las tres mujeres que, una vez que volvieron a encontrarse a solas, tardaron un buen rato en recuperar el habla. Permanecieron abrazadas, en silencio, dándose calor y ánimos mutuamente, tratando de mantenerse fuertes y de no sucumbir ante la terrible prueba que atravesaban. Si al menos Tapang estuviese con ellas… ¿Qué habría sido de él? Masaya no se atrevía a pensar en ello. Sabía bien que, si se dejaba llevar por la tremenda añoranza que sentía por su hijo, de inmediato se vendría abajo y se sumergiría en un mar de pena. Y eso era algo que no podía permitirse. Tenía que mantenerse fuerte. Su misión consistía en proteger a las dos únicas hijas que le quedaban. Tenía que ser capaz de conducir a Maliwan y a Tawa hasta algún lugar seguro…

Por eso, al cabo de un rato no muy largo, tan pronto como consiguió reponerse de la visita de los piratas, ordenó a las niñas:

—Preparaos para salir de viaje. Nos vamos. Es preciso que escapemos de aquí. Nos vamos de Aparri…

—Pero madre, ¿a dónde iremos? Y, sobre todo…, ¿cómo conseguiremos escapar sin ser vistas?

La visita que los comisionados de
Tay-Fusa
realizaron a los frailes resultó mucho más expeditiva.

Cuando fray Santiago acudió a abrirles la puerta, el primero de los piratas, sin siquiera mediar palabra y siguiendo las órdenes recibidas de Daiki, el ronin que dirigía al grupo, le asestó al indefenso fraile una certera puñalada en el corazón.

A consecuencia de la grave herida abierta y de la rápida pérdida de sangre, fray Santiago se desplomó a los pies del pirata, en donde no tardó en morir.

Pero la Providencia quiso que fray Domingo apareciera a tiempo

para contemplar la escena desde lo alto de una de las ventanas del convento. El prior comprendió de inmediato que la vida de la comunidad estaba en grave peligro, por lo que, sin perder un instante, corrió a prevenir al resto de sus hermanos. En seguida llamó a su lado a fray Miguel, un robusto castellano que había sido soldado antes que fraile, al que le explicó con voz nerviosa:

—Fray Miguel, los piratas están aquí, y esta vez sus intenciones se reducen a aniquilarnos sin miramientos. Han asesinado a fray Santiago, que en paz descanse, nada más abrirles la puerta…: le ruego que busque a fray Leandro y a fray Fernando, y que corran a refugiarse a las montañas. Dese prisa… Mientras tanto, yo me encargaré de entretener a los japoneses.

—Pero padre, ¡si se presenta ante ellos lo matarán…!

—Hijo mío, no perdamos el tiempo en inútiles disquisiciones: recuerde que hizo un voto de obediencia, así que, por el amor de Dios, haga el favor de no replicarme y de seguir mis instrucciones lo más fielmente posible, no olvide que cada segundo cuenta…

Fray Miguel comprendió que, en efecto, no había tiempo que perder en vanas discusiones, por lo que de inmediato dio su brazo a torcer y partió a la carrera en busca del resto de sus hermanos de religión.

Mientras tanto, fray Domingo se apresuró a recibir a los piratas en el atrio del edificio.

Una vez ante sus verdugos, sabiendo que iban a matarlo de todos modos, trató de ganar tiempo para asegurarse de que el resto de los frailes tuvieran mayores oportunidades de escapar.

—Sean bienvenidos a esta humilde casa. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—¡Fraile! ¡Ha terminado tu trabajo en este lugar, al que nunca debiste venir!: llama ahora mismo a todos tus hombres. Ellos también deben saber que

Tay-Fusa

no les admite en su territorio. ¡Y date prisa! ¡No tenemos tiempo que perder!

—Ahora mismo les llamo, tengan la bondad de esperar aquí un momento. En seguida vuelvo con todos ellos —respondió el prior, esforzándose por guardar las formas y por aparentar la máxima serenidad.

Los piratas, por su parte, en la medida en que desconocían que el padre prior había presenciado de primera mano la muerte de fray Santiago, hicieron caso a su petición de permanecer a la entrada, a la espera de que regresara con el resto de sus hermanos.

Pero tan pronto como fray Santiago se vio a solas, acudió derecho a la capilla, en donde consumió el Santísimo sacramento para evitar profanaciones de los paganos, y en donde, acto seguido, se arrodilló ante el altar para rezar con profundo fervor, a la espera de que le llegara su última hora de vida en esta tierra. Como hombre santo y justo que era, no se olvidó de orar también por la conversión de sus perseguidores que, casi con toda seguridad, iban a erigirse en sus asesinos en cuestión de pocos segundos.

En efecto, la espera provocó que los piratas, que en este caso componían un piquete de siete hombres, no tardaran en impacientarse. Entonces Daiki ordenó a tres de ellos que fueran en busca del padre prior y que lo hicieran regresar de inmediato. También les dio órdenes para que mataran a cualquier fraile que se encontraran a su paso.

Pero los enviados no tardaron en regresar con fray Domingo. Por lo demás, traían las manos vacías:

—No hemos encontrado a nadie en todo el edificio, solo al prior, que nos ha engañado: lo hemos encontrado tranquilamente de rodillas, en una de las habitaciones. No ha estado buscando ni llamando a ninguno de sus hombres, y parece que todos se han escapado.

Al oír estas palabras y sentirse burlado por el prior, Daiki, un hombre maduro con justificada fama de despiadado, se encendió en una violenta cólera que hizo que su rostro adquiriese un aspecto que, más que humano, parecía diabólico:

—¡Estúpido! ¡Pagarás por esto!

En efecto, el cabecilla ordenó a sus hombres que prendieran fuego al edificio y que arrojaran a fray Domingo a las llamas, atado de pies y manos, en el lugar en donde el fuego fuese más intenso.

Para asombro de sus verdugos, fray Domingo ofreció un testimonio admirable de fortaleza cristiana dejándose llevar, y casi se diría que asistiendo por propia voluntad hasta el terrible suplicio que le tenían preparado, en donde no tardó en encontrar la muerte.

El edificio del convento, aunque pobre y sobrio, revestía una

sencilla belleza. Sin embargo, al estar construido principalmente de madera, no tardó en prender y en arder como la yesca.

A través de una pequeña rendija que se abría en la puerta de mi celda, pude asistir al triste espectáculo que ofreció la llegada de un pobre muchacho de Aparri al que los piratas acababan de hacer prisionero. Lo compadecí profundamente. Me dije que seguramente lo habrían apresado sirviéndose de cualquier excusa estúpida. Al fin y al cabo, para ellos tan solo se trataba de un pobre desdichado al que obligarían a trabajar hasta el límite de sus fuerzas, y al que después dejarían morir de puro agotamiento, o al que tal vez arrojarían a los tiburones. O simplemente lo emplearían para divertirse en sus crueles juegos, ya que, según pude comprobar a partir de mi llegada, los piratas del junco de Tay-Fusa eran muy aficionados a obligar a los prisioneros a pasar por debajo de la quilla del barco, apostando unos a favor de que lo conseguiría, y otros a que moriría en el intento, ya fuera porque se ahogara, o porque resultara víctima de los tiburones, que acostumbraban a andar al acecho.

Aunque era evidente que el joven llegaba muy maltrecho, sus captores, lejos de apiadarse, continuaron maltratándolo hasta que Yoshinobu, el capitán y máxima autoridad de la nave en ausencia del jefe pirata, hizo su aparición.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quién es este hombre? —preguntó con cierto cansancio a los ashigaru que acababan de subirlo a cubierta.

—Capitán, es un ladrón al que han sorprendido robando comida.

—Un ladrón de comida, ¿eh? Dejadlo ahí —respondió Yoshinobu señalando un rincón sobre cubierta. Lo hizo con un tono displicente y desabrido, como si estuviera demasiado atareado para ocuparse de semejante pequeñez. Sin embargo, al contemplar el lastimoso estado en que llegaba el prisionero, añadió—: Dejaremos que pase ahí la noche. Si sobrevive hasta el amanecer, le daremos de comer y le encargaremos algún trabajo que en adelante le enseñe a comportarse.

—Pero, señor, podría tratar de escaparse.

—¿Sois idiotas? ¿Escaparse? ¿En su estado? ¿A dónde crees que podía ir? ¿A alimentar a los peces?

Desde mi pequeña celda, yo seguía con mucha atención la suerte del joven. Tuve la posibilidad de observarlo con todo detenimiento mientras el muchacho permanecía completamente inmóvil, tumbado en el suelo, en el mismo lugar en que había sido dejado por sus captores. Hubo de transcurrir aproximadamente una hora antes de que comenzara a dar señales de vida. Hizo esfuerzos por incorporarse, pero estaba demasiado cansado. Entonces emitió un débil gemido pidiendo algo de beber. Estaba tan desubicado, que pedía agua con toda confianza, como si se encontrara en su casa, o rodeado de gente que se preocupara por su estado…

La inquietud por la suerte del muchacho y la completa falta de comodidades de mi celda hicieron que durmiera poco y mal aquella noche. Cada vez que me asaltaba alguno de mis frecuentes despertares, me asomaba a comprobar el estado del prisionero. En todas y cada una de las ocasiones comprobé que permanecía tirado en el mismo lugar en que había sido dejado, sin que nadie le prestara la menor atención y, por supuesto, sin que nadie atendiera a su necesidad de beber un poco de agua.

Afortunadamente, al amanecer, comenzó a llover a cántaros, con la fuerza con que muy frecuentemente suele hacerlo en las regiones tropicales. Me consolé pensando que el muchacho podría de algún modo saciar su sed, al menos sirviéndose de la formidable rociada de agua que comenzaba a empapar sus gastadas ropas.

En cuestión de pocos minutos, la cubierta del barco se vio convertida en una balsa, a pesar de que los orificios laterales que hacían de desagüe debían despedir auténticos chorros hacia la superficie del mar.

Momentáneamente embelesado ante este repentino espectáculo de la naturaleza, no fui consciente de que un pequeño grupo de hombres se acercaba hasta mi pequeño calabozo. Nada más abrir la pesada puerta me informaron de que el capitán deseaba interrogarme. Fue el carcelero que habitualmente se ocupaba de mí, un hombre grueso y alto, de pelo muy moreno y un gran aro en la nariz, quien me lo comunicó con una sonrisa siniestra:

—Te llama el jefe. Procura comportarte como un caballero o ten por seguro que lo lamentarás.

Detrás del carcelero habían llegado otros tres guardias armados, todos ellos con un aspecto especialmente sombrío. Gruesas gotas de

lluvia se mezclaban con otras no menos gruesas de sudor, que juntas resbalaban por sus rostros, unos rostros endurecidos y severos.

Curiosamente, a pesar del hambre que sentía, no fue hasta entonces cuando reparé por primera vez que esa mañana no me habían traído nada para desayunar. Juzgué que, muy posiblemente, Yoshinobu se propusiera ablandarme mediante la costumbre, tan oriental, de someter a los prisioneros a todo tipo de privaciones.

Y, en efecto, no tardé en comprobar que no me equivocaba. Más bien me estaba quedando corto…

Al pasar a su lado, aproveché para contemplar más de cerca al joven de cubierta.

Me tranquilicé al observar que había podido beber, y que el agua le había hecho tanto bien, que su aspecto había mejorado muy notablemente. Hasta tal punto era así, que en el momento presente, a pesar de la lluvia, dormía profundamente, con un sueño tranquilo y apacible.

«Una buena señal —me dije—. Si lo dejan tranquilo durante un poco más de tiempo, se repondrá del todo».

Pero, si en lugar de dedicar mis pensamientos al muchacho me hubiera detenido a pensar un poco en mí mismo, probablemente no hubiese llegado tan sereno a la presencia de Yoshinobu. No tardaría en conocer que el sustituto del gran pirata tenía órdenes terminantes, recibidas directamente del propio
Tay-Fusa,
de interrogarme a fondo, debiendo emplear, si fuera necesario, todos los medios a su alcance para obtener hasta el último resquicio de información por mi parte, con todo lo que eso suponía de prácticas de crueldad y de tormento en la cultura japonesa, lo cual no me libraría de ser asesinado en el último momento…

A partir del día de mi salida, Tala y Makisig no desaprovecharon ni un solo segundo de su tiempo. Entre los dos se afanaron por hacer acopio de cualquier tipo de alimento que pudiera resistir algún tiempo almacenado, para después trasladarlo hasta la cueva, en cuyas profundidades fueron amontonando poco a poco una buena cantidad de provisiones.

También trasladaron una buena parte del rudimentario

mobiliario que teníamos en la casa, así como un buen número de utensilios de trabajo, e incluso algunas lanzas, que eventualmente podrían servirles para defender el refugio en el caso de que los piratas lograran localizarlo. Eran unas buenas armas que ellos mismos habían fabricado, sirviéndose de ramas y troncos de madera de banaba.

En definitiva, mis leales amigos se estaban preparando a conciencia para —llegado el caso— pasar un largo periodo de tiempo bajo tierra, a salvo del dominio pirata.

Pero uno de aquellos días, hallándose en plena tarea de aprovisionamiento de la cueva, Makisig creyó advertir una presencia foránea en el bosque que lindaba con la pradera que, desde la casa, descendía en fuerte pendiente hasta la casa de Liway y de sus padres.

A pesar de que no era probable que los piratas hubieran llegado todavía a las montañas, el igorrote se inquietó. Al fin y al cabo, hasta entonces todos nos habíamos movido siempre por intuiciones y noticias de segunda o tercera mano. Sin embargo, siendo sinceros, ¿qué podía saber él de cierto acerca de los planes concretos de Tay-Fusa?

Nada. Por eso, ante la duda, se colocó en el peor de los escenarios.

Llamando a Tala, que trabajaba muy cerca apilando alimentos, le comunicó en apenas un susurro de voz:

—Tala, métete en casa y no salgas de allí hasta que yo te diga.

—¿Qué ocurre, Maki?

—Nada. Es solo una sospecha, pero por favor hazme caso y, sobre todo, no me hagas más preguntas en este momento…

La enérgica mirada de su marido convenció a la mujer de que debía obedecer y, aunque asustada y temerosa por lo que pudiera ocurrirle a Makisig, corrió a refugiarse a la casa.

Por un instante, mi valiente amigo había creído apreciar algo así como una sombra que se trasladara furtivamente entre los árboles. La imagen había sido muy breve, apenas como un paso fugaz. Tal vez no se tratara más que de un animal, o de una mala pasada de su imaginación, sugestionada a causa de los nervios. Pero no quería correr riesgos. Al menos hasta donde pudiera evitarlos.

Tomó su puñal y una de las lanzas que habían fabricado y, recordando sus gloriosos años de juventud, se dispuso a hacer frente

al peligro, sin esperar a que este viniera a él.

Agachado de manera que su cabeza no sobresaliera por encima de la alta hierba, se desplazó lentamente hacia el lugar en donde había visto deslizarse las sombras.

La distancia que le separaba de su objetivo no era grande, pero se veía obligado a avanzar muy despacio, con las rodillas flexionadas, para no dejarse ver.

Mientras tanto, con el rabillo del ojo no perdía de vista las profundidades del bosque, en donde a primera vista todo parecía de nuevo tranquilo y en la más perfecta calma.

Pero entonces, cuando menos lo esperaba, advirtió un nuevo movimiento entre los árboles. Aunque no pudo distinguir de qué o quién se trataba, esta vez vio moverse a una sombra con toda claridad, de tal forma que ya no le fue posible dudar de que algo se agitaba por los linderos de la espesura, y de que ese algo o alguien procuraba evitar ser visto.

Por descontado, su mayor temor radicaba en que pudiera tratarse de una avanzadilla pirata que viniese a reconocer el terreno antes de invadirlo.

A pesar de que Tala y él estaban a punto de tener listo el refugio, todavía iban a necesitar de unos pocos días más antes de dar su labor por terminada, sobre todo, contando con que debían trasladar montaña arriba una carreta entera cargada de víveres desde la casa de los padres de Liway.

Todos estos pensamientos se iban cruzando por su cabeza mientras continuaba aproximándose lentamente hacia los árboles. Caminaba plenamente concentrado, como en sus ya lejanos años de juventud, cuando salía a pelear junto con los guerreros de su tribu. Y como cada vez que, tanto en el pasado como en el presente, salía a cazar.

Estaba ya a punto de internarse en el bosque cuando se vio repentinamente sorprendido por algo que le alarmó aún más, hasta el punto de que sopesó rápidamente la conveniencia de abandonar y regresar junto a Tala antes de que pudiera ser descubierto…

11

Para mi gran sorpresa, me encontré con que Yoshinobu —mi interrogador— exhibía un aspecto educado, incluso refinado, contrariamente a lo que me había esperado de él. Calculé que tendría unos treinta años de edad. Sin embargo, y para mi desgracia, bajo ese aire aparentemente civilizado se escondía uno de los seres más crueles y sanguinarios que he conocido en mi vida.

El camarote en que me recibió, una amplia estancia situada en el castillo de proa, con elegantes vanos de madera cuidadosamente repujados, estaba también muy pulcro y ordenado.

Mi interrogador se hallaba cómodamente sentado sobre un elegante sillón forrado de terciopelo rojo, que además estaba colocado sobre una tarima que lo elevaba a un palmo de altura sobre el suelo, mientras yo era obligado a permanecer de pie ante él, en actitud de máxima sumisión y acatamiento. Por si fuera poco, tenía a dos verdugos flanqueándome. Permanecían inmóviles y en completo silencio, como estatuas mudas, pero no por ello menos intimidatorias.

Y, sin embargo, a pesar de las circunstancias descritas, tan poco acogedoras, la conversación se inició en un tono aparentemente cortés, casi podría decirse que amigable:

—Don Gonzalo —comenzó a decir Yoshinobu con una gran parsimonia en un ilocano impecable—, sabemos que es usted uno de los primeros españoles en llegar a estas islas, un auténtico pionero, puesto que viajó en el mismo barco de don Miguel de Legazpi. Y, sin embargo, le estaría mintiendo si le dijera que nos agrada su presencia en Luzón, especialmente en esta comarca al este de la Cordillera Central[21]. Como podrá imaginar, nuestro deseo es que los españoles no vengan a establecerse en esta región, y que los que ya la habitan, como es su caso, la abandonen para siempre. Pero antes de que esto ocurra y usted nos deje, tenemos un especial interés en conocer cuáles han sido sus actividades en una

zona tan alejada de Manila, y el verdadero motivo que le trajo hasta aquí.

Estas breves palabras de mi interlocutor me bastaron para vislumbrar el tipo de personaje que tenía ante mí: un tipo tan cortante y frío como el hielo. Refinado en las formas, pero tremendamente duro en el fondo. De inmediato supe que Yoshinobu no vacilaría un instante en someterme a las torturas más despiadadas y perversas sin siquiera pestañear.

A pesar de mi creciente nerviosismo, traté de aparentar calma, respondiéndole en el mismo tono sosegado —y aparentemente amable— que él había empleado para dirigirse a mí. A la vez, centré todos mis esfuerzos en desviar en lo posible la conversación de cuanto pudiera hacer referencia a mi viaje. Es más: me propuse omitir cualquier referencia a mis intenciones de dar la alarma en Manila.

—Verá, señor, vine a este territorio porque sus paisajes me cautivaron desde la primera vez que los vi. Durante años recorrí la región a caballo, acompañando a mi amigo, ya fallecido, don Juan de Salcedo, nieto de don Miguel de Legazpi. A lo largo de aquellos viajes me enamoré todavía más de estas tierras, hasta el punto de que tomé la decisión de venir a instalarme en ellas tan pronto como se me presentara la ocasión.

No tardé en comprobar que a Yoshinobu ni le gustó, ni le satisfizo mi respuesta. En realidad, no le satisfizo en absoluto. De hecho, aunque todavía conservó algún resto de cortesía, muy pronto experimentó un ostensible cambio de actitud, que le hizo subir un punto de intimidación en el tono con que pronunciaba sus palabras, así como en sus gestos. Por de pronto, borró de su cara la fría sonrisa con la que me había recibido, y sus ojos adquirieron un tono sensiblemente más negro y amenazador. Era como si se hubiera quitado alguna de las muchas caretas con que sabía ocultar su verdadera fisonomía:

—Mire, don Gonzalo, le creo lo suficientemente perspicaz para darse cuenta de que no estamos aquí para remolonear. Sin duda habrá tenido tiempo más que suficiente para observar que a bordo de este barco contamos con un buen número de prisioneros, y que por desgracia no todos logran sobrevivir mucho tiempo entre nosotros. Como puede suponer, usted tampoco es ajeno a esta regla.

Por tanto, debo hacerle notar que está en su mano decidir el trato que recibirá durante su estancia aquí y la duración de esta. Si se comporta de un modo sincero y leal con nosotros, haremos lo posible por corresponder a su buena voluntad. De lo contrario, si se empeña en dar largas, o en ocultarnos información, nos veremos obligados a emplear algunos de nuestros métodos para «ayudarle» a responder a nuestras preguntas. En otras palabras, le ruego que no se ande por las ramas y que nos comunique cuáles son sus contactos en Manila, así como los proyectos de la Corona española para con esta región del este de Luzón. Y, por supuesto, nos agradaría mucho saber por qué se dirigía tan aprisa hacia el sur.

—Le agradezco mucho la claridad y sinceridad de sus palabras —traté de mantenerme fiel a mi estrategia de replicar con respuestas calmadas, tratando de ocultar mi nerviosismo y, por qué no decirlo, mi miedo, a pesar de que cada vez me resultaba más difícil—. Pero lo cierto es que, por muchas que fueran las informaciones que quisiera suministrarles, me temo que nada podría hacer al respecto. Como le he dicho, vine hasta aquí desde Vigán, a raíz de la muerte de mi amigo don Juan de Salcedo, y desde entonces no he abandonado la región, ni tampoco me he comunicado de ningún modo con Manila, ni siquiera por carta. En cuanto al motivo de mi viaje, simplemente salí a recorrer el valle situado al sur de la montaña sobre la que me instalé hace ya algún tiempo, puesto que es el único lugar de los alrededores de mi casa que no había visitado todavía. Prueba de que no le miento es el escaso equipaje que llevaba encima cuando me apresaron: sus propios hombres podrán confirmarle este extremo. Apenas llevaba algo de comida para uno o dos días. ¿Cómo iba yo a pretender llegar hasta Manila con tan escaso aprovisionamiento?

—Miente usted muy mal, don Gonzalo, y mi paciencia se acaba. Ya le he dicho que no tenemos tiempo que perder y, sobre todo, que tarde o temprano conseguiremos que nos facilite toda la información que buscamos. Yo ahora me retiraré durante un rato, pero no se apure, le dejo en buenas manos. Mis colaboradores continuarán conversando con usted. Es muy posible que a mi regreso tengamos la satisfacción de comprobar que ha decidido usted mostrarse más comunicativo.

Era asombrosa la crueldad que transmitía aquel hombre. Creo

que hubiera preferido tener ante mí a un auténtico salvaje que me hablara a gritos, antes que escuchar una voz tan glacial y amenazante como la del tal Yoshinobu.

En cualquier caso, estaba claro que los dos esbirros que me rodeaban y que le iban a sustituir en el interrogatorio estaban dispuestos a todo antes que a defraudar a su jefe… Mientras Yoshinobu se levantaba para abandonar la estancia, uno de ellos abrió uno de los paneles de madera de la pared, tras el que se ocultaba un armario que contenía en su interior, colocados en un perfecto orden de revista, los más siniestros instrumentos de tortura. Instrumentos que habían sido cuidadosamente ideados y perfeccionados durante siglos por una larga tradición de mentes sádicas e inhumanas.

Mientras el guardián que iba a actuar como verdugo —un tipo fornido, con un cuello fuerte como el de un toro y el pelo completamente rapado— elegía sus herramientas de suplicio, su compañero se colocó a mis espaldas, con la evidente intención, pensé, de inmovilizarme en cuanto llegara el momento de aplicarme el tormento.

Como hasta ese instante yo había permanecido todo el tiempo de pie, en una respetuosa actitud, este segundo pirata acercó una tosca banqueta de madera y me obligó a sentarme en ella por la fuerza.

Los tres permanecimos sumidos en un tenso silencio durante unos cuantos minutos, que a mí se me hicieron eternos, pero que no fueron sino los instantes que el verdugo necesitó para preparar sus herramientas, sin que yo pudiera ser capaz de saber qué era exactamente lo que tramaba, puesto que su inmenso cuerpo lo ocultaba de mi vista.

Cuando finalmente llegó el momento de hacerme hablar, el pirata que me había hecho sentar me inmovilizó con sus fornidos brazos, mientras el que iba a aplicarme el tormento se acercaba hacia mí con un afilado y brillante buril en la mano derecha.

A medida que el verdugo fue acercándose hacia mí, acechándome con la sádica mirada de un demente, tuve ocasión de comprobar que el brillo del hierro se debía lisa y llanamente a que lo había calentado con tanta intensidad, que brillaba al rojo vivo.

Sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, se complació en

acercarme el metal lentamente a los ojos, hasta casi tocarlos con su punta. La distancia era tan pequeña, que pude sentir el calor de una manera muy viva y desagradable. Por si fuera poco, la extrema cercanía del hierro incandescente comenzaba a cegarme.

Como era de esperar, cerré los párpados de inmediato, movido por un acto reflejo.

Mi sádico carnicero no tardó entonces en exclamar, lleno de satisfacción:

—¡Ya veo que a sus ojos no les gusta el fuego! He conocido a muchos que demostraron una resistencia muy superior a la suya y que, sin embargo, no tardaron en contar todo lo que sabían y, a menudo, incluso hasta lo que no sabían. Pero no hay prisa, iremos poco a poco. Comenzaremos por las extremidades: uñas y dedos primero, y seguiremos por los brazos y las piernas. Después la cara. Solo al final, si se sigue manteniendo en sus trece, terminaré por sacarle los ojos. Me parece que para entonces ya habrá tenido tiempo suficiente de reflexionar, antes de que le trepanemos el cerebro…

Reconozco que, al escuchar aquellas terribles palabras, me vi envuelto en un espantoso ataque de pánico. Yo, que siempre me había tenido por un tipo valiente y templado, comencé a temblar como una auténtica gallina.

En mi imaginación ya había comenzado a representarse a aquel energúmeno introduciendo el punzón en uno de mis ojos, y a arrancarlo de su órbita con la mayor tranquilidad.

Realmente desconozco las características del extraño fenómeno que me llevó a actuar del modo como lo hice, puesto que lo recuerdo todo a la manera de una especie de sueño confuso, y desde luego puedo afirmar que no se trató de un proceder plenamente consciente, sino de una especie de movimiento reflejo de todo mi ser, que se dispuso a pugnar denodadamente por su supervivencia.

Sucedió que, haciendo acopio de todas mis fuerzas y habilidades en la lucha cuerpo a cuerpo, hice presa en los dedos meñiques del pirata que me tenía sujeto y, doblándolos hasta rompérselos con un desagradable chasquido que le hizo aullar de dolor, conseguí desembarazarme de su peligroso abrazo.

Aprovechando la momentánea sorpresa de su compañero, me abalancé sobre él con el ímpetu de un poseso y, de un soberbio

cabezazo en el estómago, conseguí derribarlo de espaldas al suelo.

Sin perder un solo instante, me acerqué al armario, que distaba apenas una o dos varas del lugar en donde había permanecido sentado, y tomé de él un machete con el que me dispuse a abrirme paso en la alocada carrera que inicié a lo largo de la cubierta del barco, en la que, para mi completa sorpresa, nadie pareció prestarme la menor atención.

Solo un poco más tarde me percaté del motivo: los piratas acababan de arrojar por la borda al desdichado muchacho al que había visto llegar maltrecho durante la noche, y ahora se entretenían en apostar por su suerte.

Sin siquiera reflexionar un instante, todavía presa del pánico, me enfundé el machete en el cinturón y me arrojé al agua.

Comencé a bracear con todas mis fuerzas: no pensaba en nada más que en alejarme del junco tan rápido como me fuera posible.

Apenas me habría alejado diez o quince brazas, cuando advertí que un buen número de enemigos se asomaban por la borda de estribor, es decir, por opuesta a la que yo había saltado la que yo había saltado. Sin embargo, seguía sin ser a mí a quién prestaban atención, sino al pobre muchacho, que comenzaba a sumergirse bajo las olas, en su desesperado intento por bucear bajo la quilla del barco. Como he dicho, al igual que a muchos otros infelices antes que él, los piratas lo estaban utilizando como simple divertimento para tener un motivo sobre el que poder apostar.

Me planteé la posibilidad de nadar hasta el joven para tratar de socorrerle, pero entonces descubrí que tras el junco había anclada una de esas pequeñas embarcaciones que usaban los piratas para ir y venir de la costa. Resolví que, si conseguía hacerme con ella, tendría sin duda mayores posibilidades de salvar al muchacho y de salvarme a mí mismo.

Recé para que no hubiera nadie a bordo del sampán y nadé hacia él tratando de no llamar la atención de los piratas, que en su mayoría continuaban absortos en la suerte del muchacho, al que, si salía vivo de su empresa, una parte pugnaba por izar de nuevo a bordo, mientras otra propugnaba por dejarlo en el agua, lanzando nuevas apuestas en torno a si moriría ahogado o devorado por los tiburones.

Pero fue entonces, cuando me hallaba ya muy cerca de alcanzar

mi objetivo, cuando, de manera completamente inesperada, advertí que cesaba por completo todo griterío, y que se hacía un profundo y extraño silencio. De repente, ya nadie vociferaba a cubierta.

Lo que había ocurrido era simple y llanamente que Yoshinobu acababa de ser advertido de mi huida, y que acababa también de distinguir mi diminuta cabeza, que sobresalía entre las olas del mar, alejándose del barco.

El enojo del pirata fue tan grande, que él mismo se encargó de arrojar al agua con sus propias manos a los dos verdugos que debían haberme torturado, conminándoles a no regresar a bordo hasta darme caza.

Las vidas de estos dos piratas y la del propio Yoshinobu estaban ahora mismo en grave peligro. Era seguro que a Tay-Fusa no le iba a agradar en absoluto la noticia de que el peligroso español había conseguido huir sin haber proporcionado el menor indicio de la información deseada.

Al menos esta circunstancia me mantendría temporalmente a salvo de los disparos de sus arcabuces. Querían recuperarme, pero necesitaban recuperarme con vida.

Mientras tanto, logré alcanzar uno de los costados del pequeño sampán, al que conseguí trepar sin excesivo esfuerzo. Me apresuré a soltar las amarras utilizando el machete que conservaba al cinto y, a continuación icé una de las velas, poniendo en práctica los valiosos conocimientos de navegación que había adquirido a lo largo de mi larga travesía desde Nueva España.

El barco era muy marinero, y en seguida alcanzó una velocidad notable, que hizo que mis perseguidores quedaran completamente rezagados. A pesar de todo, estaba claro que no podía cantar victoria. Hasta ahora las circunstancias habían concurrido en mi favor y por el momento me encontraba a salvo, pero debía permanecer muy atento a cuál sería la siguiente maniobra de Yoshinobu.

Por otra parte, a pesar de mi apurada situación, de ninguna manera podía ni quería dejar abandonado al desdichado ilocano, al que todos parecían haber olvidado, a pesar de que acababa de asomar con vida a este lado del navío, el lado en donde yo estaba, y en el que ahora pugnaba por mantenerse a flote en medio de las

turbulentas aguas, sin saber muy bien qué dirección tomar.

La distancia que me separaba del muchacho era de tan solo unas treinta o cuarenta brazas, más o menos la mitad de la que me separaba del junco.

El problema era que, si bien yo todavía no lo sabía —aunque lo sospechaba—, Yoshinobu ya estaba poniendo en marcha una auténtica movilización para darme caza. Visto el fracaso de los dos hombres que había arrojado al mar en mi persecución, más como un desahogo que como un medio eficaz de darme alcance, los piratas comenzaban a arriar la que parecía ser una alargada barca de remos cuyo aspecto se me antojó muy marinero. Además, iría muy bien dotada por un buen número de hombres fuertes y habituados a remar durante horas.

En cuanto me percaté de lo que ocurría, traté de no perder la cabeza. Estaba a punto de rescatar al joven ilocano, y no debía permitir que el temor o la ansiedad hicieran mella en mi ánimo.

Tan pronto como llegué a la vera del muchacho, comprobé que se encontraba en un estado de evidente debilidad, aunque a su vez me consoló ver que aún le quedaban fuerzas suficientes para colaborar conmigo en la tarea de ayudarle a subir a bordo.

Lo dejé tumbado a cubierta, conminándole a que descansara. Solo después volví a prestar atención a la primera de las chalupas —pues no fue una, sino varias, las que finalmente arriaron—, que se acercaba a una velocidad preocupante.

Por si fuera poco, Yoshinobu no tuvo inconveniente en comenzar a disparar sobre mí con fuego de mosquetería. No sé si el motivo que le movió a hacerlo era que, ante el temor a que pudiera escaparme, prefería verme muerto, o si, simplemente pretendía amedrentarme para que desistiera de huir.

El caso es que hube de ponerme a resguardo bajo el único techado que existía a bordo del sampán, cuyas delgadas tablas apenas tenían la consistencia suficiente para protegerme de las balas. Afortunadamente, las fuertes corrientes locales me estaban empujando, al menos momentáneamente, en dirección contraria a la posición del junco, por lo que no tardé en volver a salir de mi refugio y a emplearme de nuevo en la dirección de la nave, que con su vela completamente desplegada, todavía se mantenía a una pequeña distancia de los perseguidores.

Mi valiente compañero, consciente del peligro que corríamos, tan pronto como se recuperó un poco de su reciente esfuerzo, se alzó para asistirme en el manejo del sampán.

Mi primera reacción fue la de tratar de disuadirle, puesto que, a mi modo de ver, apenas había tenido tiempo para rehacerse. Y, sin embargo, en la medida en que tanto él como yo sabíamos muy bien que nos iba la vida en el éxito de nuestra huida, no tardé en ceder y en aceptar su ayuda.

Mientras se acercaba a ocuparse de la vela para que yo pudiera concentrarme en el timón, aprovechó para decirme que su nombre era Tapang, y que era natural de Aparri.

—¡Gracias, Tapang! ¡Mi nombre es Gonzalo! ¡Vivo en las montañas al sur de
Lal-lo…!

Tapang no tardó en dar muestras de ser un excelente marinero, y un gran conocedor de aquellas aguas.

Sin embargo, a pesar de nuestros denodados esfuerzos, pronto comprobamos, con no poca inquietud, que nuestros perseguidores continuaban ganando terreno y que estaban a punto de abordarnos.

En cada nave perseguidora venían del orden de siete u ocho piratas, todos ellos fuertes remeros.

Al verlos más de cerca me dio la impresión de que no iban provistos de armas de fuego, por lo que, pensé, quizás aún tuviéramos alguna posibilidad, siquiera remota, de hacerles frente.

Corrí a inspeccionar el barco en busca de algún arma, o al menos de alguna herramienta que pudiera servirnos como defensa a la hora de hacer frente al inminente abordaje. Pero, para nuestra completa desgracia, no encontré nada, si exceptuamos la escasa ayuda que pudieran proporcionarnos un par de remos, que tal vez podríamos emplear como estacas.

Y precisamente entonces, cuando más apurado comenzaba a encontrarme, Tapang me gritó con inesperado arrojo:

—¡Gonzalo! ¡Sujétese fuerte!

Mi sorpresa hizo que tardara en obedecerle, y que, en consecuencia, estuviera a punto de caer por la borda, pues el hábil marinero de Aparri realizó una inesperada maniobra que nos hizo virar
180°,

colocándonos de proa hacia la primera de las naves piratas, cuyos tripulantes, tan sorprendidos como yo, vieron chocar su embarcación con enorme violencia contra el casco de nuestra nave.

A consecuencia del violento impacto, más de la mitad de los piratas cayó al agua, quedando su barca momentáneamente a la deriva.

Nosotros también quedamos por unos instantes al pairo, pero una nueva maniobra protagonizada por Tapang volvió a colocarnos en una posición favorable al viento, que comenzó a alejarnos a una velocidad más que suficiente para dejar atrás a nuestros enemigos.

Sin embargo, cuando ya nos creíamos definitivamente a salvo, observamos con estupor que uno de los piratas había logrado asirse a la popa de nuestro barco y que, haciendo gala de una agilidad asombrosa, mucho antes de que fuésemos capaces de reaccionar, ya había saltado a bordo de un rápido y vigoroso impulso.

Se trataba de un auténtico gigante que, armado de su catana, se me antojó invencible.

Después de su último esfuerzo en el sorprendente viraje de la nave, Tapang volvía a estar exhausto, y yo, aunque en mejor estado, no contaba con más recursos que mi machete y los remos. ¡Los remos! Casi me había olvidado de ellos.

Corrí hacia el lugar en donde los había dejado, a proa y, tan pronto como tuve en mis manos el primero de ellos, me volví dispuesto a enfrentarme al pirata.

Pero entonces observé con enorme preocupación que mi adversario tampoco había perdido el tiempo durante aquellos breves segundos. Con una mano sujetaba a Tapang por el cuello, y con la otra amenazaba con cortarle la yugular con su catana. No hablaba ilocano, pero entendí su mensaje a la perfección: debía soltar mi remo, o de lo contrario mataría al indefenso joven.

Obedecí de inmediato. Y, sin embargo, nada más hacerlo, supe que había cometido un error: el pirata tenía órdenes de capturarme a mí con vida, sin que eso se aplicara de ningún modo a mi joven amigo…

12

El nerviosismo de Makisig creció aún más en el momento en que creyó advertir que eran tres las personas que acechaban desde la espesura.

¿Acaso podría enfrentarse él solo contra tres piratas?

Se detuvo en seco, sin casi atreverse a respirar, tratando de reflexionar durante algunos instantes. Lo que más le inquietaba era la posibilidad —nada desdeñable— de haber sido a su vez descubierto por los invasores, y de que después de acabar con él, atacaran a Tala. Fue precisamente este temor el que le impulsó a jugarse su suerte a una carta: sería él quien tomaría la iniciativa y se enfrentaría a quien quiera que estuviera ahí.

Sin perder un instante más, extrajo el cuchillo que llevaba a la cintura y se lo llevó a la boca antes de reemprender su avance hacia los invasores. Tenía ahora todos sus músculos en máxima tensión… y los sentidos en máxima alerta.

Reptando como una serpiente y escogiendo a cada momento la senda más segura, que por descontado no siempre coincidía con la más cómoda, continuó aproximándose poco a poco.

Se hallaba ya a muy escasa distancia del lugar en donde debían estar los piratas, cuando se preparó para lanzar el ataque. Se dijo que era de vital importancia asestar el primer golpe y, por descontado, hacerlo por sorpresa.

Sin embargo, precisamente entonces, de un modo completamente inesperado, alguien lanzó un alarido tan impresionante y dramático, que le heló la sangre en las venas, deteniéndole en su intento.

El grito provenía de muy cerca, del lugar en el que se encontraban los temidos piratas. Sin embargo, le bastó con una fracción de segundo para darse cuenta de que provenía de una mujer. Y que, por supuesto, no respondía a ningún tipo de amenaza, sino más bien a todo lo contrario: obedecía a una expresión de

inmenso pavor.

—¡Por favor! ¡No nos mate! ¡Déjenos continuar nuestro camino…!

Completamente asombrado, Makisig cayó en la cuenta de que todos sus anteriores temores habían sido causados por tres indefensas mujeres, muy posiblemente una madre con sus dos hijas, que al verle se habían asustado, tomándole a su vez por alguno de los piratas de los que venían huyendo.

Pero también Masaya, aunque todavía temblorosa y asustada, nada más contemplar de cerca el rostro del hombre al que tanto había temido, se percató en seguida, con un alivio inmenso, de que no se trataba de ningún pirata.

Makisig fue el primero en hablar:

—Pero… ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que hacen aquí? ¿Por qué se ocultaban de mí?

Todavía temblorosa, la mujer acertó a responder:

—Venimos huyendo desde Aparri. La vida allí se ha convertido en un auténtico infierno para nosotras. Hemos conseguido llegar hasta aquí abandonándolo todo y esquivando a las patrullas piratas. Salimos de casa hace dos días, por la mañana, a la antigua hora en que se nos permitía acudir a hacer la compra en el mercado, que ya casi no existe por falta de existencias.

—¿Faltan víveres en la ciudad? —quiso confirmar Makisig, temeroso de que esta circunstancia empujara a los piratas a apresurar sus planes de invasión tierra adentro.

—Sí. Es terrible. La antigua actividad comercial se ha visto sustituida por una dura pelea diaria por la supervivencia. Todo el mundo se esfuerza en buscar cualquier tipo de resto o inmundicia que pueda servir como alimento. Ya no se ven perros callejeros en Aparri. Ni gatos. Han sido devorados por la población hambrienta. Por eso nos vimos obligadas a huir.

—¿No han encontrado patrullas por los caminos?

—Sí. Hay algunas. Pero, gracias a Dios, mis hijas y yo conocemos muy bien estas tierras, mucho mejor que esos japoneses recién llegados, y conseguimos burlarles y alejarnos de la ciudad para llegar hasta las montañas. Por eso le ruego que, si es usted una persona de bien, no nos haga daño y nos permita continuar nuestro camino. Estas niñas son las dos únicas hijas que me quedan. Mi hija

menor y mi madre murieron a manos de los piratas, y mi único hijo varón hace ya días que salió al campo en busca de alimentos, sin que lo hayamos vuelto a ver desde entonces. No sabemos que ha podido ser de él…

Viéndolas rotas física y psicológicamente, Makisig se apiadó profundamente de las tres mujeres:

—Vengan conmigo a mi casa, no les haré ningún daño. Mi mujer les ayudará y les dará de comer.

Así fue como Tala, que continuaba escondida en la casa, se extrañó de ver regresar a su marido antes de tiempo, y no solo eso, sino acompañado de una mujer y dos niñas demacradas.

Tan pronto como escuchó de labios de Masaya los primeros detalles acerca de la sobrecogedora historia padecida por su familia, su asombro se transformó de inmediato en una honda compasión.

Tala obsequió a las recién llegadas con los mejores alimentos de entre los que todavía almacenaba en la despensa. Y no solo eso, sino que, como Makisig pudo observar con ojo certero, en seguida comenzaron a surgir profundos lazos de mutuo afecto y amistad entre las mujeres.

Mientras comía, Masaya no cesó de referirse a las duras condiciones de vida que había debido soportar su familia en Aparri. Hizo referencia también a la completa falta de humanidad de los piratas para con la población local y a sus inminentes planes de expansión hacia el Sur, es decir, precisamente hacia donde se encontraban. Estaba claro que la mujer era incapaz de hablar de ninguna otra cuestión. Después de la prolongada y dura tensión soportada, una vez que por fin se veía en terreno seguro, y en compañía de gentes humanitarias y sensibles a su dolor, hablar de sus pasados sufrimientos suponía una especie de catarsis para la extenuada mujer.

Al terminar de escuchar el dramático relato, Makisig y Tala convinieron en que estaban obligados a invitar a la mujer y a sus hijas a compartir con ellos su refugio en la cueva, hasta el anhelado momento en que llegaran los refuerzos de Manila.

Cuando el enorme pirata se aprestaba a cortar el cuello de Tapang, sin el menor atisbo de conmiseración, un repentino y oportuno golpe de mar zarandeó la barca. No resultó ser una sacudida excesivamente fuerte, pero sí tuvo la suficiente intensidad e

imprevisión como para hacer perder momentáneamente el equilibrio al corpulento pirata. Fue sin duda una ayuda enviada del Cielo, ya que me permitió reaccionar cuando ya lo creía todo perdido: sin perder un segundo, y sin siquiera detenerme a recoger el remo que acababa de arrojar a mis pies, me abalancé sobre el japonés y, sirviéndome del machete que aún conservaba prendido a la cintura, logré asestarle un certero tajo que resultó letal para nuestro atacante.

Sin embargo, al alzar de nuevo la vista sobre las aguas, observé con enorme aprensión que mis peores temores se reavivaban: aprovechando nuestra momentánea parada, algunas de las barcas enemigas volvían a aproximársenos a gran velocidad.

—¡Tapang! ¡Mira a popa! ¡Tenemos que hacer algo!

Me bastó con una sola mirada al ilocano para percibir que, al igual que yo, a pesar de todo lo que ya habíamos pasado, no estaba de ningún modo dispuesto a tirar la toalla, sino plenamente resuelto a luchar mientras le quedara un último aliento de vida.

En consecuencia, el sufrido muchacho, sacando fuerzas de flaqueza, con un esfuerzo verdaderamente admirable, volvió a alzarse de nuevo y a disponerse a gobernar la nave con la enorme habilidad de la que ya había hecho gala, y que estaba a punto de volver a demostrar.

Su actitud me llevó a asombrarme ante la sorprendente capacidad de resistencia del ser humano en condiciones de extrema necesidad.

Tras unos breves minutos de angustia, durante los que todo parecía indicar que volveríamos a ser alcanzados, volvimos a alejarnos de nuestros perseguidores a una velocidad de vértigo. El viento, que en aquel momento soplaba del este-noreste, nos favorecía, y la vela aprovechaba hasta el más leve empuje del aire.

En poco tiempo conseguimos adquirir una notable distancia sobre nuestros perseguidores. A pesar de ello, y de que al cabo de una media hora conseguimos perderlos de vista, continuamos bregando sin ceder un ápice en nuestro esfuerzo.

Nos íbamos acercando a buen ritmo hacia la gran bahía de Pasaleng. Si las cosas continuaban así de bien, no tardaríamos en avistar la bahía de Bangui, que es la que precede al cabo Bojeador, el punto situado más al noroeste de Luzón, y a partir del que ya

podríamos poner rumbo hacia el sur, enfilando la proa en línea recta hasta Manila.

Turnándonos en el manejo de la nave, en tan solo dos días conseguimos alcanzar las costas de Vigán, a donde llegamos relativamente descansados, a causa de las largas horas que, alternándonos en el manejo de la embarcación, pudimos dedicar al sueño. Como contrapartida, nos encontrábamos terriblemente hambrientos, pues el temor a que los piratas hubieran continuado con su persecución nos impidió incursionar en la costa en busca de víveres. Durante el largo trayecto nos limitamos a beber la abundante agua de lluvia que nos acompañó durante gran parte de la travesía.

He de decir que en Vigán me sentí renacer, puesto que muchos de mis antiguos camaradas continuaban todavía allí, en la guarnición del castillo. Ni que decir tiene que nos trataron a cuerpo de rey. Pudimos por fin saciar nuestra hambre, e incluso fuimos reconocidos por el doctor Cervera, en especial Tapang, que aún conservaba algunos de los hematomas y heridas provocados por la fuerte paliza que había padecido en Aparri a manos de sus captores. Pero el dictamen del médico resultó favorable. La juventud y fortaleza de mi compañero de fatigas habían favorecido que sus heridas evolucionaran correctamente, de tal modo que, según nos dijo Cervera, pronto se encontraría completamente restablecido, sin que le quedaran secuelas que lamentar.

Pero el tiempo apremiaba y, a pesar de que el capitán Torres se ofreció a enviar algunos de sus hombres a informar en Manila acerca de la invasión pirata, con la muy loable intención de evitarnos las penalidades del largo trecho que aún nos faltaba por recorrer, decidimos declinar su amable ofrecimiento. Deseábamos informar de primera mano al gobernador, con el convencimiento de la mayor persuasión que siempre imprime el hecho de haber sido testigos de primera mano de los desmanes que queríamos denunciar.

A pesar de todo, aceptamos recorrer a caballo y con escolta el tramo final de nuestro viaje hasta la capital. No en vano, durante los dos días que permanecimos en Vigán, nuestros vigías no apartaron sus ojos de la costa, temiendo a cada instante el avistamiento de los barcos de la flota enemiga, que gracias a Dios

no llegaron a presentarse en ningún momento.

No cabe duda de que el viaje a caballo nos retrasó un poco, pues por mucha prisa que tratamos de imprimir a nuestras cabalgaduras, eran incapaces de igualar las posibilidades de nuestra embarcación, capaz de navegar día y noche sin necesidad de detenerse a descansar.

El hecho es que finalmente invertimos siete días más en avistar la capital.

Cuando lo hicimos era el 16 de junio de 1582.

Debo decir que mi primera impresión de la ciudad fue muy favorable, puesto que se había desarrollado y embellecido mucho desde la última vez que la había visitado. Nuevos edificios de estilo español se alzaban en el centro, destacando muy especialmente la magnífica catedral, dedicada a la Virgen.

Como llegamos a media tarde, me dirigí directamente a intramuros, al palacio del gobernador, que por aquellos días era el general don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, un castellano de unos sesenta años, que tuvo la deferencia de recibirnos en el acto.

A pesar de que Tapang no hablaba una sola palabra de castellano y de que el gobernador apenas chapurreaba el tagalo, quise que mi buen amigo me acompaña en tan importante ocasión.

Peñalosa nos hizo sentarnos en sendas butacas, frente a la mesa de su escritorio, de magnífica factura, elaborada a partir de madera noble filipina.

Don Gonzalo era un hombre notablemente atento y distinguido. Sus primeras palabras fueron tan corteses y educadas como su persona:

—¡Señores! Es para mí un honor conocerles personalmente. Debo decirle, don Gonzalo, que había oído hablar mucho de usted.

—Muchas gracias, mi general. Aunque créame que el honor es mío…

—Bueno, bueno, no nos pongamos así… Esto va a parecer una sociedad de bombos mutuos —comentó Ronquillo con muy buen humor. Lástima que, con las noticias que le traía, iba a estropearle el día en cuestión de pocos segundos.

—Tiene usted razón pero, en cualquier caso, no sabe la alegría que nos produce encontrarnos en su presencia y poder compartir con usted las preocupaciones que vienen quitándonos el sueño

durante las últimas semanas.

—¿Preocupaciones que les quitan el sueño? Ustedes dirán…

Pasé a relatarle con todo lujo de detalles la situación del noreste de la isla de Luzón, descendiendo a cuantos pormenores consideré que podrían ayudarle a hacerse cargo de la gravedad de la invasión, y a convencerle de la necesidad de intervenir cuanto antes y con la mayor contundencia posible.

El gobernador fue mudando de rostro a medida que yo iba avanzando en mi explicación. Recuerdo que me escuchaba con el rostro sereno pero grave, y que apenas me interrumpió: tan solo lo hizo en dos o tres ocasiones, siempre con la intención de aclarar algún punto que no había terminado de comprender.

Al terminar la exposición, nos miró muy serio y nos confió lo siguiente:

—Don Gonzalo, mi primer deber es agradecerle en nombre de la Corona el enorme esfuerzo que ha hecho usted para llegar hasta aquí. Todo cuanto me acaba de referir es extremadamente grave. Sin duda debemos actuar de inmediato. Sin embargo, debo confesarle que no va a resultar una tarea fácil la de expulsar a esos piratas. Usted sabe tan bien como yo que apenas contamos con efectivos suficientes. Desde luego, le doy mi palabra de que haremos todo lo posible por responder a un ataque tan vil y cobarde, y por socorrer a la desdichada población que se encuentra en manos de esos desalmados, pero desgraciadamente no podemos obrar milagros. Dios quiera que seamos capaces de superar esta nueva y difícil prueba que se presenta ante nosotros…

El gobernador, que como ya he dicho era también general del ejército, sabía muy bien de lo que hablaba y, aunque trató de infundirnos esperanzas, nos dibujó en un par de pinceladas un cuadro que, con la visión que dan los años, no puede ser calificado de pesimista, sino de realista. Y aún creo que me quedo corto…

Quedamos en que se reuniría lo antes posible con el resto de las autoridades de la capital y en que al día siguiente por la mañana nos daría una respuesta lo más concreta posible. Dicho con otras palabras, la invasión de Tay-Fusa se acababa de convertir en la cuestión primordial que las autoridades deberían abordar, y en cuanto tomaran una resolución,

el propio gobernador nos informaría del número de hombres que podría destinar a la defensa del noreste de la isla.

Le quedamos muy agradecidos y, después de retirarnos para degustar una sencilla pero muy apetitosa cena, nos retiramos a descansar.

Se me asignó una amplia y cómoda estancia para que pudiera recuperarme después de tan largo y agitado viaje.

También Tapang fue acogido con la máxima solicitud y pudo dormir bajo techo sobre un blando colchón, algo a lo que no sé si estaba muy acostumbrado.

Dormimos como dos troncos. Personalmente no me desperté hasta que, poco antes de las nueve de la mañana, un ordenanza me condujo de nuevo ante la presencia del gobernador. Tapang no me acompañó en esta ocasión, ya que yo mismo pedí que le dejaran descansar un poco más. Más tarde le trasladaría las conclusiones que me transmitiera Peñalosa.

Me encontré a un hombre muy distinto del que había conocido la víspera, al menos en cuanto a su aspecto físico se refiere, pues he de decir que, aunque nuestro buen gobernador conservaba en gran medida su buen humor, presentaba unas enormes ojeras, prueba evidente del cansancio de quien había pasado una buena parte de la noche trabajando, si no toda.

—Buenos días, don Gonzalo. ¿Ha descansado bien? —A pesar del agotamiento, estaba claro que no había perdido su cortesía ni sus buenas maneras.

—Muy bien, señor. Muchas gracias. Aunque veo que usted no puede decir lo mismo…

—Me alegro de que haya dormido bien. No se preocupe por mí. A partir de ahora todos vamos a vernos obligados a poner en funcionamiento todas las energías a nuestro alcance…

Ronquillo, buen militar, como ya he tenido oportunidad de señalar, había estudiado detenidamente la situación, y ahora se disponía a trasladarme sus conclusiones. No me extrañó que su rostro se tornara repentinamente duro y severo, si bien he de reconocer que su gravedad llegó a alarmarme un poco.

—Verá, Gómara, después de considerar muy despacio su informe y de consultar con mi consejo, hemos determinado que, por descontado, va a ser completamente necesario hacer frente a los

piratas japoneses. Es ineludible pelear hasta expulsarlos definitivamente del archipiélago. Sin embargo, como usted sabe bien, y como ya le adelanté ayer, no va a resultar una tarea nada sencilla: por una parte, los japoneses son la gente más belicosa de esta parte del globo. Y, por si fuera poco, como también conocerá, poseen armas de artillería y mucha arcabucería y piquería, junto con armas defensivas de hierro para cubrir sus cuerpos. Todo esto lo poseen a causa de los portugueses, que en este punto han obrado con una extraordinaria falta de prudencia.

Esta vez era yo quien escuchaba al gobernador sin interrumpirle lo más mínimo, sumido en el máximo respeto, a la espera de que concluyera su introducción y a que concretara finalmente los medios con que contaríamos para tan crucial empresa, algo que no tardó en hacer:

—Debo decirle que apenas somos quinientos los españoles que conformamos la tropa con la que su majestad, don Felipe II, cuenta en este momento para salvaguardar la paz del entero archipiélago. Quinientos españoles y un puñado de barcos…

Me temí lo peor. Esa introducción no auguraba nada bueno. Además, los piratas contaban con mucho más de mil hombres. Mil quinientos, había calculado yo, tal vez más. Y, en efecto, estaban muy bien armados. No se me escapaba que, como había dejado caer el gobernador, en el ya lejano año de 1543, unos náufragos portugueses habían dado con sus huesos en la isla de Tanegashima, al sur del Japón, y que el señor de la isla les había comprado un par de arcabuces producidos en la armería que los lusos tenían en Goa. Desde entonces, los nipones habían tenido tiempo de aprender a construir sus propios arcabuces, que mejoraron a partir del primer modelo portugués y a los que bautizaron con el nombre de «tanegashima[22]». Estaba ya muy claro que íbamos a tener que enfrentarnos a un enemigo muy superior mediante un combate desigual en el que no tendríamos otra opción que vencer o morir. Si no me falla la memoria, tras su breve introducción, las palabras con las que Ronquillo terminó de trasladarme su resolución fueron más o menos del siguiente tenor:

—Me veo en la obligación de decirle que no podremos proporcionarle más que siete barcos: el navío San Yusepe, una galera llamada «Capitana» y cinco fragatillas o embarcaciones

menores, con alguna gente de mar y unos cuarenta hombres de armas: la mitad de ellos son infantes veteranos de los Tercios, y la otra mitad guerreros tlaxcaltecas venidos desde Nuevo México. Como capitán de la flota irá don Pablo de Carrión, un ilustre hidalgo de Palencia.

Apenas tuve palabras para responder a la oferta del señor gobernador. Sabía que el bueno de Ronquillo estaba haciendo todo lo que estaba en su mano, y que estaba tan preocupado como yo, pero también me quedó muy claro que lo que se nos venía encima era una guerra casi imposible de ganar. ¿Cómo íbamos a derrotar un pequeño puñado de 40 hombres a un ejército que superaba ampliamente el millar?

Así pues, me limité a darle las gracias con la mayor efusividad que pude, que no fue mucha, y me retiré muy, pero que muy preocupado a mis aposentos, en donde me encontré con un descansado Tapang, ávido por conocer el dictamen de Peñalosa.

En el lado positivo de nuestra apurada situación he de decir, sin embargo, que cuando conocí a don Juan Pablo de Carrión, descubrí en él a un hombre que, a pesar de su aspecto ciertamente singular, me ofreció una inmejorable impresión. Si había alguien capaz de vencer a los samuráis con los escasos medios con los que contábamos, pensé, era él. Tenía por aquel entonces nuestro capitán la nada desdeñable edad de sesenta y nueve años, y sus ojos, de mirada profunda y penetrante, revelaban una casi insondable y compleja personalidad. Tenía el pelo liso y muy negro, con profundas entradas en la frente, y lucía una tupida perilla bajo su prominente bigote.

Según pude averiguar, su vida había sido tan rica y procelosa como su carácter: en 1543 había participado en la fracasada expedición de Villalobos a las islas Filipinas, de la que tuvo la fortuna de ser uno de los pocos supervivientes.

Había tomado también parte en la preparación de la primera travesía del célebre Galeón de Manila. En concreto, había colaborado con el insigne Andrés de Urdaneta en la organización de la gloriosa expedición de la nao San Pedro, famosa por cubrir con éxito la primera singladura del tornaviaje en 1565, entre Asia y América. Sin embargo, finalmente no llegó a viajar a bordo por desavenencias con el fraile guipuzcoano.

A causa de diversas vicisitudes por las que fue acusado de graves cargos que le valieron el embargo de todos sus bienes, hubo de marchar posteriormente a España para defenderse en los tribunales, algo que hizo tan bien que consiguió regresar a Filipinas en 1577 con el flamante cargo de general de la Armada.

En cualquier caso, me interesa insistir en que el entendimiento entre este destacado personaje y mi persona fue magnífico desde el primer instante en que nos vimos. Desde el primer momento se estableció una corriente de mutuo aprecio entre los dos. Era como si nos hubiésemos conocido de toda la vida.

Como confirmación a que mis impresiones habían sido correctas, apenas tardó una semana Carrión en tener lista nuestra pequeña escuadra de guerra, y en iniciar a los valerosos tlaxcaltecas en las tácticas de guerra de los tercios.

Así, al amanecer de un borrascoso día de finales de junio, a pesar de hallarnos inmersos en la nada aconsejable temporada de lluvias, nos hicimos a la mar a bordo de nuestra pequeña escuadra, a sabiendas de que todos los ojos y las esperanzas del gobernador y de la mayor parte de los residentes de la capital —los que habrían recibido ya las noticias de la grave situación en el noreste— se hallaban puestos en nosotros.

13

De un modo prácticamente coincidente con el momento en que nuestra flota abandonaba la bella bahía de Manila antes de internarse definitivamente en mar abierto, graves amenazas comenzaban a cernirse sobre mi lejano hogar.

Sin embargo, y gracias a Dios, ante las nada tranquilizadoras noticias que Masaya tuvo ocasión de comunicar a Tala y a Makisig, este decidió adelantar su visita a los padres de Liway, que hacía tiempo que tenía planeada, con vistas a emprender lo antes posible el proyectado traslado de todos al interior de la cueva.

Al poco de llegar a los pies de la colina, Makisig se encontró con Lakas, que trabajaba en una pequeña huerta que la familia tenía a la entrada de su casa. Sin perder demasiado tiempo en innecesarias formalidades y saludos, que en aquellas delicadas circunstancias consideró que estaban de más, pasó a hacerle a su vecino un rápido resumen de cuanto acababa de saber a través de Masaya.

Las palabras de Lakas no hicieron más que corroborar que su preocupación era también muy grande, a pesar de que se esforzara por tratar de quitarle importancia:

—Tienes razón, amigo, cada día que pasa las noticias que llegan son más alarmantes: hemos sabido que los piratas han prendido fuego al convento de los hermanos dominicos, con todos los frailes dentro. —Como suele suceder, más aun en periodos convulsos, las noticias del ataque le habían llegado notablemente deformadas—. Araw, por su parte, nos ha alarmado todavía más a Liway y a mí, pues hace días que no para de insistir en que el peligro que nos acecha está a punto de descargar, y ella es de las que rara vez se equivoca. Sin embargo, en mi opinión, la distancia hasta Aparri es lo suficientemente larga como para que los piratas tarden en llegar. Al menos para que tarden en ser capaces de instaurar aquí su «ley».

—Vendrán, Lakas, y cuando lo hagan, ya no habrá posibilidad de escapar a su tiranía.

—¿Estás seguro? ¿Tan delicada es la situación? Y, sobre todo… ¿tan urgente? —respondió Lakas, haciendo esfuerzos por asimilar tan graves noticias.

—Por desgracia, sí. Pero si deseas subir a mi casa y comprobarlo por ti mismo, nada te impide hacerlo: puedes hablar con esa mujer, que simplemente te repetirá palabra por palabra todo lo que te acabo de explicar… Desde luego, Tala y yo nos vamos. Cada instante que retrasemos nuestra marcha no hará más que añadir un poco más de riesgo a nuestras vidas.

—Pero ¿qué es lo que me propones, Makisig? ¿Estás pensando en sepultarnos desde ahora en esa cueva de la que tanto habéis hablado?

El igorrote aprovechó entonces para explicar mejor a su amigo que ya tenían todo listo dentro de la gruta: alimentos, agua, armas y todo lo que pudieran necesitar hasta que llegaran los refuerzos de Manila.

Al escuchar lo avanzado de los preparativos y los planes de Makisig de permanecer allí escondidos hasta la llegada de los refuerzos de Manila, a Lakas se le iluminó el rostro. Era como si, de repente, todas sus reticencias anteriores se hubieran venido abajo de un plumazo:

—Amigo, esa sí que es una buena idea.

—Vienes como enviado del Cielo, Makisig… —manifestó Araw asomando inesperadamente desde la puerta de la casa, junto con Liway. Visiblemente satisfecha de lo que acababa de oír y antes de que su vecino pudiera responderle, Araw añadió con una nota de buen humor—: Ahora a Lakas ya no le quedará más remedio que hacerme caso…

—Cariño, sabes muy bien que siempre te hago caso, pero antes de tomar la decisión de abandonar el propio hogar es necesario pensárselo dos veces, sin dejarse llevar por una excesiva precipitación. Y nosotros —agregó el buen hombre dirigiéndose a Makisig— hasta ahora no conocíamos el peligro que corríamos… Es decir, desde que don Gonzalo vino a comunicarnos que se disponía a viajar a Manila para pedir la ayuda del ejército, me limité a confiar en que las tropas llegaran antes que los piratas. En cualquier caso, ya no me queda ninguna duda de que en ese refugio podremos esperar tranquilos la llegada de los soldados.

Sin embargo, aún no había terminado de pronunciar la última frase, cuando un inesperado suceso vino a interrumpir la conversación: en la lejanía, una partida de desconocidos acababa de hacer su repentina aparición desde el interior de la espesura. Ni que decir tiene, que todos los reunidos se quedaron como petrificados. Pronto pudieron distinguir que se trataba de un pequeño grupo de tres hombres, que se aproximaban en dirección hacia la casa.

Makisig, en un estado de agitación tan intenso que no pudo evitar que le temblara la voz, dijo en voz baja:

—Son solo tres. Probablemente una avanzadilla que viene a inspeccionar el terreno. Tratemos de mantener la calma. No creo que, siendo tan pocos, se propongan hacernos daño. Seamos amables y colaboradores. Si nos piden alimento o dinero, se lo daremos. Pero, sobre todo, ni una palabra acerca del refugio… —De hecho, lo que más le preocupaba era que los hombres pudieran continuar montaña arriba y descubrir a Masaya y a Tala en pleno traslado de alimentos hacia la gruta.

Los tres desconocidos continuaron acercándose a un ritmo lento pero constante. No tardarían en llegar a la casa. Pero fue entonces cuando la joven Liway, cuya vista era la mejor del grupo, exclamó aliviada:

—¡Dios mío! ¡Pero si son los padres del convento!

—No puede ser, hija —le respondió Lakas, entre irritado y nervioso—. Los han matado a todos.

—Se equivoca, padre, al menos tres de ellos han sobrevivido: son Fray Miguel, fray Leandro y fray Fernando. Puedo reconocerlos desde aquí.

En efecto, demacrados y con los hábitos hechos jirones, los tres frailes supervivientes no tardaron en encontrarse lo suficientemente próximos como para poder ser también reconocidos por el resto. Liway se adelantó a recibirles:

—¡Qué alegría verles aquí! ¡Nos habían llegado noticias terribles acerca de ustedes…! Los creíamos muertos…

—Liway, hija —le respondió fray Miguel, satisfecho de encontrar una voz amiga después de varios días de incertidumbre y zozobra—. Solo nosotros tres hemos logrado escapar con vida, fray Domingo y fray Santiago, en efecto, han sido martirizados por una patrulla de piratas. Llevamos varios días vagabundeando y

malviviendo en la selva, tratando de escapar de las manos de nuestros perseguidores. Desde el mismo día de su asalto, no han cejado en su intento de darnos caza como a unas peligrosas alimañas: parecen decididos a no abandonar la persecución hasta acabar con nosotros…

—Entonces…, ¿siguen ustedes en peligro? ¿Todavía podrían llegar aquí los piratas…?

—Me temo que sí, hija. De hecho, han sido varias las ocasiones en que hemos estado tentados de venir a vuestra casa en busca de ayuda, y en cada una de ellas hemos desistido por miedo a poneros en peligro. Pero el hermano Leandro empeora a ojos vista, se encuentra muy enfermo. Ya ves, incluso necesita ayuda para caminar. Esta vez nos hemos decidido a salir de la espesura porque nos tememos que, si no descansa y recibe alimento, no tardará en morir.

A estas alturas de la conversación todo el grupo había podido escuchar las explicaciones de fray Miguel.

Ligeramente más tranquilo, aunque todavía alterado por lo que acababa de serles revelado, Makisig tomó la palabra con resolución:

—Araw, por favor, prepara algo que pueda reanimar un poco a fray Leandro. Los hermanos descansarán un rato, el tiempo imprescindible hasta que se recuperen un poco, después todos nos retiraremos a la montaña y nos pondremos a salvo en el refugio. Mi mujer se encargará de atenderles allí. A continuación, antes incluso de que Araw tuviera tiempo para responderle, se dirigió al fraile y le preguntó:

—¿Cree que fray Leandro se encuentra en condiciones de llegar hasta lo alto de esta colina?

—No lo sabría decir, pero no se preocupe por eso. Nosotros le subiremos en brazos si es necesario. En este momento es de vital importancia que descanse y que reponga sus debilitadas fuerzas. Recemos para que los piratas hayan perdido nuestra pista y no aparezcan durante las próximas horas. Créanme que jamás les agradeceremos suficientemente su ayuda…

—Lo subiremos hasta la colina en nuestro carro —se apresuró a manifestar Lakas—. Utilizaremos el carro para trasladar a fray Leandro y todos los víveres que podamos cargar mientras descansa y come algo.

Así, durante los minutos que siguieron, el ambiente se llenó de tensión, alimentada por la nada descartable posibilidad de ser descubiertos por los piratas.

Era de crucial importancia que el religioso no permaneciera en la casa de Lakas y Araw ni un segundo más de los estrictamente necesarios. Si los hombres de Tay-Fusa llegaban antes de la partida del grupo, era muy probable que no solo mataran a los frailes, sino a todos los presentes.

Sin embargo, no era posible acelerar los tiempos: fray Leandro trasudaba profusamente. Tenía una fiebre muy alta y estaba muy debilitado, ya que llevaba demasiado tiempo alimentándose tan solo de raíces.

Por otra parte, por mucha prisa que Lakas y su familia se dieran en preparar los enseres y víveres que llevarían en el carro, iban a precisar también de un cierto tiempo.

Makisig ayudó a acomodar al enfermo sobre una cama de mimbre, mientras Liway le preparaba un caldo caliente elaborado a base de un tipo de hierbas medicinales que había aprendido a emplear desde niña, y cuyas propiedades servirían para mitigar la fiebre y fortalecer el organismo del enfermo. Además, fiel a la costumbre aprendida en casa, la joven añadió al líquido una generosa cucharada de basi.

Gracias a Dios, en medio del inevitable nerviosismo que se respiraba en el ambiente, los minutos transcurrieron con relativa calma. El maltrecho fraile, tras probar el remedio, cayó en un profundo sueño que sin duda obraría un efecto beneficioso en su maltrecho organismo.

Mientras tanto, Araw y su marido se emplearon a fondo en cargar el carromato con un gran surtido de frutas y verduras, a las que añadieron algunas aves de corral, que resultarían de gran utilidad en el nuevo refugio.

Pero el resto del grupo continuaba inquieto y con los ojos alerta, sobre todo Makisig, que no cesaba de escudriñar el horizonte y de fijar a cada rato su atención en el menor indicio de movimiento que pudiera alterar la quietud de los árboles o de la maleza circundante, aunque solo fuera el de un inocente pajarillo que reemprendiera el vuelo desde la menor de las enramadas.

Por fin, al cabo de una media hora, erigiéndose tácitamente en jefe del grupo, manifestó:

—Creo que ya es hora de que nos pongamos en camino. El pobre fray Leandro duerme como un niño y va a ser duro despertarle, pero es necesario evitar cualquier riesgo innecesario.

Fray Miguel, a pesar de la evidente preocupación que manifestaba por la suerte de su hermano de religión, estuvo de acuerdo en secundar la opinión de Makisig. Pero entonces Lakas sugirió:

—No lo despierte, lo alzaremos entre todos y lo colocaremos sobre el carro.

La idea sin duda era buena, por lo que en seguida tomaron el cuerpo del exhausto fraile entre los cuatro hombres y lo depositaron sobre el carromato, de modo que, apenas unos minutos más tarde, la curiosa expedición iniciaba su lenta subida hacia la cumbre de la montaña. Un fuerte carabao tiraba del carro, mientras Lakas caminaba a su lado, dirigiéndolo y sujetándolo del ronzal.

Tan pronto como se vieron en marcha y comenzaron a dejar la casa a sus espaldas, todos parecieron relajarse notablemente.

Sin embargo, en medio de la rápida sucesión de acontecimientos de aquella mañana, ninguno de ellos había tenido ocasión de prever que, apenas comenzaran a ascender la pendiente de la colina, cuyas laderas estaban cubiertas sobre todo de hierba, con muy escaso arbolado, se expondrían más que nunca al peligro de ser descubiertos, ya que, en la misma medida en que fueran ganando altura, su lenta marcha sería fácilmente divisable desde un extenso radio de varias millas a la redonda.

De hecho, poco antes de que lograran culminar los últimos escarpes del terreno, la temida partida de piratas llegó a las proximidades de la casa.

Una vez allí tuvieron la ocasión de comprobar que el edificio había sido abandonado muy recientemente. Por eso, al volver a salir al exterior, les bastó con echar una atenta mirada a su entorno para comprobar que un pequeño grupo de fugitivos se disponía a coronar la escarpada colina que se alzaba frente a ellos.

Señalando hacia lo alto, Daiki, el ronin que encabezaba la patrulla que perseguía a los frailes, exclamó:

—¡Mirad! ¡Son ellos! ¡Esta vez no podrán escapar…! ¡En

marcha!

Tapang y yo tuvimos el honor de viajar a bordo de la galera Capitana, junto a Carrión, al que debíamos prestar asistencia directa aprovechando nuestros conocimientos de las tierras del norte, así como la incipiente experiencia que habíamos adquirido acerca de las costumbres de los piratas.

A nuestro capitán —o tal vez deba decir a nuestro general de la Armada, que es como prefería que le llamáramos— le entusiasmaba la misión que le había sido encomendada. Se diría que le apasionaba acometer retos que rayaran en lo imposible. Y este verdaderamente iba a ser uno de ellos, pues finalmente seríamos poco más de cuarenta los hombres que deberíamos desalojar a todo un ejército de veteranos samuráis que calculé que debían ser algo así como treinta y cinco veces más numerosos que nosotros.

Es curioso, pero me bastó con la presencia y el arrojo de Carrión para verme contagiado por la seguridad y confianza que emanaba de su ser. Hasta tal punto fue así que, más que sentirme viajando hacia una muerte segura —como hubiera sido lo más lógico—, yo también sentía palpitar en mi pecho el entusiasmo ante la hazaña que nos disponíamos a acometer. En aquel momento no dudaba de que pasaríamos a los anales de la historia por haber sido capaces de liberar para siempre el norte de Filipinas. Y, sin embargo, aunque no soy amigo de adelantar acontecimientos, también he de reconocer que en este punto tendría también ocasión de cambiar varias veces de parecer.

En cualquier caso, la que tomamos como primera confirmación de que nuestros entusiasmos iban bien encaminados, no tardó mucho en llegar.

A pesar de que nos encontrábamos todavía en el segundo día de navegación y de que, por tanto, navegábamos aún a muchas millas al sur del cabo Bojeador —el cabo que marca el límite noroeste de la isla de Luzón—, uno de nuestros vigías avistó, a no excesiva distancia a estribor de la flota, a un junco que llamó mucho nuestra atención debido a su gran porte.

Se trataba de una embarcación que, al mismo tiempo, reunía todas las características para que pudiera inducirnos a sospechar que se trataba de uno de los barcos piratas de nuestro enemigo

Tay-Fusa.

Por descontado, tan pronto como Carrión escuchó la voz del centinela avisando de la presencia de un navío sospechoso, no tardó ni un segundo en ordenar a la flota que emprendiera una rápida maniobra de aproximación sobre el junco, al objeto de darle caza y combatirlo en el caso de que nuestras sospechas se vieran confirmadas.

He de decir que, a pesar de que el gobernador Ronquillo había sido incapaz de proporcionarnos un número excesivo de hombres de guerra, al menos había sido capaz de dotarnos con los mejores marineros de Manila. Gracias a su pericia pudimos alcanzar con relativa facilidad al objetivo que, a medida que nos íbamos aproximando, pudimos comprobar que, en efecto, era una embarcación pirata. Sin embargo, advertimos también que no podía formar parte de ninguna manera de la escuadra de
Tay-Fusa,
puesto que sus tripulantes no eran de nacionalidad japonesa, sino china.

En cualquier caso, no dejaba de tratarse de un navío que estaba fuera de la ley, por lo que don Pablo ordenó continuar con las maniobras necesarias para su inmediato apresamiento, insistiéndonos mucho en que procuráramos reducir a los piratas sin dañar a la embarcación, puesto que, ya que andábamos escasos de barcos, se nos presentaba la oportunidad de agregar uno más a nuestra pequeña escuadra.

Pero los chinos tampoco eran mancos: tan pronto como advirtieron que nuestro acercamiento obedecía a intenciones poco amistosas, nos recibieron con un par de cañonazos certeramente dirigidos contra el bauprés y el palo de trinquete de la Capitana.

Los obuses pasaron sobre cubierta en un meteórico vuelo rasante, a tan solo un palmo o dos por encima de nuestras cabezas, silbando amenazantes a su paso. Sin embargo, por suerte —y por muy poco— no llegaron a causarnos daños materiales o personales de ningún tipo.

El aspecto positivo del inesperado ataque fue que nos sirvió de oportuna advertencia para que no subestimáramos a nuestro enemigo y para que en adelante maniobráramos con mayor cautela. Al menos esa fue la lectura que personalmente extraje del incidente.

Pero cuando miré a mi lado, descubrí que Carrión ni se había inmutado, y que continuaba con la misma fogosidad y empuje que había manifestado en todo momento. Reconozco que, ante semejante ejemplo, que a mi juicio rayaba en la temeridad, dudé por un momento acerca de si nuestro general estaría en su sano juicio.

Recuerdo que estaba yo todavía inmerso en estos pensamientos, cuando desde la Capitana observamos con enorme júbilo cómo una de nuestras fragatas, la más rápida de todas, había logrado aproximarse hasta la amura de babor del navío pirata, y cómo desde allí, algunos de nuestros hombres de guerra iniciaban un rápido y valiente abordaje.

El asalto tomó por completa sorpresa a los chinos —hasta ese momento demasiado pendientes de sus cañones—, que ahora se veían obligados a desatender para defenderse ante la acometida de los infantes que, espada en mano, tomaban posiciones a lo largo y ancho del junco.

Mientras tanto, Carrión instaba al resto de la flota a que corriera a asistir a la fragata, aprovechando que los cañones enemigos habían sido obligados a callar.

Sin embargo, a la postre nada de esto fue necesario: el asalto de los nuestros resultó tan eficaz como breve. El balance final arrojó un resultado de siete piratas muertos y dieciséis prisioneros, sin que por nuestro lado hubiese ninguna baja que lamentar.

Carrión celebró entusiasmado la victoria, sobre todo tras comprobar que, al cabo, los piratas chinos no habían supuesto un adversario a la altura de nuestros veteranos de los Tercios. De hecho, la refriega supuso una indudable inyección de optimismo para todos: nos repetimos que, si con los japoneses las cosas transcurrían la mitad de bien, todavía teníamos esperanzas de éxito.

Encerramos a los supervivientes en la bodega del San Yusepe, de modo que pudiésemos agregar su junco a nuestra escuadra. Medía ciento ochenta pies de eslora y estaba en relativamente buen estado de conservación, por lo que resultó una valiosa ganancia. Carrión estaba pletórico:

—Brindemos a la salud de los chinos que, no contentos con proporcionarnos un noble motivo para el aumento de nuestra moral, han tenido la gentileza de proporcionarnos un nuevo barco.

Es un detalle que les honra y que les engrandece. ¡Ja, ja, ja…!

Por mi parte, reaccioné de un modo muy diferente; no sé si a causa de la calma que siguió a la tensión del combate, me vi repentinamente sumido en un humor más bien melancólico, un humor que me llevó a recapacitar acerca de los años que llevaba viviendo en Filipinas.

¡Cuántas cosas habían ocurrido desde que aquel mozalbete apadrinado por don Miguel de Legazpi había puesto sus pies por primera vez en el archipiélago!

Me detuve a considerar con especial detenimiento en lo difícil que me había resultado tomar la decisión de abandonar el ejército, al que en el presente había debido regresar, obligado por las circunstancias críticas que se vivían en el archipiélago.

Llegado a este punto, no pude por menos que dirigir mi pensamiento hacia Liway. Estaba plenamente convencido de que ella era la mujer que llevaba tantos años buscando. No obstante, ¿pensaría ella algo remotamente parecido respecto de mí? Y, sobre todo, ¿cómo estaría ella ahora? ¿Habrían llegado los hombres de Tay-Fusa hasta Lal-lo y las montañas?

No me atreví a continuar adelante con estos pensamientos, pues las siguientes preguntas en orden lógico serían: ¿continuaría ella con vida? ¿Sobreviviría yo a la desigual batalla que tenía por delante? Hube, por tanto, de cortar por lo sano y, en lugar de cavilar más, recé un padrenuestro por Liway y por sus padres, al igual que por Makisig y Tala. Le pedí a Dios y a la Virgen de Guadalupe que cuidaran de mis amigos y de mí, de tal modo que todos pudiéramos salir ilesos de la contienda y, sobre todo, que volviéramos a encontrarnos una vez conseguida la anhelada paz.

14

A partir del avistamiento de los fugitivos a lo alto de la colina, los japoneses se esforzaron por acelerar el paso: una vez localizada la presa, no querían correr el menor riesgo de volver a perder su rastro.

Daiki calculó que, si se apresuraban un poco, no tardarían en dar alcance a los odiados frailes: podrían capturarlos a lo alto de aquella misma montaña, sin necesidad de continuar prolongando la persecución durante más tiempo.

Pero si la amplia perspectiva que se abarcaba desde el valle era buena, aún lo era mejor desde lo alto de la montaña: Liway, con su aguda capacidad de visión, no tuvo dificultad en descubrir a su vez la llegada de los japoneses a su casa.

Sobresaltada, manifestó su hallazgo en voz alta:

—¡Los piratas! ¡Acaban de llegar a casa y nos han visto…!

La noticia cayó como un duro mazazo sobre el grupo, a pesar de que el trecho que les quedaba por recorrer hasta la cueva no era excesivo y discurría todo él sobre un terreno más o menos llano. Dicho con otras palabras, aún estaban a tiempo de ponerse a salvo antes de que sus perseguidores les dieran alcance y pudieran descubrir su refugio. Pero para ello tendrían que apresurar el paso. Tendrían que esforzarse hasta el último minuto…

Lakas azuzó al carabao con inusitada violencia, empleando para ello una vara larga, fina y dura como un látigo, la cual muy rara vez empleaba, pero que en esta ocasión consideró imprescindible.

En medio de todo, Makisig era quien conseguía mantener la cabeza más fría y serena. En lugar de ir por detrás de los acontecimientos, su mente se esforzaba por adelantarse a los problemas. No tardó en comunicar al resto que la principal dificultad a la hora de conseguir ocultarse a tiempo iba a ser la estrechez de la entrada:

—Una vez llegados a la gruta, tendremos que actuar con la

mayor rapidez y, sobre todo, con una perfecta coordinación: propongo que Lakas sea el último en entrar y que, antes de hacerlo, espante al carabao para alejarlo de la entrada lo más lejos posible…

Fray Miguel, hombre también templado y muy acostumbrado al sufrimiento, respondió:

—En ese caso lo mejor será que las primeras en entrar sean las mujeres. A continuación introduciremos al hermano Leandro y, por último, inmediatamente antes de que entremos los cuatro hombres, descargaremos los víveres.

—Es una buena idea —respondió Makisig—. Si a Lakas le parece bien, lo haremos así.

En el momento en que tenía lugar esta conversación, llegaban a la extensa campa en la que se encontraba el acceso al refugio.

Tala, junto con Masaya y las niñas, muy tranquilas y completamente ajenas al peligro que les acechaba, hacían señas desde la entrada.

Llegaron a su destino apenas un par de minutos más tarde. Sin perder un instante, comenzaron a poner en marcha la operación de «desembarco», tal y como la habían planeado.

Seguía sin haber ni rastro de los piratas en la retaguardia. Pero ¿por cuánto tiempo? Lo cierto es que, a estas alturas, podían hacer su aparición de un momento a otro.

Tal y como lo habían previsto, las mujeres, con la ayuda de Tala, que ya tenía bien aprendida la técnica de descenso a la pequeña sima, fueron las primeras en entrar. Casi al mismo tiempo, los hombres ayudaron a introducir con sumo cuidado a fray Leandro que, aunque había recuperado la consciencia, continuaba en un estado de evidente decaimiento.

Como si lo tuvieran ensayado desde hacía mucho tiempo, tan pronto como el fraile enfermo se encontró a salvo en el interior, los cuatro hombres que aún quedaban en la superficie corrieron al carro a recoger las provisiones. Las arrojaron al interior de la cueva sin preocuparse por el modo en que se iban apilando en el fondo. No había tiempo que perder. Además, más adelante, si todo iba bien, es decir, si conseguían burlar a sus perseguidores, tendrían todo el tiempo del mundo para colocar los víveres en el orden que mejor les pareciera.

Obraron de igual modo con las gallinas, cuyo estruendoso

cacareo al verse arrojadas a la oscuridad del subsuelo, quedó en gran medida atenuado por las paredes de la oquedad.

Fue entonces cuando Lakas proporcionó un último y violento latigazo al carabao, que salió corriendo despavorido y que, con un poco de suerte, no volvería a detenerse hasta perderse en la distancia. Al mismo tiempo, Makisig y los dos frailes se dejaron caer en el interior de la sima.

Lakas se dispuso a seguirles, no sin antes lanzar una última mirada hacia el horizonte. En un primer momento creyó no apreciar nada extraño, pero apenas fijó sus ojos un poco más atentamente en la lejanía, lo que vio le heló la sangre en las venas: ¡los piratas habían alcanzado la cima…!

¿Le habrían visto ellos a él? No podía saberlo, aunque desde luego, no era descartable.

Con el corazón en un puño y completamente abatido, saltó al interior del refugio. Se encontró entonces con que Makisig y los frailes venían a su encuentro empujando un extraño artilugio. Se trataba de una especie de ingenioso templete de madera que había construido el ilocano para bloquear el acceso a la entrada. Sobre la plataforma superior del ingenio, Makisig había colocado una gran cantidad de piedras y de barro que cegarían por completo la entrada, y que harían que, visto desde el exterior, fuese muy difícil diferenciar la boca de la sima del resto del terreno.

Pero, por desgracia, Daiki, que era quien en todo momento corría al frente de sus hombres, había tenido ocasión de avistar a Lakas, apenas como un puntito en el horizonte, antes de que, solo unos instantes más tarde, desapareciera repentinamente de su vista.

La larga distancia que separaba a los dos hombres era excesiva para que el japonés hubiera podido conocer la causa de la repentina desaparición de su presa. Sin embargo, en cuanto el grupo perseguidor llegó a las cercanías de la entrada, comenzó a formularse un montón de preguntas: ¿cómo era posible que la caravana de los frailes hubiera podido desaparecer tan rápido de su campo visual? ¿No debían encontrarse todavía al alcance de su vista? ¿Acaso habrían conseguido alcanzar los bosques vecinos?

Pero el carabao junto con el carromato no eran fáciles de ocultar. Un carromato tirado por un carabao no se desvanece en medio de un campo así como así… ¿Dónde estaban, entonces?

—¡Aquí hay huellas del carro! —exclamó uno de los piratas—. ¡Miradlo, allí está! ¡Se dirigen hacia el sur!

Para sorpresa de sus hombres, a pesar de la facilidad con que podrían seguir el rastro del carromato, Daiki se demoraba en dar la orden. Su gesto revelaba que su mente continuaba trabajando. Había algo que no terminaba de cuadrarle al astuto cabecilla en aquella misteriosa sucesión de acontecimientos: él había visto a uno de los fugitivos, de eso estaba completamente seguro, pero no había llegado a avistar el carromato en ningún momento, a pesar de que era mucho más voluminoso que un hombre y de que viajaba notablemente más lento que su patrulla de samuráis… Sin embargo, tenía ante sí la prueba de que continuaba alejándose, de eso no podía dudar…

Siendo incapaz de descifrar el enigma, resolvió que, en cualquier caso, no podían quedarse por más tiempo ahí parados: tenían que continuar con la persecución:

—¡En marcha…! ¡Esta vez no escaparán…!

A apenas unos pocos pies por debajo del lugar en donde el jefe pirata acababa de dar la orden de continuar, los fugitivos permanecían inmóviles y en un perfecto silencio, con los oídos bien atentos a cualquier sonido que pudiera proporcionarles algún indicio acerca de lo que podía estar sucediendo en la superficie.

El silencio se prolongó durante un buen rato, hasta que finalmente fue interrumpido por la grave voz de fray Miguel, que inició una fervorosa oración, pidiendo por la seguridad del refugio y por la pronta expulsión de los invasores de Aparri y de la entera isla de Luzón, oración a la que el resto de los refugiados se unió de todo corazón.

Daiki obligó a sus hombres a correr hasta el límite de sus fuerzas.

A medida que transcurría el tiempo y aumentaba su cansancio, la súbita y repentina pérdida de contacto visual con los fugitivos estaba provocando un profundo cambio en su interior, pasando de la inicial perplejidad a una furia profunda y rabiosa. Deseaba alcanzar a los frailes y darles una muerte ejemplar, una muerte cruel que les hiciera pagar por todas las penalidades que su fuga estaba ocasionándoles a él y a sus hombres:

—¡Malditos castellanos…! Muy pronto sabréis quién es Daiki y

desearéis no haber oído nunca su nombre…

Pero a una buena distancia por delante del pirata, el carabao, con el carromato completamente vacío de carga, continuaba escapando a un ritmo muy superior a cuanto el samurái podía esperar. Esto hizo que los piratas tuvieran que emplearse a fondo durante lo que quedaba de día.

Solo lograron dar caza al carromato cuando ya quedaba muy poco para el anochecer. Primero descubrieron el carro volcado y completamente desvencijado en una empinada ladera que descendía hasta el valle del río Magat, uno de los afluentes del Kahayan, el río que desembocaba en Aparri.

Al parecer, el carro se había desenganchado del carabao al descender la pendiente. A su alrededor todavía podían verse algunos trozos dispersos de los arreos y de la guarnición que habían enganchado el animal al vehículo.

Pero, por más que buscaron y rebuscaron por las cercanías, no encontraron ni rastro de los religiosos ni de sus acompañantes. Para mayor disgusto de Daiki, no encontraron el menor resto del equipaje que muy probablemente transportaban los fugitivos.

Solo lograron encontrar un poco más abajo al carabao que, ajeno a cuanto ocurría en torno a sí, disfrutaba del agua del río, en la que, fiel a la inveterada costumbre de su especie, se había zambullido para finalmente descansar de su largo trayecto de aquel día.

El cabecilla pirata, exhausto tras la larga carrera en que había malgastado inútilmente sus fuerzas, al sentirse nuevamente burlado por los frailes, se vio poseído por una ira que no parecía humana. Al tiempo que expulsaba desacostumbrados exabruptos por su boca, intimó a sus hombres a conjurarse con él a no regresar a Aparri hasta haber descubierto el paradero de los frailes y de sus acompañantes, y haber acabado con sus vidas de un modo ejemplar.

La primera noche en el interior de la cueva transcurrió sin incidentes de importancia. Para dormir se distribuyeron en cuatro ambientes distintos: Lakas, Araw y Liway decidieron acomodarse al inicio de la gran sala de las estalactitas; Masaya y sus hijas en la propia sala; Makisig y Tala al final del pasillo de entrada, y los frailes, que eran quienes tenían el sueño más ligero puesto que llevaban años acostumbrados a levantarse a orar durante la noche, lo hicieron bajo la entrada. Además, de este modo, conseguirían

mantener una especie de guardia nocturna que permitiría avisar y poner en guardia al resto de los escondidos en el caso —Dios no lo quisiera— de que alguien tratara de invadir su refugio.

A pesar de todo, quien más, quien menos, tardó algunas horas en conciliar el sueño. Tenían arpilleras suficientes para acomodarse sobre el suelo, pero el problema no era tanto ese, sino el nerviosismo y la tensión que todavía se respiraba entre los componentes del grupo. Por el momento se habían librado de sus perseguidores, pero ¿por cuánto tiempo? La incertidumbre seguía siendo muy alta: ¿habrían descubierto los piratas que se ocultaban bajo tierra? ¿Buscarían la entrada…?

En la parte central del pasadizo que se extendía bajo la entrada a la gruta, se abría el estrecho respiradero que el agua había conseguido abrir en la roca, y a través del que, a partir del amanecer, comenzó a colarse algo de luz desde el exterior. Este pequeño detalle, que a ojos de un extraño hubiera podido parecer de escasa importancia, sin embargo facilitó mucho las cosas en el interior de la montaña, pues de este modo el grupo de recluidos no solo contaría con el consuelo de algo de luz natural, por débil que fuera, sino que además les permitiría seguir sin dificultad la lenta sucesión de los días y las noches.

Los piratas madrugaron mucho al día siguiente. También ellos habían dormido mal, en especial Daiki, aunque en su caso no se debió ciertamente al nerviosismo, sino a la rabia y a la furia que padecía desde la víspera. Le era difícil soportar que un puñado de frailes, a los que despreciaba con toda su alma, hubiesen sido capaces de burlar su persecución una vez más.

Se sentía tan avergonzado y humillado, que hasta la última partícula de su ser clamaba venganza contra los malditos religiosos y contra quienes les hubieran ayudado a escapar.

Este fue el motivo por el que obligó a levantarse a sus hombres cuando todavía estaba oscuro, ya que quería que el amanecer los encontrase caminando ya de regreso hacia el lugar en donde habían perdido la pista de los fugitivos.

Sin embargo, no contento con haber acortado las horas de sueño de sus hombres, su cólera le empujaba a azuzarles a cada rato para que apresuraran el paso. Incluso, en un momento de especial irritación motivado por el constante retraso de uno de ellos, un

ronin que luchaba contra las llagas de sus pies, Daiki exclamó con verdadera intención de humillarlo:

—¡Vamos, Ukon! ¡Camina! ¡Aunque empiezo a pensar que lo que de verdad te retrasa no es tu haraganería, sino tu falta de valor…!

El jefe pirata, desde luego, no estaba midiendo sus palabras. Su destreza con las armas era notable, y eso le confería una seguridad ilimitada en sí mismo, pero en esta ocasión estaba yendo mucho más allá de lo razonable.

Semejante ataque suponía lo peor que podía decirse a un guerrero samurái, superaba todas las barreras admisibles y, por supuesto, consiguió el efecto radicalmente contrario al que buscaba Daiki con sus constantes bravatas. Todos entendieron que, si lo que el cabecilla acababa de decir no transgredía el venerado código bushido, desde luego, le andaba muy cerca. Por eso no fue de extrañar que, de un modo espontáneo, el entero grupo detuviera su marcha.

He de aclarar que el bushido o «camino del guerrero» era el modelo de conducta básico para los samuráis. Se trata de un término japonés que designa el código de honor que, una vez mancillado, solo puede ser recuperado mediante el *seppuku*, es decir, mediante la muerte violenta. Para la filosofía del bushido la humillación que conllevaba no combatir de manera valerosa en la batalla era la peor de todas.

Por otra parte, Ukon constituía una excepción en aquel ejército de piratas codiciosos. Provenía de una noble familia venida a menos. Noble en todos los sentidos. También en el moral. Y el único motivo por el que se había unido a
Tay-Fusa
era la perentoria necesidad de obtener ganancias con las que sufragar las costosas medicinas que precisaba su madre.

Pero sus antepasados habían sido valerosos samuráis, de los que conservaba orgulloso un valioso casco con plumas de faisán, que contribuía a enaltecer su figura marcial, y a conferirle un aspecto especialmente señalado.

Además, por si esto no bastara, Ukon empezaba a hartarse y a detestar de un modo cada vez más claro las continuas crueldades de sus compañeros de armas con las indefensas poblaciones sometidas.

En cualquier caso, al verse tachado de cobarde en público de un modo tan directo y claro, consideró que aquello suponía un ataque grave a su honor, que exigía una inmediata respuesta.

Ukon era un joven fuerte y apuesto. Y, aunque, al igual que el resto de la patrulla, era teóricamente inferior a Daiki en destreza, si por algo se caracterizaba era por su serenidad y por su precisión en el combate, algo que lo hacía especialmente temible. Algunos de los presentes llegaron incluso a conjeturar que la provocación de Daiki obedecía en el fondo a su deseo de desahogar su ira en quien más aborrecía del grupo, tal vez a causa de una secreta envidia motivada por los nobles orígenes del joven samurái.

En cualquier caso, Ukon no dudó en aceptar el reto. Cansado, dolorido y harto de seguir a Daiki en sus alocadas correrías, no dudó en responder:

—Aquí solo hay un cobarde, y ese eres tú, Daiki, que ya ni siquiera eres capaz ni de dirigirnos con sabiduría para dar caza a tres pobres frailes, tres frailes enfermos y desarmados.

El capitán, tras un breve instante de sorpresa, ya que no se había esperado una reacción tan rápida y clara de su oponente aprovechó por zaherir aún más a su víctima:

—¡Vaya! Pero si resulta que ahora se nos pone gallito el más blandito del grupo, que no es capaz ni de caminar al mismo ritmo que los demás… —a lo que, sacando su wakizashi de la vaina, agregó: ¡Ahora comprobaremos lo que te duran esos humos, Ukon!

El wakizashi era un sable de forma similar a la catana, pero algo más corto, y dotado de un filo más delgado y peligroso. En el caso de Daiki, su hoja tenía una longitud de unas veinticuatro pulgadas[23] de largo.

Pero el joven samurái, sin inmutarse por las nuevas palabras de provocación que le acababan de ser lanzadas, extrajo su catana y cerró los ojos durante unos breves instantes, concentrándose antes de entrar en combate.

Los seis hombres que componían el resto del grupo se apartaron a unos pocos pasos de distancia, de modo que pudieran presenciar el inesperado duelo sin interferir en él.

En cualquier caso, no dejaba de ser paradójico que los mismos samuráis que se habían rebajado a combatir como simples y crueles piratas, conservasen tanto respeto hacia la ley del honor a la que

habían traicionado desde un principio. Al menos en esta ocasión no osaron apostar. Gustosamente lo habrían hecho, pero sabían que, de un modo u otro, el vencedor del duelo se haría con el mando de la patrulla y, por tanto, todos aquellos que hubieran apostado en su contra podrían después sufrir represalias.

Ukon fue el primero en atacar, con la destreza que le era propia.

Pero la experiencia es un grado, y Daiki sabía también que el combate es un arte, en el que la previsión cuenta tanto o más que la fuerza. Por eso, con una rapidez y unos reflejos asombrosos, supo adivinar y esquivar limpiamente el golpe de su rival, al que, aprovechando su propio impulso, lanzó una peligrosa cuchillada que le hubiese segado el cuello, si no fuera por la juventud y elasticidad de su oponente, que le permitieron agacharse a tiempo.

De cualquier modo, Ukon acababa de ver la muerte de cerca. De muy cerca. Y esto le desequilibró mentalmente, algo que a Daiki no se le pasó por alto.

El veterano se propuso seguir explotando esta vía, desestabilizando el equilibrio emocional de Ukon. Sabía que si lograba desconcentrarle lo suficiente, el joven no tardaría en cometer un error grave. Ukon, además, debía realizar un esfuerzo suplementario para vencer el dolor que a cada movimiento le producía el pie lastimado.

Los golpes entre la catana y el wakizashi iban sucediéndose a un ritmo cada vez más veloz. Desde luego, con cada nuevo embate, el más joven de los samuráis iba retrocediendo y perdiendo sitio frente a un Daiki cada vez más crecido y seguro de sí mismo.

No tardó en llegar el momento en que, de una soberbia cuchillada, el cabecilla consiguió alcanzar el rostro del joven, al que, si bien no logró herir de gravedad, provocó una profunda herida que le quedaría marcada para el resto de sus días. Eso, claro está, en el caso de que lograra superar el difícil envite en que se hallaba inmerso…

Los gruesos goterones de sangre que le caían desde la cara hasta el suelo, así como la desagradable sensación de haber quedado desfigurado de por vida, no contribuían a serenar a Ukon, que se veía cada vez más perdido ante un Daiki que —era ya patente— estaba riéndose de él a la cara y humillándole ante el resto de sus compañeros.

Sintiéndose perdido, el joven guerrero perdió definitivamente los estribos. Exactamente lo que Daiki había estado esperando para asestarle el golpe de gracia.

Sin embargo, el cabecilla pecó durante un breve instante de una excesiva presunción, olvidando uno de los principios fundamentales del buen samurái: «nunca menosprecies a tu enemigo». Y esto fue exactamente lo que llevó a Daiki a cometer un error de principiante. Con una sonrisa de oreja a oreja, se dispuso a lanzar un diestro y definitivo ataque mortal que tenía muy bien ensayado. Claro que, viendo a Ukon tan desvalido, desatendió momentáneamente su defensa, instante que, a pesar de su desventaja, su adversario aprovechó para lanzar un golpe maestro con su catana. Apuntó hacia el costado desprotegido de su contendiente que, ante su sorpresa y la del resto de observadores, resultó muy gravemente herido.

Todavía trató de contraatacar, pero ya era demasiado tarde. Sus movimientos resultaron esta vez torpes e ineficaces. Casi ridículos. A Ukon le bastó con saltar un paso hacia atrás para salir ileso del tímido embate. A partir de ahí, ya solo tuvo que esperar unos segundos para ver cómo Daiki soltaba su espada y se desplomaba en el suelo, en donde no tardaría en morir en medio de terribles dolores…

15

Al amanecer del tercer día después de abandonar Manila, las primeras luces nos permitieron avistar por fin el cabo Bojeador y, tan solo unas pocas horas más tarde, coincidiendo aproximadamente con el mediodía, conseguimos rebasar sin incidentes la punta Mayraira, el punto más septentrional de la isla de Luzón. A partir de ahí nos sabíamos ya relativamente cerca de Aparri y, por tanto, en pleno radio de acción de las operaciones piratas japonesas. Hasta tal punto era así, que no tardamos en avistar a un primer navío de gran porte que, por las trazas, venía de arrasar una de las humildes aldeas de pescadores que, como un rosario, salpicaban la costa.

En efecto, los cañones del buque japonés todavía humeaban, al igual que la mayoría de las chozas de la pequeña aldea. Además, el griterío que se escuchaba a bordo del junco, probablemente a causa del correspondiente reparto del botín, llegaba sin dificultad hasta nuestros oídos.

Los piratas estaban tan seguros de su poderío y de su dominio sobre aquellas aguas, que a pesar de que era imposible que nuestra flota les hubiera pasado inadvertida, no dieron —al menos en apariencia— la menor señal de alterarse por nuestra presencia. Desde luego, era evidente que nuestros barcos estaban mucho peor dotados.

La visibilidad era buena, no llovía, y soplaba una brisa que, convenientemente aprovechada, podía concedernos una ventaja notable sobre el enemigo.

Creo que no será necesario insistir más sobre la circunstancia de que, tan pronto como nuestro general Carrión recibió noticia del nuevo avistamiento, lejos de inquietarse, volvió a llenarse de un ardor y de un entusiasmo difíciles de igualar. Su mirada, y su rostro en general, eran incapaces de ocultar su emoción.

Considerando que la presencia de un solo barco enemigo no

justificaba perder el tiempo en organizar a toda la flota para el ataque, a pesar de que, no solo el barco en sí, sino muy presumiblemente, su gente de guerra nos superaría varias veces en número, tras un breve momento de pausa dedicado a la oración como era costumbre entre los soldados españoles antes de entrar en combate, Carrión ordenó al capitán de la nave que se dispusiera a maniobrar para ganar el barlovento al junco pirata.

Mientras el piloto se disponía a realizar la maniobra, auxiliado por la marinería, Carrión comenzó a impartir las primeras instrucciones:

—¡Artilleros! ¡Preparad los cañones! ¡Mosqueteros! ¡Cargad las armas…! ¡Posición de combate!

Tan pronto como conseguimos ganar el barlovento, movidos por la enorme pericia de nuestra gente de mar, no tardamos en dar caza al junco, cuyas grandes y pintorescas velas orientales fluctuaban al compás del viento, produciendo su sonido tan característico, que siempre me ha llamado la atención.

En el momento en que nos vimos convenientemente situados a su lado, sin que, para nuestra sorpresa, la tripulación pirata hubiese dado hasta el momento la menor muestra de inquietud, el general dio la orden de disparar a discreción, o más bien podríamos decir a bocajarro, tanta era la proximidad entre los dos barcos.

—¡Fuego! ¡No quiero ver a un solo pirata con vida sobre la cubierta enemiga…!

Las consecuencias de la auténtica tormenta de artillería que descargamos y con la que literalmente barrimos la superficie del junco, no se hicieron esperar, pues tan pronto como se disipó un poco el humo, pudimos verificar la gran mortandad que acabábamos de causar a bordo del barco enemigo. Decenas de cuerpos yacían sin vida sobre la cubierta y, por si fuera poco, mientras nuestro general daba la orden de abordaje, asistimos al formidable espectáculo de la caída de su palo mayor, que había sido alcanzado por uno de nuestros proyectiles y que se produjo en medio de un formidable estruendo, causado por los quejidos de la sólida y vigorosa madera al partirse en dos.

—¡Al abordaje…! ¡¿A qué estamos esperando?! —insistió Carrión, desgañitándose a pesar de que su sonoro vozarrón era más que suficiente para alzarse sobre la confusión reinante.

Mientras los arcabuceros recargaban sus armas, el resto de los soldados nos aprestamos a saltar al junco, provistos de espadas, picas y hachas de abordaje. El costado de nuestra nave era más alto que el del junco, por lo que la invasión se presentaba fácil.

Pero a bordo del barco japonés viajaban más de 200 samuráis, y su fuerza no había sido deshecha, ni mucho menos. De hecho, su aplastante superioridad numérica, de la que eran plenamente conscientes, unida a la ira que experimentaban a causa del grave descalabro que les acabábamos de infligir cuando más alegres estaban, hizo que, mucho antes de lo esperado, lograran organizarse para emprender su enardecido contraataque.

Es más, fueron los propios piratas quienes arrojaron sus garfios sobre nuestra embarcación, pues ahora eran ellos quienes ardían en deseos de abordarnos a nosotros. Animados de un enorme coraje, comenzaron a saltar velozmente sobre la Capitana.

Afluían en masa por todas partes, armados de picas y protegidos por sus características corazas de cuero carentes de mangas, diseñadas así con la expresa intención de que no les estorbaran en el uso de las armas. Eran tantos y venían tan decididos, que no tardaron en llegar incluso hasta nuestro árbol mayor. Venían además muy eficazmente asistidos por sesenta arcabuceros, que desde la retaguardia disparaban a placer sobre nuestra gente.

He de reconocer que en aquel momento temí por mi vida y, en realidad, no solo por mi vida, sino por el éxito de nuestra empresa. Llegué incluso a pensar que había sido una auténtica temeridad iniciar una operación de semejante calibre con unos medios tan exiguos.

Muy distinta fue la reacción de don Juan Pablo de Carrión, que haciendo uso de su asombrosa capacidad de improvisación, no dudó en cortar la driza[24] de la Capitana con su propia espada, provocando la caída del enorme velamen sobre el combés[25].

La acción muy pronto se reveló como una auténtica jugada maestra, ya que con ella logró establecer un precario pero útil parapeto, que facilitó que ganáramos unos segundos de oro que sirvieron para que también nosotros pudiéramos reorganizarnos.

Por de pronto, el gigantesco velamen sirvió como resguardo para nuestros arcabuceros, que pudieron responder con una oportuna descarga sobre sus homólogos japoneses, y no solo eso, sino

también acabar con la vida de un buen número de enemigos. Además, sirvió para que nuestros piqueros y rodeleros[26] se lanzaran a un sorpresivo y duro contraataque, en un mortífero cuerpo a cuerpo.

Yo mismo, recuperando rápidamente la confianza en nuestras posibilidades, me lancé sobre el enemigo con una osadía que, apenas unos minutos antes, me hubiera parecido imposible. Alcancé a varios piratas con mi espada y puse a otros tantos en vergonzosa huida.

Tapang, como fiel amigo que era, me auxiliaba siempre desde la retaguardia y, conforme iba ganando una mayor destreza y confianza, desde uno de mis flancos. Era una especie de pacto de caballeros al que habíamos llegado él y yo: puesto que el joven pescador carecía de cualquier tipo de experiencia militar, traté de convencerle de que se abstuviera de participar en los combates. Pero, puesto que, como era de esperar, se negó en redondo a permanecer meramente pasivo, como un mero espectador, acordamos finalmente esta solución de compromiso.

El resultado final de la atrevida maniobra de nuestro general no se hizo esperar: muy pronto quedó claro, a un lado y al otro de la violenta refriega, que la lucha se saldaría con una abrumadora victoria española.

Como lógica y primera consecuencia, los enemigos hicieron cuanto estuvo en sus manos por separar de nuevo las dos naves. Era ya patente que ahora, abandonada la pelea, todos los esfuerzos de los japoneses se dirigían a tratar de escapar de nuestras manos.

Sin embargo, para su desgracia, el momento fue muy oportunamente aprovechado por la tripulación del San Yusepe, que acababa de conseguir abarloar[27] junto al barco enemigo, al que literalmente destrozó con su artillería.

Tan duro fue el fuego que el San Yusepe abatió sobre el junco, que la mayor parte de los piratas que todavía quedaban a bordo optaron por saltar al agua. Se trataba sin duda de un desesperado intento por salvar sus vidas, pugnando por nadar hasta la costa. Sin embargo, casi todos los que tomaron esta senda murieron ahogados sin remedio, a causa, sobre todo, del peso de sus armaduras. Aunque hicimos todo cuanto estuvo en nuestras manos, fueron muy pocos los que conseguimos rescatar.

El resultado final del encuentro fue la muerte de la práctica totalidad de los japoneses, frente a la de un puñado de los nuestros, entre los que fue muy de lamentar la pérdida del valiente capitán don Pero Lucas.

Mentiría si dijera que la pérdida de estos compatriotas no nos causó un profundo dolor. Y, sin embargo, a pesar de todo, tras esta nueva e incontestable victoria, nuestra moral, siempre alta por el poderoso influjo que Carrión conseguía infundirnos, subió todavía algunos enteros más.

Tan pronto como conseguimos reparar las drizas, el general ordenó poner rumbo hacia Aparri, en donde éramos conscientes de que, aún sin saberlo, había poblaciones enteras que aguardaban anhelantes nuestra llegada y, con ella, su pronta liberación.

Navegamos tan rápido como nos permitieron los elementos, de tal modo que, tras una lenta y oscura noche de travesía, en la que el cielo permaneció completamente cubierto, conseguimos llegar hasta las proximidades de nuestro objetivo, en la desembocadura del río Kahayan.

Con las primeras luces del amanecer verificamos nuestra posición exacta, a escasas millas al oeste de Aparri.

En esta ocasión, para nuestra gran sorpresa, nos topamos de bruces con una escuadra de nada menos que 18 sampanes piratas, que acababan de comenzar el saqueo de otra pequeña población indefensa, entre cuyas pobres gentes estaban causando una horrible matanza.

También esta vez tuvimos ocasión de escuchar un enorme griterío en la costa, si bien, contrariamente a la vez anterior, no eran los piratas quienes vociferaban, sino sus víctimas, presas de su enorme pavor y desesperación. Nos partió el corazón escuchar los lamentos de las mujeres y de los niños, que corrían despavoridos de un lado a otro de la aldea, en un intento desesperado por salvar sus vidas.

En esta ocasión, dado el considerable tamaño de la fuerza enemiga, nuestro general dispuso a la entera escuadra en perfecta formación de ataque, de manera que, empleando la fuerza de las culebrinas y de los arcabuces, todos nuestros barcos pudieran abrirse paso, a sangre y fuego, entre las embarcaciones enemigas.

Curiosamente, esta acción comenzó resultando la más fácil de

cuantas llevábamos emprendidas hasta entonces. La causa resultó ser muy sencilla: habíamos tomado a los piratas completamente desprevenidos, y a sus barcos prácticamente abandonados. La mayoría de ellos apenas contaba con un puñado de hombres a bordo.

Carrión supo sacar el máximo partido de nuestra ventaja, de tal modo que, ordenando a la artillería abrir fuego a discreción, conseguimos hundir sin apenas contratiempos a la totalidad de las naves enemigas, antes de acudir a desembarcar sobre el rudimentario muelle de la aldea.

Los arcabuceros descendieron a tierra los primeros, ya que tenían orden del general de actuar como mangas [28] que hostigaran a los piratas.

Por detrás corrimos el resto de los hombres, dispuestos a enfrentarnos a los japoneses, pica en mano.

Volvíamos a encontrarnos en una situación de clara desventaja numérica, pero también volvíamos a contar con una moral de victoria tan alta, que creo que ninguno de nosotros pensaba en el peligro que corría.

Por supuesto, a estas alturas del ataque, el factor sorpresa había desaparecido por completo: los piratas habían sido ya perfectamente alertados por los cañonazos de nuestros barcos, además de por el fuego de los arcabuceros, que a su llegada habían logrado acabar con la vida de al menos una veintena de samuráis. Y, a pesar de todo, los japoneses continuaban mostrándose tan desconcertados al vernos allí, que creo que no se hubieran asombrado más si nos hubieran visto volar.

Aprovechamos su estupefacción para lanzarnos al ataque como un solo hombre. Al grito de ¡Santiago y cierra España!, acometimos al enemigo con las picas en orden de batalla, de tal modo que pronto nos vimos sumidos en un furioso combate cuerpo a cuerpo que, sin embargo, dada nuestra superior táctica y compenetración, siguiendo siempre la característica formación de los Tercios, logramos pelear de un modo tan sincronizado, que avanzábamos sobre los enemigos como una gigantesca e imparable máquina contra la que nada podían hacer. Era como si los fuéramos tragando a medida que avanzábamos.

El desconcierto era el clima dominante entre los pobladores de

la aldea cuando en nuestro avance llegamos por fin a la plaza central.

Al menos nuestra presencia sirvió para que los lugareños pudieran ponerse a salvo en sus casas, o en las profundidades de la selva circundante.

Al cabo, cuando ya no parecía quedar ningún pirata a la vista, calculamos que les habíamos causado unas doscientas bajas, sin que, asombrosamente, nosotros tuviésemos en esta ocasión ninguna víctima que lamentar.

Los escasos supervivientes enemigos huyeron despavoridos hacia el mar, creo que con la ilusoria esperanza de poder saltar todavía sobre alguno de sus navíos. Pero, al comprobar que su flota había sido borrada de la faz de la tierra, emprendieron la huida a nado, con muy poco éxito por lo que pude saber, ya que la mayoría —si no todos— murió ahogada o como pasto de los tiburones.

Los lugareños corrían a abrazarnos y a manifestarnos su enorme gratitud, obsequiándonos con los escasos víveres que su pobreza les permitía ofrecernos.

Pero Carrión, profundamente conmovido por la nobleza y penuria de estas humildes gentes, no nos permitió aceptar ninguno de sus regalos. Al contrario, se esforzó por hacerles saber que haríamos todo lo posible por liberarlos cuanto antes y para siempre de la dura opresión a la que hacía ya demasiado tiempo que se hallaban cruelmente sometidos.

La toma de contacto directa con el daño que estaban causando los ronin en aquella región consiguió imprimir en todos nosotros, en Carrión el primero, una determinación tan firme por pelear hasta la última gota de nuestra sangre, que partimos de allí con un arrojo que creo que era ya imposible de superar.

A la muerte de Daiki, fue a Ukon a quien correspondió el mando sobre la patrulla. Su primera orden antes de reemprender la marcha fue el noble gesto de incinerar el cadáver de su enemigo.

A partir de entonces, los siete hombres caminaron sensiblemente más despacio, respetando el ritmo que inevitablemente imponían las heridas de su nuevo jefe. Por eso no fue hasta el atardecer cuando por fin atravesaron, sin saberlo, la extensa pradera que se extendía sobre la cueva que ocultaba a los frailes de

Lal-lo
y al resto de los fugitivos.

Pero Ukon era un hombre notablemente más imaginativo que Daiki, que había pecado siempre de un exceso de voluntarismo a la hora de resolver las tareas que se le encargaban. El nuevo jefe, en lugar de utilizar como único medio para afrontar las dificultades un constante empuje y esfuerzo, a veces ciegos, gustaba más bien de reflexionar interiormente hasta dar con posibles procedimientos que a la larga resultaban más sencillos y eficaces.

No en vano, a lo largo del dilatado y penoso camino de aquel día, Ukon había contado con largos periodos de tiempo para meditar con toda tranquilidad: un tiempo más que suficiente para concebir un plan que, o mucho se equivocaba, o le permitiría localizar a los frailes más pronto que tarde. Su instinto le decía que su objetivo no podía hallarse muy lejos del lugar en donde habían desaparecido de su vista, es decir, en las proximidades del terreno por el que precisamente marchaba ahora con sus hombres.

Con la llegada del nuevo día, de un modo más o menos espontáneo, todos se aprestaron a organizar el desorden que todavía reinaba en el refugio. Hubo tan solo una lógica excepción: la de fray Leandro, que continuaba durmiendo, y la de fray Miguel, que prefirió permanecer velando junto al enfermo.

Sirviéndose de las antorchas que Makisig había tenido la previsión de acumular durante los días anteriores, trasladaron la mayoría de los alimentos hasta el fondo de la caverna, en donde consideraron que las condiciones de temperatura se mantendrían más estables a lo largo de los días.

Las gallinas, sin embargo, parecían no encontrarse a gusto en ningún sitio: la ausencia casi total de luz —ya que el pequeño resplandor que se colaba por el respiradero era demasiado tenue para los animales— les hacía sufrir. Pero, dado que era el único rincón al que llegaba algo de claridad, las mujeres optaron por fabricar allí un rudimentario corral, al que las aves no tendrían más remedio que acostumbrarse.

Para alegría general, cuando Fray Leandro por fin despertó, ya bien pasada la hora del mediodía, dio señales de encontrarse significativamente mejorado. Estaba claro que lo único que el buen

hombre había precisado para librarse de sus males había sido un largo y merecido descanso: su organismo, más débil que el de sus hermanos de religión, había padecido hasta la extenuación durante los días que habían debido permanecer emboscados en mitad de la selva.

Durante los días que siguieron, si dejamos de lado la dureza e incomodidad que suponía el hecho de permanecer encerrados bajo tierra sin apenas luz, y con la permanente incertidumbre de no saber qué era lo que estaba ocurriendo en la superficie, las cosas fueron relativamente bien entre los refugiados. Además, muy pronto adoptaron la sabia medida de distribuirse entre todos distintas tareas que les ayudaran a mantenerse ocupados, de tal manera que no hubiera nunca ocasión para caer en el tedio o en el aburrimiento, auténticos enemigos de los nervios, sobre todo en una situación de encierro forzoso.

Con el paso del tiempo, el miedo a ser repentinamente descubiertos por los piratas fue disminuyendo paulatinamente. Los tres frailes, ya plenamente recuperados, continuaron impartiendo las clases de catequesis que Araw y Liway habían iniciado en el desaparecido convento. Pero, para su sorpresa y alegría, el resto del grupo quiso también agregarse a la improvisada escuela de religión, de tal manera que, todos los días, a la hora que seguía inmediatamente después de la cena, la cueva adquiría un ambiente íntimo y especial, como de catacumba romana.

Sin embargo, cuando todo parecía empezar a encarrilarse, aproximadamente al tercer día de su encierro forzoso, se presentaron de improviso dos graves contratiempos que iban a poner a prueba la capacidad de resistencia de los refugiados, y no solo eso, sino su capacidad de permanecer por más tiempo ocultos bajo tierra.

Tala fue la primera en dar la voz de alarma:

—¡Dios mío! ¡No!

Fue tan sentido el grito que lanzó, le salió tan de dentro a la mujer, que quien más, quien menos, detuvo la actividad en la que estaba enfrascado y acudió junto a ella.

La primera en llegar fue Araw, que trabajaba muy cerca de donde estaba su amiga.

—¡Araw! ¡Mira esto!

Lo que estaban viendo las dos mujeres parecía extraído de la peor de sus pesadillas: miles de orugas, aparentemente salidas de la nada, estaban devorando literalmente los alimentos que con tanto esfuerzo habían apilado en el interior de la cueva. Nada quedaba a salvo de su voracidad: legumbres, hortalizas, frutas… ¡Todo! Absolutamente todo estaba desapareciendo de su presencia a ojos vista.

La angustia de Tala al ver tan terrible espectáculo se desahogó en un acerbo llanto que Makisig, a su llegada y en la penumbra de las antorchas, no supo cómo interpretar:

—¡Tala! ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras?

Por toda respuesta, la buena de su mujer señaló hacia la comida. Entonces Makisig se quedó también boquiabierto ante el desolador espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos.

¿Qué podrían hacer sin víveres ahí abajo? ¿Cuánto tiempo se supone que podrían resistir?

Cuando el resto del grupo terminó de congregarse en torno al almacén de víveres y tomó también conciencia de la repentina gravedad de su situación, se hizo un momentáneo silencio, un silencio que costó mucho tiempo romper. Porque lo cierto era que no había nada que hacer para recuperar lo perdido: las orugas habían acabado con la mayor parte de los alimentos, y no tardarían en acabar con los restos, incomestibles, que aún permanecían a salvo de su voracidad.

16

Transcurridas un par de horas más, alcanzamos por fin la desembocadura del río Kahayan, un río verdaderamente caudaloso, que cubría al menos una milla de distancia de una a otra orilla.

Esta vez, la zona se presentaba aparentemente desierta, si bien, al menos en mi caso, me pareció percibir que bajo su supuesta calma subyacía una atmósfera completamente cargada de tensión, como si en su seno se escondiera al acecho algún tipo de amenaza latente.

Carrión no pareció percibir lo mismo. O, al menos, en caso de que lo hiciera, lo desechó como un sentimiento absurdo, puesto que ordenó a los pilotos que continuaran navegando hacia el interior, manteniéndonos, eso sí, siempre bien pegados a una de las riberas.

Tampoco estuve de acuerdo con esta medida en mi fuero interno, pues pensé que, en caso de que los piratas nos esperaran con sus cañones apostados en una de las orillas, más nos valdría navegar por medio del río, manteniéndonos lo más alejados que pudiéramos de la artillería enemiga.

El caso es que, de cualquier forma, nuestra pequeña flota comenzó a penetrar muy lentamente hacia donde todo parecía indicar que se hallaba el núcleo del territorio hostil.

Por primera vez desde nuestra partida de Manila, el ambiente a bordo se volvió manifiestamente tenso y, cosa inusual, aunque muy consecuente con la alerta en que todos nos manteníamos, muy silencioso.

Tapang, en especial, no era capaz de ocultar su temor. Supongo que le vendrían a la cabeza las terribles horas pasadas a bordo del barco de
Tay-Fusa.
En cualquier caso, preferí no comentar nada con él. El momento no era precisamente el más oportuno.

Los soldados íbamos con los cinco sentidos atentos a cualquier

posible trampa o sorpresa que los piratas pudieran haber dispuesto en las aguas del río. Bien sabíamos que los orientales eran amigos de establecer sofisticados artificios defensivos que pudieran tomar por sorpresa a sus enemigos y, en el menor de los casos, era de esperar que mantuvieran vigías emboscados en la espesura.

Pero lo cierto es que, a medida que incursionábamos, tan solo nos encontramos con algunos árboles esporádicos a los lados del río. Árboles no excesivamente altos, entremezclados con algunas palmeras. Pero por el momento no detectamos el menor vestigio de presencia humana.

Sin embargo, tras continuar con nuestro avance tan solo unos cuantos minutos más, avistamos otra escuadra de también 18 embarcaciones japonesas. Pero, a pesar de la identidad numérica de navíos, esta flota nada tenía que ver con la anteriormente atacada. La superaba en todos y cada uno de los aspectos. Pensé —no sin razón, como después se verá— que debía tratarse de la «joya de la corona» de los samuráis.

De un porte magnífico, los enormes y majestuosos juncos que la componían permanecían amarrados en la orilla opuesta, bajo un alcázar que los piratas habían levantado para la defensa de Aparri, en el preciso lugar en el que habían establecido su cuartel general.

Nada más descubrir a la fuerza enemiga, Carrión ordenó detener a la flota.

—¡Señor! —recuerdo que le pregunté— ¿Acaso no será peligroso detenernos aquí, a la vista del enemigo?

—No se preocupe, don Gonzalo: es prácticamente seguro que hemos sido ya avistados. En cuyo caso nada conseguiríamos con escapar a toda prisa, como niños asustados. Con eso solo lograríamos envalentonar a los piratas. De lo que ahora se trata es de averiguar su fuerza exacta: en función de sus capacidades decidiremos la estrategia que más nos conviene emplear.

Y, sin perder más tiempo en inútiles palabras conmigo, llamó al que era el capitán de la más veloz de nuestras fragatas, precisamente la que había logrado abordar al barco chino en nuestra primera escaramuza, y le ordenó:

—Capitán Teixeira, haga el favor de acercarse hasta aquellos barcos. Aproxímese hasta una distancia que resulte lo suficientemente corta para poder conocer la cantidad y calidad de

sus fuerzas artilleras. Trate también de averiguar el número estimado de hombres con que cuentan los piratas… ¡Ah!, —añadió entonces con un tono que casi podría calificarse de maternal—: Pero, sobre todo, ponga el máximo cuidado en no poner en peligro su vida y la de su tripulación. ¡Les necesitamos vivos y en plenitud de facultades!

—¡A sus órdenes!

Pero, además, el general, el general, queriendo quitar algo de gravedad a la situación, añadió con cierta sorna:

—Piense que de nada nos valdría que averigüen todos estos datos y mueran en el intento, sin ser capaces de transmitírnoslos… Además, creo que sus madres y sus esposas también lo preferirán así: ¿no cree?

—Sí, señor.

El joven capitán de la fragata era un gallego de maneras tremendamente formales. Pero a la vez se trataba de un hombre tremendamente despierto, hijo y nieto de marinos. Es más, era tanta su pericia sobre el agua, que casi se podría decir que había nacido en ella.

—Entonces, vayan cuanto antes y regresen también cuanto antes… ¡Buena suerte, hijo!

—¡Gracias, señor! Descuide, que en seguida regresaremos con esa información… —volvió a responder el gallego, sin alterar un ápice su circunspección.

Apenas unos momentos más tarde, la fragatilla, guiada por la mano experta de Teixeira, iniciaba su arriesgada tarea, que ineludiblemente le obligaría a penetrar muy dentro del radio de alcance de los cañones enemigos.

Mientras esto ocurría, tanto el general como el resto de nosotros, nos dispusimos a observar la escena con el corazón en un puño.

Volvió a reinar el silencio más completo en medio de la flota. Pero lo más extraño era que seguía también reinando y la más absoluta calma —real o aparente— en el campo enemigo.

Gracias a Dios, el viento favoreció el rápido avance de Teixeira, cuya fragata surcaba las anchurosas aguas del río a una velocidad más que notable.

Al mismo tiempo, los labios de Carrión se movían como si estuviera hablando en voz baja: recitaba sin duda una fervorosa

oración pidiendo por el éxito de la misión y, sobre todo, por la vida de los valerosos hombres que navegaban a bordo del expuesto navío.

Sólo cuando Teixeira consideró alcanzado su objetivo, habiendo llegado a muy escasa distancia de donde permanecía fondeada la escuadra enemiga, ordenó finalmente comenzar a virar.

Creo que en ese momento, ya no es que los espectadores permaneciéramos en silencio, sino que me parece que todos conteníamos el aliento. Escuchamos entonces las primeras voces de alarma en el interior del territorio pirata. La fragata, no obstante, comenzaba ya a alejarse poco a poco del territorio enemigo. Pero regresaba a un ritmo muy lento. Demasiado despacio para nuestra tranquilidad. Y es que, el viento, que tan favorable le había sido a la ida, ahora le era contrario.

Sin embargo, tras un par de bordadas maestras, Teixeira logró regresar hasta a la Capitana, sin que, para nuestro alivio, en el trayecto se hubiese producido ningún ataque enemigo.

—¡Mi general! —vociferó el gallego, todavía sofocado por el esfuerzo y la tensión que acababa de soportar—. ¡Son muchos! ¡Al menos mil hombres! ¡Y disponen de una gran cantidad de piezas artilleras, todas ellas en perfecto estado y listas para el combate…! ¡Creo que deberíamos retirarnos de aquí lo antes posible! ¡Es un auténtico milagro que no hayamos sido destrozados mediante alguno de sus torpedos…!

Pero Carrión no respondió de inmediato. Se tomó algunos instantes para meditar en aquella decisión que, sin ningún género de duda, iba a resultar la más importante de todas cuantas había tomado desde que habíamos abandonado Manila.

Recuerdo muy bien que, cuando por fin abrió sus labios para comunicárnosla, nos dejó completamente perplejos, al menos a mí: me causó una profundísima impresión. Y no precisamente favorable.

Sus palabras fueron más o menos del tenor que sigue:

—¡Ni hablar de marcharnos! ¡No hemos venido hasta aquí para salir corriendo por delante de un puñado de zarrapastrosos! ¡Les haremos frente, y tal y como se nos ha encomendado, no cejaremos hasta derrotarlos…!

A pesar de los éxitos cosechados hasta entonces y de la alta

moral que nos habían ayudado a alcanzar, reconozco que pensé que nuestro general se había vuelto loco. Enfrentarnos a mil hombres perfectamente armados equivalía a emprender una acción completamente suicida. Baste recordar que nosotros apenas llegábamos a 40 soldados. Por eso, en mi humilde sentir, Carrión estaba confundiendo la valentía y el arrojo con una imprudencia y un voluntarismo absolutamente irracionales. Eso por no hablar de nuestros barcos, que nada podrían oponer frente a una escuadra como la que teníamos delante. Y, por si fuera poco, nuestra pequeña flota habían quedado notablemente maltrecha a consecuencia de la travesía y de los combates sostenidos hasta ahora, en especial la Capitana.

Aprovechando la confianza que tenía con Carrión, me decidí a hacerle notar todas estas circunstancias, empleando, eso sí, los términos más suaves y diplomáticos que fui capaz de encontrar.

—Tiene usted razón en una cosa, don Gonzalo —me respondió con una calma que no sé si me admiró, o si más bien me reafirmó en mis dudas acerca de su deficiente estado de salud mental—, la Capitana no se encuentra en condiciones de soportar un nuevo combate naval. Por eso, no me cabe la menor duda de que debemos obligarles a presentar la batalla en tierra. ¡Continuaremos aguas arriba hasta encontrar un lugar adecuado en donde hacernos fuertes! ¡Y allí será donde los piratas tendrán ocasión de ver lo que es bueno…!

No sé lo que pensaría el resto de nuestra gente. El caso es que nadie trató de rebelarse. Y que, de este modo, siguiendo las órdenes de nuestro general, continuamos navegando río arriba, sin que, de momento, como he de reconocer que mucho me temía, ninguna de las embarcaciones enemigas, ni tampoco su artillería, trataran de estorbarnos el paso.

Muy lentamente, milla a milla, pues navegábamos contracorriente, conseguimos remontar las aguas, hasta que, a aproximadamente un par de leguas más arriba de la fortaleza enemiga, en un recodo del río, sobre una playa a la que los nativos llaman de Biracaya, Carrión encontró un lugar adecuado para los propósitos que venía buscando.

Allí desembarcamos y, empleando los escasos medios a nuestra disposición, nos dispusimos a levantar el improvisado bastión desde

el que nuestro general pretendía que derrotáramos a un ejército que nos superaba 25 veces.

Puesto que sabíamos que los japoneses podían hacer su aparición de un momento a otro, nos vimos obligados a trabajar a un ritmo frenético en el desembarco de los cañones y en la fortificación de la zona.

Carrión, por su parte, a la vez que dirigía los trabajos, iba impartiendo algunas instrucciones para el desigual combate que se avecinaba:

—¡Recordad que somos infantes de los Tercios! ¡Y recordad sobre todo las técnicas empleadas en Flandes! ¡Ahora que volvemos a pisar tierra firme, serán esas mismas técnicas las que nos conducirán a la victoria sobre el invasor!

Tapang era incapaz de ocultar su angustia, que se le reflejaba con toda claridad en la cara.

Sentí mucha lástima por él. Y no solo por él, sino por todos nosotros. Comencé a rezar con un fervor y una intensidad como creo que nunca antes había hecho en mi vida. Estaba convencido, y sigo estándolo ahora, de que solo un milagro iba a ser capaz de permitirnos salir con vida de aquella ratonera. Una ratonera en la que, era cierto, nosotros mismos nos acabábamos de meter por propia voluntad, o por la voluntad de Carrión, que venía a ser lo mismo.

Ukon y sus hombres tuvieron que caminar durante casi una jornada más antes de regresar a Aparri. A pesar de sus dolores, el propio Ukon se esforzó por llegar lo antes posible, ya que durante el trayecto tuvo tiempo de sobra para meditar acerca de que, si él y sus hombres querían salvar la vida o, cuando menos, evitar un castigo ejemplar, iba a ser de vital importancia que pusiera en marcha lo antes posible su plan de localización y captura de los frailes. Tenían que localizarlos antes de que a
Tay-Fusa,
o a alguno de sus consejeros, se les ocurriera comprobar que habían sido ejecutados.

Aunque, por otra parte, tanto sus hombres como él habían convenido en que, si ese caso llegara a producirse, es decir, si llegaran a caer en desgracia ante sus jefes, ofrecerían una versión

completamente falsa de lo ocurrido hasta entonces. Por descontado, achacarían toda la culpa de la imperdonable huida de tres de los frailes a Daiki, del que dirían que, además, en el colmo de su incompetencia y precipitación, había muerto al despeñarse desde lo alto de un abrupto precipicio.

Pero, volviendo al procedimiento que Ukon había trazado para localizar a los frailes, se trataba de un sencillo plan en el que tenía puestas todas sus esperanzas, y que no consistía sino en servirse de Mayabang y de su profundo conocimiento de la región.

Es cierto que, desde el estrepitoso fracaso del ilocano a la hora de acabar con mi vida, el infeliz había caído en una completa desgracia ante los piratas. Pero este era precisamente el punto que Ukon deseaba explotar, ya que, aunque despreciaba profundamente al ilocano, en la medida en que era consciente de su desmedida ambición, quería aprovecharse de ella y utilizarla en su favor: espolearía al joven para que se empleara a fondo en la nueva —y sin duda última— oportunidad que tendría para rehabilitarse ante los hombres de
Tay-Fusa.

Tras un esfuerzo no pequeño por encontrar al hombre, Ukon y su patrulla lo localizaron finalmente en las calles de Aparri, en donde Mayabang llevaba tiempo malviviendo de la limosna, como un vulgar pordiosero.

Por supuesto, esta humillación adicional satisfizo a los piratas, en especial a Ukon, que encontró al joven notablemente más manso y sumiso. Como a menudo suele suceder en la vida, los repetidos fracasos le habían enseñado a moderar sus descabelladas aspiraciones y, a la vez, a contemplar las cosas con una mayor dosis de realismo.

Sin embargo, bastó con esta nueva muestra de que sus aptitudes eran todavía valoradas por los piratas, para que Mayabang olvidara casi de inmediato sus anteriores desgracias y las lecciones con ellas aprendidas, y volviese a envanecerse como un gallito. Tan pronto como tuvo la primera oportunidad, comenzó a encarecer sus capacidades ante Ukon:

—Conozco la región como la palma de mi mano. Si están ahí, los encontraré. No le quepa la menor duda…

—Eso espero, Mayabang, eso espero. Porque, créeme, esta vez te

va la vida en ello…

Pero, como suele decirse, las desgracias nunca vienen solas. Apenas habían terminado de asimilar la pérdida de la práctica totalidad de los víveres a causa de la voracidad de las orugas, cuando Liway descubrió que estas se habían comido también el grano que tenían almacenado para dar de comer a las gallinas.

En ambos casos, la raíz del problema se encontraba en la humedad del lugar en donde habían depositado los alimentos.

—¿Cómo hemos podido estar tan ciegos? —se lamentó Tala con auténtica congoja. Los días vividos bajo tierra, en medio de una oscuridad casi permanente, comenzaban a alterarle los nervios y a hacerle ver la realidad bajo un prisma acusadamente negativo—. En casa lo primero que hago es siempre colocar los alimentos en los lugares más secos y mejor ventilados. Ha sido un grave error: en esta caverna apenas hay ventilación, pero sí que hay rincones secos que habrían quedado a salvo de las plagas. Tenía que haber pensado en ello.

—No se culpe por ello —le respondió fray Miguel en un intento por consolarla—. Todos hemos cometido el mismo error, piense que nos hemos visto obligados a atender a demasiadas cosas durante estos primeros días.

Makisig, por su parte, también manifestó una desazón que no se compadecía en absoluto con su modo habitual de ser. Daba la impresión de que a él también comenzaba a afectarle la larga permanencia en la oscuridad:

—Nos culpemos o no, lo cierto es que nos hemos quedado sin alimentos. Y sin alimentos no se puede vivir… Si al menos pudiésemos alimentar a las gallinas con las orugas… Pero las conozco bien, y sé que se trata de una especie demasiado tóxica.

Masaya y sus dos hijas, aunque igualmente acongojadas, guardaban silencio. No se atrevían a intervenir en la conversación de quienes consideraban sus salvadores.

Liway rompió entonces el prolongado silencio que las últimas palabras de Makisig habían creado para manifestar con una firme determinación:

—¡Yo iré a casa en busca de víveres y de grano para las aves!

Al principio nadie respondió. La afirmación de la muchacha había sorprendido mucho a todos. Tanto, que algunos llegaron a

pensar que la chica bromeaba.

Lakas fue el primero en reaccionar, y no lo hizo precisamente con alegría:

—¿Qué has dicho, Liway? ¿Acaso te has vuelto loca?

—No, padre. Solo he dicho que hay un modo de solucionar el problema en que estamos metidos, y que estoy dispuesta a ponerlo por obra.

—Me temo que no será posible, muchacha —volvió a intervenir Makisig con el pesimismo que se había apoderado de él—. Para que pudieras salir, sería necesario desmontar la estructura de camuflaje que hemos colocado a la entrada, y eso nos dejaría indefensos y al descubierto, en el más que probable caso de que los piratas siguieran merodeando por los alrededores. Además, te expondrías a un grave peligro del que podrías resultar muy malparada.

—¿Y qué ocurrirá si no conseguimos alimentar a las gallinas y a sus polluelos? ¿Acaso no tendremos que volver a salir a la intemperie? ¿Y acaso no correremos también entonces un enorme peligro? —la chica hablaba con una entereza que asombró a sus padres. No es que Liway hubiera sido hasta entonces una chica tímida o sin carácter, pero el valor que manifestaba en aquellos difíciles momentos les impresionó profundamente. Su ánimo, en lugar de encogerse, como les había ocurrido a algunos de los más mayores, parecía haberse crecido en contacto con la adversidad.

Por otra parte, todos eran conscientes de que, aunque era cierto que, comparado con la gran cantidad de víveres que habían transportado en la carreta, la joven apenas podría acarrear uno o dos sacos de grano para las aves, sería más que suficiente para resistir allí dentro al menos durante una semana más.

La joven continuó hablando:

—Además, no pretendo salir por la entrada, sino por el orificio de ventilación. Ya lo he probado, y soy la única que cabe por él…

Era muy cierto y, aunque también Tawa y Maliwan, las hijas de Masaya cabrían, eran todavía unas niñas en las que ni podía pensarse en encargar una misión tan arriesgada.

—¿Qué dices? ¿Has salido afuera sin que nosotros lo supiéramos? —preguntó Araw completamente alarmada.

—No, no he llegado a salir. Pero he ascendido un rato cada día para poder contemplar la luz del sol. Tal vez por eso me mantengo

más serena que todos vosotros. No os he querido decir nada para no preocuparos, pero también puedo aseguraros que no he corrido el menor peligro. Me he mantenido siempre a una distancia prudente de la salida, entre las sombras de la roca, de forma que nadie pudiera verme desde el exterior…

—Hija mía —intervino Lakas—, tal vez sea cierto que no hayas corrido peligro hasta ahora. Pero una cosa es asomarse a la luz del sol y otra muy distinta caminar hasta nuestra casa.

—Padre Miguel, usted me ha enseñado que el primero de los mandamientos consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. ¿No podría interceder en mi favor? Yo solo quiero ayudar. Es cierto que podría perder mi vida al salir en busca del grano, pero al otro lado de la balanza se encuentra la posibilidad de que muramos todos, incluida yo misma. Entonces, ¿cuál es el peligro real? En los dos casos mi vida corre peligro, con la diferencia de que, si mi plan sale bien, les habré ayudado a todos ustedes, y a mí misma, a continuar adelante…

El argumento de la joven era impecable. ¿Quién podría contradecirlo? Pero Liway estaba colocando al fraile en un compromiso que no le correspondía a él dirimir. Eran los padres de la chica quienes debían dar su consentimiento. Por eso, fray Miguel respondió:

—Hija, eres muy valiente, y tu determinación te honra, pero sois tú, y tu familia quienes debéis tomar, con toda libertad, la decisión que consideréis más adecuada.

Lakas y Araw permanecían en silencio, con el ceño fruncido, mirando hacia el suelo.

En muy poco tiempo el ambiente en el interior de la cueva había pasado de estar impregnado de ansiedad, a estar cargado de profundo dramatismo, hasta que, finalmente, para enorme sorpresa de Araw —y también de Liway—, Lakas abrió la boca para decir:

—Hija mía, estoy muy orgulloso de ti. Cuentas con un valor superior al de muchos hombres, así que tengo que reconocer, por mucho que me cueste, que me has convencido: creo que tienes razón, y que debes ir a casa en busca de los víveres que necesitamos para sobrevivir. Solo te pido que, por favor, vayas de noche. Tú conoces el terreno mucho mejor que cualquiera de los piratas, y creo que al amparo de las sombras te será más fácil eludirlos, en el

caso —Dios no lo quiera— de que continúen merodeando por la zona. Pero, por favor, por amor a tu madre y a mí, ten muchísimo cuidado.

Los ojos de Liway brillaron de emoción. Acercándose a su padre, le besó con enorme afecto. Lo mismo hizo a continuación con su madre, que sollozaba por lo bajo, a pesar de los esfuerzos que hacía por contenerse.

—Entonces saldré esta misma noche… Aunque hay todavía una cosa más que me gustaría pediros. —Mirando a fray Miguel, añadió—: Antes de partir me gustaría recibir el bautismo: creo en Jesucristo y, si me ocurriera alguna desgracia —con mucho tacto, pensando en sus padres, la muchacha evitó emplear la palabra «muerte»—, es mi deseo que me alcance en la plena comunión con la Iglesia. ¿Habría alguna dificultad en concederme este deseo, padre?

—No, hija. Has recibido una instrucción suficiente y, puesto que tu deseo es sincero, no podría de ninguna manera negarte lo que me pides.

17

Logramos desembarcar y fortificarnos en un tiempo récord. Y eso a pesar de que, nada más poner pie en tierra, sufrimos un inesperado percance, muy propio de las regiones tropicales, y que nos hizo perder algunos minutos que en aquellas apuradas circunstancias considerábamos preciosos.

Un gigantesco cocodrilo, parcialmente oculto bajo las fangosas aguas del río, atacó taimadamente a Santiago, uno de los guerreros tlaxcaltecas que habían venido a luchar a Filipinas desde México. No olvidemos que nuestro archipiélago formaba parte del virreinato de Nueva España.

El mexicano, en un descuido, o simplemente movido por la disculpable intención de refrescarse un poco, puesto que el calor de aquel día era especialmente intenso, cometió la grave imprudencia de introducirse en el agua hasta las rodillas. El cocodrilo, oculto entre el fango y las sombras a muy poca distancia, lo detectó casi de inmediato.

Pero, para suerte del mexicano, Tomás Gómez, uno de nuestros mejores piqueros, acostumbrado a escudriñar los movimientos más leves a su alrededor, también advirtió de inmediato que algo muy grande se movía lentamente bajo el agua.

Ante el temor de asustar a Santiago si le advertía crudamente del peligro que corría, optó por pedirle que saliera del agua en el tono más tranquilo y sereno que fue capaz de formular. Al mismo tiempo aprovechó para irse acercando a la orilla con la pica preparada, atento siempre a las intenciones del reptil que, al ver que una caza tan fácil se disponía a escabullírsele abandonando el río antes de tiempo, de un potente latigazo de su cola, se abalanzó como un rayo en pos de su presa.

Pero Gómez, siempre alerta, intervino eficazmente, clavando al animal literalmente contra el piso de lodo de la orilla. Para entonces, todo el campamento —a excepción de Santiago, quien era

el menos consciente de lo que ocurría a su alrededor—, contemplábamos la escena, completamente extáticos.

Solo entonces pudo Santiago conocer el grave peligro en que se había encontrado.

—¡Gracias, Tomás! ¡Me has salvado la vida!

—Agradéceselo a Dios, que me ha hecho ver al monstruo a tiempo…

En efecto, una vez muerto, comprobamos que el animal en cuestión era un auténtico leviatán de casi dieciocho pies de longitud… Pero Carrión, que hasta entonces había respetado la gravedad del momento, nada más cerciorarse de que el tlaxcalteca estaba fuera de peligro, nos hizo a todos volver a la dura realidad:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡No os quedéis ahí parados! ¿A qué esperáis para poneros a trabajar? ¡Esos malditos pueden hacer su aparición de un momento a otro! ¡Y más nos valdrá que nos encuentren perfectamente dispuestos a recibirles como se merecen…!

Sin embargo, los piratas tardaron bastante más tiempo en llegar a nosotros de lo que Carrión había calculado, pero cuando lo hicieron, vinieron literalmente con todo: con sus 18 navíos perfectamente artillados y llenos de samuráis hasta los topes, con la clara intención de arrasar nuestro conato de baluarte —si es que aquel rudimentario parapeto llegaba a merecer semejante nombre— y a nosotros con él.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, tan pronto como don Juan Pablo Carrión percibió que los sampanes enemigos osaban rebasar la línea imaginaria que determinaba la bisectriz del recodo del río, ordenó a Zenzano, nuestro mejor artillero, que les lanzara una salva como señal inequívoca de que no debían continuar adelante.

Creo que los japoneses quedaron tan desconcertados como yo mismo ante semejante osadía de nuestro general, ya que era cuando menos asombroso, que apenas un puñado de hombres, mal parapetados y peor armados, osara no solo enfrentarse, sino incluso amenazar a un ejército que les superaba por lo menos 25 veces en número. 1000 contra 40. Pero así era Carrión y, de un modo u otro, así éramos los hombres que le acompañábamos.

Por de pronto, la salva de Zenzano cumplió su objetivo a la perfección, puesto que, ante mi sorpresa, y creo que la del resto de

los hombres, los barcos enemigos arriaron velas y se detuvieron, tan rápidamente como les fue posible, en el preciso lugar marcado, sin atreverse a continuar adelante ni una sola braza más.

Tras este hecho transcurrió un buen rato de espera, sobre el que se asentó una especie de calma tensa que nadie se atrevía a alterar, y que muy presumiblemente los capitanes samuráis emplearon para deliberar entre sí.

Al cabo, aprovechando el silencio reinante, uno de los piratas se asomó a lo alto de uno de los sampanes que se hallaban en una posición más adelantada, y, dirigiéndose a todos nosotros, lanzó una fuerte voz en perfecto ilocano: pedía la autorización de nuestro general para que una pequeña representación de samuráis fuese autorizada a desembarcar y viniera a parlamentar con nosotros.

Al escuchar tan inesperada proposición, Carrión, sin dudarlo un instante y sin preocuparse en exceso por dotar a su respuesta de una especial formalidad, subió a lo alto del parapeto y, desde allí, respondió en un ilocano aceptable:

—Les habla el general Carrión. Pueden enviarnos una delegación de hasta tres hombres a conferenciar con nosotros: les recibiremos en son de paz.

Por contraste con la sencillez de nuestro jefe, los samuráis dieron muestras de que, a pesar de su vida dedicada a la piratería y a la comisión de todo tipo de atrocidades, como japoneses que eran, conservaban muy profundamente arraigado el sentido de la ceremonia y de la cortesía. Hasta tal punto era así, que el hombre que había solicitado permiso para enviar la embajada, antes de retirarse, en signo de conformidad con nuestra respuesta, nos dedicó una profunda reverencia.

A partir de ese momento, y mientras esperábamos la llegada de nuestros «invitados», Carrión impartió algunas órdenes encaminadas a mantenernos alerta y, sobre todo, a no confiarnos más de la cuenta, durante el tiempo que se prolongara la estancia de los negociadores.

Transcurrió un rato no muy largo, cuando vimos destacarse a una barquilla procedente de la flota enemiga. A bordo venían tres hombres elegantemente vestidos, a los que, como correspondía, el propio Carrión salió a recibir en persona.

Tras el breve saludo de rigor, el general, acompañado por el

capitán San Millán, un veterano oficial que dominada el ilocano a la perfección, y acompañado también por mí, condujo a los extranjeros hasta un rincón sombrío y fresco, situado a una cierta distancia del baluarte, ya que, lógicamente, no quiso ofrecer a los enemigos la posibilidad de inspeccionar nuestro fortín, ni siquiera desde fuera.

Concretamente, establecimos el centro de negociaciones bajo un frondoso balete.

Como se verá, ni San Millán ni yo resultamos a la postre de excesiva utilidad, puesto que Carrión se bastó a sí mismo para sostener la conversación, en un ilocano más que aceptable. Sin embargo, esto no impidió que los dos convidados de piedra asistiéramos al encuentro animados por una enorme curiosidad —al menos yo, he de reconocerlo— por averiguar qué era lo que había movido a los japoneses a parlamentar ante una fuerza tan pequeña y, sobre todo, por conocer qué era lo que se proponían plantearnos. ¿Acaso los piratas estaban dispuestos a abandonar Luzón? Me pareció altamente improbable, por no decir imposible. En cualquier caso, no hubimos de esperar mucho para salir de dudas, pues el general Shibata, que era quien encabezaba la pequeña comitiva, no tardó en comenzar a exponer:

—Señores, como sin duda sabrán, los guerreros samuráis constituimos una élite militar con muchos siglos de historia a nuestras espaldas. Por eso podemos preciarnos de tener una desarrollada capacidad para reconocer de forma inmediata la bravura y la valentía allá donde se encuentran. También en nuestros adversarios. Y qué duda cabe que ustedes, aun sin haber llegado a combatir, nos la han sabido demostrar con su valerosa actitud. No solo han penetrado las aguas de un río que hace mucho tiempo que dominamos con nuestra fuerza armada, muy superior a la suya, sino que, además, se han permitido la osadía, si me permiten hablar así, de impedirnos continuar adelante con nuestra flota.

Carrión escuchaba con un rostro tan completamente imperturbable e impenetrable como el de una estatua, consecuencia sin duda de su dilatada experiencia en la mar, tratando con hombres de los más variados tipos y pelajes.

Y, sin embargo, tras una introducción tan prometedora para nuestros intereses, me pareció advertir que el pirata esperaba algún

tipo de gesto o comentario por parte de nuestro general, cuando menos una breve inclinación de asentimiento, o alguna manifestación que exteriorizara una pequeña muestra de agradecimiento por tan elogiosas palabras.

Pero Carrión se comportaba en todo momento como si fuéramos nosotros quienes tuviéramos la sartén por el mango, y por el contrario fuesen ellos, los samuráis, quienes estuvieran en inferioridad de condiciones y necesitados de establecer la paz con nosotros.

Así pues, viendo el samurái que nuestro general permanecía tan quieto e indiferente a sus palabras como si estuviera oyendo llover, el general Shibata hubo de hacer de tripas corazón y continuar como si Carrión hubiese mostrado el mayor de los gozos por tan prometedora introducción:

—Mis jefes estiman que un arrojo semejante debe ser reconocido y honrado: por eso me han solicitado venir a reunirme con ustedes para que les proponga un pacto que sin duda resultará satisfactorio para las dos partes. Verán, mis superiores me han pedido que les traslade que, a pesar de que les superamos varias veces en número y en fuerza artillera, estamos dispuestos a dejarles marchar sin daño para sus vidas y sus barcos. A cambio solo les pedimos que nos entreguen una cierta indemnización en oro. Una indemnización en compensación por las ganancias que dejaremos de obtener al renunciar al botín que, claro está, obtendríamos tras arrebatárselo por la fuerza. Queda, por tanto, como única cuestión a dilucidar, la cantidad que estarían ustedes dispuestos a entregarnos.

En definitiva, el tal Shibata nos estaba ofreciendo la posibilidad de pagar un rescate en oro a cambio de salvar nuestras vidas.

Personalmente, no me hizo falta esperar a la respuesta de Carrión para saber cuál iba a ser su decisión respecto a la «generosa» propuesta de los piratas. En cualquier caso, tampoco tuve que esperar mucho para verificar si mis suposiciones eran del todo ciertas.

Empleando una mirada y un retintín que revelaban un enojo que de ningún modo deseaba ocultar, sino más bien dejar bien claro, el general dirigió al portavoz enemigo una respuesta cuyo contenido, palabra más o palabra menos, sonó del tenor siguiente:

—Mire, señor Shibata, como usted y sus jefes comprenderán, no

hemos venido hasta aquí para comprarles nuestras vidas a ningún precio. Para eso hubiera sido mucho más razonable y barato quedarnos en nuestras casas, ¿no le parece? Pero es que, por otro lado, en mi muy humilde opinión, no dejan de formar ustedes nada más que un patético grupo de desarrapados que, por muy elegantes que se presenten aquí y por mucho que traten de comportarse ante nosotros como nobles y corteses caballeros, no dejan de ser unos miserables bandidos. Por tanto, mucho le agradeceré que le traslade usted a sus preclaros jefes que, puesto que quieren nuestras riquezas, que vengan a por ellas, ya que será mucho más divertido para todos. Además, ya saben dónde encontrarnos. No pensamos ir muy lejos. Es más: no pensamos movernos de aquí. Y ahora, si su señoría no tiene más ocurrencias que añadir, ya puede ir montándose en su barquichuela y volver por donde ha venido. Perdone que no le acompañe en esta ocasión, pero es que algo me dice que se sentirán ustedes más cómodos sin mi compañía: ¡Hala! ¡Aire!

En mi vida hubiera imaginado que, entre las dotes de don Juan Pablo, estuviera también la oratoria. Pero lo cierto es que, si pretendía evidenciar su frontal rechazo a la propuesta de los emisarios piratas, no podía haberlo hecho de un modo más claro y eficaz.

Recogiendo sus cosas a toda prisa, los tres legados se levantaron, olvidando esta vez incluso realizar sus consabidas reverencias, y partieron a toda prisa rumbo a su barca, en la que se hicieron un lío con los remos antes de, por fin, comenzar a alejarse de la orilla.

—¡Hatajo de patanes! ¿Con quién se creen que están tratando? —musitó Carrión con auténtico disgusto.

Ninguno de los que le rodeábamos osó decir nada, aunque, en honor a la verdad, debo reconocer que, una vez más, me pasó por la mente la idea de que íbamos a pagar muy cara la osadía de nuestro ilustre hidalgo palentino.

La ceremonia de bautismo de Liway resultó tan breve como emotiva. A Araw y a Lakas se les saltaron las lágrimas, y ambos, en su fuero interno, tomaron también la decisión de recibir el sacramento en un futuro lo más cercano posible.

Liway se mantuvo en todo momento muy serena. Sus ojos denotaban una profunda alegría. Masaya y sus hijas seguían las

palabras del sacerdote con enorme respeto e interés. Al terminar la celebración, todos se unieron a la alegría de la joven, y la festejaron con un poco de basi, aprovechando que las orugas no habían sido capaces de penetrar en el interior de la botella.

Pero el gozoso paréntesis duró notablemente menos de lo que todos hubiesen deseado: muy pronto anocheció para dar paso a la hora que más temían, y en la que, sin embargo, tenían puestas todas sus esperanzas.

Los padres de la muchacha corrieron a abrazarla con fuerza en los instantes previos a su partida.

—No lloren. Sé que volveré con vida. Tengo el convencimiento interior de que todo saldrá bien…

—Dios te bendiga, hija. Estaremos esperándote en vela, pero, por favor, no cometas una imprudencia por acortar nuestra espera. Tómate el tiempo que necesites.

—Así lo haré, madre. Estese tranquila. ¡Adiós, hasta pronto!

Consciente de que no era conveniente prolongar la despedida por más tiempo, la joven se introdujo en seguida a través de la estrecha grieta y comenzó a ascender lentamente, hasta que muy pronto desapareció de la vista de sus padres.

Al llegar a lo más alto, se asomó tímidamente al exterior, con suma cautela, y comprobó que todo estaba en silencio y que el cielo estaba despejado. Algunas estrellas brillaban ya en el firmamento.

Manteniendo en todo momento los cinco sentidos en máxima alerta, asomó la cabeza y se detuvo a reconocer los alrededores.

Todo parecía estar en perfecta calma. Sin embargo, a pesar de lo nerviosa que estaba y de sus deseos de ponerse en marcha cuanto antes, su sexto sentido femenino le aconsejó esperar.

Permaneció todavía unos cuantos minutos perfectamente inmóvil y a la escucha. No tardó en percibir los familiares sonidos nocturnos de pequeños roedores y de otros animales, que abandonaban sus madrigueras en busca de alimento. Pero, por lo demás, no parecía detectarse nada fuera de lo normal.

Decidió entonces abandonar la salida de la grieta y comenzar a caminar en dirección hacia su casa. Realizó, sin embargo, un pequeño rodeo para buscar la protección de los arbustos que crecían en los lindes de la campiña. Avanzó hasta ellos a paso lento y agachada, casi en cuclillas. Todo iba bien hasta que pisó una rama

seca, cuyo crujido resonó en sus oídos tan fuerte como si se hubiera tratado de un auténtico estruendo. Por si fuera poco, un mirlo asustado ante la inesperada señal de una presencia humana, emprendió el vuelo emitiendo su característico grito, cuya función es precisamente la de advertir del peligro a quienes lo escuchan.

Liway se detuvo en seco, paralizada por el miedo. Desde luego, si había piratas en los alrededores, habrían recibido la señal, y era posible que no tardaran en hacer su aparición. Pero, pasados algunos minutos de auténtico espanto, volvió a tranquilizarse, en la medida en que evidenció que, gracias a Dios, todo parecía continuar en clama.

Continuó avanzando, a partir de ahora mucho más despacio, siempre pegada a los arbustos y con la mirada fija en el suelo, tratando de ver dónde pisaba.

Paso a paso, muy lentamente, al cabo de una media hora, alcanzó el extremo de la montaña. Para entonces había salido la luna, la cual le permitió ver mucho mejor, aunque en contrapartida también haría que pudiese ser descubierta mucho más fácilmente.

Se asomó con cuidado desde lo alto, y pudo ver su añorado hogar, allá abajo, envuelto entre las sombras de la noche. No supo si atribuirlo a su imaginación o a una auténtica corazonada, pero lo cierto es que, al contemplarlo, fue incapaz de evitar que un escalofrío de temor le recorriera la espalda. Algo en su interior le decía que, a pesar de la aparente calma y normalidad, no todo estaba en orden ahí abajo.

Armándose de valor, trató de apartar su presentimiento y se obligó a continuar adelante.

Despacio, con la vista y el oído en continua alerta, la muchacha descendió la pendiente de la colina hasta llegar a las inmediaciones de la casa, de la que ya apenas le separaban unos 400 o 500 pies de distancia.

Volvió a detenerse a escuchar con máxima atención. El silencio era absoluto. ¿Demasiada calma? ¿Dónde estaban los pájaros? ¿Y los roedores? Nada parecía moverse, y eso no le gustó.

Permaneció un buen rato quieta, hasta que se cercioró de que, en efecto, en los alrededores de la casa no se movía ni una mosca.

La casa, que había contemplado tantas veces con cariño a la luz de la luna, se le presentaba ahora bajo un aspecto completamente

distinto: bajo un aspecto que se le antojaba de todo punto espectral y amenazante…

Mientras los piratas se preparaban para entrar en acción, Carrión nos recordó que, si habíamos abandonado el río y nos habíamos hecho fuertes en tierra, era con el único fin de emplear las consabidas tácticas de los tercios, es decir, que, al igual que en Flandes, en nuestro ataque —o defensa— primero abrirían fuego los mosquetes **[29]**, desde una distancia superior a tres cuerdas (cien metros). A continuación abrirían fuego los arcabuces **[30]**, desde una distancia algo menor. Después atacarían los piqueros, que avanzarían ordenadamente, en cuadro, formando una barrera de hierro infranqueable. Los piqueros, debidamente colocados, formaban como un gigantesco erizo de acero, adquiriendo una forma aterradora para el enemigo. Además, junto a los escuadrones de piqueros intervendrían las «mangas», que se componían de pequeños grupos de arcabuceros que avanzaban por los flancos. Las mangas eran especialmente versátiles.

En cuanto a las picas que emplearíamos, medían entre 5 y 7,5 varas (entre cuatro y seis metros). Y, en el caso de que el enemigo consiguiera introducirse dentro del radio de acción de las lanzas, utilizaríamos las armas blancas. La daga era una de las armas que nos concedía una mayor ventaja a los españoles. Las usaríamos en combinación con las espadas.

Nuestro parapeto, aunque rudimentario, había sido ideado por don Juan Pablo para protegernos sobre todo de los cañonazos enemigos. Es más, estaba pensado para obligarles a bajar a tierra si es que de verdad querían acabar con nosotros: levantado sobre un pequeño promontorio protegido por rocas y peñas que afloraban del suelo y que habíamos reforzado mediante gruesas piedras, habíamos colocado sobre él lo mejor de nuestra artillería, de tal manera que a nosotros nos resultaría incluso más fácil que a nuestros enemigos disparar sobre sus barcos.

Por lo demás, los japoneses se demoraban mucho en iniciar su ataque, que en un primer momento habíamos creído que sería inminente.

Al cabo, resultó que los muy piratas nos hicieron permanecer toda la tarde y la noche entera, que no tardó en caer sobre nosotros,

nublada y negra como el carbón, en una tensa espera que nos obligó a permanecer en vela.

Sin embargo y gracias a Dios, al amanecer del día siguiente, tan pronto como los enemigos dieron las primeras señales que nos avisaron de que se disponían a emprender su acometida, comprobamos que, tal y como había previsto nuestro general, lejos de presentarse a bordo de sus barcos, comenzaron a desembarcar en una pequeña ensenada no lejos de donde habíamos instalado nuestro campamento.

Carrión envió entonces a sus puestos a los hombres que debían ocupar la primera línea de combate. Para mi sorpresa, ordenó al capitán de piqueros que se asegurara de que sus soldados embadurnaban los extremos de sus armas con sebo, medida que, como muy pronto se verá, resultó de una gran eficacia en el combate.

Bien resguardados tras el parapeto, se colocaron los arcabuceros y los mosqueteros. Tapang y yo fuimos asignados a una de las mangas. He de decir que, así dispuestos, constituíamos una perfecta reproducción en pequeña escala de un Tercio de infantería, tal y como los habíamos conocido en Flandes y en Italia.

Pronto apareció ante nuestros ojos un primer grupo de guerreros enemigos, compuesto por unos 600 hombres aproximadamente. Plenamente confiados en su aplastante superioridad numérica, se abalanzaron contra nosotros con más voluntad que cabeza.

A una orden de Carrión, la arcabucería y la artillería los recibieron con una serie de rápidas descargas, que se sucedieron a un ritmo vertiginoso, dada la gran experiencia de nuestros hombres en recargar sus armas en un tiempo extremadamente corto.

De repente nos vimos envueltos en una espesa humareda, y un intenso olor a pólvora nos invadió por completo. Pero tan pronto como se disipó el humo, pudimos comprobar de primera mano la importante mortandad que habíamos causado en las filas piratas. Pero, a pesar de ello, todavía nos seguían superando en número de tal manera, que auténticas hordas de refresco llegaban en oleadas hasta la primera línea de piqueros.

Los nuestros los recibieron con una extraordinaria dosis de bravura y eficacia, que me impresionó profundamente, de tal manera que las bajas que causaron entre los atacantes volvieron a

ser enormes.

Mientras tanto, muchos de los piratas, en su ansia por asaltar el parapeto, trataban de arrebatar las picas de las manos a los nuestros. Pero el sebo sabiamente aplicado a las armas lo impidió en todas y cada una de las ocasiones.

El comienzo del desigual combate no se estaba desarrollando del todo mal para nosotros. Pero si de algo se caracterizaban nuestros adversarios era de una enorme perseverancia. Su espíritu samurái salió a flote con todo el ardor acumulado durante siglos de historia y valerosa tradición. A pesar de las pérdidas que sufrían con cada nuevo asalto, volvían a intentarlo una y otra vez. Y, siendo tantos, tenían la oportunidad de relevarse para descansar, mientras que nosotros debíamos olvidarnos de nuestro cansancio y sacar continuamente fuerzas de flaqueza.

Si no me falla la memoria, en el momento en que se retiraron de su tercer o cuarto asalto, que dirigían en sucesivas oleadas contra nuestra posición, tuvimos ocasión de contabilizar por primera vez nuestras bajas: comprobamos con enorme pesadumbre y dolor que habíamos perdido a diez magníficos soldados, tanto peninsulares como tlaxcaltecas. No hace falta que diga en que eran demasiados. La cuarta parte de nuestros efectivos. De seguir así, no tardarían en liquidarnos por completo. Y, por si lo apuntado fuera poco, en ese momento comprobamos que habíamos consumido la práctica totalidad de las balas y de la pólvora que teníamos, por lo que a partir de ahora los combates tendrían que desarrollarse exclusivamente cuerpo a cuerpo, con la enorme desventaja que eso supondría para nosotros.

He de confesar que, una vez más, me volví en mi fuero interno contra Carrión, al que consideré como un auténtico carnicero y un iluminado, que nos había conducido con su fatuidad a una muerte segura que, lejos de expulsar a los piratas de Luzón, los haría más fuertes. Y no sólo eso. Pensé que, por culpa de este hombre, al que tampoco dudaba en calificar de temerario, estábamos asistiendo nada menos que al ocaso de la presencia española en las islas de Poniente.

Con enorme pesar, viendo el futuro tan negro, llegué a lamentarme de lo poco que había durado mi estrella y la estrella de España en aquellas tierras…

18

Haciéndose una gran violencia para vencer sus temores, Liway penetró finalmente en el granero. Dejó no obstante el portón abierto, a fin de servirse de la claridad de la luz de la luna y, además, de un modo más o menos consciente, para dejar libre una vía de escape a sus espaldas.

Cada sombra de los múltiples recovecos y herramientas que se apilaban en el interior del cobertizo, así como cada crujido de la madera provocados por los cambios de humedad y de temperatura nocturnos, conseguían sobresaltarla, mientras se esforzaba por llenar de semillas un par de zurrones de los que tenía su padre ahí apilados.

Nada más terminar su tarea, sin demorarse ni un instante más de los estrictamente necesarios, reemprendió el camino de regreso a la cueva, aliviada por salir del ambiente angustioso y tétrico del interior del granero.

Durante el camino de vuelta avanzó a un ritmo sensiblemente más rápido y a la vez, menos cauteloso que a la ida. De alguna manera, el pensamiento de recorrer un terreno ya pisado con anterioridad, le infundía una mayor seguridad. Era como si su mente le dijera: si no has sufrido contratiempos en este lugar en el trayecto de ida, ¿por qué habrías de sufrirlos ahora?

No por ello la trabajosa ascensión de la colina dejó de retardar su marcha durante el tiempo que tardó en alcanzar la cima, en donde de nuevo volvió a caminar a buen ritmo sobre el terreno llano, que ya no la abandonaría hasta la misma abertura de la grieta.

Poco a poco comenzaba a sentirse más esperanzada y feliz: estaba ya a punto de llegar. Unos pocos minutos más, ¡y lo habría conseguido!

Además, al fin y al cabo, los únicos peligros que había encontrado en el camino habían procedido de su imaginación.

Sin embargo, al aproximarse a la boca de la grieta, experimentó la repentina e inquietante sensación de no estar sola. Era evidente que una inesperada presencia acechaba en la oscuridad. Nerviosa, se volvió hacia atrás para mirar. No vio a nadie. Pero, al mirar de nuevo al frente, contempló ante sí la temible figura de un hombre que le cerraba el paso. Su corpulenta silueta se recortaba contra la tenue claridad del cielo.

Liway experimentó una convulsión tan brusca, que comenzaron a temblarle las manos y las piernas.

—Padre, ¿es usted?

Nada más formular la pregunta, con apenas un hilillo de voz, cayó en la cuenta de que de ningún modo podía ser él, puesto que era imposible que Lakas hubiera podido salir a través de la estrecha abertura.

—No soy tu padre. Soy Mayabang.

Al escuchar insólita respuesta, la muchacha, aunque todavía asustada, se relajó notablemente.

Nunca había tenido una especial simpatía por Mayabang y era extraño que deambulara por la campiña a esas horas, pero al menos era alguien conocido y, desde luego, no era un pirata.

—¡Mayabang! Pero… ¿Qué haces aquí? Me has asustado…

—Lo siento, Liway. No pretendía hacerlo. He tratado de acercarme a ti sin sobresaltarte —respondió el ilocano tratando de calmarla. A lo que en seguida añadió—: Pero ¿y tú? ¿Cómo es que estás sola, aquí, en la montaña? ¿Acaso estás en peligro?

—No, ya no. Estoy escondida en un refugio bajo tierra, con mis padres y algunos otros fugitivos —repuso con la disculpable ingenuidad de su juventud, y de quien ignora la verdadera identidad de su antiguo vecino—. La entrada está aquí mismo, solo que es muy estrecha. Pero, no comprendo… —la muchacha se interrumpió de repente—. Sigues sin decirme qué haces aquí. ¿Estás en peligro? ¿Te persiguen los piratas?

Mayabang tardó largos segundos en responder. Llegada la hora de la verdad, le costaba mucho revelarle a Liway su verdadera identidad y el motivo que le había llevado a buscarla.

Al cabo, sin poder evitar un cierto azoramiento, se vio obligado a reconocer:

—No me persiguen. En realidad… me uní a ellos. Han tomado la

región y yo…, bueno, prefiero su dominio al de los españoles.

—¿Bromeas? —inquirió Liway, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—No. No bromeo, Liway. He venido para localizar a los frailes, que llevan días huidos de los hombres de
Tay-Fusa.

—Pero, Mayabang… Los frailes están escondidos con nosotros. Y, además, ellos son buenos. Han venido a hacer el bien, han venido a ayudarnos y…

—¿Tú también te has dejado embaucar por esos charlatanes? —Por primera vez, las palabras del muchacho dejaron entrever un oscuro fondo de ira.

—No, no me han embaucado. Lo que dicen es la Verdad.

—Escúchame bien, Liway. No quiero hacerte daño. Debes saber que te amo. Que te amo desde que eras una niña. Y lo que más deseo en este mundo es hacerte mi esposa. Pero, si no quieres disgustarme, debes olvidarte de esos frailes y permitir que los entregue a los samuráis. Si así lo haces, permitiré que tus padres y los demás refugiados queden libres. Tengo cierta influencia sobre los japoneses.

—¡Mayabang! ¿Te has vuelto loco…? Jamás entregaré a unos hombres inocentes que han dado su vida por ayudarnos.

Llegados a este punto de la conversación, los ojos de Mayabang adquirieron un nuevo fulgor hasta entonces desconocido para Liway: ahora brillaban literalmente de odio. Hasta tal punto fue así, que bastó la tenue luz de la luna para que la joven advirtiera la profundidad del resentimiento y del rencor que anidaban en el corazón del joven: un resentimiento que alcanzaba a los españoles en general, y a los religiosos en particular.

Pero la querencia del aprendiz de pirata hacia Liway era tan grande que incluso igualaba el odio que tenía a los frailes.

Dentro del joven comenzó entonces a librarse una violenta batalla que se reflejaba de algún modo en su rostro, que Liway contemplaba asustada, tratando de adivinar qué era lo que pasaba por la mente de aquel energúmeno.

Hasta que, de repente, Mayabang se acercó a ella, la asió con enorme fuerza del brazo y le dijo:

—¡Ahora, escúchame bien! Si accedes a convertirte en mi

esposa, estoy dispuesto a engañar a los piratas y a ocultarles dónde estáis escondidos tú y tus frailes: esperaré tu respuesta hasta mañana a estas horas, en este mismo lugar. Pero si te niegas, te niegas, les revelaré vuestro paradero a los samuráis y ya nunca más nos volveremos a ver.

Dichas estas últimas palabras, que pronunció con una pasión hasta entonces insospechada por la muchacha, el joven se permitió todavía añadir:

—Y recuerda, Liway: ¡yo no bromeo…!

Acto seguido se alejó en dirección hacia los árboles más cercanos, entre cuyas sombras desapareció rápidamente.

Por su parte, la asustada muchacha quedó un buen rato inmovilizada en el lugar en donde había tenido lugar la desagradable entrevista. Trataba de reponerse de un encuentro que en cierto modo había resultado para ella aún peor que si se hubiese topado con los auténticos piratas.

Una terrible duda comenzó a abrirse paso en su interior: ¿qué se supone que tendría que responder a Mayabang al día siguiente? Desde luego, desearía no haberle conocido jamás, y lo último que desearía sería casarse con él, pero, por desgracia, la vida de muchas personas, la de sus padres entre ellas, dependían de su respuesta…

Pero, aprovechándose de nuestra carencia de munición, y por si las calamidades acumuladas en nuestro reducto no fuesen suficientes, un inmenso número de japoneses logró llegar hasta el borde mismo de nuestro recinto, desde donde se esforzaban por esquivar a la primera línea de piqueros con la intención evidente de penetrar en el interior de nuestro pequeño baluarte.

Si lo conseguían, estaríamos perdidos sin remedio: todo habría terminado para nosotros. Pero, como suele decirse, no hay mal que por bien no venga: esa fue la ocasión esperada por Carrión para, en una repentina maniobra que iba a resultar absolutamente crucial para determinar el resultado final de la contienda, ordenar a los rodeleros a que entraran en acción.

Empleando las mismas técnicas que tan buenos resultados nos habían dado en Europa, estos se infiltraron con sus espadas por debajo y al lado de las picas, desde donde, como en tantas otras ocasiones en Flandes y en Italia, causaron una inesperada sangría entre los samuráis.

Con una maestría asombrosa, desde sus esforzadas posiciones cortaron tendones, piernas y manos de los enemigos, a muchos de los cuales apuñalaron, causándoles al cabo una sangría insufrible, puesto que el combate se trabó en un espacio tan pequeño, que los japoneses carecían de sitio suficiente para emplear sus catanas según el modo al que estaban habituados a pelear, es decir, empleando las dos manos.

Pero, a pesar de que iban cayendo a un ritmo asombroso, ellos eran tantos y nosotros tan pocos que, convencidos de que a la larga conseguirían doblegarnos, continuaban luchando con enorme bravura, y no solo eso, sino que nuevas masas de combatientes continuaban llegando a un ritmo incesante. Por muchos que matáramos, siempre llegaban más, en una afluencia que parecía no tener fin.

Como ya he señalado anteriormente, por nuestra parte acusábamos mucho el cansancio, pues éramos tan pocos que cada uno de nosotros debía multiplicarse para dar abasto en su pelea particular por mantenerse con vida y por mantener a raya al enemigo.

De vez en cuando veíamos caer a alguno de los nuestros. Estábamos tan apiñados los unos a los otros y éramos tan pocos, que no podíamos dejar de advertirlo. Cada vez que esto ocurría, nuestra moral descendía sensiblemente, y con ella nuestra eficacia en el combate. Hasta que los esforzados gritos de Carrión, que se desgañitaba por infundirnos confianza, conseguían devolvernos el necesario arrojo en la pelea.

Carecíamos de un instante de respiro: apenas habíamos acabado con la vida de un atacante, cuando ya se adelantaban otros dos o tres nuevos guerreros a relevarle en su puesto. Pero los españoles sabíamos que no teníamos más alternativa que pelear o morir: teníamos tan claro que un solo segundo de flaqueza bastaría para resultar aniquilados, que nos veíamos obligados a renacer constantemente de nuestra flaqueza, como el ave fénix.

Carrión, por su parte, he de reconocer, no solo nos daba un permanente ejemplo de valor en el combate, sino que de continuo impartía acertadas instrucciones a la vez que, como ya he dicho, de infundirnos constante aliento para ayudarnos a no sucumbir ante tanto agotamiento, al que necesariamente iba unido el desánimo:

—¡Vamos, muchachos! ¡Ya son nuestros! ¡Un poco más y la victoria será sonada! ¡Que no se diga que un puñado de piratas mal nacidos ha conseguido acabar con nosotros…!

Desde luego, no solo estábamos aguantando, sino que les estábamos causando una mortandad terrible.

Pero las cosas podían torcerse y volverse en nuestra contra en cualquier momento. Bastaría con que uno solo de nuestros hombres comenzase a flaquear, y que con él se resintiera el flanco que defendía, para que toda nuestra resistencia se viniera abajo en cascada, como un castillo de naipes.

Por si fuera poco, el combate, y con él nuestra pelea siempre al límite, iba prolongándose ya durante más de cuatro horas. A ello se sumaba el pensamiento —real pero descorazonador— de que, aun si todo continuaba más o menos bien, todavía faltaba mucho para llegar al fin de nuestra larguísima agonía.

Pero aún no lo habíamos visto todo. Transcurrido un rato más de lucha al límite, volví a recibir una nueva convulsión interior de parte de nuestro siempre enigmático general. Esta vez, para mi definitivo desconcierto y supongo que para el de los demás hombres, escuché cómo impartía la orden terminante de que abandonáramos el parapeto para tomar nosotros la iniciativa.

Cuando escribo estas líneas, varias décadas más tarde, es fácil ponerlo por escrito, pero a veces me queda la duda de si el lector será capaz de hacerse cargo de lo que aquello significaba. Se repetía una vez más la escena de David contra Goliath:

—¡Muy bien! ¡Ha llegado el momento de contraatacar! ¡Infantes de los tercios! ¡En formación! ¡Salgamos a expulsar a esos malditos piratas de estas pacíficas tierras! ¡Recordad nuestra acción en el último pueblo costero que liberamos y actuad de igual modo!

Definitivamente estaba mal de la cabeza. Apenas podíamos con nuestra alma ¿y nos pedía salir a descubierto a enfrentarnos a aquel enjambre de enemigos?

Pero de poco sirvieron mis pensamientos y mis quejas interiores. Todos los infantes obedecieron como un solo hombre.

Nuestra valerosa reacción tuvo cuanto menos un premio inesperado, y es que, al vernos salir tan decididos a su encuentro, los japoneses se vieron repentina y profundamente desconcertados.

Aprovechamos su estupefacción para jalearnos unos a otros y,

una vez más, empleando el célebre y tradicional grito de ¡Santiago y cierra España!, los acometimos con picas y espadas, cuidando de mantener en todo momento nuestra perfecta formación típica de los Tercios, de tal modo que avanzábamos como un formidable e imparable erizo entre cuyas púas íbamos engullendo a cuantos oponentes encontrábamos a nuestro paso.

Pero yo estaba ya tan cansado, que temí desfallecer y caer inerme al suelo de un momento a otro. Fue entonces cuando alcé un instante la vista hacia el frente, a fin de otear el aspecto que presentaba el campo de batalla y, por primera vez desde nuestra llegada, observé que el terreno estaba casi desierto.

En medio del profundo embotamiento de mi mente, a causa de la extrema fatiga, pensé que había visto mal. Después consideré que tal vez los japoneses se habían retirado momentáneamente. Pero cuando volví a alzar la vista me convencí, esta vez sin ningún género de duda, de que ante nosotros ya solo quedaba un puñado de samuráis que, contrariamente a lo que había ocurrido durante toda aquella larguísima mañana, corrían como liebres para subir a bordo de sus embarcaciones.

Pero entonces ocurrió lo nunca visto ni oído: Cuando ya creíamos —al menos yo— que todo había acabado y por fin podríamos relajarnos un poco, Carrión, con su profunda y dura voz, que comencé a odiar, nos ordenó a los veinte supervivientes que quedábamos que siguiéramos la senda de los piratas, es decir, que corriéramos a los barcos para salir en su persecución…

A sus casi 70 años echó a correr el primero hacia el San Yusepe, que de la flota era el navío que se conservaba en mejor estado, por lo que no nos quedó más remedio que seguirle, tan rápido como pudimos.

En seguida nos separamos de la orilla. Tomamos el recodo del río con enorme precaución, no fuese a suceder que los piratas nos hubiesen tendido una emboscada, cosa que no ocurrió. Al contrario, nos alegró mucho comprobar que, en el punto en donde Zenzano les había obligado a detenerse, habían abandonado nada menos que 14 de sus 18 sampanes, ya que con 4 barcos les bastaba y les sobraba para trasladar a los escasos hombres que habían tenido la fortuna de sobrevivir a su duro encontronazo con Carrión y con el resto de nosotros.

Animados con esta prueba fehaciente de que habíamos conseguido desbaratar al enemigo, perseguimos a los 4 sampanes fugitivos hasta el mar abierto, en donde su superior estado de conservación les permitió escapar y perdernos de vista, sin que fuésemos capaces de hacer nada por evitarlo.

Pero el objetivo estaba cumplido: habíamos expulsado a los piratas samuráis de Filipinas, presumiblemente para siempre[31].

Ahora sí, exhaustos y maltrechos pero inmensamente felices, cobramos conciencia de que habíamos obtenido una victoria que, desde luego, yo jamás me hubiera esperado. No sé si calificarla de milagrosa o de épica, porque creo que contuvo una gran dosis de ambas cosas.

Cuando regresamos río arriba junto al pequeño baluarte que tan buenos servicios nos había prestado, tuvimos ocasión de recorrer despacio el campo de batalla, en donde comprobamos que habíamos causado 800 bajas a los piratas. Que Dios se apiade de sus almas…

Tuvimos también ocasión de hacernos con una gran cantidad de trofeos de guerra: desde todo tipo armamento abandonado —puñales y catanas en su mayoría—, hasta máscaras de guerra japonesas.

Nos hubiera gustado festejar la victoria por todo lo alto, pero estábamos tan terriblemente agotados, que en cuanto nos vimos libres de la tensión del combate, ya solo pensábamos en descansar. Tiempo habría para celebraciones al día siguiente.

Por mi parte, apenas dormí un par de horas y, en cuanto me encontré ligeramente recuperado, acompañado de mi buen amigo Tapang, me puse en marcha hacia Aparri, en cuyas inmediaciones nos encontrábamos. Una vez que hubiéramos comprobado el buen estado de su madre y sus hermanas, continuaríamos camino hacia mi casa. Ardía en deseos por reencontrarme con Liway y con el resto de mis amigos.

Liway regresó a la cueva, literalmente desencajada.

Por mucho que se esforzó por ocultar su desazón, su rostro aparecía ante todos como un libro abierto, sobre todo para su madre, que al observar que regresaba sana y salva y provista del grano que había ido a buscar, se extrañó mucho de que su hija se

presentara tan abatida. ¿Qué le habría podido ocurrir ahí fuera?

Sin embargo, nadie osó mencionar el contradictorio humor de la joven.

Solo Araw, tan pronto como se le ofreció la primera oportunidad, llamó a Liway junto a sí y trató de sonsacarle.

Sin embargo, la muchacha estaba tan confundida, tenía todavía tal confusión en su mente, que no se atrevió a explicar a su madre la terrible amenaza que acababa de recibir.

Pero Araw era una mujer de recursos. Y en seguida acudió a fray Miguel en busca de consejo. Sabía que su hija estimaba en mucho al religioso, y consideró que tal vez él sí pudiera obtener de su hija la información que tan celosamente guardaba en su interior.

El fraile, hombre muy experimentado en el cuidado de las almas, le respondió con unas palabras que fueron más o menos del tenor siguiente:

—Yo también he notado algo extraño en Liway. Es evidente que algo le ha ocurrido. Algo que la abruma de tal manera que, a pesar de su habitual espontaneidad y sencillez, estima preferible no revelar. Al menos por ahora. Desde luego, en estas circunstancias considero preferible dejarla tranquila hasta que se serene un poco en su interior. Tal vez mañana la encontremos más sosegada y con mejores disposiciones para hablar.

—Entonces, ¿no consideráis oportuno abordarla?

—Preferiría no hacerlo. Pero, prometo, Araw, que mañana, si observo la más leve mejoría en su semblante, trataré de conversar con ella.

—Gracias, Fray Miguel. Será una velada dura para mí, sabiendo que mi hija sufre y que tal vez pase una agitada noche en blanco. Sé que yo tampoco podré dormir, pero aprovecharé las horas nocturnas para rezar por ella.

—Yo también lo haré, Araw. Confiemos en la oración y en que mañana Liway sea capaz de ver más claro…

Tal y como el fraile y Araw habían previsto, Liway pasó una muy mala noche. No era capaz de dejar de dar vueltas y más vueltas a las palabras de Mayabang, tratando de encontrar una solución a un problema que, lo mirara por donde lo mirara, e hiciera lo que hiciera, consideraba imposible de resolver satisfactoriamente.

Apenas durmió. Y, cuando lo hizo, fue en medio de breves y desagradables pesadillas.

Por la mañana, se encontraba ojerosa, triste y nerviosa. Fray Miguel y Araw la observaron con especial inquietud. Sin embargo, contra todo pronóstico, la joven, agotada de cargar sola con un fardo tan pesado, tomó la resolución de acudir a su madre, a la que, en medio de sentidas lágrimas, le expuso su terrible dilema.

Araw, por su parte, no dudó ni por un instante en cuál era el consejo que debía dar a su hija:

—Liway, si me quieres, cosa que no dudo, ni se te ocurra entregarte a ese sinvergüenza, al que no califico de algo peor, por no utilizar un tipo de lenguaje, que siempre he procurado mantener lejos de mi boca.

—Pero, madre. ¿Qué será entonces de todos nosotros? ¡Los piratas entrarán en la cueva y nos matarán!

—Una vez me leyeron la inscripción que, a modo de divisa, figuraba en el escudo de un soldado español; era una sencilla frase que me dio mucho que pensar y que no he olvidado desde aquel día, ni creo que olvidaré jamás: «más vale morir con honra, que vivir sin ella». ¿Lo entiendes? La muerte es el sino natural del hombre. El problema no es si moriremos, sino el cuándo y el cómo. Y cuando llegue ese momento, lo importante no será el tiempo que hayamos permanecido en esta tierra, que no dejará de ser un detalle sin excesiva importancia, sino el cómo hayamos sabido emplear los años de vida que se nos han dado. ¿Comprendes?

Por supuesto que comprendía. Hasta tal punto le parecieron acertadas las palabras de su madre, que por primera vez desde su fatídico encuentro con Mayabang, Liway consiguió esbozar una tímida sonrisa.

Al menos ahora veía claro lo que debía hacer. Y, aunque se tratara de una decisión difícil, que podría costarle la vida, no solo a ella, sino a toda su familia y a sus amigos, estaba plenamente dispuesta a ponerla en práctica.

La única cuestión que a partir de aquel momento quedó por dilucidar era si Liway debía volver a reunirse con Mayabang o si, por el contrario, tal vez sería mejor que mejor que lo dejara plantado, dando con ello a entender que no aceptaba su chantaje.

Tanto Araw como su padre y fray Miguel, a los que Liway hizo

también partícipes de su secreto, fueron de la opinión de que no debía volver a verse con semejante rufián.

Sin embargo, Liway, con la mejor de las voluntades, estimaba que, si regresaba a entrevistarse con él, quizás fuese capaz de ablandar el corazón del aprendiz de pirata.

Por más esfuerzos que hicieron por disuadirla de tan ilusorio propósito, nada lograron. Liway respondía invariablemente que en conciencia debía presentarse, puesto que no tenía nada que perder. Repetía que, aunque era muy cierto que en el caso —muy probable — de que no consiguiera convencer al joven, las consecuencias serían nefastas, su deber era tratar de apurar todos los medios a su alcance por salvar a su familia y a sus amigos.

Así pues, llegada la hora de volver a reunirse con Mayabang, se despidió de sus padres en medio de un auténtico mar de lágrimas, que tampoco fue capaz de detenerla. Partió hacia su incierto destino como una auténtica mártir, a la que nada ni nadie era ya capaz de detener.

Agitada y nerviosa, ascendió por el respiradero dispuesta a encontrarse con su posible verdugo.

Para bien o para mal, no tardó en divisar su silueta, recortada contra el cielo estrellado. Fue incapaz, sin embargo, de detectar la negra sombra que se ocultaba tras las tinieblas de unos cercanos arbustos.

También Mayabang vio en seguida a la joven y, sin embargo, nuevamente henchido de ínfulas de hombre importante, esperó a que fuese ella quien se acercase a él.

—¡Buenas noches! —saludó Liway, con la boca seca y pastosa, a causa del temor que la embargaba.

—Buenas noches. Has tardado en llegar.

—Lo siento: mis padres me han retenido un poco más de la cuenta.

—¿Tus padres? ¿Y qué tienen ellos que ver en todo esto? ¿Acaso les has hablado de nuestro encuentro de anoche? —las palabras de Mayabang sonaron extremadamente duras y acusatorias. Estaba desasosegado y nervioso, lo cual lo hacía doblemente peligroso.

Sin embargo, el injusto reproche tuvo el inesperado efecto de que el ánimo de Liway —tal vez a causa de su excesivo cansancio y de sus nervios a flor de piel— se exasperara. De hecho, lo que hacía

unos minutos no sabía cómo transmitir a su chantajista, le brotó de los labios con toda naturalidad, e incluso un punto de indignación:

—Por supuesto que les he hablado de nuestro desgraciado encuentro. Y estamos todos de acuerdo en que no puedo ni debo aceptarte como esposo…

De inmediato supo que, a partir de aquel momento, la suerte estaba echada. Si hasta entonces la misión de ablandar al ilocano se le había antojado remota, ahora supo que sería absolutamente imposible de lograr.

En efecto, Mayabang era egoísta y duro como pocos. Sin mediar palabra, propinó una formidable bofetada a Liway, tan violenta que la joven cayó de espaldas al suelo.

—¡Estúpida! ¡No me vuelvas a hablar así! ¡Ahora vas a saber quién es Mayabang…! ¡Levántate!

Pero Liway había recibido un mal golpe en la nuca, tal vez contra una piedra, y había quedado tirada en el suelo, en una postura extraña, completamente inmóvil.

Lejos de apiadarse, Mayabang, al verla aparentemente muerta sobre la hierba, creyó que la joven se burlaba de él. Comenzó entonces a golpearla y a patearla con enorme saña y violencia, con el mismo odio que hubiera empleado en matar a una alimaña.

Fue precisamente entonces cuando, Gonzalo y Tapang —este último tremendamente abatido por la ausencia de noticias de su familia en Aparri— terminaron de ascender el último repecho de la cumbre de la colina, desde donde continuaron presurosos hacia la entrada de la cueva. Pero estaban demasiado lejos todavía para ni siquiera poder sospechar el drama que estaba teniendo lugar tan sólo un poco más adelante.

Desesperado y desengañado, Mayabang extrajo su catana del cinto y la levantó para asegurarse de la efectiva muerte de Liway, que continuaba inerme y tendida en el suelo.

A pesar de la distancia, que le hacía imposible intervenir, Gonzalo, que caminaba por delante de Tapang, pudo distinguir la inconfundible silueta de su rival, recortada contra el cielo, mientras se disponía a lanzar un golpe mortífero contra alguien que yacía en el suelo. Intuyendo lo peor, lanzó un grito desgarrador, tratando de detener la infame acción. Sin embargo, lejos de detener al verdugo, el grito solo sirvió para reafirmarlo en su propósito asesino.

Alzando la espada todavía más alto, se dispuso a segar el cuello de su ahora odiada Liway.

Pero antes de descargar su golpe mortal, el ilocano se desplomó al suelo sin vida, como si hubiera sido fulminado por un rayo. Sin comprender muy bien lo que había ocurrido, Gonzalo —seguido de Tapang— corrió hasta Liway, cuyo pulso, aunque débil, todavía latía. Por el contrario, el cuerpo del joven estaba sin vida: un certero puñal le había atravesado el corazón causándole la muerte en el acto.

Apenas un instante más tarde, cuando llegó Tapang, nervioso y casi sin aliento, acertó a manifestar:

—¡He visto a un pirata huyendo a la carrera! Solo he podido distinguir las ricas plumas de su casco meciéndose al viento. ¿Crees que debo perseguirle?

—No. Tapang. Déjalo marchar. Hemos de estarle muy agradecidos. Le debemos la vida de la que espero que un día no lejano aceptará convertirse en mi esposa…

COLOFÓN

En efecto, Ukon era uno de los pocos ronin en cuyo espíritu anidaba todavía el código del honor de los samuráis (*bushido*), y lo hacía con la suficiente fuerza como para censurar los crímenes cometidos por sus compañeros de armas. Por eso, cuando recibió la noticia de la derrota del ejército de Tay-Fusa ante Carrión, corrió a evitar la masacre que, estaba seguro, Mayabang causaría entre los refugiados.

Este es el motivo por el que, incapaz de soportar ni un minuto más el maltrato que el engreído ilocano estaba proporcionando a la indefensa Liway, le arrojó su puñal y acabó con su vida.

Inmediatamente después, Ukon se escabulló entre las sombras de la noche y abandonó para siempre el archipiélago filipino.

A partir de aquí, la alegría fue restableciéndose rápidamente en el noreste de Luzón: Gonzalo corrió a anunciar la liberación a sus amigos, que abandonaron llenos de gozo su oscuro refugio. El inesperado reencuentro de Tapang con su madre y sus dos hermanas fue digno de ser visto. La desbordante alegría de estas sencillas gentes hubiera emocionado a un corazón de piedra.

Por supuesto que Liway no tardó en restablecerse por completo. Gracias a Dios las heridas no habían sido especialmente graves.

En Manila, la victoria de la expedición de Carrión fue recibida con enorme júbilo. No en vano suponía el asentamiento definitivo de la paz y el regreso de la normalidad a Filipinas, que no volvería a malograrse hasta varios siglos después.

Gonzalo, aunque algo tímido con las mujeres, y aún más con Liway, terminó por declararse. Y esta por aceptar, por lo que aquel pudo ver cumplidos sus sueños: vivieron felices en su granja de las montañas al sur de Lal-lo[32], donde fueron bendecidos con una generosa prole de siete hijos, a los que tuvieron ocasión de amenizar, durante las largas veladas de su infancia y su juventud,

con los relatos de sus asombrosas historias, llenas de arrojo y de heroísmo.

Makisig y Tala envejecieron hasta terminar sus días plácidamente en una granja vecina a la de sus amigos, mientras que Masaya, Tapang y las niñas, regresaron a su querido Aparri, en donde pudieron recuperar su casa y la vida feliz que habían conocido en su querida aldea en los días previos a la llegada de los piratas.

EPÍLOGO

En todos mis libros me gusta terminar explicando al lector interesado en profundizar en la materia qué partes de la novela son ficción y cuáles son historia real.

Pues bien, en esta ocasión, las fuentes disponibles me han permitido describir cada una de las batallas y escaramuzas descendiendo incluso a pormenores que hubieran resultado imposibles de conocer en otros siglos más lejanos al actual. Por poner un ejemplo, cuando digo que la armada de Li-Man-Hong hubo de retirarse de la bahía de Manila a causa de la efectividad de la artillería española, que disparaba desde tierra, es porque verdaderamente ocurrió así, no porque sea un fruto de mi imaginación a la hora de recrear el posible desarrollo de la contienda.

Otro tanto ocurre con la definitiva batalla final de Carrión con los piratas samuráis de
Tay-Fusa,
y la consiguiente huida de estos, abandonando el territorio que tenían ya conquistado en Luzón.

Las partes que corresponden a mi invención son principalmente las relativas a don Gonzalo de Gómara: su enamoramiento y rivalidad con Mayabang, que por supuesto, también es un personaje ficticio. En cambio, cuando Gonzalo participa codo con codo con un personaje histórico, como fue Salcedo, lo que cuento es rigurosamente cierto: así ocurre en la primera exploración en barco de la costa norte de Luzón, y en todos los demás casos.

Creo que, con esto, y con la bibliografía que cito a continuación, el lector ávido en profundizar en la materia podrá hacerse una idea muy completa de esta singular epopeya que conforma la aventura de «los Primeros de Filipinas».

Para concluir, creo que merece la pena señalar que los efectos de esta victoria no fueron en modo alguno menores, ya que los

japoneses no volvieron a pisar las islas Filipinas hasta la Segunda Guerra Mundial.

Es más, a partir de este episodio, fueron los propios samuráis quienes compusieron una leyenda que perdura hasta nuestros días, según la cual existían una especie de demonios, mitad peces y mitad lagartos, que surgieron del mar en sus naves negras y que destrozaron a los hasta entonces imbatibles guerreros nipones.

En cualquier caso, el resultado más positivo de esta victoria fue que, a partir de entonces y hasta 1898, España pudo llevar a las Filipinas su fe y su civilización occidental, que ha perdurado hasta hoy, aún después del terrible genocidio perpetrado por los Estados Unidos entre 1899 y 1902. Un genocidio mediante el que, entre otras cosas, consiguieron desterrar casi por completo el español de las islas.

Por supuesto, a partir de la hazaña de Carrión, los nativos de Luzón y del resto de las Filipinas pudieron, definitivamente, y por primera vez en su historia, respirar aliviados tras varios siglos continuados de opresión y matanzas.

Y, por último, España pudo comenzar un floreciente comercio con China, que se mantuvo ininterrumpidamente durante 250 años (desde 1565 hasta 1815) a través del famoso Galeón de Manila, un hecho pionero en la historia de la humanidad.

Escrito en La Rioja, cuna de la lengua española,
a 28 de junio de 2022.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcázar, don José. Diputado y Gobernador Civil de la provincia de Bulacán, *Historia de los Dominios Españoles en Oceanía y Filipinas*. Manila, 1895.
- AA. VV. *The Cambridge History of Japan, vol. 4*; 1991.
- Borao, J. E.: *La colonia de japoneses en Manila en el marco de las relaciones de Filipinas y Japón en los siglos* XVI *y* XVII. Cuadernos Canela (Tokio: Confederación Académica Nipona, Española y Latinoamericana), Universidad Nacional de Taiwán, n.º ٢٠٠٥ ;١٧.
- Boxer, C. R.: *The Christian Century in Japan, 1549-1650*. 1951.
- Cabezas, A.: *El Siglo Ibérico de Japón*; 1995.
- Canales, C. y Del Rey, M.: *Naves negras*; 2015.
- Canales, C. y Del Rey, M.: *En tierra extraña*; 2012.
- Cooper, M.: *They Came to Japan. An Anthology of European Reports on Japan 1543-1640*; 1965.
- Del Rey Vicente, M., y Canales Torres, C.: *En tierra extraña: expediciones militares españolas*. Edaf; 2012.
- Donoso, D.: *¿Tercios contra samuráis?, La mítica Batalla de Cagayán*. Recreación Histórica Chile; 2015.
- Fernández Duro, C. (capitán de navío): *Historia de la Armada Española*, tomo III.
- Lach, D. F.: *Asia in the Making of Europe, Volume I: The Century of Discovery*; 1994.
- McLaren, E.: *Armas de fuego: Tanegashima*. FDRA-Fuerza Terrestre; 2018.
- Miranda, A., Aguilera, J.: *Espadas del fin del mundo*. Autor-editor, Madrid; 2016.
- Molina, A.: *Historia de Filipinas*. Ediciones Cultura Hispánica; 1984.
- Reid, A.: *Violence at Sea*, en Robert J. Antony, ed., *Elusive Pirates, Pervasive Smugglers*. Hong Kong University Press.

- Revista *Ejército* n.º 940. Julio/agosto 2019.
- Revista de Historia Digital. *Cagayán: Los tercios españoles cuestionan la imbatibilidad de los samuráis*.
- Romero de Solís, J. M.: (de El Colegio de Colima) *Andariegos y pobladores. Nueva España y Nueva Galicia (siglo XVI)*; 2001.
- So, Kwan-wai: *Japanese Piracy in Ming China During the sixteenth Century*. Michigan State University Press, East Lansing; 1975.
- Sola, E.: *Historia de un desencuentro: España y Japón*. Fugaz Ediciones; 1999.
- Sola, E.: *Hispanos y japoneses en el norte de la isla de Luzón*; 2003.
- Turnbull, S.: *Samurai: The World of the Warrior*. Osprey Publishing, Oxford; 2003.
- Turnbull, S.: *Pirates of the Far East 811 - 1639*; 2007.
- www.abc.es/historia: *Juan Pablo de Carrión, el «Rambo» español que sometió a un millar de piratas y samuráis en Filipinas*. Artículo de César Cervera.
- www.elconfidencial.com: *El sangriento día que España se enfrentó al imperio del Sol Naciente*. Por Álvaro Van den Brule.



JUAN PÉREZ-FONCEA nació en San Sebastián en 1965. Tras licenciarse en Derecho, una beca del Ministerio de Asuntos Exteriores le permitió especializarse en Derecho Internacional y Europeo en las Universidades de Lovaina y Lieja (Bélgica). Trabajó como abogado de empresas en España y Francia durante 14 años, y así hubiera continuado hasta hoy, si no hubiera sido porque, un buen día de 2002, de un modo enteramente casual, casi sin saberlo, comenzó a escribir su primer libro, dando inicio su carrera literaria como autor de novelas de fantasía épica. Su paso a la novela histórica se produjo en 2012. Desde entonces lleva publicados títulos tan exitosos como *Los Tercios no se rinden, El héroe del Caribe. La última batalla de Blas de Lezo, Venced al corsario inglés* o *Invencibles*, editados todos ellos por Almuzara. Sus obras cuentan con miles de lectores a ambos lados del Atlántico.

Notas

[1] Cfr. Pierre Chaunu. < <

[2] Conocida durante siglos por los españoles como Corriente del Tornaviaje. <<

[3] Actual México. < <

[4] Actual Guam. < <

[5] Se trata del «Santo Niño de Cebú», que había sido regalado en 1521 por Fernando de Magallanes al rajá Humabón y a su esposa Humanay, bautizados como Carlos y Juana, respectivamente. Se encuentra en la actualidad en la Basílica del Santo Niño, en Cebú, donde fue bendecida en 1990 por el papa San Juan Pablo II. < <

[6] Cuando llegamos a esa ciudad, siguiendo el curso del llamado río Mestizo, Salcedo quedó muy impresionado por un tipo de plantas, muy verdes y exuberantes, que crecían en sus riberas en gran número. Al preguntar por su nombre, le respondieron que era Biga’a («Vigán» para nuestros oídos castellanos), por lo que de ahí surgió el nombre que a partir de entonces dimos a la población. < <

[7] Sus restos descansan en la iglesia del convento de los Agustinos, en Manila. <<

[8] Conocida como Camayas hasta 1578. <<

[9] Con la fundación de Manila por Legazpi, en 1571, habían comenzado los trabajos de fortificación de todo el perímetro de la población original. En la actualidad el recinto amurallado conforma un barrio que todavía se conoce con el nombre de «Intramuros». < <

[10] Sable de hoja ancha y curva, de un solo filo. <<

[11] Merece la pena subrayar que toda esta acción y su resultado final no son escenas de ficción, sino que ocurrieron tal y como han sido contadas. < <

[12] Entre los piratas de Li-Ma-Hong los miembros amputados al enemigo constituían un valioso trofeo de guerra. < <

[13] Esta heroica victoria mantuvo a salvo la autoridad española sobre el archipiélago, y ha seguido conmemorándose durante siglos el día de su aniversario, el día de San Andrés, con un solemne *Te Deum* en la Catedral y una función cívica en el Ayuntamiento de Manila. En cuanto a Li-Ma-Hong, este escapó de Pangasinán, perdiéndosele la pista hasta su reaparición en dos posteriores encuentros ante la armada china, en los que salió derrotado y de los que también consiguió escapar. Se sabe que años más tarde ofreció sus servicios en Siam y en la India, aunque al parecer fueron rechazados. A partir de aquí, el escurridizo personaje desaparece definitivamente de las fuentes históricas. < <

[14] Tres mil pies equivalen a unos mil metros de altitud. < <

[15] Unos dos mil metros. <<

[16] Subespecie doméstica del búfalo asiático, presente en Filipinas desde tiempo inmemorial. < <

[17] Balete es el nombre que reciben varias especies de árboles del género Ficus. Algunos ejemplares alcanzan una longevidad milenaria y un gran tamaño. Se utiliza también como especie ornamental. <<

[18] Piratas japoneses. < <

[19] Apenas superan los 500 metros de altitud. < <

[20] Conocido en Filipinas como «ube», el ñame es una planta trepadora, oriunda de zonas cálidas y húmedas, y que se cultiva desde hace miles de años en África y en el sureste asiático, a causa de su tubérculo comestible, en cierto modo parecido a la patata. <<

[21] Este es el nombre que recibe oficialmente dicha sierra en la actualidad, dicho y escrito en español, sin traducirse al inglés, y el que he empleado para simplificar el diálogo. En la época en la que se desarrolla la novela recibía diversos nombres, siendo «Nueva Provincia» el más comúnmente empleado por los españoles de la época. < <

[22] Fuente: 81 82 / Revista *Ejército* n.º 940. Julio/agosto 2019. < <

[23] Unos sesenta centímetros, aproximadamente. < <

[24] Cabo con el que se iza la vela mayor. < <

[25] Espacio entre los castillos de proa y popa. < <

[26] Los rodeleros eran unidades de infantería española provistas de espadas y escudos redondos. Estos espadachines podían infiltrarse en las formaciones enemigas para diezmarlas desde dentro. La *rodela* es un tipo de escudo europeo del que esta unidad toma su nombre. Eran redondos u ovales y por esta razón se llamaban rodelas. Este escudo podía ser de acero y, en ocasiones, sobre todo en los torneos, de madera cubierta de cuero cocido, lo que los hacía muy resistentes a los impactos de lanza. < <

[27] Situar un buque con el costado muy próximo a otro buque. <<

[28] Históricamente, en Europa los Tercios solían presentarse en el campo de batalla agrupando a los piqueros en el centro de la formación, escoltados por los arcabuceros y dejando libres a algunos de estos últimos en lo que se denominaban «mangas», que tenían la misión de hostigar y molestar al enemigo. < <

[29] Los mosquetes pesaban casi una arroba (unos diez kilos), por lo que era necesario emplear una horquilla para apoyarlos en el suelo antes de disparar desde una distancia superior a tres cuerdas (cien metros). A continuación abrirían fuego los arcabuces. < <

[30] Los arcabuces pesaban media arroba (aproximadamente cinco kilos), y se disparaban desde el hombro, sin necesidad de horquilla. < <

[31] La actividad japonesa en esta área de Filipinas puede decirse que desapareció por completo, sin que Japón volviera a resultar una amenaza cierta para el archipiélago hasta la Segunda Guerra Mundial. < <

[32] Ciudad que fue posteriormente rebautizada como Nueva Segovia. < <